

42733

R. Javier Rodriguez

CARLOS PEÑARANDA

PROSA

(Madrid-Manila.=1886-1892.)



MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFKÉ Y COMP.

1893

Precio: \$ 1'50

PROSA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- Presentimientos*, ensayos poéticos, con un prólogo de
D. Francisco Escudero y Perosso.
- Notas de una lira*, poesías.
- Indecisiones*, poesías y cantares, con un prólogo de
D. José de Velilla.
- Brisas de otoño*, rimas.
- Cantos del pueblo*, con una carta-prólogo de Víctor
Hugo.
- Odas, poesías varias*, con prólogo del Excmo. Sr. Don
José de Carvajal.
- El obrero de Maguncia*, drama en tres actos y en
verso.
- Cartas puertorriqueñas*.
- Nuevas poesías*.
- Artículos varios.—Discursos*.
- La Conversión de un Zegri*, leyenda, con prólogo de
D. Narciso Campillo.
- Prosa*.

TERMINADAS

- La Administración de Filipinas*.
- Cuentos y artículos*.
- Sonetos.—Un drama*.
- Cuentos y epigramas*.
- Memoria* oficial de la provincia de Pangasinán, (Fili-
pinas), del año 1891.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I—De Carnaval.	9
II—La nueva ciudad	13
III—Los pretendientes	18
IV—Usos y abusos de la Estadística, por D. J. Jimeno Agius.	21
V—Diferencias entre la crítica y la pintura de Mengs	29
VI—Otoño.	38
VII—La entrada de Roger de Flor en Constantinopla (Cuadro de Moreno Carbonero).	41
VIII—Calumnia y maledicencia.	48
IX—En Puerto Saïd	53
X—D. Francisco Rodríguez Zapata	59
XI—Sevilla y Valladolid	65
XII—Un saludo	69
XIII—Otro mendigo.	73
XIV—Flores y coronas	78
XV—La peregrinación de la muerta. (Cuento idealista)	82

	Páginas
XVI—D. Juan Ignacio de Armas	86
XVII—Dichos vulgares	90
XVIII—Un autógrafo de Bécquer	94
XIX—Viajes por Italia, de D. José M. Monge . . .	98
XX—Colombia	106
XXI—Donde no hay harina, todo es mohina. . .	112
XXII—Viejo es yá Pedro	117
XXIII—Carreras	120
XXIV—Rafael de Nieva	124
XXV—Por Tassara.	130
XXVI—Las señoritas de la Viña	135
XXVII—García del Espinar.	141
XXVIII—La ingratitud	145
XXIX—El pinar de las de Gómez.	148
XXX—Largar el mochuelo	151
XXXI—Los modestos	155
XXXII—Listas y tarjetas	159
XXXIII—Locos sueltos	163
XXXIV—Democracia añeja (Narración militar) . .	167
XXXV—Figuras de cera.	171
XXXVI—Los despilfarrados.	174
XXXVII—Montaña rusa	178
XXXVIII—De viaje	182
XXXIX—En el paraíso	195
XL—Lealtad aragonesa. (Anécdota)	199
XLI—En las calles.	203
XLII—En el tranvía.	187
XLIII—A Zaragoza ó á la charca	191
XLIV—Seguir la corriente.	207
XLV—Los valentones	211
XLVI—Sin pretensiones.	215
XLVII—El síndico perpétuo.	219

	Páginas
XLVIII—Vivos que mueren	223
XLIX—Epidemias	226
L—El derecho de propiedad	229
LI—Los desmemoriados	233
LII—La rebaja	236
Notas.	



ERRATAS MÁS IMPORTANTES.

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
10	22	Dicho esto de . .	Dicho esto, des-
12	4	Prodújese . . .	Prodújose
14	38	menos	menso
22	30	porque	por que
38	32	perenne	perenne
39	37	bienen	vienen
40	15	encenario	escenario
"	28	fecundirá.	fecundará
41	7	inegables.	innegables
42	7	quién	quien
43	36	sucudidas	sacudidas
"	38	gloriasas	gloriosas
49	38	carcona	carcoma
51	28	Dueño	Dueños
56	18	de Gize	de Gize,
61	38	para	rara
63	35	falici-	facili-
66	8	lejes	lejos
68	21	Sevilla,	Sevilla
72	2	piferentes	diferentes
77	34	pidó	pidió
88	9	nsigne	insigne
"	10	os	tos
103	19	papeles	papales
104	7	disputánse	dispútanse
122	4	digna	dignas
125	36	espléndidez . . .	esplendidez
133	1	avidadas	avivadas
177	4	¡tres mil	¡Tres mil
"	7	dineral;	dineral!
"	24	¡Qué se	¡Que se
179	7	le	lo
183	32	<i>preferente</i> ,	<i>preferente</i>
185	28	"De	"Dé
"	38	eldes itno	el destino
196	36	qué	que
205	12	sombrero de á la .	sombrero de ala
209	10	llamar	llamarse
215	27	las grandes	los grandes

DE CARNAVAL.

El segundo día de Carnaval,—nos contaba nuestro amigo Ruiz,—abandoné el Congreso al obscurecer y me retiré á mi casa, con el firme propósito de no salir el siguiente día á la calle.

Ustedes, que me conocen, saben,—añadió—cuán opuesto es mi carácter á todo aquello que no sea sério; y maldita la seriedad ni la formalidad que tienen esas ó esos desvergonzados que aprovechan la ocasión que les deparan la tradición y la costumbre para abrumar al prójimo que no se viste de máscara, con una sarta de tonterías insulsas ó con una série de desahogos intencionados.

Repito que me retiraba á mi casa con los propósitos yá explicados, cuando al cruzar una de las calles más céntricas de Madrid, llamó mi atención de una manera poderosísima una de esas máscaras odiosas y odiadas con mis cinco sentidos, máscara que con su sola presencia echó por tierra todos mis ódios, todas mis antipatías, hijas en parte de mi temperamento y, en parte mayor, de mis teorías sociales y hasta filosóficas.

Confesaré sin rodeos que era una máscara excepcional; y digo una máscara, porque, sin disputa, se trataba de una mujer. De esto me convencí, despues de un minucioso exámen del género analítico puro: pensé primero que pudiera ser mi heroína uno de esos muchachos aristocráticos que á fuerza de distinción, de perfumes y de afeminación de buen orden, pasan por mujeres los días

de Carnaval: imposible: era una mujer: lo conocí en el pié, tan menudo, que hombre alguno puede tenerlo así; en el talle móvil y airoso; en la estatura diminuta; en ciertas curvas y redondeces que no pueden imitar la habilidad ni el arte: en el modo de andar...—¡este es un indicio vehemente!—y más que en todo esto, en los ojos; ojos negros, profundos, resguardados por larguísimas pestañas: ojos maliciosos, vivos, charlatanes; ojos, en fin, de hembra, y de hembra guapa, sensual, provocativa.

Pasé por su lado, y me lanzó á boca de jarro el usual *¡te conozco!*—Iba vestida con mucho ingenio en traje de Fortuna: llevaba al cuello, en círculos concéntricos inmensas sertas de onzas de oro diestramente simuladas: rodeaban sus ceñidos brazos infinitos círculos cuajados de monedas de cinco duros, y los pliegues de su falda los formaban multitud de billetes del Banco de España, de diferente valor, unos medio desdoblados, abiertos otros, otros cruzados ó superpuestos, y todos imitados en perfecta litografía.

Me lanzó, como digo, el tradicional *¡te conozco!*, quedóse un punto suspensa, y, mirándome fijamente, añadió: *¡Y tú también me conoces á fondo!* Dicho esto desapareció confundida entre la multitud.

Eran las tres de la madrugada y yo no había logrado todavía conciliar el sueño: pesaban mis párpados como si fueran de plomo: sentía en mi cabeza algo parecido á oleadas de sangre: no tenía conciencia completa de mí, y seguramente me hallaba en ese estado misterioso, indefinible que precede al sueño.

Paulatinamente fué iluminándose el cielo estucado de mi dormitorio, hasta dejar perceptible el espacio azul alumbrado por una luna clarísima y cruzado por algunas nubecillas blancas, diáfanas, transparentes.

Una de estas nubes se fué acercando hasta quedar inmóvil, perpendicularmente sobre mí; distinguíase en su centro una figura, cuyas formas, colores y líneas fueron poco á poco determinándose; parecía una divinidad de la mitología pagana... Era, sí, la Fortuna, la misma que ví

vestida de Carnaval; con el propio traje, con los mismos atributos, radiante, magnífica, hermosa como una Vénus griega: bajo sus piés, veíanse el disco y los radios de una rueda luminosa; en su diestra mano ostentaba el cuerno de la abundancia, rebosante de dones, flores y coronas.

La gallarda diosa extendió su mano izquierda, y cayó al punto sobre mi lecho espesa lluvia de billetes de Banco, títulos de honores, ramos de rosas, palmas, coronas simbólicas de laurel...en tanto que una voz purísima decía á mi oído.

“Estos son los dones que brinda la Fortuna á aquellos que la aman: mayores son los que ofrece á aquellos que la siguen. ¡Levántate y síguela!”

Obedecí el mandato y me arrojé del lecho; así como á los hebreos guió por el desierto la columna de fuego, á mí me guiaba aquella nubecilla de gloria iluminada por los blancos reflejos de la luna. No sé el tiempo que la seguí: sólo recuerdo que yá me faltaban las fuerzas y que continuaba corriendo, sudoroso y jadeante.

Recuerdo sólo un bosque espesísimo: las ramas de los árboles formaban como una bóveda, abierta á girones á la luz de la luna: las hojas de los álamos, heridas de través por los rayos del astro de la noche, parecían de plata. En el centro de este grupo de árboles, se elevaba una fuente, cuya taza redonda y marmórea, adquiría á las veces, una extensión oceánica; en el centro mismo de las aguas, alzábase la diosa, la Fortuna, con los propios atavíos, pero, severa y triste, toda ella blanca como estatua de piedra, y blanca también la rueda que giraba continuamente á la derecha de sus piés, agitando el agua en círculos concéntricos.

Era una estatua de mármol, animada por un soplo de vida: la arrogante deidad contemplábame con silenciosa pena, dirigiéndome una mirada profunda con sus ojos rasgados, que parecían grises aún á través de la marmórea blancura de la diosa, á fuerza de ser negros.

La rueda que estaba á sus piés seguía girando con pas-

mosa celeridad, refractando los rayos de la luna, y levantando menuda lluvia de agua que caía nuevamente en la ancha taza, semejando el brillo de partículas de plata. Prodújese entonces un raro fenómeno; una figura pequeñísima, un hombre en miniatura, un pigmeo al lado de la diosa colosal, luchando con el agua removida, del lado ascendente de la rueda, procuraba asirse al disco de ella y subir á lo alto, cayendo de nuevo en el agua á cada inútil esfuerzo.

Aquel hombre era... yo mismo: su semblante, es decir, el mío, puesto que era yo, estaba lívido, descompuesto: en su frente notábanse profundos surcos trazados por la ambición... De pronto, por un esfuerzo supremo, logró asirse al disco de la rueda y subir con él: un punto se detuvo en la altura, mientras los labios de mármol de la diosa se contraían con una sonrisa irónica y satisfecha: vaciló, agitó los brazos en el aire, y cayó pesadamente al otro lado del abismo.

Quise gritar, y no pude: cerré los ojos, los abrí de nuevo, y me hallé en un pátio obscurísimo: ligeros círculos de luz se dibujaban en el suelo, serpeaban con reflejos azulados y se extinguían: á su dudosa claridad creí ver en el centro del pátio algo parecido á una rotonda; á un lado, una puerta cerrada, al otro, el pórtico y la cúpula de una capilla...

Una lluvia menuda y fría caía sobre mi pecho, mi espalda y mis hombros. Desperté sudoroso y agitado... en aquel momento, el relój daba las cuatro.

Poco antes, casi toqué una realidad: cuanto desperté, lo creí un sueño: ahora pienso que la visión primero radiante y hermosa, despues marmórea y fría, era... mi mala estrella, que se disfrazó de Fortuna, y me dió una broma terrible de Carnaval.

Madrid, 1890.



LA NUEVA CIUDAD.

Claro es que no hacemos referencia de la *ciudad de Dios*; la nuestra, es decir, la de que vamos á hablar, llamariase, en todo caso, la *ciudad del diablo*; pero será bueno advertir que esta ciudad nueva y flamante es sencillamente la ciudad de los hombres, una que, por suerte, no existe más que en febriles sueños, mas, tales sueños, que dejan en el cerebro huellas que se confunden con las que deja el paso de la realidad.

Constituía nuestra soñada ciudad una nación completa, gobernada por un rey elegido por sufragio universal: llamábase este rey Azar I, y debía su elección á una activa y larga propaganda hecha por los ámbitos todos de la ciudad, propaganda compuesta siempre de un mismo discurso, cambiado sólo el orden de los períodos, discurso cuya substancia era que solamente el éxito es Dios y el dinero su profeta: que los goces materiales son la moral universal y la única verdad social y filosófica; que todos los hombre tienen derecho á gozar de la misma manera, aunque sean unos gahnápiros, y que él, Azar, era el único sér predestinado á realizar tales reformas, y el solo capaz de hacerlos felices.

Como sucede en tales casos, Azar fué declarado ídolo de la muchedumbre y aclamado rey por votación popular, empezando á gobernar desde luego esta nueva Atenas sin dioses y sin arte. Su sistema de gobierno merece, por lo original, ser conocido, así como nunca debió ser imitado por los muchos pueblos que se apresuraron á hacerlo: en este escrito no se alude á ninguno.

Azar I, una vez elegido rey é instalado cómodamente en un palacio inmenso y rico, dispuso que todos los años se reuniese la riqueza nacional, consistente en valores y numerario, y se depositase en el Templo del Sol, edificio de mármol compuestos de grandes cláustros, altas columnas y patios extensos, situado en el centro mismo de

la ciudad. Allí Azar, sentado en lujoso trono y rodeado de sus ministro y de la tropa de la ciudad, había de dirigir el reparto equitativo del dinero entre sus súbditos.

Habíanse amontonado las riquezas en el patio central, y su aspecto deslumbraba: formaba la inmensa base de aquella montaña imponente y brilladora, la modesta y oscura moneda de cobre: extendíase encima ancha faja de monedas de plata: la última meseta la constituían enormes montones de oro, y sobre él, arrojados en desorden, como arena arrollada por un huracán, innúmeras cantidades de billetes de Banco, porque es de advertir que en la ciudad de que hablamos funcionaba ya un Banco de emisión y descuento, fundado por el mismísimo Azar I.

Ante aquel espectáculo, cualquiera hubiese creído que se hallaba en un país rico, opulento, cuando, en realidad, la ciudad era muy pobre; pero estaba allí reunido todo el dinero, excepto algún pico que pudieron sustraer á las miradas de los agentes fiscales, los avaros y los usureros.

Azar I estaba resplandeciente de riqueza y orgulloso de su plan de gobierno, con sobrados motivos, puesto que al fin tenía un plan cualquiera, cosa que no á todo el mundo sucede: rodeábanle sus ministros, vestidos, á falta de otra cosa, con uniformes flamantes; despues de todo, el uniforme viste tanto, que hasta parecían personas de talento: constituían la fuerza pública unos hombres envueltos en ropajes formados de periódicos, por lo que parecían periodistas, aunque la pluma detrás de la oreja los asemejaba á escribanos, y unas enormes tijeras colgadas de la cintura los denunciaban como sastres ó tal vez como esquiladores.

Sastres eran del entendimiento, que recortando piezas y retazos, acá y allá, confeccionaban prendas de nuevo uso para el pueblo pagano; y esquiladores encargados de cortar á la opinión pública el pelo de la dehesa.

Llegada la hora del reparto nacional, oyóse un inmenso clamoréo en las afueras del Templo del Sol, y

porción de bandas militares y de orquestas empezaron á tocar á un tiempo diferentes piezas, de tal modo, que formaban un conjunto infernal, no obstante lo cual aplaudía el pueblo frenéticamente, como aficionado que era á la música clásica.

En nuestra ciudad de los hombres pasaba en autoridad de proverbio la hidalguía, y sin duda por esto, las primeras personas que entraron á apoderarse de cuanto dinero pudieran, fueron unas damas elegantísimas, de amplio traje de seda, sombrero con franjas de oro, abrigo de pieles y lujoso manguito. Iban en carruajes arrastrados por magníficos troncos de caballos, y entraron repartiendo sonrisas equívocas y miradas sensuales que parecieron muy bien á nuestro Azar, como hombre que al fin era.

En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron casi todos los billetes de Banco, que guardaron aquellas hermosas hembras en el bolsillo, en el manguito, en el forro de los sombreros y... hasta en la boca: hecho esto se alejaron de allí, si bien algunas, blandas de corazón de suyo, se detuvieron, y regalaron unos cuantos billetes á ciertos tipos achulados y patibularios que encontraron al paso.

Oyóse después una gran marcha, la de *Pan y toros*, y empezaron á desfilar hácia el templo infinitas cuadrillas de toreros con sus matadores al frente, marchando á compás con gracioso contoneo, entre los vítores de la muchedumbre ébria de entusiasmo: éstos acabaron con los billetes que aún quedaban y con una gran parte del oro.

Haciendo quebradizas piruetas, poniéndose ambas manos sobre el corazón, y con los ojos en blanco, como mirando el cielo, se presentaron luego unos extranjeros con estrafalarios trajes de diferentes épocas, largas melenas, atusado bigote y delgada perilla. Eran los cantantes de ópera, los cuales llenaron bolsillos, cascos, caperuzas y escarcelas con el oro restante.

Un confuso vocerío dejóse oír en pos, y aparecieron apostrofándose, gritando y discutiendo acaloradamente

los representantes del pueblo que, debatiendo, acerca de si una ley debía llamarse de sufragio ó electoral, llegaban rezagados: ya se habían lanzado sobre la inmensa montaña de plata, y aún se oían estas voces: "¡Pido la palabra para una alusión personal!" "¡No hay palabra!" "¡Que se escriban esas palabras!" "¡Orden, señores, orden!"

En un santiamén desapareció la pirámide de plata, cosa inverosímil y que produjo gritos de espanto y de admiración en la apretada muchedumbre.

A una seña de Azar, se acercaron los funcionarios públicos, formando un grueso hormiguero negro parecido á Dios en lo de no tener principio ni fin: hubo de adoptarse el procedimiento de que entrasen por una puerta y saliesen por otra, y aún así, declinaba la tarde y no concluía aquella falanje espesísima: cuando salió el último del Templo del Sol, apenas si quedaban sobre el limpio pavimento de piedra algunas monedas de cinco céntimos, sobre las cuales se arrojó el pueblo soberano, disputándose á puñetazo limpio aquellas miserables piezas de cobre.

Pero sobrevino un conflicto: ocupados en sus pensamientos, sus proyectos y sus obras, presentáronse á última hora los hombres de ciencia y de letras, á quienes el rey y sus ministros habían olvidado en el programa de la fiesta. ¿Qué hacer ahora con ellos? Eran pocos, y mal avenidos; pero sus clamores llegarían al cielo.

Azar se rascó detrás de las orejas, como buscando una idea: "¡Se quejarán,!" dijo á los ministros. "Cierto, le contestó el más avisado, pero lo consignarán en sus libros, y aquí nadie compra libros, ó se quejarán en verso, y ya sabe vuestra majestad que en este país nadie los lee."

Los escritores, entretanto, acordaban el nombramiento de una comisión para que representase ante el rey, y le hiciese ver lo injusto de que se les excluyese del reparto, pues eran también ciudadanos y hombres necesitados del diario alimento.

El rey observó lo que hacían y se hallaba, en realidad, perplejo.

—"Señor,—le dijo el primer ministro,—esa es gente

que se conforma con cualquier cosa: viven de ilusiones, se nutren de teorías y se alimentan con el aplauso.— Halague vuestra majestad su vanidad.“

Los ojos de Azar I brillaron como alumbrados por una idea luminosa, sonrió tranquilo, y exclamó después:

—“Pues es bien fácil arreglar á esa gente: á los sábios les diré que me expliquen sus teorías sobre el protoplasma... ¡Después de todo, ni ellos lo saben ni yo tampoco!... Y en cuanto á los poetas, ¿qué haré?... ¡Ah, sí! ¡Que me reciten versos!“

Madrid.



LOS PRETENDIENTES.

Por nuestra fortuna, nunca hemos ejercido los cargos de jefe del personal, ni de secretario particular, en ningún Ministerio ni de ministro alguno. Esto da inapreciable independencia á nuestra pluma, y como los curiosos tipos que pensamos sacar á escena no están copiados del natural, claro es que nadie puede darse por retratado ni por aludido.

Esto, que es una ventaja, se une á otras muchas cosas ventajosas también: tal vez hayamos presenciado de cerca alguna de las escenas que pensamos reproducir, escenas en que el protagonista tiene que callar mucho y hablar otro tanto: si el callar es difícil, aún es más difícil hablar: en lo primero no hay equivocación posible; en lo segundo sólo hay aciertos probables, y lo más conveniente es pensar mucho lo que se dice y decir muy poco de lo que se piensa.

Pero dejando estas digresiones á un lado, creemos que bastará con lo dicho para que el discreto lector se figure, con garantías de acierto, que las escenas siguientes se suceden en una de esas llamadas secretarías particulares de un Ministerio, no importa cuál, porque es lo mismo para el caso.

Tal vez no nos equivocaremos diciendo que los pretendientes pueden, como las especies zoológicas, clasificarse: un número exiguo de discretos, que apenas parecen aspirantes á nada, y siguen luego, en larga fila, los *inocentes*, los *listos*, los *temerones* y los *tontos*.

“¿Puede usted decirme—pregunta uno, como la cosa más natural del mundo—si ha venido una carta del ministro X, recomendándome, y enseñármela en caso de que haya venido?”

Este es un inocente que no sabe de la misa la media; habría que contestarle: ¡Pero, hombre de Dios! ¿no comprende usted que si le digo que sí, y la carta no ha

venido, me obliga usted á engañarle, y si le digo que no, queda en descubierto la persona que no ha tenido por conveniente recomendarle á usted?... ¡Enseñarle á usted la carta! ¡Pero, se figura usted que esto es una exposición epistolar!

A este mentecato sigue en órden de relativa importancia el pretendiente *listo*, ó que se lo figura él, y lleno de esta idea, se considera hombre de mundo, de esos que saben cómo se hacen las cosas y se van derechos al bulto, como cierta clase de animales que suelen morir en la plaza de toros.

“Yo deseo—dicen éstos en tono misterioso y bajando la voz como si revelasen secretos de Estado, que usted apoye mi pretensión: sé la influencia que tiene usted con el ministro, y si usted consigue destinarme“...

Y en esos puntos suspensivos pudieran colocarse esas palabras ambíguas en que es tan rico el hermoso idioma castellano, y que lo mismo envuelven una sencilla oferta de gratitud honrada, que una promesa villana de infame recompensa, promesa vaga que deshonra á quien la formula con velada intención y hábil frase, y que hace pensar un momento, de tal modo la profieren y la amparan la frecuencia y la calidad de las personas, en si es cosa corriente el formularla, y cosa corriente asimismo el admitirla.

Sigue á éstos el tipo del temerón, de pasos resueltos, ojos airados, palabra incisiva y ademanes bruscos: éste manifiesta hosca extrañeza por no haber sido atendido ya.

“Esto no puede ya tolerarse—exclama en tono trágico—patibulario:—¡á mí me recomienda un ministro, y á él y á mí se nos desaira! ¡Es cosa de armar un escándalo! ¡Digo, y que no soy yo hombre para el caso! ¡Lo que tengo de buen empleado tengo de bruto cuando llegan las ocasiones!“

Y éste al retirarse cuenta á los porteros que el secretario particular, que ahora se dá tanta importancia, ha servido á sus órdenes y que hasta favores de consideración le dispensó cuando era aquél un pobrete.

“¡Figúrense ustedes—exclama con voz terrible—que en una ocasión ese hombre no tenía un céntimo, y yo... yo... le dí las señas y el nombre de un usurero!”

Por galantería, quisiéramos hacer caso omiso de otro pretendiente; pero ¿cómo dejar en el tintero aspecto tan importante de este asunto?

El pretendiente es una Eva, pero una Eva capaz de hacer perder otro Paraíso; es alta, rubia, gallarda, elegante: sus ojos queman: sus miradas provocan, sus movimientos incitan: su belleza exhala un aroma de embriagadora sensualidad: ya ella lo sabe, y semejante á esos aguerridos ejércitos de los Césares, marcha segura á la victoria.

Esta mujer tentación, busca hora en que hablar á solas: habla lo primero de su marido ausente, investiga el camino de la insinuación eficaz, ofrece su casa en que devora en silencio amargas soledades, y habla de gratitud y de sacrificio.

Y entra en escena el más notable tipo de la especie: es un tonto disimulado que en cierta ocasión obtuvo, no se sabe cómo, un puesto de importancia. A cada cambio político se pone la levita y empieza á visitar á las personas influyentes: no pide nada de un modo concreto y sólo se hace presente; el gobierno lo llamará porque necesita hombres de confianza. A lo sumo, se permite decir.

“Me convendría el Gobierno civil de Madrid.”

“¡A mi también!”—sería oportuno contestarles; pero se ofenderían.

—“¿Sabe usted—preguntaba uno de estos—si el ministro ha pensado en mí?”

“¡Quiá! ¡No, señor! ¡No creo al ministro capaz de tan malos pensamientos.”

Madrid, 1890.



USOS Y ABUSOS DE LA ESTADISTICA,

POR D. J. JIMENO AGIUS.

Quizá extrañen algunos que hoy se escriba un artículo acerca de una obra publicada el año 1882, obra juzgada yá por las personas doctas en la materia; pero, sobre la razón de que los buenos libros son de actualidad permanente, hay otras dos que bastan á justificar este trabajo modestísimo: la que se expresa con decir que nadie puede celebrar una cosa hasta conocerla, y el deseo de difundir la afición á este órden de conocimientos, poderosos auxiliares, ya que no base, de la Economía política, de la pública Administración, y, en general, de todas las ciencias sociales.

No es el objeto principal de este escrito celebrar la obra importantísima y, por todos conceptos, notable del señor Jimeno Agius, ni encarecer la claridad de su exposición, la observación aguda y minuciosa que revela, la vigorosa dialéctica, los profundos conocimientos estadísticos, que presentan á su autor como competentísimo, como el más competente, para decirlo de una vez y sin rodeos, de cuantos se consagran á ese órden de estudios en España. Tales celebraciones son innecesarias; la obra contiene, en sus mismas páginas, su mayor elogio.

El que desée conocer los orígenes históricos de la Estadística, siquiera sea en el estado embrionario propio de los pueblos primitivos; la importancia social, política y económica de esa *conciencia del Estado*; el valor de los promedios, señaladamente los llamados *subjetivos*; los medios de observación, procedimiento y certidumbre para obtenerlos; los métodos de la Estadística; las exageraciones de sus detractores, los apasionamientos de sus adeptos; la forma de exámen y comparación de los fenómenos sociales, sus principios fijos ó variables, sus leyes permanentes, puede acudir á la bien escrita obra

del señor Jimeno Agius, en la seguridad de encontrar en ella datos cumplidos y explicaciones luminosas.

Otro es el objeto del estudio presente, además de los indicados en su comienzo: el señor Jimeno Agius analiza la Estadística en sus procedimientos complejos, en sus aplicaciones variadísimas, y, después de consignar las definiciones de los tratadistas más ilustres, sin aceptar, con sobrada razón, ninguna, la despoja de su carácter de ciencia, y declara que es un método experimental, siendo lo notable del caso—dicho sea en honor suyo,—que, con la amplitud misma é importancia científica de su trabajo, nos persuade precisamente de lo contrario.

Sabido es que nada hay más escabroso y difícil que las definiciones: ó por sencillas, apocadas y breves, apenas dicen, ó por amplias, figuradas y especiosas, pretendiendo expresar mucho, no dicen nada: lo mismo que con las ciencias sucede con meros conceptos científicos, como el de Estado. Nada prueban, por lo tanto, la deficiencia y variedad de las definiciones. Hay, por otra parte, respecto á la Estadística, algunas que se aproximan á lo que se intenta definir: Colmeiro se inclina á admitir la de Moreau de Jonnés, completándola con la de Dufau, y agrega una observación preciosa; que esta ciencia es á la Economía política, lo que la Anatomía á la Medicina. Ambas definiciones se aproximan mucho á la ciencia definida, ó reflejan su concepto fundamental, como la que formula Del Prato diciendo que es la que estudia, con el auxilio de la inducción matemática, las leyes porque se rigen los fenómenos sociales.

Por otra parte, no hay léxicon ni Diccionario de Economía política que no otorgue á la Estadística la condición de ciencia, si bien los últimos, insertando las definiciones dadas por los más celebrados estadísticos, como Achenwall, Schlezer, Sinclair, Schubert, Quételet y otros, cual si se reconociese la insuficiencia de todas; pero este argumento no puede tener fuerza para el entendido autor de *Usos y abusos de la Estadística*, y se con-

signa la observación á título sólo de la unanimidad que representa.

Claro es que el nervio de la Estadística lo constituye un método experimental, pero esto debe entenderse en cuanto á los medios, no en cuanto al fin, y aún los medios mismos, si son fijos y ciertos, forman base científica. Confundiendo el procedimiento con la finalidad, muchos psicólogos han dicho que la filosofía es un método, y algunos positivistas modernos le han negado el carácter de ciencia por no tener, como base, el criterio experimental. Errores son éstos, aunque dignos de respeto, ya por el eminente puesto científico de sus autores y propagadores, ya por la sinceridad de sus convicciones en la materia; pero ciencia es aquella que analiza un orden ó varios órdenes de fenómenos, los somete á raciocinio y descubre principios y leyes. Asimismo se expresa un escritor ilustre respecto á las ciencias experimentales: "La observación—dice—recoge hechos, la experiencia aumenta los datos y el raciocinio generaliza, descubre leyes, erige principios y deduce consecuencias." Estableciendo las relaciones de causa y efecto, no importa que se desconozca la naturaleza íntima de la causa, aunque, como afirma J. B. Say, el modo con que las cosas son y el modo con que suceden, es lo que se llama la naturaleza de las cosas.

La gramática empírica de una lengua—de uso corriente en todas las naciones,—constituye un arte; pero en cuanto esa gramática analiza los elementos históricos del idioma, lo compara con otras lenguas, investiga leyes morfológicas y fonéticas, y establece los principios fundamentales de la unidad de flexión, la gradual debilitación de las vocales—cuya transición y vibraciones explica el triángulo orcheliano,—la transformación de las consonantes, y la universalidad del mecanismo filológico, se convierte en ciencia, aunque ignore las misteriosas leyes fisiológicas por que se rige la palabra humana. Podrá desconocer la Medicina si los micro-organismos son origen ó vehículo propagador del principio morbosos, mas no

por eso negaremos el carácter de ciencia á la Microbiología, ni á sus admirables estudios de las colonias artificiales de *bacillus*.

Cierto que la Estadística "registra toda suerte de hechos, cualquiera que sea el orden ó clase á que pertenezcan, como puedan ser expresados por medio de cifras", y que los fenómenos que estudia, en ocasiones "no tienen valor alguno sino como noticia descriptiva ó como dato administrativo", según afirma el señor Jimeno Agius; pero en nada se amengua su carácter científico porque estudie fenómenos heterogéneos, en lo que tiene la Estadística muchos puntos de semejanza con la Historia, hasta el extremo de haber inspirado al ilustre sucesor de Achenwall en la universidad de Gotinga la hermosa frase de que la Historia es la Estadística en movimiento, como esta última, la Historia en reposo.

Efectivamente, la Historia recoge toda clase de hechos y fenómenos sociales, así de orden político y militar, como religioso, científico y literario: pide auxilio á la Geografía para las relaciones de lugar y tiempo, y al deducir consecuencias y enseñanzas, busca el amparo y la autoridad de la Filosofía. Es verdad que "lo único verdaderamente útil en las ciencias de aplicación, son las aplicaciones"; pero no todas las ciencias de aplicación la ofrecen dentro sino fuera de sí, como acontece con las matemáticas, aparte su sentido especulativo. La Estadística tiene, además, finalidad en sí misma: analizando, por ejemplo, el fenómeno de la natalidad y del predominio sexual según el número de matrimonios legítimos ó de uniones ilegítimas y según la aglomeración de población ó la población específica de una región dada; y observada en identidad de casos y en países y razas diversos, la repetición del fenómeno, aunque difiera en intensidad, puede desde luego elevarse el hecho á principio permanente, el fenómeno á ley natural constante, cuyas relaciones de causa y efecto son conocidas, bien que el remedio del mal ó la modificación del fenómeno corresponda á la acción gubernamental de los Estados. Como

procedimiento, como método experimental, la Estadística constituye parte integrante de toda Geografía política y comercial, robustece los principios fundamentales de la Economía política, ó *social*, como, con mayor acierto, la denominó Scialoja, sirve de base única á toda Administración regular y ordenada, y ofrece á las ciencias médicas inapreciables datos y observaciones, en su aspecto demográfico-sanitario. Esto demuestra la afinidad y compenetración, la solidaridad de las ciencias, ó dicho aún mejor, la unidad de la ciencia, que, en su sentido abstracto y repitiendo una frase hecha yá, es la *conciencia de la vida universal y de sus leyes*.

Circunscribiendo la Estadística á sus funciones propias é inmediatas, preciso es considerarla como una ciencia auxiliar de las demás políticas y morales, señaladamente de la Economía, por lo que se la ha llamado muy bien *Anatomía económica*. Considerada como método, su división fundamental es en descriptiva, matemática y gráfica; considerada como ciencia de fines múltiples y aplicaciones propias se la ha dividido arbitrariamente en *Aritmética política* y *Estadística moral*.—*Teoría de probabilidades*: Laplace, Lacroix y Quételet,—afirmando Garnier que ésta consiste en una aplicación de ciertos cálculos probables y otros medios aritméticos á la determinación de los fenómenos morales de la especie humana.

Tanto debe huirse de estos apasionamientos científicos, como del injusto desdén con que J. B. Say trató á la Estadística, si bien rectificó más tarde sus opiniones, publicando en la *Revista Enciclopédica*.—Septiembre de 1827.—varios artículos sobre el objeto y utilidad de esta ciencia. Precisamente los progresos de la Estadística han de influir de manera decisiva, más que en otras ciencias, en la Economía política, cuyos sistemas cerrados é ideales utópicos, desacreditados hoy—escuelas fisiócrata é industrial, sansimonismo, etc.,—huella tan funesta y larga dejaron tras de sí. La antigua y aun viva contienda entre el libre cambio, teoría sin realidad, y el proteccionismo ó cambio restringido, realidad sin teoría;

los vitales principios debatidos en las famosas *divisas* del autor de las *Armonías económicas*, recibirán luz clarísima y datos preciosos de la Estadística, y aunque nunca obtenga confirmación la frase inhumana de Helvecio, acaso se salga de las penumbras de lo opinable y no haya duda respecto á que los intereses individuales no se suman, se restan, ó, como asevera un economista eminente, el interés mayor absorbe al menor, y á que en el opuesto extremo, á la negación del individuo se une la más atrevida negación de la sociedad.

Pero dando de lado á apreciaciones que necesitan la firma de lo porvenir, como garantía, y la sanción del tiempo, como realidad, es hora de tratar, aunque ligeramente, de la influencia que ha de ejercer la Estadística en la Administración pública, uno de los puntos que con mayor lucidez desarrolla en su libro el Sr. Jimeno Agius.—“Lo que caracteriza á la historia,—dice,—lo que jamás deja de encontrarse en sus páginas, es una aspiración constante y universal hácia el bien, hácia la justicia y el perfeccionamiento, y éste es también el ideal de la Estadística;” y más adelante agrega, encareciendo los fines del Estado, que “la Administración es la providencia terrena de los pueblos... así es que dá á conocer en todos sus elementos y condiciones la población, dato importantísimo que representa el poder, la riqueza y el alma de los Estados; explora y manifiesta con todos sus detalles y pormenores el territorio, que es el hogar y el patrimonio de los pueblos; fija con toda exactitud el grado de desarrollo y cantidad de productos de la agricultura, de la industria y del comercio, manifestaciones importantísimas del trabajo que revelan el bienestar presente de un país, y sus esperanzas para lo futuro; suministra fórmulas precisas para repartir con igualdad los impuestos.”

No cabe descripción más feliz de la Estadística. En la primera frase que se transcribe, queda confirmado, en lo esencial, cuanto se sostiene en este trabajo. ¿Cómo, si no fuese ciencia la Estadística, podría, por sí, aspirar á ideales tan altos como el bien, la justicia

y el perfeccionamiento humano? Nada hay que añadir á lo demás que se copia: sin Estadística no puede haber Administración, y su detenido estudio y el conocimiento de la Economía política, del Derecho administrativo, del Derecho político y de la Contabilidad, exigidos rigurosamente para el ingreso de los funcionarios públicos, harían, por esta sola condición, respetable y fija la carrera administrativa del Estado. No sería necesario más, para que la Administración rompiese de una vez sus viejos y rutinarios moldes, sustituyendo el empirismo con la doctrina, el infecundo expedienteo con soluciones previstas y rápidas, y con actos conscientes y previsores las timideces propias de los tanteos administrativos: el Estado apreciaría de una ojeada su riqueza y sus medios, y dejaría de ser el dueño receloso que, desconociendo sus recursos é intereses, merma y vigila las funciones de sus administradores, entorpeciendo la marcha de sus propios asuntos y dificultando el desarrollo de su misma prosperidad.

En Filipinas, donde aumentan de día en día la agricultura, la industria y el comercio; donde la población crece, excepto en contadas provincias, por causas accidentales; donde la producción se multiplica, ejercería la Estadística funciones salvadoras, desenvolviéndose en línea paralela de esos progresos, señalando á la Administración abusos y males que corregir, y energías sociales y manifestaciones de riqueza que impulsar y favorecer. La fundación de un Centro superior de Estadística, como en otro orden de ideas la de una Dirección de Estudios ó de Instrucción pública que diera ámplia organización á la enseñanza en todo el Archipiélago, acaso sean las dos primordiales necesidades de este país, y los fundamentos de su prosperidad moral y material en lo futuro.

Señalado servicio ha prestado el Sr. Jimeno Agius á España y á la Administración pública con su excelente obra *Usos y abusos de la Estadística*; y si hoy procurase—yá habrá pensado en ello,—dentro de las iniciativas

de su posición oficial, la instalación del mencionado Centro superior de Estadística y la de negociados técnicos en las oficinas provinciales, prestaría también un servicio eminente á la Administración de esta vasta porción del territorio nacional, al par que dispensaría á Filipinas un bien incalculable.

Manila. 1892.



DIFERENCIAS

ENTRE LA CRÍTICA Y LA PINTURA DE MENGES.

A pesar del largo espacio de tiempo que nos separa ya del famoso pintor bohemio Antonio Rafael Mengs, y de lo mucho que se ha escrito acerca de sus obras críticas y de las creaciones de su pincel—y tal vez á causa de esto último—puede afirmarse que aún no ha dictado la posteridad su definitivo fallo, y está todavía abierto el juicio sobre el puesto de honor que corresponde á tan notable artista, como entre otras cosas, lo prueban los exagerados elogios y las censuras apasionadas unidos á su nombre, su anterior prestigio y su hoy decaída celebridad.

Señaladamente es todavía objeto de general controversia si la absoluta soberanía que ejerció sobre el gusto de los pintores españoles de fines del siglo pasado y principios del presente, fué origen de decadencia ó de restauración de la pintura nacional, pronunciándose por la primera opinión, escritor tan celebrado como D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y el crítico de artes D. Augusto Danvila en un concienzudo y notable estudio publicado en la *Revista Contemporánea* correspondiente al 30 de Marzo de 1886; y por la última, D. José Caveda en sus conocidas *Memorias* para la historia de la Academia de Bellas Artes.

Este escritor asegura, á propósito de los frutos obtenidos por las doctrinas de Felibien, Sulzer, Milizia y Mengs, *que la crítica sucedió á la erudición, el análisis á las vagas apreciaciones, el libre exámen al principio de autoridad, la teoría científica al empirismo y la rutina;* y, hablando del estado de la pintura á la llegada de Mengs á España, agrega que reinaban la mayor anarquía y la decadencia más desastrosa, de que no se libraron los artistas de aquel período, tales como Figueroa, Gi-

meno, Espinal, Tapia, los dos González Velázquez, Viladomat, Giaquinto Corrado y los dos Tiépolo.

Dejando para más adelante la apreciación de este acertado juicio, conviene, lo primero, entrar en el exámen de las teorías de Mengs sobre el arte; exámen que nos llevará, como de la mano, á término de marcar las diferencias profundas y esenciales que existen y son dignas de observar entre los principios artísticos del pintor y el color y artificio de sus lienzos.

Si se estudian con detenimiento las obras críticas de Mengs, adquiere la convicción de que no está en lo cierto quien suponga que el famoso pintor pensionado por Carlos III, sostuviese teorías idealistas puras sobre arte, cuando sus principios son precisamente de un marcado eclecticismo; y se advierte, con pena, que no ha entendido bien su carácter, quien, extraviado por las indiscretas exageraciones de Azara, lo moteje de pedante. De ser el primer pintor del mundo á ser uno de los maestros y pintores, media un abismo, lo bastante profundo para medir el dislate del panegirista, pero no tan hondo como para sepultar la merecida gloria de Mengs.

Si éste, confundiendo los cercanos conceptos de belleza y de ideal, define la primera como *noción intelectual de la perfección*, corrige en diversas partes de sus obras el error, ó completa su pensamiento definiéndola como *apariencia de perfección* (y ya vemos aquí un concepto real de la belleza externa) alma de la materia é idea ó imagen de la perfección posible. Al combatir como insuficiente la antigua teoría de la imitación de la naturaleza, oponiéndole el fundamental principio de la naturaleza corregida según nuestras ideas, proclamó la ley esencial de la elección, ó como se dice en tecnicismo corriente, selección artística; y sus doctrinas, en el fondo, no son otra cosa que la moderna teoría de Taine, de la sensación original, dentro de la cual deben comprenderse como indispensables elementos de la obra de arte, la imitación de la apariencia sensible, la relación y armonía de las partes y el que llama el eminente escritor carácter

esencial. No puede, pues, rechazarse, y no rechaza Mengs, la imitación de la naturaleza; pero no la admite, porque no puede admitirse como fin, sino como medio en el arte. Sobre este punto son claras sus palabras: "Como el arte—dice—participa de ambas cosas (ideal, imitación), aquél será mayor maestro que las posea entrambas." Hasta en cierto modo, aparece como empírico Mengs, cuando aconseja en sus *Reflexiones* que "debe anteponerse la práctica á la teórica."

Mucho hay que decir también respecto á su veneración por las estatuas griegas y respecto á la rigidez de su dogmatismo. Ante todo, ¿desde cuándo acá ha de considerarse delito la admiración por el Laoconte, el Torso de Belvedere, el Gladiador y el Apolo? No por esto vincula Mengs la belleza en esas obras inmortales. Pruébanlo su juicio de la *Ester*, de Pusino. "Ester es hermosa (dice), pero estatua"; luego creía que la pintura aunaba superiores medios de expresión y de verdad que la escultura. Sus investigaciones acerca de los pintores griegos y de la gracia en que á todos era superior Apeles; el no haber proscrito, á pesar de los desatinados consejos de Azara, el estudio del modelo vivo, y tanto como todo esto, los justos elogios que tributa á cuadros de tan diferentes escuelas, como el *San Jerónimo*, de Rivera; la *Adoración de los Reyes*, de Rubens; el *Prendimiento de Cristo*, de Van-Dyck; la *Bacanal*, de Tiziano; los retratos de Velázquez *Felipe IV á caballo* y el *Conde Duque de Olivares*, y especialmente el lienzo famoso de *las Highlanderas*, y su insigne autor, que le inspiran las siguientes frases entusiastas: "Es de su último estilo y hecho de modo que parece no tuvo parte la mano en la ejecución, sino que le pintó sólo la voluntad. En este género (Mengs le llama naturalista) es obra singular."

Pero el entusiasmo de Mengs sube de punto al estudiar las obras de Rafael, Correggio y Tiziano; si sacerdote austero de la verdad, proclama como heraldos del Renacimiento á Giotto y Leonardo de Vinci, ardiente enamorado de la perfección, ensalza en sus escritos y per-

sigue locamente en sus cuadros la sublime expresión y el diseño de Rafael, la gracia y el claro-oscuro de Correggio, y el colorido de Tiziano. Sus juicios sobre estos tres grandes pintores aún hoy coinciden con los de los mejores críticos; del pintor—poeta de Urbino, de quien publica cinco sonetos á la Fornarina, entre ellos el bellissimo que concluye con este verso:

E però taccio, a te i pensier rivolti,

afirma Gruyer que en el retrato conocido por la *Gravida* hay yá el alto estilo y la expresión, y el diseño, elementos constantes de sus posteriores obras maestras. De Tiziano dice Cavahassel que no tiene la grandiosidad del estilo de Miguel Angel, ni la elegancia de Rafael, ni la gracia convencional del Correggio; pero que sus figuras tienen carne y sangre, y es mágico el efecto de su claro-oscuro.

Tanto al juzgar á Rafael como al Correggio, halla frases felices, como la referente al cuadro *Las Hilanderas*, y que demuestran su admiración entusiasta, su respeto incondicional á tan egregios pintores. Dice Mengs, hablando de las excelencias del Correggio, que este artista *fué el medio día del arte*. De los cuadros de Rafael, afirma que *lo que falta es siempre poco en comparación de lo que hay*. Creo que con este elogio de la posteridad puede darse por satisfecha la gloria del mayor artista.

Tampoco es muy cierto que Mengs afectára desdén hácia las obras pictóricas de Miguel Angel, en quien celebra el atrevimiento de la concepción, los profundos conocimientos anatómicos y el acertado juego de los músculos en reposo y en movimiento. Pero no es ésta la principal acusación que se lanza contra la memoria del insigne pintor bohemio; se le acusa nada menos que de haber esterilizado con el precepto y el ejemplo á toda una generación de pintores. ¿Qué había en España en orden á pintura á la llegada de Mengs para que fuese tan perniciosa su influencia?

Ya se ha dicho, con referencia á un acertado juicio de Caveda: decadencia y anarquía. Corrado, y los Tiépolo señoreaban la pintura; Giaquinto Corrado, de incorrectísimo y caprichoso diseño, de colorido brillante y fastuoso, pero falso; Domingo Tiépolo, aún de inferior dibujo y de más abigarrado color; y Juan Bautista Tiépolo, cuyos lienzos de color agrio y desabrido, cuyos blanquecinos fondos y Cristos de carnes de marfil, aún se contemplan en el Museo del Prado.

En cambio deja Mengs discípulos notabilísimos, como Bayeu, Maella y el insigne pintor de retratos D. Vicente López, de quienes hablaré más adelante, y no estorban sus doctrinas la aparición y desarrollo de uno de los más geniales pintores españoles, el incomparable Goya. Y consisten los fenómenos antes apuntados en que no se acierta á perdonar á Mengs las diferencias profundas que, á no dudarlo, existen entre sus ideas estéticas, y sus creaciones artísticas, ni la distancia que media entre la altura de su crítica y el discutido mérito de sus cuadros. Ecléctico Mengs, con el eclecticismo de los grandes artistas, desarrolla con elocuencia de maestro tales principios en sus escritos, y al pretender realizarlos con su pincel, lo grande de la empresa, adivinada y entrevista, embarga su ánimo, merma sus facultades creadoras y detiene sus atrevimientos de pintor, y allí donde iban á estamparse los rasgos deslumbradores del genio, palidecen las timideces de rebuscada perfección del crítico; donde se vé el principio de una audacia, se adivina la mano sustituyéndola con fría corrección de dibujo; el caso es que no haya un descuido censurable, que no se note una huella del pincel en sus esmerados cuadros. En sus escritos se observa que percibía intensamente la belleza y el color; que sentía de cerca la naturaleza, y al manejar la paleta, al tomar en su mano los pinceles veía la belleza, sentía el color y observaba la naturaleza, á través de los lienzos inmortales de Rafael, Correggio y Tiziano. La belleza de sus obras pictóricas es, por lo tanto, belleza de reflejo; sus facultades de colorista se confunden con

la imitación de diversos coloridos ajenos; su naturaleza no es sentida sino estudiada en las obras maestras, y sólo son suyos la corrección exquisita del diseño y la perfección del estilo. Pero aún en esto, bueno es recordar lo dicho por Lista á propósito de la acusación contra Virgilio de haber imitado á Homero. Imitar y sentir á Homero es sentir é imitar la naturaleza.

Estas cualidades bastan, sin embargo, para hacer de Mengs un artista de superior talento, un crítico eminente, un pintor insigne para quien, como para otros muchos, la gama de los colores constituye el alfabeto de la inmortalidad. Claro es que sus cuadros no resisten la comparación con los lienzos de Rafael, Velázquez ó Murillo; pero esto mismo pasa á las obras de otros ilustres pintores, que, colocadas al lado de las grandiosas de aquéllos, se oscurecen como estrellas que parpadéan incapaces de resistir las miradas vencedoras del sol. Los espacios del arte son inmensos como la bóveda celeste, donde los mayores soles y los más remotos planetas pregonan por igual las maravillas de la creación; el mar, imágen de lo grande en nuestro globo, consta de muchas olas; acaso algunas se elevarán más que otras, pero todas reflejarán el vigoroso empuje y los dilatados límites del poderoso elemento.

Y esto no es decir que Mengs sea una medianía en el arte. Sobre esto hago mías las discretas palabras de un distinguido crítico, D. Rafael Balsa de la Vega: "No seré yo, dice, ciertamente, quien, al igual de los detractores del siglo pasado, incluya al insigne pintor entre las medianías ni de su tiempo, ni de ningún otro."

Razón tiene el ilustrado escritor: la misma celebridad que le huye, la misma popularidad que se aleja del nombre de Mengs, acaso sean su mayor elogio; que la popularidad suele ser el santuario de las medianías. Un desdén sistemático hizo que algunos de sus cuadros se colocaran en oscuros pasillos del Museo, y allí están faltos de luz y faltos de la admiración que merecen. La misma injusticia pesa sobre sus cuadros que sobre su

carácter y sus obras críticas; se le acusa de rígido y pedante, y basta leer su carta dirigida á Mr. Esteban Falconet, escultor francés que le combatió ruda y groseramente, para convencernos de su carácter afable y generoso, de la amplitud de sus horizontes artísticos, y de su modestia sincera, digna, en nuestros tiempos, de citarse como ejemplo. "Me he propuesto, dice en este escrito,—imitar los méritos eminentes que veo en los otros, contentándome con ser el último de los que van por el buen camino, antes que pretender ser el primero de los que siguen la falsa y brillante gloria." Sus doctrinas, que no su carácter, se impusieron á hombres del talento y de la erudición de Winckelmann y de Azara: sus principios eclécticos prepararon fácil transición á la buena escuela realista española, que ha llegado hasta nuestros días, y la esmerada ejecución de sus obras pictóricas restauró la escuela del buen gusto y la nobleza y elevación del arte.

Mención especial merecen, á juicio del que escribe este ligero estudio, tres cuadros del llamado pintor-filósofo: la *Adoración de los pastores*, el hermoso retrato del infante D. Antonio Pascual, hijo de Carlos III, y el del propio pintor, que está inacabado. Recuerda el primero, hace renacer mejor dicho, el estilo, la expresión moral, el colorido de Rafael en sus cuadros famosos *La Perla* y el *Pasmo de Sicilia*, y tiene efectos de claro-oscuro, dignos del Correggio; el infante D. Antonio Pascual, ostenta correctísimo y elegante dibujo, color bien empastado y brillante, y carne llena de animación y verdad, sin los tonos de nácar y rosa que disminuyen el mérito de otras figuras de Mengs: el retrato del pintor, por lo mismo de no estar concluido y hallarse la pintura menos lamida que de ordinario, es obra merecedora de larga atención y estudio.

Analizadas quedan las teorías del pintor ilustre, en la medida y con la extensión que permite un trabajo de esta índole, y su verdadera influencia en la entonces decaída y extraviada pintura española. De su ejemplo como

colorista, son hijos legítimos, según ya se ha dicho, Bayeu, Maella y D. Vicente López. El *Cristo crucificado* del primero, entre sus obras alegóricas, acusa un diseño excelente y color bien sentido, y de estas cualidades, aunque en menor grado, participa Maella, pintor de altas dotes, demostradas plenamente en sus marinas y en *La Asunción*, existentes en el Museo del Prado. Los retratos de D. Vicente López son de un relieve, de un color, de una verdad realmente asombrosos. Todos tres, especialmente el último, pertenecen á la raza de los grandes pintores. ¿Qué persona de buen gusto no preferirá estas obras, á las desdibujadas figuras de Corrado, al colorido falso de Domingo Tiépolo, y á los cuadros desmayados é incoloros de Juan Bautista?

Si á alguien perjudicaron las teorías del pintor bohemio, fué al mismo Mengs: su noble afán, su sed infinita de perfección, hiciéronle nimio y apocado: sus largos estudios de los más grandes pintores, le hicieron concebir una loca desconfianza de sí mismo y un visible desaliento, propio de un artista de menores fuerzas; pero aún estas faltas son en Mengs doble título al respeto de la posteridad, como lo fueron á la apasionada admiración de sus contemporáneos. Artista egregio, si por tal debe entenderse el talento humano en grado artístico supremo, ocultó su génio bajo las apariencias de su ingenio, y sus audacias de pintor bajo el severo influjo de su constante idea de perfección y de maestría. De él, y señaladamente de sus condiciones de pintor, ha hecho descripción fidelísima y juicio exacto y definitivo, uno de los más eminentes críticos de artes. Como su opinión respetable puede servir de escudo á la modestísima mía, terminaré con sus elocuentes palabras. No es necesario decir que me refiero á Viardot:

“Es cierto—dice hablando de Mengs—que el arte de las grandes épocas volvió con él á aparecer un momento; que de nuevo encontró la severa corrección del diseño, la nobleza del estilo, el vigor de la expresión, la belleza ideal, la ejecución castigada y llena de encantos; en fin,

todas las más exquisitas cualidades de la pintura. Solamente la delicadeza un poco rebuscada de su pincel dulce y tímido recuerda las primeras lecciones que recibió para pintar en miniatura sobre esmalte."

Madrid.



OTOÑO.

Como espectador silencioso sentado en los bordes del triste camino de la vida, vé el hombre desfilan ante sí, siempre sucediéndose y sin momento de reposo, las estaciones, que son el relój del tiempo y las señales fugitivas de sus pasos.

Nuestro planeta es para el hombre la esfera inmensa de ese relój: marca sus horas la primavera con hermosa aguja de oro adornada de flores; el verano con haz de espesas y doradas espigas; el otoño, con secas ramas de hojas amarillas; el invierno con fría aguja de nieve.

Representa la primavera la infancia y la juventud; el verano, la edad madura; el otoño, el declinar de la vida, y el invierno la decrepitud y la muerte. Imágen de la existencia universal, esas son las páginas deslumbradoras y elocuentes en que el más acabado y el más hermoso de los libros, la Naturaleza, deja leer á los mortales las estrofas sublimes del gran poema de la vida.

Algo nace en el corazón del hombre al sentir los efluvios de la primavera: algo palpita en el alma de la mujer cuando juegan con sus cabellos y acarician sus párpados y se detienen en sus lábios esos tibios besos del aire impregnado del penetrante aroma de nardos y rosas y azahares, y poblado de silenciosas promesas y misteriosas armonías.

Algo fructifica en el sér humano en los abrasados días del estío; algo se agosta al sentir las brisas primeras del otoño; algo muere con el roce de las alas brumosas y heladas del invierno.

Y así se suceden las estaciones arrancándonos, piadosas unas veces, despiadadas otras, tristezas, y alegrías. Hay ojos que se cierran y corazones que se embotan para vivir unos en perenne primavera, siquiera como esa vida artificial y enfermiza de las flores de invernación.

dero; otros, para encerrarse en esas brumas eternas que son para el alma otoño continuado, ó en las perpétuas nieves de un invierno sin fin, anticipada y triste muerte del espíritu.

Pero no mueren las estaciones, no muere ni pasa el tiempo: se reproduce sin cesar, se repite sin término: sólo pasa el hombre, la unidad de un sér, porque también la humanidad perdura y renace de sí misma y se reproduce sin término: también el enjambre humano invade en tumultuoso tropel el largo camino de la vida: cuando un sér desaparece, varios se disputan con ardor el puesto que deja vacío. Y todos prosiguen el eterno viaje: los niños son viajeros que llegan; los ancianos, viajeros que se alejan.

Los hombres maduros son viajeros que descansan un momento en la mitad del camino de la vida: á un lado se elevan, como confusas sombras, los recuerdos del pasado; avanzan por el otro, como iluminadas por resplandores de auroras, las promesas del porvenir. Esos se hallan en el otoño del espíritu.

Y el otoño es la estación de la melancolía. En esta época del año, la tierra parece cenicienta y el cielo parece gris: los árboles semejan esqueletos de gigantes sorprendidos por instantánea muerte en actitud de orar, con los brazos elevados al cielo. Ni una hoja en sus ramas ennegrecidas, ni verdura en los campos, ni flor en los jardines.

Por todas partes, ráfagas de aire frío y penetrante, que á un tiempo hiela y quema: por todas partes, hojas amarillas y secas que tristemente crujen bajo la planta del hombre, como exhalando un quejido: más compasivas las aguas de estanques y ríos, las reciben amorosamente sobre sus ondas dormidas de color plumizo, ó las arrastran con lentitud, entonándoles con suaves murmullos, sentidas elegías y fúnebres canciones.

Y estas notas forman el himno melancólico del otoño: son esos ruidos tristes y apacibles que bienen á turbar dolorosamente nuestros oídos, los quejidos de los árbo-

les, los gemidos de las hojas los ayes del viento, los murmullos de las aguas. Es la Naturaleza que muere y entona sus propios funerales.

Por todas partes murmullos que suben al cielo con el fervor de una plegaria. Mientras, el tiempo, ha depositado ya en el seno de la tierra fecundísima, para que allí se nutran y se desarrollen, bajo los sudarios de nieve del invierno, los gérmenes de un nuevo florecimiento y de una próxima primavera.

Para otras zonas más afortunadas, ha querido el tiempo ocultar toda noción de momentos sucesivos: tal vez esas regiones guardan á estas horas en sus recónditas entrañas la historia futura del mundo, y los sagrados gérmenes de otros séres más felices, y acaso sean el vasto encénario en que se desarrollen los grandes sucesos de venideros siglos, ideales más altos y civilizaciones más perfectas.

A estas horas, en que el otoño extiende sobre la Europa occidental su manto de tristezas, las regiones tropicales muestran ufanas su pompa eterna de eterna primavera: la antilla menor, Puerto-Rico, esa hermosa Suiza sin nieves, despliega ante el cielo, como una sonrisa, sus árboles espesos y gallardos, sus valles risueños y sus montañas coronadas de vegetación varia y riquísima.

A estas horas, *la perla del Oriente*, Manila, sacudirá perezosamente su sueño matinal, como los árboles frondosos las gotas de rocío con que los salpica la aurora: un sol de fuego fecundará la tierra y formará esas nubes densísimas en que la electricidad estalla purificando la atmósfera y torrenciales lluvias se desprenden y caen como alimento necesario á la vegetación vigorosa de las islas vírgenes y de los jóvenes continentes.

En tanto esta vieja Europa prosigue el himno, la elegía tristísima del otoño. Son los quejidos de los árboles, los gemidos del viento, los ayes de las aguas, que entonan funerales á las muertas hojas, hasta que el invierno las sepulte en su tumba de nieve.

Madrid, octubre, 1889.

LA ENTRADA

DE ROGER DE FLOR EN CONSTANTINOPLA.

(Cuadro del Sr. Moreno Carbonero.)

Destinado el cuadro del Sr. Moreno Carbonero *La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, al mismo tiempo que á perpetuar un memorable suceso histórico, á marcar una fecha y señalar un triunfo más de la pintura moderna, yá la crítica se ha ocupado extensamente en obra tan digna de fijar la atención pública, y conocidas plumas se han apresurado á enumerar las inegables bellezas y los defectos, acaso inevitables, de esta creación artística.

La importancia desde el primer momento concedida á lienzo tan hermoso, á las claras demuestra que, sin establecer prelaciones ni preferencias, se trata de una obra que viene á formar parte de esa larga y gloriosa série que empieza en el *Testamento de Isabel la Católica*, del insigne y malogrado Rosales, prosigue en *Doña Juana la Loca* y la *Rendición de Granada*, de Pradilla, y, por suerte del arte español, no ha terminado en el *Fusilamiento de Torrijos*, de Gisbert, hallando digna coronación en este gallardo y último esfuerzo que embeleece, desde no ha mucho, el salón de conferencias de la alta Cámara.—El presente artículo no es, pues,—y nunca podría serlo dada la incompetencia de su autor,—una crítica más; y si ha de añadirse á algo, será á la suma de entusiastas aplausos hasta ahora prodigados al señor Moreno Carbonero.

Basta la muda contemplación de tan acabada obra de arte,—acaso no la impresión primera y momentánea que la vista del cuadro produce,—para conocer que nos hallamos frente á la creación de un pintor extraordinario. Si la contemplación es larga, la ilusión se completa; y larga ha de ser para apreciar á conciencia una obra,

producto de prolongadas tareas, testimonio de supremos esfuerzos, resultado de fecundas meditaciones de un artista de superior talento.

El cuadro expresa de manera admirable el asunto: aquel anciano de barba venerable y reposado aspecto, vestido de púrpura y sentado en aurea silla gestatoria, es, sin duda alguna, el viejo Andrónico, á quién, según las palabras de Nicéforo Gregoras, *fuéle Roger tan agradable como si viniera del cielo*: aquéllos que lo rodean, á uno y otro lado de la estatua del *Toro de bronce*, agitando palmas y tocando clarines, los altos dignatarios, la corte del fastuoso y decadente imperio de Bizancio, semejante á podrido tronco, aún sostenido y disimulado por resistente y dura corteza; corrompidos cortesanos cuyos semblantes revelan regocijado y débil patriotismo, y mal esconden influencias pérfidas, gastadas energías y codicias impuras: aquella que aparece á la derecha del trono, es la grave cabeza,—única no inclinada ante el jefe terrible de catalanes y aragoneses,—de Miguel Paleólogo, en cuya frente pensadora parece que se adivinan yá las nacientes rebeldías, las rivalidades mudas que un día, no lejano, producirán la traidora catástrofe de Andrinópolis: aquel que monta el obscuro y contenido alazán, es Roger de Flor, en cuyo noble rostro y apuesto continente no es difícil ver el antiguo templario, el prototipo del caballero ambicioso y aventurero, valiente y confiado, *galante con las damas*, generoso en la victoria, y despiadado y feroz en el combate; el futuro esposo de la bella María, y *Megaduque* y *César* del imperio, que, á un tiempo, corre á su ventura, á su gloria y á su perdición, como víctima, coronada de flores, que marcha, tranquila, al ignorado sacrificio: aquéllos, en fin, que lo acompañan y siguen, de tostados rostros y curtidos brazos, equipados con groseras abarcas, toscos capacetes, y jubones y coseletes de cuero y aceradas escamas, son, sin disputa, los bravos almogávares, tal vez, como opina un ilustre historiador catalán, oriundos de los árabes que el año 801, á las órdenes del caudillo moro Bahlul,

recorrían y devastaban los campos de Tarragona; acaso, según Pachimerio, descendientes de los ávares, compañeros de los hunos y godos; ó mezcla de ambas gentes. En aquellos rostros, zafios y duros, de catalanes y aragoneses, entre los que la imaginación excitada cree observar la expresión de fiera de Ramón Alquier, Guillen de Tous y Berenguer de Roudor, sobrevivientes únicos de la traición de Andrinópolis; del esforzado Siscar, jefe de los temerarios emplazadores de Andrónico, y de Berenguer de Entenza héroe legendario de la famosa *vengeanza catalana*; en aquellos rostros ha posado ya la victoria sus sagradas alas en cien combates bajo el sol de Sicilia, y brilla la promesa de mayores triunfos. Esos son los que acuchillarán á los inquietos masagetes en Cizico y á los engreidos genoveses en las calles mismas de Constantinopla; los que aniquilarán á los turcos en Artacio, Tiria y Filadelfia; atravesarán las vastas regiones comprendidas entre la Armenia y el mar Ejeó, y, después de haber acampado en las faldas del monte Tauro, recorrerán triunfantes la Grecia, hasta Beocia, y abrevarán sus corceles de guerra en las aguas del sagrado Cefiso. A su aspecto, gallardamente realzado por el pincel del artista, se recuerda el personaje infernal de un gran poema alemán, que pulverizaba una roca entre sus dedos: sus rudos ademanes y atavios contrastan hábilmente con el refinado lujo de los cortesanos bizantinos, entre los cuales, en fuerza de la expresión moral del cuadro, se vé algo así como cundir los colofríos de un menesteroso entusiasmo, y esas incertidumbres del miedo, de aquéllos que nacieron para esclavos y sólo se atreven á mudar de señores, eligiendo á los que suponen más fuertes. Diríase que al rumor de las pisadas de aquel puñado de heroes, tiembla estremecido el imperio, con las convulsiones de un moribundo que recibiera sangre nueva y vigorosa en sus venas exhaustas y caducas. Pronto esas sucudidas se propagarán hasta el corazón del Asia, y quedará realizada la gran epopeya de Oriente, gloriosa entre las más gloriasas, que hoy resucita el pincel ins-

piradísimo del Sr. Moreno Carbonero, y que todavía pide una pluma de oro al arte y á la Historia: que no existe grande epopeya que no esté escrita con nuestra sangre y firmada por espada española, y no se han cantado ya en versos inmortales, porque nuestros padres, ocupados en hacerlas, no dispusieron del tiempo necesario para escribirlas.

Ha realizado, pues, el Sr. Moreno Carbonero, en la medida de lo posible, lo que se conoce en pintura con el nombre de ideal histórico; de tal suerte que comprobando la propiedad de trages y accesorios del lienzo, pueden adivinarse los antecedentes de la escena reproducida por el pintor. Sabido es que la empresa de los almogávares en Oriente, debe considerarse, no por la importancia del objeto ni por los efímeros triunfos de nuestras armas, sino por los esfuerzos y la heroicidad en ellos empleados. Indudablemente, un gran general es un ejército; un hombre es á veces una nación; un siglo puede llenarse con un nombre: decir Bailén, equivale á decir Castaños; Napoleón I fué la Francia; Jesús es toda la humanidad sintetizada en su espíritu divino. Con ser Roger de Flor una de las figuras más notables de la Edad media, tan fecunda en aventureros con estrecheces y obscuridades de origen, hazañas de héroe y aspiraciones de príncipe, el audaz catalán no es, sin embargo el jefe indiscutible y único de la expedición: Berenguer de Rocafort, Ramón Muntaner ó Berenguer de Entenza, hubieranlo sido con análogas condiciones y la misma fortuna. La prueba es que, muerto Roger, la empresa y los triunfos continúan, contando con un enemigo más: los griegos.

Son, por lo tanto, alma de la increíble empresa, todos y cada uno de los soldados de aquella milicia turbulenta, nacida para legar al mundo el olvidado testimonio de que ni la táctica es el valor, ni el número es el heroísmo. Aparte todo providencialismo, toda necesidad histórica,—cuyo exámen sería ajeno á los fines de este escrito,—bastará con decir que los almogávares fueron á

Oriente, como antes á Sicilia, de igual modo que hubiesen acudido allá donde se difundiesen anuncios de guerra, promesas de botín y esperanzas de gloria. Caracterizar bien tales hombres era el objeto primordial del lienzo que encargaba el Senado, objeto, aunque difícil, logrado por el Sr. Moreno Carbonero.

El momento elegido por el pintor demuestra estudio detenido del asunto, é intuiciones y aciertos extraordinarios; á la izquierda, en último término, se ven los palos y las velas, yá plegadas, de las galeras que han conducido la hueste catalana y aragonesa desde Mesina: en igual dirección, y hácia el centro del cuadro, se extiende la ondulante línea de cascos y lanzas simulando las curvas anulares de una serpiente de hierro; al frente, cerrando el horizonte, la pesada mole, el ábside colosal y la redonda cúpula de Santa Sofía. Cálidas nubes de Septiembre, (la escena ocurre en ese mes del año 1303), entoldan el cielo, y difunden por igual y sin proyecciones de sombras determinadas, una luz franca, abierta y diluida. Parece que el pintor se ha complacido en amontonar dificultades para realizar el prodigio de vencerlas, y, en esto, el Sr. Moreno Carbonero se ha superado á sí mismo. A la pintura de los efectos, á esa reciente y celebrada pintura, cuyos fines principales eran el derroche de luz y de colores, ó la minuciosa factura de un paño, de una alfombra, de un brocado, el Sr. Moreno Carbonero ha preferido la reproducción exacta y embelecida de la realidad: su génio artístico sólo acepta la esclavitud de la verdad, en nada opuesta á la selección creadora de su personalidad ni á su estilo propio, pero no la esclavitud del color, ni la seducción de efectos y detalles, tan vistosos como convencionales. La concepción capital, la agrupación de las figuras, la realidad histórica, han sido el objetivo especial del ilustre pintor malagueño.

Ni grandes masas de color, ni pinceladas fuertes de esas á que muchas veces se ha acostumbrado nuestra retina aceptando la determinación de bultos y objetos

ásperos y recortados, ni artificioso juego de luz y sombras, ni un escorzo violento, ni esa falsa diafanidad que oculta la ausencia total de ambiente; nada de esto se observa en el nuevo lienzo del Sr. Moreno Carbonero, que ha hecho, sin tan comunes recursos, un verdadero cuadro de historia.

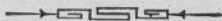
Prodigiosos detalles de ejecución tiene la obra, pero dentro del tono general y la armonía del cuadro, y subordinados al pensamiento capital: el ancho pedestal de piedra; la gradería de mármol blanco, que le dá acceso; el pavimento casi cubierto de frescos ramos de laurel arrojados á las plantas de los triunfadores soldados, acusan un dominio del color y un esmero de ejecución maravillosos. La figura que se halla en pié, sobre el segundo peldaño, con la cabeza inclinada hácia adelante, es de una verdad, de un relieve asombrosos, como la del page de armas que precede á Roger conduciendo su casco de batalla, hermosa creación llena de movimiento y de vida: ambas demuestran que no es preciso pedir colores vivos ni falsa brillantez á la paleta, para hacer cosas acabadas, ni acabarlas con esa minuciosidad de detalles que más bien parecen propios del arte japonés que de la gran pintura moderna. La cabeza del caballo blanco que monta el hostiario, es perfecta, y está sorprendido y marcado con acierto el rebote del corcel, súbitamente contenido, y entre cuyos remos delanteros, por efecto del brusco movimiento, algunos ramos de laurel saltan y se enredan. La actitud del famoso caudillo catalán, es elegantísima y adecuada; arrogante y noble su saludo, que permite ver la silueta de su fina cabeza, y estira ligeramente las pliegues de su jubón de terciopelo azul claro hácia el enarcado brazo derecho. El enérgico al par que aristocrático perfil de su rostro, retrata al célebre general que, *llamado de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido, lo temió*. Por ultimo, la figura del primer almogávar, que, con ojos en que se reflejan el asombro y la codicia, mira el lujoso aparato de la corte, y que, apoyada sobre el hombro robusto y

sostenida por el brazo izquierdo, conduce gruesa lanza, y, en ella, agujereada banderola con las sangrientas barras catalanas, es de una expresión y de una realidad insuperables.

Cuando, tras larga contemplación de este lienzo magnífico, el espíritu se abstrae y la mente se transporta al momento histórico reproducido con tanta verdad por el artista: cuando el conocimiento del lugar en que el espectador se encuentra, piérdese en los abandonos de la imaginación deslumbrada y sorprendida, y se debilita la noción del tiempo que vuela descontando el presente, y por completo se olvida que es aquél un cuadro que decora los salones del Senado,—que así se honra protegiendo las artes,—tan perfecta es la ficción del pintor, tan poderosa la ilusión del que mira, tan eficaz la conformidad entre ambas, que la razón se extraña de que no haya terminado aún el saludo ceremonioso del anciano Andrónico, de que no haya cambiado todavía la actitud de marcha de aquel golpe de gente, á través de cuyos trages se adivinan, se ven las carnes y los músculos en tensión y en movimiento, y alrededor de los cuales se aspiran y se sienten las caldeadas ráfagas de la atmósfera y las palpitaciones de la vida.

La crítica,—á cuyos alturas no intenta llegar este trabajo,—señalará tal vez deficiencias y observará errores en el cuadro: acaso exigencias descontentadizas procurarán mermar la importancia de la obra, ó los merecimientos de su autor que, tan jóven, llega á sus apogeo; ¡aquí donde todas las improvisaciones se toleran y aplauden, excepto la improvisación del talento! En estas líneas se envía sólo un saludo entusiasta á un pintor eximio. Todos convendrán, sin embargo, en que el lienzo del Sr. Moreno Carbonero es de un mérito subido y excepcional, y una creación grandiosa: y lo grande no se examina con microscopio.

Madrid, 1889.



CALUMNIA Y MALEDICENCIA.

(IMITACIÓN DE EIN BERFTAND-EIGEN).

“La reputación no es sino una vana y engañosísima impostura, que, no pocas veces, se adquiere sin mérito y se pierde sin culpa.”

SHAKSPEARE.

El tema es viejo, pero nunca envejece: hoy como ayer, ayer como siempre, ya como negra calumnia, ya como insidiosa maledicencia, va buscando, con el vaho de su aliento asqueroso, algo puro que empañar, honras limpias y frentes inmaculadas: hoy como ayer, ayer como siempre, descende—si alguna vez puede descender lo infame,—á las mesas inmundas de la taberna patibularia, toma parte en las inconscientes pláticas de los mozalbetes incultos, se desliza en las nerviosas discusiones del café plebeyo, frecuenta los frívolos círculos de pretensiones aristocráticas, y en todas partes se presenta adornada con los chillones atavíos de falsa juventud. Hoy como ayer, todos la conocemos, todos la despreciamos, pero nadie se avergüenza de dar crédito á sus palabras: no es para ello obstáculo lo abyecto de su origen; no importa que hable desprovista de pruebas... Basta á la común credulidad lo positivo de la satisfacción propia ante lo probable de la infamia ajena. Y es que existe ese pacto absurdo y esa funesta solidaridad social, á despecho de la cultura y civilización de los tiempos: es que hay algo en el espíritu humano, tal vez la ingrata levadura del mal, que tiene la gravedad y la inmovilidad de la piedra.

Hoy goza el monstruo social de ventajas imponderables: está de moda, viste con elegancia, afecta los modales de una correcta educación, oculta bajo ceñidos guantes la gangrena que asoma por sus manos corroidas, y á nadie asusta: su presencia no causa yá, como otras

veces, náuseas al estómago y repugnancias al alma; infunde indignación á pocos; á muchos, miedo egoísta y silencioso; á los más, interesada complacencia. Pasa en sociedad por persona decente, y á veces su propia víctima le alarga la mano: cuando difama, usurpa la voz asustadiza y timorata de la inocencia alarmada; cuando calumnia, toma el acento solemne de la verdad y de la virtud ofendidas; y esta vacilante generación, consumida por los insomnios febriles de los placeres, la ambición y la duda, cierra sus párpados abrumados por el polvillo de oro que arrojan á sus débiles ojos, incapaces de resistir luces más vivas y resplandores más fuertes.

Como todo progresa, la calumnia también se perfecciona: en el torbellino creciente de esta agitadísima vida moderna, andan confundidos y mezclados tanto oropel con el oro de ley; tanto nombre de talco y prendería con las reputaciones legítimas, que solamente las inteligencias superiores pueden distinguirla de la verdad. ¿Ni, á quién importa distinguirla? Huye el tiempo velozmente: la vida es demasiado corta, y apremian la satisfacción de los apetitos, los placeres de la vanidad, y los planes insensatos de la ambición desenfrenada. ¿Qué vale ante esto la honra ajena? ¡Si al menos pudiera servir de escabel!

Si la calumnia no existiera, sería la maledicencia el peor de los delitos en el orden moral; porque la calumnia se deriva casi siempre de una venganza más ó menos motivada, aunque sin duda ilegítima y despreciable; pero la maledicencia calumniosa nace de sí propia, sin otro origen que la perversidad del corazón y la depravación voluntaria del entendimiento, sin otro aliciente que el impuro deleite saboreado en el ajeno daño, sin otro fin que el de la calumnia por la calumnia misma. Ambas, así como la difamación, tienen, sin embargo, una madre común: la envidia, que las nutre con sus pechos envenenados; la envidia, desencajada y amarillenta, de ojos azorados y recelosos y ademanes insolentes; la pálida envidia, carcona de los huesos, ictericia del espíritu,

tristeza eterna del bien ajeno, “perseguidora constante de la prosperidad victoriosa”; porque ya nos dijo el poeta
“que la calumnia no es más
que una forma de la envidia”.

“¿Qué hombre es éste—pregunta en boca de Felipe II el más grande de los dramaturgos alemanes,—que ha hecho tales cosas, y no cuenta un solo envidioso entre tres personas á quienes pregunto por él?” “Aunque seas tan casta como el hielo—dice á Ofelia el príncipe Hamlet,—tan pura como la nieve, no te librarás de la calumnia”. Y aquí están latentes el concepto de la calumnia movida por la envidia general que causa la belleza suprema en la mujer, y la idea de la envidia contenida, que acecha el mérito del hombre superior, para lanzarse sobre él como miserable salteador del camino, y, con las armas de la calumnia, saquearlo. Porque la belleza es el don más funesto concedido á la mujer, y el talento el don más funesto otorgado al hombre, y aunque de origen tan alto, los más vulnerables é indefensos en los combates de la vida: que en este desórden y desquiciamiento moral á que asistimos, en esta anarquía de las inteligencias, en este naufragio de todos los santos principios, la audacia sustituye al valor, la astucia reemplaza al talento, el vicio parece virtud; la debilidad, fortaleza; pasa la infamia por justicia; por hábil, quien se encanalla; sienta la fama plaza de meretriz, á la lucha cara á cara sucede la emboscada alevosa, atrévase el necio á calificar al sábio, usurpa la mentira el solio de la verdad, sufre el bueno el peso y la persecución de la calumnia, y se rinden parias al fraude victorioso. Por eso hoy día es la gloria legítima un pagaré sin plazo fijo y de intereses inciertos, puesto en manos de la envidia implacable, que á veces lo presenta al cobro de improviso, exigiendo réditos infames; por esa causa, hoy “lo pequeño, no sólo se atreve á veces, sino que puede ocasionar molestias y peligros á lo grande”: por eso, en fin, hoy como nunca, “el que corrige al desalmado se adquiere infamia”, según la profunda frase del bíblico profeta.

Como es honda desgracia desarraigar una creencia que no es inmediatamente por otra sustituida, las sociedades gastadas, los pueblos corrompidos, esos pueblos que asisten á su muerte para la historia, y que en el confuso vocerío de sus pasiones desbordadas oyen el anticipado preludio de sus funerales, necesitan creer en algo, y creen en la calumnia, ya que no pueden ni creer en sí mismos; necesitan un lazo de común solidaridad, la maledicencia, un ideal, el deleite; un medio, el lucro sordido, y un culto, el vicio; les es preciso tender el rasero nivelador, y abatir todas las alturas morales, porque la presencia del justo es para ellos una insufrible y continua reconvención, y el talento, un privilegio insoportable. Las armas empleadas en este combate inicuo, al mismo tiempo hieren y sirven de impenetrable escudo; son el muro infranqueable de la masa numérica, la irresponsabilidad del montón anónimo, la impunidad de la cobardía colectiva. Ciertamente que hay en esa masa, que existen en ese montón numerosos hombres de bien; pero "la mentira es como la moneda falsa: los malvados la acuñan, y los hombres de bien la hacen circular," esos hombres de bien que "no parece que son buenos, sino porque no se atreven á ser malos;" esos hombres de bien *incapaces de hacer nada* incluso imponer en sus labios breve solución de continuidad á la difamación y á la calumnia, que siguen, sin obtáculo alguno, girando como cuerpos opacos en el gran vacío social de las virtudes negativas.

Dueño del campo, cuya posesión nadie osa disputarles, prosiguen las asquerosas manadas epicúreas del positivismo sin Dios, las espesas falanges del sensualismo sin alma, en la tarea ingrata de derrocar los mundos del espíritu y de destruir los triunfos de la inteligencia, humillándolos al nivel de sus instintos groseros y de sus insaciabiles concupiscencias; y sigue la calumnia "primero como un rumor leve, rozando el suelo cual golondrina antes de la tempestad", hasta que "se levanta, silva, se hincha..... revolotea, envuelve, arranca, arrastra, estalla y atruena", según la feliz descripción del D. Basilio, de

Beaumarchais; continúa al uso la frase malévola de Bacon, "¡calumnia, que algo queda!", aunque, á las veces, ante la esplendorosa verdad, no quede ni rastro de la impostura, como á la presencia del sol no quedan en el espacio ni vestigios de una sombra de la noche anterior; aunque á menudo el calumniado, con pena compasiva en el corazón, despreciativo desdén en los labios y absoluta claridad en el alma, prosiga subiendo al término de su destino, como ave que sigue remontándose, aunque le arrojen un puñado de fango sobre las alas.

Surge la difamación de la enemistad ingrata; la maledicencia, de la labor y la perversidad colectivas de esos infelices seres que tienen honra y parece que lo ignoran, que tienen dignidad y no saben demostrarlo y defenderla, que poseen el don divino de la palabra y la envilecen y prostituyen, que tienen un nombre que hacer respetar y dijérase que no lo comprenden, según lo poco que respetan el nombre ajeno. Pero la calumnia nace de un alma muerta, de un corazón envidioso y de un cerebro vacío; de tan hedionda podredumbre de un sér, como de cadáver corrompido, brota ese inmundo gusano que, al contacto de la atmósfera social, se convierte en larva y después en negra mariposa de vuelo torpe y bajo y de alas sombrías. Preciso es carecer de honra heredada, de decoro adquirido, hasta de toda noción elemental de amor propio, para consagrarse al bochornoso ejercicio de la calumnia; preciso es haberse cansado de despreciarse á sí mismo, para que no muera de pena y de vergüenza el calumniador, al sentir el sello enrojecido de la infamia estampado en sus cobardes espaldas.

Cierto que la calumnia no tiene alma, ni conciencia la difamación, ni honra la maledicencia; ellas impunemente pueden lanzar el oprobio sobre el hogar descuidado y tranquilo, arrojar la piedra del escándalo á la frente nunca abatida del hombre honrado, manchar con el hálito de su impureza inocentes mejillas de rosas inmaculadas; cierto que pueden trazar con luz siniestra en las sombras del mal, que engendran y amontonan, esas páginas tris-

tes del libro de la vida, que se escriben con lágrimas y sangre; pero ¡ah! que el calumniador tiene tal vez esposa; que tiene quizás el maldiciente un nombre y una consideración social, que el difamador acaso tiene inocentes hijas.....

Y hay una justicia definitiva de inapelables fallos, y también la moral tiene sus patíbulos, á cuyo frente debieran estar escritos con caracteres indelebles estos versos inmortales:

“La culpa engendra la pena,
pena que nadie detiene.
Sólo quien honra no tiene
puede jugar con la ajena.”

¡Sentencia profunda y verdadera! Que al maldiciente alevoso, al difamador hipócrita, al calumniador desalmado, no es dable descender ni una línea en la escala de la abyección; ¡tan bajos están!: de tal manera, que el último, especialmente, ni aún dando tortura á su alma depravada, ni aún exprimiendo todos los jugos ponzoñosos de su corazón podrido, ni aún apelando á todos los recursos de su entendimiento gangrenado, podría el miserable.... calumniarse á sí mismo.

Manila, octubre, 1892.



EN PUERTO SAÏD.

Nadie puede sospechar, cuando á la entrada del canal de Suez, después de abandonar el *mar de la Historia*, que llamó un poeta al Mediterráneo, contempla el abigarrado conjunto de casas y de gentes de Puerto Saïd, sobre la ribera oriental egipcia, que tiene ante sus ojos la tierra de los Faraones, aquel sagrado suelo, *don del Nilo*, donde se han desarrollado muchos de los principales sucesos históricos del mundo antiguo, en que se abrió paso la más importante de las civilizaciones primitivas, y en donde la ciencia moderna disputa con tenacidad, hipogéo por hipogéo, reliquia por reliquia, piedra por piedra, á los sudarios seculares de las invasoras arenas de la Libia, los despojos mortales de un gran pueblo.

Puerto Saïd, visto desde á bordo del vapor que me conducía, parecíame una colmena asomando por las grietas de un roto sepulcro, y á no ser por un cierto sello de civilización moderna, semejaría una colonia fenicia; cuando se salta á tierra, esta impresión cambia: calles tiradas á cordel, paseos de vegetación artificial y enfermiza, tiendas de mediano aspecto, cafés animados por los acordes de la música, estaciones telegráficas, bancos ingleses de crédito comercial, mujeres que van pregonando con ojos marchitos la ajada mercancía de su belleza... Allí está, en fin, la mano de Europa, refinada y caduca, mano aristocrática y enguantada, con guante descolorido por el sol, rozado y agujereado por el tráfico, y á través de cuyos intersticios penetran las secas partículas de arena del desierto, y el oro cosmopolita del comercio, de la curiosidad y del vicio.

Allí se sienten, dicho mejor, las garras de Francia y de Inglaterra, que han caído, á un tiempo sobre la misma presa; y de la nación legendaria, del Egipto de la Historia, que desde lejos ha poblado nuestra imaginación

de sueños y fantasmas, nada ó casi nada: unos centenares de hombres ocupados en el acarréo de carbón á los buques de vapor, ó en el servicio de sucios botes; algún agente de policía egipcio, de tostado rostro y blanco uniforme de corte europeo, y algunas mujeres vestidas con miserables ropas, cubierta la cara con espeso velo invertido, que les sube hasta cerca de los ojos, y en ellos, casi siempre negros y sombríos, retratada una profunda abyección moral, mezclada á veces, cuando son hermosos, con destellos fugaces de melancolías del pasado.

Y al Occidente de este cuadro, la nación que todos hemos cruzado, en idea, la región que los menos han visto con sus ojos; allí el viejo Aigyptos, siguiendo su curso invariable escondido entre lotos y palmeras, papiros y nelumbos, ya reflejando el cielo, ya tornasolando la esperanza, ya prediciendo en su roja corriente los dones y beneficios de la inundación que se acerca, y siempre modulando con el rumor de sus cascadas la elegía de los siglos y de los hombres que pasaron; tal vez arrastra en su corriente gotas de lluvia fundidas por el sol tropical y partículas de nieve de las montañas del Ecuador; tal vez lleva en su seno cenizas de mil generaciones, polvo de las pirámides, óxido del acero de Amr y moléculas del carbón que se escapa al cálido aliento de las locomotoras del Cairo; y en las noches de luna, parado en sus remansos, tal vez se suspende en la contemplación de sus ondinas, las almas de las hermosas vírgenes que devoró como holocausto y que aún hoy sonríen de amor en sus espumas y suspiran de dolor en sus rumores.

Allá, sí, allá en Occidente, como oasis entre dos desiertos, aún palpita el Egipto, el Egipto moderno, en la muda contemplación del Egipto antiguo, éste con muerte que parece vida, aquél con vida que parece muerte; en entrambas orillas del Nilo yacen los miembros dispersos de aquel pueblo que vivió y creció desde Mena á Cleopatra, agonizó con Teòdosio y Heraclio y murió con Omar; allí, en restos de momias mutiladas por la codicia, profanadas por la curiosidad y restituidas por la ciencia,

aquellos hombres que remontaron el Nilo, que opusieron dique vigoroso al choque perpetuo, al flujo y reflujo de Oriente y Occidente; que se fundieron con arios y semitas; que, vencidos, dieron una vez usos y leyes á los persas, y recibieron otra la hermosa claridad del espíritu heleno, transmitida aquélla por Aristóteles é irradiado éste en la espada vencedora de Alejandro; bajo aquel suelo desgarrado y ensangrentado por la rebelión patriótica de Arabi Bey y la insurrección salvaje del Mahdi, duermen los restos de aquellos egipcios que inventaron la geometría para deslindar las heredades cubiertas por el limo del Nilo en sus inundaciones periódicas; la escritura para conservar la palabra de sus dioses y comunicarse con los hombres futuros, recorriendo la inmensa gama que existe desde los signos hieráticos y jeroglíficos hasta las representaciones ideográfica y fonética y los caracteres cuneiformes; ellos elevaron las inmensas pirámides de Knick, de Gize de Chefren y de Cheop, tal vez para escalar el cielo é iniciarse en los misterios astronómicos; y si no conocieron la ley de masas y distancias en que se funda la armonía sideral, arrancaron al Héspero su secreto, y esculpieron la esfinge, muda imagen del destino humano, y aposentaron sus dioses en los altos piléos y en las inmensas salas hypostilas de sus templos colosales de Karnak y Menfis, y como Grecia sus bosques de Eleusis y los hebreos sus lugares altos, tuvieron sus florestas sagradas para culto de Isis, representación de la belleza femenina y de la naturaleza fecunda, llámese Rhea, Astarte, Diana de Efeso ó Venus Urania; y dentro de un gentilismo monoteísta en el fondo, pero panteísta en la forma, tuvieron noción, aunque imperfecta, de la inmortalidad, y su espiritualidad fué tanta que, consideraban á toda alma humana como parte del espíritu universal, yendo tan allá en esto, que hasta al sol le atribuyeron un alma, de donde en vez de Ra le llamaron Osiris.

Ese Egipto, el Egipto que fué, no es ante nosotros más que un cadáver sagrado: por igual el desierto ha que-

ruido soterrar esos poemas de piedra levantados por tantas generaciones en el transcurso de tantos siglos, y hoy sólo quedan restos de las severas líneas egipcias que parecen decir al espíritu *espera*; como el grave estilo gótico dice *cree*; *ama* la graciosa forma helénica, y *goza* la alquitectura árabe con sus finos encajes y las esbeltas escotaduras de sus arcos: por igual el tiempo arrasa esos monumentos del genio humano, demostrando lo efímero del poder de los hombres y la igualdad del arte ante la muerte.

En esta presente transformación de las sociedades, en que á la clamorosa agitación de los pueblos responde la sorda agitación de la tierra que pisamos, que acaso se transforma también, y á los terremotos morales, que son latidos de la humanidad, responden los terremotos físicos, que son palpitaciones de vida del planeta, Egipto agoniza de nuevo, porque es su muerte una agonía de siglos; y en vez de oír los gritos de triunfo de Napoleón I, ó el cañón de Abukir, siente en su seno las pisadas cautelosas de los modernos fenicios; en vano la pluma del poeta, la fantasía del novelista y la investigación de sábios como Champollión y Mariette, Ebers y Masperó, pretenden restituirlo en su primera gloria y resucitar el interés de Europa con la triste tradición de la infortunada Hipatia y la dulce leyenda de la bella Sappó y el enamorado Bardiya, ó con el hecho histórico y la vida real de la cortesana Rhodopis. Semejante á esos rincones de tierra que dominan montañas altas, y en donde nunca el sol penetra, el sol de la historia contemporánea no ilumina al Egipto con sus rayos.

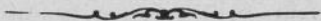
Arabes, felahes y coptos lo miran con indiferencia, no criminal en ellos, que recordarán este versículo de Mahoma, "Cada nación tiene señalado su fin, y los hombres no pueden detenerlo ni adelantarlo."

.....
El vapor nos alejaba de Puerto Saïd: el Canal, la atrevida perforación del istmo de Suez, es una letra de Sesostris, el Rhamsés II de la historia de Egipto, girada á

plazo de siglos y pagada por el génio de Lesseps con enormes réditos.

Yá en el primer tercio del Canal, aparecióse en la orilla derecha un árabe derrotado y harapiento, armado de vieja espingarda, profiriendo palabras que no me era dable entender, juntando las manos como quien implora, y recogiendo ansiosamente las miserables monedas de cobre que se le arrojaban; me pareció una alegoría del Egipto mendigando la limosna de Europa. Media hora siguió el infeliz corriendo é igualando la marcha relativamente veloz del buque; al fin no pudo más, y se rindió: parecióme entonces otra imágen del Egipto corriendo en pos de la civilización moderna y sin poder alcanzarla.

Manila, 1886.



DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Yá el nombre con que encabezamos estas líneas sólo recuerda una existencia terminada; pero una existencia, si corta para cuantos nos honramos con el dictado de discípulos de tan esclarecido maestro, larga para el bien, fecunda para la virtud, y gloriosa para las letras españolas: una existencia consagrada al doble sacerdocio de la Iglesia y de la enseñanza; modelo de austeridad y de modestia; ejemplo, al par provechoso y triste, del útil y callado empleo de un talento superior y de las veleidades de la fama.

La memoria del eminente literato y poeta sevillano á las claras exige más alto estilo y más inspirada pluma que los del modesto discípulo que le consagra este recuerdo; la ausencia de Madrid de alguno de los más autorizados, y la bondad de otros que se citarán más adelante, encomiendan la honrosa tarea de este artículo necrológico á uno de los últimos en el orden de fechas, al último, sin duda, en los merecimientos, tal vez al primero en la admiración y en el cariño.

Tributo son, por lo tanto, estos renglones, de cariño, de admiración y de gratitud á la memoria del venerado maestro; no altisonantes líneas en que, con proféticos tonos, se marquen al sábio y al escritor puesto fijo en la historia de las letras y estimación futura en los juicios de la posteridad. Los que, sin títulos para tanto, á tanto se atreven, sólo parecen grotescos acomodadores repartiendo entradas y asignando sitios en el templo de la inmortalidad.

Un pueblo, pobre si pintoresco, de la provincia de Sevilla, Alanís, cuna del famoso Juan de Castellanos y del escritor moderno D. José Fernández Espino, vió nacer el 4 de Octubre de 1813 á D. Francisco Rodriguez Zapata: muy jóven se trasladó á la hermosa capital andaluza, en compañía de su madre, madre modelo, digna del

sumiso respeto y de la no interrumpida veneración de aquél modelo de hijos.

Continuador fué el Sr. Zapata de la obra literaria del inolvidable D. Alberto Lista; de suaves costumbres, de inclinación modesta, en Sevilla, donde ha desempeñado los cargos de capellán Real y canónigo de la Catedral, se ha deslizado su vida, activamente consagrada al ejercicio de su sagrado ministerio y á la enseñanza de la juventud; y las mismas campanas que celebraron su ingreso en las milicias de Cristo, desde la esbelta Giralda han doblado por su muerte. Sólo una vez vino á la corte, cuando creados en 1845 por el plan de estudios de Gil y Zárate los institutos de segunda enseñanza, tomó parte en las primeras oposiciones para la provisión de varias cátedras de Retórica y Poética. No tuvo rival en los ejercicios, practicados con extraordinaria brillantez ante un tribunal presidido por D. Juan Nicasio Gallego; y el claustro de Madrid hubiera sido el centro de sus sábias lecciones, si circunstancias de familia, yá indicadas, y su amor á Sevilla, no le hubiesen impulsado á optar por la cátedra de aquel instituto, en el que explicó Literatura preceptiva desde el año 1847 hasta poco antes de su muerte.

Con ella quedan quebrantados, si no rotos, los lazos de toda una generación literaria, hoy dispersa por las vicisitudes de la suerte y la agitación de los tiempos; dispersa respecto á las personas, no en cuanto al culto poético de las grandes tradiciones sevillanas, ni en cuanto á las doctrinas y la educación literaria, que salvan siempre el buen gusto, de los naufragios y los extravíos de la corrupción y de la moda, en los períodos de transformación ó decadencia: la llamada *escuela sevillana*, es como casa solariega, tal vez maltratada por las injurias del tiempo, pero de noble y glorioso escudo en la ancha puerta; morada en que palpitan y viven imperecederos, y de sí mismos renacen, con nuevas palpitaciones y con renovados timbres de gloria, los primeros recuerdos literarios, las inspiraciones primeras, las revelaciones geniales, los pre-

sentimientos de inmortalidad de cuantos han pertenecido, en diferentes épocas, á aquella aristocracia del arte, del gusto y del talento: á ella convierten sus ojos, con ternura infinita é inextinguible cariño, los hijos errabundos de aquel suelo privilegiado, cuando, cansados de la lucha que es ley de la vida, vencidos y olvidados, ó vencedores y satisfechos, sienten acercarse la edad de la meditación y del reposo. Aún en su sagrado recinto resueñan y se confunden, recogidos y conservados por la piedad filial de sus sucesores, las odas grandilocuentes de Herrera y las estrofas robustas de Tassara; los reposados versos de Rioja y las rimas melancólicas de Bécquer; los líricos arrebatos de Blanco, Lista, Reinoso y Huidobro, y los versos inspiradísimos de García Gutiérrez; las meditadas y grandiosas creaciones de Ayala y las redondillas valientes de Fernández y González: aún se conserva el culto de otros poetas allí formados, ó por ella influidos, tales como el Duque de Rivas y el gran Quintana, ó dignos de su respeto y su amor, como Cienfuegos y Jovellanos. De aquella casa solariega salió para ejercer en España la mayor influencia literaria de este siglo el venerable Lista, maestro insigne de Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura y de otros célebres poetas; y en ella se han formado, al calor del precepto y del ejemplo vertidos por los labios y la pluma de Rodríguez Zapata, además de Ayala y Bécquer, mencionados yá, muchos nombres ilustres, talentos muy diversos, hombres tan notables como los dos malogrados escritores Cayetano Ester y Francisco Escudero; como Ramón Rodríguez Correa y Antonio María Fabié (no han de obligar un próximo parentesco y largas deudas de gratitud á cometer omisiones injustas); y Narciso Campillo y la eximia poetisa sevillana Antonia Díaz de Lamarque, digna de universal renombre; y Antonio Sánchez Moguel—á cuya prodigiosa erudición y memoria debo muchos de los datos contenidos en este trabajo—y otros escritores más jóvenes, continuadores de tan gran movimiento literario.

Y ¡para coincidencia, digna de observación! compartió

D. Francisco Rodríguez Zapata la misión educadora de la juventud en el claustro universitario de Sevilla con su paisano insigne D. José Fernández-Espino (no muy avenidos ambos en sus afecciones y teorías), así como el conocimiento profundo de los clásicos latinos con el que fué modesto y sábio catedrático de esa asignatura, don Jorge Diez; y hoy comparten asimismo en el claustro de Madrid las tareas de la enseñanza literaria dos sevillanos ilustres, ya citados, discípulos ambos de Fernández-Espino y de Zapata: Sánchez Moguel y Campillo, los dos tan conocidos y tan unidos al que esto escribe por lazos de fraternal afecto que no debe detenerse en su elogio.

Pero si grandes son los merecimientos de Zapata como maestro de la juventud sevillana por espacio de cuarenta años, no son menores sus méritos de escritor. Era Zapata, ante y sobre todas sus demás cualidades, un poeta de grandes alientos y de exquisita forma, si no el último, sin disputa el más genuino representante de la tradicional escuela sevillana: sus versos inspiradísimos, correctos y reposados, siendo personales y sin confusión posible con otros, á menudo recuerdan la perfección inverosímil de los de D. Juan Nicasio Gallego, la austeridad de estilo de Reinoso, la profundidad de Rioja, y la naturalidad y la pureza de los versos de Lista. Aunque llenos de ideas graves y por lo común religiosas, hay en ellos mucha luz, mucha diafanidad, mucho color y mucha exuberancia; la exuberancia, el color, la diafanidad y la luz del cielo y de la naturaleza de Andalucía: por más que pese á las estériles predicaciones, hoy tan en boga, contra la forma en el arte, cuantos aman con amor fanático la belleza seguirán considerando aquélla como consustancial para los fines artísticos, y los ojos aptos para percibir la última, continuarán pidiendo luz deslumbradora, y los oídos educados en el buen gusto, divinas armonías. Y en aquella sagrada región andaluza, la Campania española, siendo Campania *la Italia de Italia*, la luz deslumbra y las armonías pueblan el espacio: todo es color, todo es luz, todo forma, belleza, armonía, poesía, arte,

desde la flor de los campos hasta el azul de los cielos, desde el insectillo fosforescente hasta las perpétuas llamas solares. La Naturaleza allí es un arpa eolia que eternamente vibra como pulsada por las manos de géneos inmortales.

A influjo tan soberano no puede sustraerse ningún poeta que allí se forme, y no se sustrajo Zapata, aunque son, por otra parte, sus versos de una sobriedad irreprochable. Si bien él mismo se declaraba entusiasta de una sola escuela, *la escuela de lo bueno*, son sus composiciones de un puro clasicismo, tanto que, según también su propia frase, *con sangre de sus venas* hubiese borrado añejos pecados de romanticismo en que incurrió en sus mocedades, en unión de Tassara, Tenorio, Bueno y otros poetas, con una curiosa publicación que se tituló *La Lira Andaluza*. Las ideas religiosas, la exaltación del amor al suelo natal y á sus más legítimas glorias, fueron las principales inspiraciones del maestro, y entre sus mejores poesías, si cabe elegir entre ellas mejores, cuentan la titulada *Al Betis*, la oda *A la Purísima Concepción*, y los magistrales sonetos—género en que no tiene rival, á no ser Manuel del Palacio—*A Dios* (dado á conocer en el Ateneo de Madrid por Sánchez Moguel), y *A Arias Montano*.

¿Cómo su reputación de poeta ha quedado tan por debajo de sus grandes merecimientos, siendo el Sr. Rodríguez Zapata una de las principales figuras literarias de la España contemporánea? Difícil es contestar á esta pregunta; sólo es oportuno citar un nombre y recordar un hecho: Tassara, popularísimo en América, murió en Madrid en 1875 casi desconocido, y su muerte fué el rescate de su fama, cautiva de la indiferencia de sus compatriotas. La notoriedad tiene algo de caprichosa y mucho de ingrata.

En este siglo de las apoteosis en vida, de las falicidades de la publicidad y de las prodigalidades del aplauso, no podía suceder otra cosa á un escritor y á un hombre de la modestia del ilustre sevillano. Vivió Zapata alejado de esta fiebre, de este vértigo continuo en que

los demás nos agitamos; hizo un culto de sus deberes, y prefirió al ruido y á los aplausos, que juzgó efímeros, el calor de los afectos de familia y el reposo del hogar, siempre abierto á sus alumnos numerosísimos, que á diario lo visitaban en busca de una enseñanza, de un estímulo, de un consejo: él, poeta de los más eminentes, ni siquiera coleccionó sus obras, ni quiso jamás disputar el triunfo á escritores de más ambición ó á medianías de mayor audacia.

Tiempos son de tempestad los actuales, en que la mayor parte de los hombres zozobramos sin brújula en el mar agitadoísimo de la vida, á merced de la ambición, del ansia de triunfos, de la sed de goces materiales: en el Océano, cuando lo mueven vientos borrascosos, asimismo se ven débiles barcos, como endebles leños, juguetes de las olas: sólo los buques de gran pujanza, de vigoroso empuje, marchan entretanto con rumbo invariable y cierto al término de su viaje.

La familia del maestro para tantos inolvidable, proyecta la publicación de las obras completas que él no quiso coleccionar en vida; y el Ayuntamiento de Sevilla dará, á lo que parece, á la calle en que residió largos años y en que ha muerto el Sr. Rodríguez Zapata, el nombre del gran poeta.

Madrid, 29 Agosto de 1889.



SEVILLA Y VALLADOLID

No soy yo quien reúne estos nombres, sino el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* del año 1886. Aún recuerdo la impresión que me causaron las dos páginas seguidas, entre las que parece que flotan convenciones y sonrojos: la de la izquierda reproduce, en excelente grabado, una preciosa escultura de Susillo, que representa una bien concebida ALEGORIA DE SEVILLA: la de la derecha estampa el sentidísimo romance leído por el ilustre Zorrilla en la inauguración del teatro de Valladolid, que lleva su nombre.

Aún recuerdo la penosa impresión que una y otra página me causaron: fué hácia principios de Enero de 1886; hallábame en Puerto-Rico, dispuesto á emprender injusta y larga peregrinación á Manila, y ni la agitación de mi espíritu, combatido por las infamias de los pequeños que endiosa la fortuna; ni el tiempo transcurrido, ni la distancia, que entibian todas las cosas, han sido bastante á debilitarla.

Contemplé largo rato—aún lo recuerdo—la hermosa alegoría de Susillo, con ojos velados no sé si por bruma de hondas melancolías y antiguas memorias de sevillano impenitente, ó por espesas lágrimas agolpadas en ellos, y sintiendo quemadas las mejillas con rubor de culpas ajenas. Sobre un haz de frutos y de flores que descansa en una inspirada agrupación alegórica, perezosamente reclclinada, envuelta en tules y gasas que dejan adivinar formas sensuales y espléndidas, yace Sevilla: debajo, la reja morisca, circundada de hojosa yedra, la árabe maceta, la misteriosa persiana, la paleta mágica de Murillo, la escultura, en busto, del Nazareno, de Montañés; la ancha tizona con que acaso el legendario rey D. Pedro mató cuerpo á cuerpo á un rival impertinente en la nocturna aventura de la calle del Candilejo; al lado, la

guitarra con moña, con que los andaluces modernos matan el tiempo y el hastío.

Arrodillada sobre el copioso haz, emblema de la feracidad de aquel suelo, está la Fama, las alas extendidas, la trompa inútil bajo el siniestro brazo, escribiendo con el estilo de su diestra, en la saliente de un muro, los nombres de sevillanos célebres... ¡VELAZQUEZ, RIOJA, LISTA, BÉCQUER...! Y á lo lejos se eleva la Giralda como un gigantesco sueño árabe, interrumpido y coronado más tarde por el cristianismo triunfante.

Parece que la Fama ha inútilmente pretendido despertar á Sevilla: ésta muestra, en su indolente postura, el muelle abandono y la oriental pereza de la odalisca, con la carne cansada del abuso de los placeres, y el espíritu entorpecido por las degradaciones del harém: tienen sus miembros la laxitud de una bacante rendida, á quien importan muy poco los estímulos de la gloria, ni las sacudidas vigorosas del porvenir: tal vez descansa, sobre el desordenado montón de sus tradiciones muertas, después de alborotada fiesta en que, al compás de ruidosa guitarra, cantos flamencos, gemidos hondos y broncas palmadas, ha lucido el repiquetéo prodigioso de sus piés diminutos y el gallardo movimiento de sus redondas caderas: quizá asistió á los toros, y entre la orgía de moñas y capas de seda, mantillas blancas y calañés negros, bullicio, músicas y alborozo, victoreó á sus matadores predilectos, silbó y gritó á los que no le agradaron, movió riñas y pependencias agrias sobre el mérito de esos héroes populares, vociferó en la cogida y muerte de un pica-dor torpe ó infortunado, bebió, después, entre entusias-tas brindis, dorada y olorosa manzanilla, y ébria de vino, de sangre y de emociones, duerme ahora profundo sueño. Es inútil intentar despertarla.

En la página derecha, que al cerrar el libro, cae sobre la triste alegoría como la tapa de un sepulcro, corren fáciles y armoniosos los versos del último cantor de las tradiciones españolas: veamos el contraste; dice el gran poeta en la inauguración del *Teatro Zorrilla*, de Valladolid:

"Hoy, por gloria ó por castigo...

... ..

A Valladolid á un tiempo,

Dios cuatro poetas dá,

Cual profetas escuchados

Hoy en su país natal.

... ..

El tener muchos poetas

¿Es buena ó mala señal?"

Y se contesta él mismo:

"Yo no lo sé: hoy somos cuatro

Puestos sobre un pedestal,

A quienes su pueblo adora

De sus héroes á la par:

Nuñez de Arce, que sus versos

Graba en bronce y pedernal;

Ferrari, que lleva en su alma

Todo el cráter de un volcán;

Cano, que tiene por pluma

Un escalpelo social,

Y yo, á quien han dado fama

Un D. Pedro y un D. Juan."

Instintivamente volví á contemplar la bella escultura debida al cincel de Susillo. Sevilla continúa en su letargo; la Fama no ha grabado más nombres que los que antes enumeramos: en la prolongación del muro deben suponerse los de Herrera y Murillo; debajo de Lista habrá quien eche de ménos á Reinoso... Antes de Bécquer, acaso debiera figurar Gabriel Tassara...

En tanto, *Zorrilla* continúa diciendo:

"Cuando á la ciudad venimos

Nos sale el pueblo á esperar,

Con antorchas alumbrándonos

En cabalgata triunfal.

Con nosotros viene siempre

La alegría, el bien, la paz,

Las fiestas, las serenatas,

La luz, las flores; detrás

De nosotros queda siempre

La fé, el amor, la amistad

Y el consuelo; en los oídos

Queda el eco musical
De los versos, y el estruendo
Del aplauso pertinaz..."

La perezosa imagen de Sevilla, permanece inmóvil y dormida sobre el haz riquísimo de frutos y flores, y el montón informe de sus tradiciones gloriosas. Imposible despertarla: tal vez bailó mucho al compás de ruidosa guitarra, cantos flamencos, gemidos hondos y broncas palmadas; acaso, al brindar por sus toreros, se excedió bebiendo dorada y olorosa manzanilla, y ebria de vino, de sangre y de emociones, duerme ahora tranquilo y profundo sueño. Una luz pálida, como de un sol que muere, brilla en la cúpula de la Giralda, y acaso refleja moribunda, cayendo sobre el encaje de piedra del Alcázar: la Fama se ha detenido en Bécquer, y apoya con fuerza el acerado estilo sobre la *U*, como si quisiera afirmar la duración de este nombre: tal vez la sorprendierais recordándole que sevillanos son grandes artistas y grandes escritores: Arjona y Valero, Cañete y Fernández y González, el autor de *Memoria antigua*, y el de *Gabriela de Vergy*... Sevilla, duerme todavía...

Inútil sería que la Fama escribiese más nombres...

¡No ha de leerlos!...

Manila, 1887.



UN SALUDO

Por el vasto desierto de las olas, deslízase el buque majestuosamente, sin más ruido que el sordo y acompasado de la hélice, y el de las removidas aguas que saltan, se arremolinan y huyen coronadas de espuma bulliciosa. El humo del vapor, en forma de penacho negro, se deshace cual larga y arrollada trenza de oscuros cabellos, y vá á perderse en las faldas del Monjuich, como intentando dedicarle caricia prolongada, ó murmurarle un adios silencioso y lastimero.

Poco á poco, un denso velo vá extendiéndose sobre la tierra, yá lejana: el grandioso monumento á Colón, de que puede estar orgullosa Barcelona, semeja una negra aguja de hierro que brota de las azules aguas. Una hora más de marcha, y la noble tierra española será sólo un insistente recuerdo.

Allí quedan el deshecho hogar, las dulces memorias de la infancia, los goces fugitivos de la primera juventud, los desencantos amargos de la edad madura: allí los sueños todos, las ilusiones todas de nuestro corazón y nuestra mente, los anhelos de la ambición, el cielo hermoso de la esperanza abierto á nuestros ojos por los dedos de rosa de los amores: allí también la asechanza infame, el engaño cruel, la perfidia innoble, la ruin envidia, contraste inevitable de la humana existencia: así nuestro adios participa de angustioso dolor, de dulce melancolía, de triste reproche.

En tanto, el enorme mónstruo de hierro, como negro fantasma, se desliza veloz por sobre la superficie de las aguas, devorando y salvando las vastas soledades de las olas: trás de un horizonte, un nuevo horizonte se descubre; á un círculo de agua, otro círculo de agua sucede; á dormidas ondas, ondas agitadas. Y el mónstruo prosigue su marcha rapidísima, venciendo cuantos obs-

táculos se le oponen: si rujen airados vientos, que amenazan abatirlo, á los más rudos vientos desafia; y, cuando, en medio de gruesa marejada, su proa se hunde y parece sumergirse, y celebran las olas su triunfo próximo, ansiosas y seguras de tragarse al gigante, éste se yergue de improviso, las hiende y separa entre asombrada espuma, y por el apretado cinturón de agua que le ciñe y estrecha, paséa sus anchos riñones de hierro, y desliza, alzándola vencedora, su robusta espalda.

Llegada la noche, sigue el mónstruo su carrera, adelantando en la obscuridad la luz intensa de sus dos poderosas pupilas verde y roja: otra luz blanca, en lo más alto de su frente, como el de los cíclopes de la antigüedad mitológica, semeja un ojo claro y diáfano: si enemiga niebla cierra con velo espeso el horizonte, el gigante acorta su paso, y de sus pulmones de bronce lanza á intervalos potentes resoplidos, anunciando á larga distancia su presencia y su fuerza.

A la hora del descanso, se multiplican los ruidos del organismo férreo: los pesados guardines del timón, al correr hácia uno y otro lado sobre su lecho metálico, producen sonos misteriosos, como gemido prolongado unas veces, otras como lejanos gritos, ó como lúgubres campanas, clarines roncós ó voces de angustia. La robusta hélice acentúa en el silencio la trepidación de sus revoluciones, con la regularidad de un péndulo, y á estos rumores mezclados y confusos, únese á amenudo el acompasado ¡oh, eh! de los hombres de mar ocupados en las pesadas faenas marineras.

Huye el sueño de los sentidos y el espíritu se siente sobrecogido de temor religioso: débiles planchas de hierro, de menos de dos centímetros de espesor, nos separan del abismo negro, espumante y profundo: crugiente amazon de endebles maderas nos cobija: á centenares de metros debajo de nosotros yacen sepultados sierras, valles y colinas y ciudades y continentes de un mundo prehistórico y desconocido: millones de séres micro-orgánicos, mediante labor de siglos, levantan sus madréporas, sostén

de nuevas islas y nuevas ciudades; tal vez la mar poderosa y persistente socava con fuerza la base de continentes orgullosos de su riqueza y su civilización, y crecimientos volcánicos, alimentados con sus sales amargas, elevan lentamente hácia la superficie de las olas los nuevos y vírgenes continentes que han de sustentar, en el transcurso de los tiempos, los pueblos futuros y las civilizaciones venideras. Entretanto, millares de mónstruos marinos pueblan el seno de las aguas, y descansan en su fondo riquezas destruidas por la mano fraticida del hombre, y restos de naves y de humanos séres sepultados por la violencia de los huracanes y las iras del Océano.

Transcurren los lentos días en marcha siempre y siempre interrogando al horizonte: á nuestras espaldas quedan el Mediterráneo, mar de la historia de Occidente, y el Rojo, mar de la historia oriental, unidas ambas, así como el espíritu humano, por el Canal de Suez, sueño grandioso de los Faraones, soberanos del antiguo Egipto, realizado por Lesseps, soberano de la ciencia moderna. Atrás quedan el estrecho de Bab-el-Mandeb, angosto y peligroso; las aguas de Abukir, gloriosas para la bandera británica; la roca abrupta de Aden, en que el águila inglesa ha colgado su nido dominando dos mares: el extenso Indico, la Punta de Gales y Colombo, célebres por su belleza, su comercio, y sus bosques maravillosos de canela: el tranquilo estrecho de Malaca, y, por último, Singapore, hermoso florón de la Indo-China hoy emporio de civilización y riqueza, avanzada inglesa situada también entre dos mares y postrera etapa del viaje.

Y allá vá el pesado mónstruo de hierro á los confines en donde nace el día, cuna del sol, como es el Asia cuna de la civilización de Occidente y cuna también del género humano: allá vá, al Archipiélago famoso en los anales de la historia española, preñada de descubrimientos y conquistas. Aún vagan por sus islas numerosas las sombras venerables de Magallanes y Elcano y Legazpi: aún la fecunda tierra está empapada en la sangre generosa de grandes soldados, como Salcedo y Goiti; de

preclaros varones como Simón de Anda, de religiosos de piferentes Ordenes, mártires de la fé y héroes de la pátria, que con el Evangelio puesto sobre su cabeza velaban por la integridad del espíritu, y con las armas sobre los hombros, por la integridad de la gran nación española: todavía las brisas de sus mares proclaman asombradas las riquezas de la famosa *Nao de Acapulco* y las hazañas increíbles de los marinos, hijos de la pátria de Santa Cruz y de D. García de Toledo, y terror de las escuadras chinas, y de holandeses é ingleses.

¿Cómo España, al parecer pequeña prolongación de tierra en el Occidente de Europa, dominó territorios tan vastos? No se sabe. La tierra del planeta, siendo infinitamente más pequeña que el Océano, abarca y limita la inmensidad de los mares.

.....
Sólo allá, al arribar frente á la *Perla del Oriente*, el mónstruo de hierro, cesará de devorar distancias, y, con el mar vencido á sus piés, contendrá su respiración gigantesca y clavará sus poderosas garras de acero en el seno profundo de las aguas; y nosotros, léjos de la tierra que nos vió nacer, al pisar otra, española también y para nosotros otra vez hospitalaria, la miraremos con el amor que ha de profesarse á la que será depositaria de queridos séres, á la que custodia cenizas de otro pedazo de nuestro corazón, á la que ya guarda memorias de nuestros dolores y nuestras alegrías, consagrándole, como á amiga antigua y leal, un saludo ferviente y cariñoso.

Mar de la China, 16, septiembre, 90.



OTRO MENDIGO.

Una tarde húmeda y fría de otoño, de ese otoño de Madrid que anuncia, algunos años, la llegada de un invierno largo y aterido, bajaba yo la ancha calle de Alcalá, en dirección de Recoletos, presa el corazón de esa infinita melancolía propia de los días lluviosos, y sintiendo gravitar sobre mi frente toda la pesadumbre de un cielo triste y ceniciento.

Entre la escasa gente que pasaba junto á mí, hubo de despertar mi atención distraída, una señora pobremente ataviada que llevaba de las manos dos niños, y seguida de un mozo que conducía un baul viejo y maltratado, dirigíase á toda prisa hácia la calle del Barquillo. Indudablemente parecía una viajera que acababa de llegar á la córte: era de pequeña estatura, delgada, esbelta y jóven: su rostro era muy pálido; sus ojos, azules, tristes y profundos; notábase en ellos como una expresión de cansancio; en su frente y mejillas, señales de hondas luchas: una niña como de diez años, que llevaba cogida de la mano derecha, se le parecía de un modo prodigioso; tenía en las pupilas la lucidez y en los lábios la ausencia de color propias de la clorosis hereditaria y sostenida, esa enfermedad de las grandes ciudades y de las grandes miserias: de la mano izquierda llevaba un niño, de tipo diferente, grueso, de color moreno térreo y ojos oscuros y vivos... ambos eran seguramente hijos suyos.

Por largo espacio, el grupo fijó mi curiosidad y detuvo mis pasos: sus trajes denunciaban una extrema pobreza; los niños llevaban raidos y remendados vestidos de verano; los zapatos rotos dejaban ver sus piés desnudos de calcetines, y los talones gastados y vencidos hácia un lado, apenas les permitían seguir la impaciente y nerviosa

marcha de su madre. Esta era lo que se llama una belleza marchita; los pobres niños una esperanza, marchita, asimismo, antes de tiempo.

Cuando se alejaron de mí, la niña preguntaba á su madre con voz chillona y desapacible:

—“Mamá, ¿no es verdad que vamos á ver á papá? ¡Juanito dice que no!”

Se perdieron de vista, y yo seguí mi anterior camino. Hé aquí—me decía—una pobre familia más que llega á Madrid, á esta fosa común de las esperanzas anónimas de tantos españoles... Y ¡quién sabe!... ¡Tantas veces la miseria es la antesala de la fortuna!

No había sér viviente en el paseo de Recoletos: los modernos *hoteles*, con su frío aire de opulencia burguesa endomingada y sus mezquinos parques de plantas alineadas y raquíticas parecían confirmar mis últimas reflexiones: los altos árboles, otras veces bulliciosas ciudades de los pájaros, desnudos casi de hojas, semejabán esqueletos de la pasada primavera: la naturaleza, dormida, esperaba confiadamente en la acción transformadora del tiempo; que este eterno defraudador y burlador de los hombres, jamás engaña á su fiel compañera, la cual en el transcurso brevísimo de un año, nace y ama en la primavera, goza y ríe en el verano, mústiase y declina en otoño, y agoniza entre las nieves del invierno, para renacer nuevamente.

Al pié de un banco rústico, hallé una cartera olvidada; miré á todos lados... nadie pasaba por allí... me tentó la curiosidad, y me di la disculpa de que era preciso ver su contenido para pedir señas inequívocas al que se presentase á reclamarla.

Abrí el broche, casi enmohecido: la cartera sólo contenía, en el súcio librito, algunas sumas y restas de cortas cantidades, de las que venía á ser siempre la base de operaciones esta cifra; 450 reales: comprendí que se trataba de un presupuesto de gastos: en una separación de un lado había tres cartas sin sobre: las desdoblé y leí, con pulso alterado, como de quien sorprende un se-

creto ajeno ó penetra en una casa á hurtadillas. La primera decía así:

“Excmo. Sr. Ministro de.....

Respetable Jefe y señor mio: Apremiado por las circunstancias que me rodean, me permito molestar la ocupada atención de V., suplicándole que se sirva leer hasta el fin la presente carta. Soy el auxiliar del Ministerio de su digno cargo que ha hecho el trabajo de estadística que, según me afirman, ha sido tan de su agrado: cuento diez y siete años de servicios, y hace once era oficial 1.º con 12.000 reales de sueldo. Vista de una Aduana en Ultramar; con decir que hoy tengo seis mil, y que hace once años me creé una familia, seducido por las promesas engañadoras de la suerte, podrá V. fomarse, Sr. Ministro, idea exacta de mi situación insostenible y de mis apuros: no tengo influencia, ni cuento más que con la rectitud de V., á la que recurro invocando sus sentimientos nobles y generosos; y al hacerlo así, nada le pido en nombre de mi consecuencia política, ni de los servicios que haya prestado mi modesta pluma en las columnas de *El Vigía*, sino en el de una familia infortunada, de quien es único sostén el que se reitera de V. con el mayor respeto... etc.”

Tenía esta carta la fecha de 4 de noviembre de 187.

La segunda decía:

“Mi querido Pepe: Perdona mi insistencia en escribirte; lo hago cansado de no hallarte en tu casa y de no poder hablarte en el Congreso: ni por un momento supongo que te niegues á oír mis clamores, aunque yá sé lo que importuna la pobreza; pero no debo serte importuno, ya por la amistad que nos une desde la infancia, ya por las promesas que me hiciste antes de tu elección á Diputado, renovadas al entrar en la redacción del periódico que sostienes aquí. Nada te pido por el concurso de mi pluma, que está siempre á tu servicio; además, el director dice que no hay todavía ingresos... Pero nada te cuesta el darme tu apoyo valioso para que el Ministro, me ascienda... ¡siquiera un puesto! y se me resarza del

enorme atraso en mi carrera. ¡Ojalá tú fueses Ministro, como mereces, y pudieras hacerlo por tu mano! Te lo suplico, querido Pepe, en nombre de mis pobres hijos, débiles y enfermos, que juntamente con su madre, están en Toledo, comiendo pan de limosna, amasado con lágrimas y reconvenciones en casa de nuestro avaro tío D. Ramón, á quien ya conoces; te lo ruego por lo más sagrado, como la única salvación de tu infeliz amigo...”

Ambas cartas tenían este nombre al pie: Juan García.

La tercera estaba dirigida á su esposa: la leí también...

¡“Mi queridísima Adela! Recibí tu carta de ayer, con gusto por ser tuya, con pena por lo que me dices, y por esta separación de tí y de mis hijos, que sois la mitad de mi vida. Por mi parte, resuelto estoy á que os vengáis á mi lado, y aquí juntos, correremos todos los azares de nuestra mísera fortuna; pero sabes nuestra situación, y las deudas que nos agobian y día por día aumentan la usura, y aunque muy poco puede costar el viaje tuyo y de los niños desde Toledo hasta aquí, desconfío mucho de que quiera darte el dinero el avaro de tu tío... Si lo consigues, avísame tu venida.

Noticias... no puedo comunicarte ninguna: hoy me he resuelto á escribirle al Ministro, casi seguro de que no leerá mi carta; y he escrito asimismo á Pepe... y he descendido hasta el lenguaje de la adulación con este miserable, cuya historia conoces, cuya incapacidad es notoria. Sigo escribiendo en *El Vigía*, periódico que acaso lleve á este mentecato á una Dirección general ó á un Ministerio: de sueldo, nada todavía, pero hay que tener paciencia: yo me siento explotado; dentro de mi noto que se levantan protestas é indignaciones...

Indignación contra el Ministro, que reserva los mejores puestos para muchachos que improvisa y que apenas concurren á la oficina: indignación contra Pepe, el amigo de la infancia que, ebrío de orgullo, se hace el sordo á mis ruegos y pisotéa mi dignidad y mi conciencia, mientras proporciona credenciales de mil duros á los que, como un cierto Solares, las piden por medio de una pa-

riente hermosa...—pero hasta tñ no debe llegar noticia que te salpicaría con lodo infame...—Indignación, en fin, contra mi mismo, que llego hasta á pensar que mi suerte es el resultado natural de mi torpeza; que acaso la audacia y el descaro sean energías propias del verdadero talento; que debe prevalecer merced á ellas, y que la resignación y la honradez son el disfraz de la cobardía de los débiles...

A veces me asaltan las dudas más raras, las ideas más absurdas: pienso que tú—¡perdóname!—participas del desdén general que inspira mi falta de éxito; que yo sueño al creer que he luchado como bueno; que me equivoqué al ofrecerte felicidad y amor, cuando no he sabido hacer valer tus derechos y los derechos de mis hijos á la existencia... que erré al no aceptar aquella fácil fortuna que tentó ni honradez en América... en suma, que el error y la debilidad son mi patrimonio; que he labrado vuestra infelicidad y que tú lo conoces y me reconvienes silenciosamente desde el fondo de tu alma.

He dado eternos adioses á mi esperanza... pero ¿y tú? ¿y mis hijos?... ¿Qué será de nuestra débil Ana, de nuestro pobre Juanito!... Yá dudo de todo... creo que la vida es una burla inmensa de la muerte, un festin perpetuo de los fuertes, y una agonía inacabable de los débiles y de los honrados.

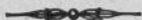
Ven, sí; á toda costa ven á mi lado: tu presencia, como la de nuestros hijos, me infundirá valor. ¡Ojalá no recibas en Toledo esta carta y te halles en camino!... Así salvarás de la desesperación á tu—Juan."

¡Singular coincidencia de personas y nombres!

Recordé aquel grupo que poco antes llamara mi atención...

Doblé las cartas, guardé la cartera, y dirigí mis pasos á la calle Alcalá: un ciego, con tranquilo ademán y estudiado acento, me pidió una limosna; y mientras se la daba, pensé que era éste un mendigo falsificado.

Dentro de la Administración pública en España, carrera común de la miseria, más dignos de conmiseración hay... otros mendigos.



FLORES Y CORONAS.

Si leyésemos este artículo, ó consultásemos su asunto, á un cierto amigo nuestro, literato insigne, de más ingenio que celebridad, con seguridad nos diría que no es muy apropiado el título, y que mejor debiéramos llamarle, por ejemplo, *el carro de la gloria ó la inmortalidad á domicilio*.

Sea de ello lo que fuere, no tenemos interés alguno en sostener nuestra opinión como la mejor, y el lector discreto puede elegir, si gusta, cualquiera de los dos títulos indicados en el párrafo anterior, y sustituirlo al nuestro, cuando expliquemos el asunto de este trabajo, si antes, con mayor perspicacia, no lo adivina.

Es muy añejo, en España á lo menos, quejarnos de la indiferencia de la nación hácia sus hombres eminentes, y recordar que Cervantes murió pobre y Espinel pobre y olvidado, y así otros muchos. El siglo actual no quiere, sin duda, que los venideros lo tachen de ingrato y poco civilizado, y desde sus comienzos ha procedido de distinto modo: al borde mismo de la entreabierta sepultura de algunos escritores célebres, la vanidad de ciertos poetas y oradores noveles, gusanos que se nutren con los despojos de la gloria ajena, ha entonado himnos y discursos, hoy olvidados por la generación presente: general ha sido y muy reciente la moda de las desacreditadas *coronas poéticas*, en las que una porción de señores, muy conocidos en su casa, á pretexto de ensalzar al difunto, le enderezaban larga cosecha de lugares comunes con los sonoros nombres de sonetos, odas y elegías.

Pero todo esto era poco; se necesitaba una forma más sensual y material para patentizar la admiración á los sábios y á los artistas; un espectáculo aparatoso de gloria, que entrase por los ojos; una gloria visible y palpable, al alcance de todos los ingénios y de todas las fortunas; un medio más fácil que hacer malos versos,

más positivo y práctico que los sonetos y las elegías, y más vistoso que el libro, por nadie comprado y por muy pocos leído.

Los pueblos más adelantados idearon las apoteosis en vida, con mucho de aspecto teatral, los centenarios de los muertos ilustres, con mucha parte de artificio y tramoya, como los carros alegóricos y las cabalgatas históricas; los pueblos menos adelantados se conformaron con honrar á sus muertos ilustres por medio de entierros pomposos, con lujo pagánico de coronas, cintas y flores.

Muchos á sabiendas, muchísimos sin percatarse de ello, entrábanse de lleno en una nueva religión, trivial y pasajera, ya anunciada por Comte; *el culto de los grandes hombres*: y como todas las comedias humanas tienen un final conocido, y un desarrollo idéntico, la piadosa costumbre, en cierto modo respetable, degeneró á poco en *el culto de los hombres medianos*; después, en *el culto de los hombres vulgares*, y por fin, en *la glorificación de todos los muertos*.

Nada tan tristemente ridículo como esta democracia fúnebre: ya los carros mortuorios recargados de cintas y cubiertos de flores y coronas, no indican que conducen al silencioso sitio de la verdad definitiva los mortales despojos de un sábio, de un poeta, de un artista, de un ídolo de la muchedumbre, ídolo más ó menos legítimo, alzado tal vez por el azar, pero que algún tiempo la deslumbró con los rayos de una gloria falsa ó verdadera: hoy, esos ataúdes, literalmente sepultados por colosales montones de coronas, que á diario vemos por las calles, sólo dicen que ha muerto una persona acomodada, cuya familia no se sustrae á la última de las vanidades, y cuya posición requiere que esa vanidad se halague por los amigos de la casa.

Así como los entierros han hecho nacer una industria, que se devora por la competencia, la nueva moda de la *coronación universal*, ha dado nacimiento á una industria, ya floreciente, que podríamos llamar *la industria de la inmortalidad y el comercio de la gloria*.

Reconocido yá, tácitamente, por la generalidad, que todos los muertos son ilustres y merecedores de la inmortalidad, antes reservada á los sábios y á los génios, ha surgido el importante problema de la conservación de todos los restos mortales, á fin de que la posteridad no se dé de cabezadas buscándolos, como hoy sucede con los de Cervantes; y de aquí una larga série de comunicados, que un día y otro nos aturden en los principales periódicos, acerca de la duración del zinc, del plomo y del hierro, comunicados en que esa nueva rama del comercio moderno, anda tirándose, vamos al decir, los féretros á la cabeza, esos féretros *inmortales* al alcance de esta generación gloriosa, más feliz que Calderón y Lope, enterrados modestamente sin flores ni coronas, y encerrados en miserables cajas de madera.

Lo único que hoy puede causar pena es morir sin dinero; es decir, tener que sustraerse á la coronación general, y deslizarse por esas calles de riguroso incógnito sin cintas ni dedicatorias, ni coches, ni flores alegóricas. Ni es un muerto distinguido aquél de quien no puedan decir los periódicos el elogio contenido en este suelto que se repite como patrón general para el caso, y que, seguramente, recogerá la Historia: "La magnífica corona que tanto llamó ayer la atención en el entierro del Excmo. Sr. D. Procopio Lagunilla, era de la acreditada casa de Font y c.^a, Puerta del Sol n.º 394."

Para la gloria, no es necesario más; ser poeta es una cosa contraproducente, porque el público—digo, los versos,—están en decadencia: ser sábio, es peor todavía, porque es de muy mal gusto que muera un sábio con dinero: ser músico ó pintor es aún cosa menos honorable. Siquiera á un torero se le puede llamar *primer espada* ó *simpático diestro*, á un cantante, *insigne artista*, etc. ¿Quién, en cambio, califica á un sábio? La cosa es árdua, y hoy no se hace por modestia.

Lo más socorrido es el patrón oficial de las esquelas mortuorias; ésas en que se agregan título sobre título, honores sobre honores, cargos sobre cargos: ¿Qué mayor

esplendor que poder escribir lo de *abogado de Getafe, archivero de Turleque, propietario de Argumosa, excellentísimo, ilustrísimo, ó á lo menos muy ilustre señor?*

Pero, volviendo á las coronas, referiremos una anécdota curiosa, qué demuestra hasta qué punto llega la exageración de esta ridícula costumbre.

Hallábase enferma una linda jóven, hija de un importante personaje político: un empleado protegido de éste, y su esposa, deshacíanse en demostrar su gratitud inquiriendo mañana y tarde el estado de salud de la enferma.

—¡Está en la agonía!—les dijeron una mañana los deudos de la jóven.—Y el matrimonio marchó seguidamente á una tienda de coronas.

—¿La quieren ustedes de poeta?—Son las más bonitas y muchas familias las llevan de esta clase: vean ustedes; última novedad—dijo el dependiente.

—Es para una lindísima jóven, pero que no hizo nunca versos,—prorrumpieron á duo los esposos.

—No importa: es lo mismo;—agregó con tono de superioridad el encargado de la tienda.

Aquella misma tarde recibió el matrimonio una espléndida corona de laurel con luenga cinta en que se leía esta dedicatoria; “A la virtuosa María sus desconsolados amigos J. L. y R. P.”

Pero ¿cuál no sería la sorpresa de los cónyuges al saber al siguiente día que la enferma estaba sana y buena? ¿Qué hacer con la corona?

Un amigo les resolvió la duda: guardarla y dedicarla á cualquiera otra amiga que se muriese y tuviera el mismo nombre.

Madrid. 1890.



LA PEREGRINACIÓN DE LA MUERTA.

(CUENTO IDEALISTA.)

I

Recuerdo confusamente,—¡ha transcurrido ya tanto tiempo!,—que era de noble origen y rara hermosura. Como el idealismo estaba entónces de moda, y, además, constituía parte de su naturaleza, se pasaba las horas muertas soñando con el ideal, de donde, más tarde, contrajo la grave dolencia de las idéas: con decir que soñaba, claramente confieso que era soñadora, no por culpa suya, sino por obra y gracia de las maravillas que la despertaron á la primera juventud... Aquella catedral imponente y famosa, la altísima y esbelta Giralda, que parece el índice de una mano de piedra señalando al infinito; aquel Alcázar moro, creación oriental, dormida hace siglos en los brazos del Occidente, y del que cada ajimez es angosta puerta del deséo, cada salón nido abierto de amor, tibio aún de sensualidad, suspiros y besos; aquel ancho y sereno Guadalquivir, que en las noches estivales de luna parece arteria de plata fundida, cercada de espadañas y flores... porque he olvidado decir que nuestra heroína era sevillana.

Cuando se presentó en el mundo por primera vez, fué saludada con entusiasmo. Había leído á nuestros grandes poetas, había admirado á nuestros divinos pintores, había aspirado el vario perfume de los vergeles sevillanos, y bebido á torrentes con la mirada la luz de aquel espacio infinito y diáfano, y su expresión y sus idéas tenían algo de las formas esculturales del idioma, de los colores brillantes de la paleta, de los aromas de nardos y azahares de las primaveras andaluzas, y de los tornasoles y claridades de aquel cielo.

Las más nobles pasiones llamaron á sus puertas, nunca cerradas entonces á lo generoso y á lo bueno: y el amor

con sus tímidas alas de rosa, la ambición honrada con sus frases de fuego, la gloria con sus dudosas promesas, la visitaron... ¡Cuántas veces soñó con la fama de Bécquer, á la sola vista de unas campanillas azules! ¡Cuántas el alba sorprendió á mi querida muerta, á orillas del "sagrado río" queriendo traducir ese himno al sol que todas las mañanas repiten, con no sabidos rumores, arrullos y gorgéos, pájaros y hojas, aguas y flores!

Creció... y herida de soslayo por el sol enrojecido de la envidia, acaso pareció demasiado bella... y empezó á poco esa sorda conjuración de las almas pequeñas y de los seres envilecidos, en que á un tiempo estallan y se sofocan rugidos de despecho, incendios de ira y maldiciones de impotencia. Lo que después sucedió, fácil es suponerlo: fuéronle negados el agua y el fuego, y nuestra heroína sin nombre abandonó aquel suelo inhospitalario y... bendito.

II

Tiene Madrid atracciones de imán, dejos de grandeza y espejismos de gloria para el alma que sueña, antes de que, gastada y rendida por la lucha, los llorosos ojos lo conviertan en mentidero de famas, muerte devoradora de ilusiones y cementerio de esperanzas. Y allá fué élla, humilde y pobre, rica de fé y de alientos, aunque con el temor interno de los martirios cercanos.

"Quién no espera vencer, yá está vencido."

Y ella no esperaba vencer; aunque jóven sólo deseaba honrado descanso; pero bien pronto supo con pena que en aquella ciudad inmensa no había espacio para un hogar más, allí donde hay tan pocos hogares.

Aunque conocía la sábia sentencia latina "vivorum ut magna admiratio ita censura difficilis," ella habíase erigido muchos ídolos y elevado muchos altares... ¡Cuán pronto tuvo que derribarlos y destruirlos! Vió allí el talento á sueldo de la fortuna: la conciencia al servicio de los poderosos; las letras atadas al carro de la política;

si el mundo es el imperio de las medianías, pronto conoció que aquél era el imperio de las nulidades, el botín de los fuertes y la apoteosis del miedo. Parecióle ciudad de lacayos, entregada á la ciega adoración de vergonzosas divinidades, el éxito, la vanidad y los placeres: halló, vestidos de mercaderes, el amor, el mérito, la amistad, la fama, y no vió más que un solo comprador: el dinero...

Fatigada del espectáculo del lujo, en el que vió tantos espacios negros en el espíritu del hombre, tantas elegantes damas cuyos hermosos cuerpos iban en coche, mientras la conciencia, al lado, caminaba á pié salpicada de lodo, cambió de sitio, y se cruzó con Madrid en masa, que se dirigía á los toros; pasó por delante del Congreso y contempló la estatua de Cervantes, que parecía medir con pena nuestra decadencia nacional y política; detúvose luego ante la estatua de Calderón, y creyó que meditaba silenciosamente ante las ruinas del teatro Español...

Donde quiera fué, oyó hablar tenazmente del tenor favorito, del torero de moda, y comprendió que la fortuna y el aplauso se pagaban especialmente de gorgoritos y pases de muleta. Se refugió en el mundo intelectual, y un filósofo le dijo que su voluntad no existía y era no más una resultante de las sensaciones de la materia; su memoria un mecanismo de impresiones atómicas y su inteligencia y sus ideas de bien é inmortalidad, una série de vibraciones y transformaciones de fuerzas... Se refugió en el mundo literario, y un crítico le habló de naturalismo, y la halló anticuada, deforme y fea...

Un día, mientras cerraba el funesto balance mental del año, sintió frío, ese frío glacial de las fiebres del alma, precursoras de la muerte; pero no murió de una vez; su agonía fué larga, fué una muerte á diario, durante algunos meses: al fin sucumbió una tarde en que caía mucha nieve en los espacios del espíritu... ¡Pobre alma muerta! Su agonía fué ignorada; tuvo por toda oración, el silencio, y por mortaja el olvido.

III

¡No os burleis, críticos á la moda, naturalistas mal arrepentidos ó impenitentes, de "las almas muertas," y desead sólo que no muera la vuestra... si la teneis! De mí sé decir que la he sentido morir, y casi he asistido á mi propia muerte.

Desde entónces empieza esta larga peregrinación de mi destino, que es sólo la inacabable peregrinación de la muerta, de esta muerta querida, que en ninguna tierra puedo depositar; en vano las auras vírgenes y vigorosas de América orearon el triste cadáver que conduzco dentro de mí á la manera de entierro fantástico ó de lúgubre paséo; y si algunas flores brotaron en su sepultura, fueron esas flores mustias y amarillas, que llaman "flores de muerto", y se secaron al recibir el aire impetuoso de la vida.

¡Años de peregrinación largos y estériles! ¡Años de peregrinación por América, por Oceanía, páginas en blanco de una existencia que se soporta abrazando un cadáver, y conociendo que la presencia de ese mismo cadáver, es el resto que nos queda de vida!

Manila, 1887.



DON JUAN IGNACIO DE ARMAS.

Por excepción,—triste privilegio de los muertos ilustres,—vamos á hacer hoy una necrología. Es un deber que contrae toda pluma honrada con la memoria de los hombres excepcionales, y todo corazón recto con los lazos, nunca rotos por la muerte, del afecto hácia el amigo que sucumbe. Así nos sucede ahora con el malogrado escritor cuyo nombre encabeza estas líneas; ni otro tributo podemos rendirle que el de llorar su pérdida y enaltecer su memoria.

Ha sido Armas uno de esos intrépidos viajeros que sucumben en la mitad del camino de la vida, cuando todo hace presumir que *pisan ya el terreno de su triunfo*, y marchan, sin obstáculos, á su definitiva victoria. Joven aún,—había nacido en la Habana el 27 de Agosto de 1841,—poeta de la raza de Heredia y Bello; literato de vastísima erudición; filólogo eminente, antropólogo distinguido, aguardaba á su nombre el vuelo de dilatada fama, que hoy desplegará sus alas con doble celeridad como tardía compensación de la muerte inesperada del escritor excelente.

Fué la vida de Armas agitadísima: muy joven, sus exaltadas convicciones políticas hiciéronle sufrir las amarguras de larga expatriación, y arrastró por los Estados Unidos y Venezuela las penosas nostalgias del desterrado, endulzadas por la presencia de su esposa y las caricias de sus hijas: restablecida la paz en Cuba, regresó al querido suelo natal, en donde se le brindaban merecido puesto social y general aprecio, y en el que el reposo de su espíritu y sus aficiones al estudio de ciencias y letras, y su talento excepcional, hubieran producido sus naturales frutos, sin el viaje á Europa, que ha tenido como altísimo precio la vida del poeta.

Europa era para Armas una antigua amiga: la primera juventud del escritor se había deslizado en España, en

Madrid precisamente; otra parte de ella en París, á donde el malogrado Armas pensaba ir en los días en que le sorprendió la muerte: otra parte en Italia, donde perfeccionó nuestro compatriota sus conocimientos de arquitecto con el profesor Boito hermano del célebre maestro autor de la ópera *Mefistófeles*.

Cuando Armas llegó á Madrid, en los primeros días del mes corriente, se despertaron, como dormido enjambre, dulcísimos recuerdos en el alma del poeta: aquí las reminiscencias de las ilusiones primeras de su juventud: aquí las vivientes memorias de las animadas escenas de su mocedad: aquí el teatro en que aparecieron á su vista, como sueños fascinadores y fugitivos, sus nobles aspiraciones de ciencia y sus presentimientos de poeta: en recientes días, tan cercanos yá de su muerte, Armas, lleno de vida y ajeno á su próximo fin, se complacía en rehacer las escenas que antes enumeramos: hablaba con entusiasmo de sus proyectos literarios, gestionaba activamente asuntos de interés para la ciudad natal, y recreábase con la idéa de su viaje á París, en donde le esperaban las expansiones de íntimos afectos.

El que escribe estas líneas le saludó, al verle por vez primera, como á un antiguo amigo: aún no le conocía, y yá hacía mucho tiempo que le estimaba y admiraba: hácia el año 1882, residiendo en Puerto-Rico, conoció su nombre, y oyó las magistrales estrofas de la oda *Al porvenir de América*, y la brillante poesía *La lira griega*, de lábios de la insigne poetisa puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió, tan celebrada de Menéndez Pelayo, Nuñez de Arce, Cortón y otros escritores, y amiga del alma del poeta cubano; y el elogio mayor de éste, cuyas prendas no menores eran la energía y la tenacidad de carácter, lo hemos oído, sin que él pretendiera hacerlo, en boca del malogrado escritor: siendo muy jóven compuso muchos versos que condenó al olvido, y maduró su inteligencia con el estudio, luchó en silencio con las rebelías de la forma poética, y perfeccionó su estilo y pulimentó sus versos, que, al ver la luz pública,— y esto lo

añadimos nosotros,—tenían ya al mismo tiempo que el vigor de una altísima inspiración, las cualidades todas, las seducciones y la magia del lenguaje de los grandes maestros.

La noche del 15 del actual pasábala en agradable velada poética el infortunado Armas: nadie hubiera sospechado al verle aplaudir calurosamente los versos de Narciso Campillo y oírle recitar sus propios versos, que el nsigne escritor cubano estaba ya herido de muerte: una os seca y áspera interrumpía á veces aquel animado derroche de erudición y de ingenio.

A los tres dias hallábase Armas postrado en el lecho y atacado de traidora y agudísima pulmonía: vanos han sido los recursos de la ciencia, é inútiles los esfuerzos de sus amigos por asistirlo y salvarlo, en cuya noble taréa Campillo ha cumplido como bueno y Cortón se ha conducido de una manera admirable.

Negábase tenazmente el enfermo á tomar las medicinas, y un delirio razonado y casi constante hacía más difícil la taréa de asistirle: la residencia en una fonda aumentaba esta dificultad, y el infortunado Armas, aprovechando inevitables descuidos, intentó varias veces vestirse y en cierta ocasión lanzarse á la calle.

Se impuso la necesidad de trasladarlo á una Casa de Salud, en la que mejoró notablemente los primeros días, recayendo y agravándose nuevamente el 29 y falleciendo al fin en la madrugada de ayer 30.

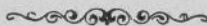
¡Tremendo destino el suyo! ¡Disipar la primera juventud corriendo en pos de las engañosas apariencias del ideal; gastar después las fuerzas del mezquino organismo y las energías del espíritu en las luchas de lo real; separar los obstáculos del camino, sentirse ya vencedor, extender la mano para alcanzar el codiciado premio, y tocar el borde helado de una sepultura! ¡Misterio, siempre misterio!

¡Sentirse jóven y sucumbir; ser inmortal y morir; sentir arder clara y deslumbradora en la frente la llama del génio creador, y que ésta oscila y se estremece y

se apaga al soplo helado de la muerte! ¡Y, al morir, al exhalar el último y doloroso suspiro, que la mano de la amante esposa no oprima la yerta mano del moribundo; que las lágrimas y los besos del amor filial no tibien con dulce calor su frente sudorosa; y al espirar lejos de esos seres queridos, lejos del suelo natal, que la amistad sola sustituya de manera insuficiente esos piadosos deberes de la familia, esos oficios irreemplazables, esas últimas y supremas caricias de los hijos, ese suave calor del hogar, por breve espacio abandonado, y al que ya nunca se volverá!

Y aquí quedan sus despojos mortales modestamente sepultados hoy en el Cementerio del Este, aguardando á que algún día, con seguridad no lejano, la distinguida familia del finado, la Diputación de la Habana, en la que el malogrado Armas desempeñaba el cargo de arquitecto provincial, ó las corporaciones literarias y científicas de aquel país tan amante de sus glorias, los trasladen al suelo natal y los depositen en mausoléo digno de la memoria y de los merecimientos de tan preclaro hijo de aquella tierra generosa, y de escritor tan eminente.

Madrid, 31 Diciembre 1889.



X DICHOS VULGARES.

I

Contra lo que generalmente se cree, no hay dicho vulgar, adagio ó proverbio, que no tenga un origen curioso, por lo común desconocido, ya arrancando de un hecho tradicional, ya de una invención propia de la fantasía popular y siempre de una aplicación lógica y constante.

Sabido es el abolengo de una de estas frases célebres y vulgares: la que se deriva de aquel famoso médico de Valladolid, que se consagraba á hacer experimentos científicos en los ajusticiados, y á quien uno que logró salvar, al intentar el doctor realizar la experiencia en su propia persona, le robó el dinero y lo *dejó colgado*.

De otro dicho vulgar y frecuente queremos hacer hoy la historia: todos hemos oído más de una vez que *fulano sería capaz de sacarse un ojo con tal de que se quedase ciego su enemigo*. Vamos á ver qué origen tiene esta frase del tuerto voluntario.

II

En un día desapacible de invierno, en que con tanta intensidad se siente la nostalgia de la primavera, lo oímos contar á un excelente narrador, al calor del hogar y al animador chisporroteo de la lumbre.

Caminaba la Fortuna por una senda de flores. Acababa de amanecer, y las purísimas gotas de rocío, heridas por los rayos oblicuos del sol, y teñidas por los arreboles de la mañana, semejaban un inmenso bordado de brilladoras perlas en un manto extendido de Oriente á Occidente.

A uno y otro lado del camino, altos árboles inclinaban sus ramas espesas, á impulsos de la brisa matinal, como haciendo acompasados saludos á la Fortuna: parecía que

la misma Naturaleza la adulaba inclinándose ante la dispensadora del éxito, del poder, de la riqueza y de la gloria.

En una encrucijada, acechaban su paso dos mujeres de siniestra catadura, aunque de exterior diverso.

La una, de ajadas mejillas, pálida y demacrada; de ojos turbados, indagadores y penetrantes; de palidez intensa, de traje abigarrado, anunciaba una existencia inquieta y gastada. Su frente surcaban innumerables arrugas y cada una denunciaba una pena, y cada pena una tristeza del bien ajeno: era la Envidia.

La otra, de ojillos pequeños y vivos, de raído traje, nariz de pronunciada curva, boca hundida y barba saliente, miraba con afán los rayos del sol que fingían entre las hojas de los árboles hilos de oro, mojaba la punta de sus dedos en las gotas de rocío, que intentaba coger tomándolas por perlas, y presentaba los signos exteriores de una fiebre continua y de una sed nunca saciada: era la Avaricia.

Parecía que una á otra se acechaban en vez de acechar á la Fortuna: mirábanse rencorosas, y claramente daban á entender que se estorbaban, y maldecían entre dientes de su fatal encuentro.

En esto adelantábase la Fortuna: su arrogante figura contrastaba con el aspecto de las que la aguardaban: no iba vendada, que no há menester venda quien ha resuelto no ejecutar cosa alguna que no sea un disparate. Su traje era riquísimo, lujoso el carro que la conducía, atestado de bienes y de oro. Al ver á la Envidia y á la Avaricia, quedóse suspensa, tomándolas por dos pobres que iban á implorarle; luego sonrió al conocerlas.

III

La primera que habló fué la Avaricia; no pudo contenerse: la Envidia con aspecto reservado, escuchó en silencio.

—¡Dame algún oro!—gritó la Avaricia con voz destemplada.

La Fortuna contempló á entrambas pensativa y después exclamó risueña.

—Hoy es día hermoso y primaveral: todo renace, incluso el buen humor de mi juventud eterna, que empezaba á cansarme: siento amor, languidez y cansancio.

¡Dichoso aquél que hoy me encuentre en su camino! ¡Pero vosotras sois dos y no sé cómo arreglarme para hacer una distribución equitativa! Por otra parte, os he conocido. No os niego mis bienes, pero daré un doble á la segunda, de cuanto me pida la primera que hable.

Siguió un largo silencio.

—¡Pide tú primero!—gritaba la Avaricia á la Envidia. Esta sonreía y callaba.

—No puedo detenerme,—dijo la Fortuna—porque son muchos los que me esperan.

Y esto diciendo, prosiguió su camino.

Detrás, mirándola con afán, y contemplándose recelosas, siguieron la Envidia y la Avaricia. Ni una ni otra osaban romper el silencio: herían sus piés los guijarros del camino; sus pechos fatigados y jadeantes, expelían y aspiraban difícilmente el aliento... Imposible seguir la rápida marcha de la Fortuna.

IV

A un tiempo la Avaricia y la Envidia rendidas y sudorosas, rogaron á la Fortuna que se detuviese un instante.

Esta se detuvo, pero encareciendo á una y otra que hablasen pronto: siguióse otro largo silencio.

—Si hablo primero—decíase la Avaricia,—sólo obtendré la mitad de los dones que esa miserable.

—Esa criatura vil,—murmuraba la Envidia,—no acaba de hablar, y yo no he de resignarme á la mitad de los dones que le conceda la Fortuna.

—Puesto que no hablais, prosigo mi camino, exclamó, la última, disponiéndose á emprenderlo de nuevo.

Pero en los ojos de la Envidia brilló una mirada siniestra, y contrajo sus labios áridos una sonrisa de triunfo.

—Hablaré primero—gritó descompuesta á la Fortuna;—pero, añadió, has de dar á ésta el doble de lo que yo te pida.

—Seguramente, repuso la Fortuna.

—Pues bien, dijo la Envidia con acento triunfante: ¡sácame un ojo!

V

No añadió el que narraba si la Fortuna cumplió el terrible deseo de la Envidia, aunque es de suponer que se realizase.

La Envidia, desde entonces, nunca sigue camino recto y marcha describiendo, sin darse cuenta de ello, irregulares curvas; ni, desde entonces, vé por completo cosa alguna cuyas perfecciones ó bellezas perciba bien.

La Avaricia anda á tientas, y como no cesa su fiebre tenaz, busca á la Fortuna y de ella, el oro que la seduce, sin notar que salva precipicios y bordéa abismos que la tragarán algún día.

Madrid, 1889.



UN AUTÓGRAFO DE BÉCQUER.

Sr. D. Román García Pereira.

Barcelona 1.º Mayo, 1886.

Próximo á embarcar, mi estimado amigo y compañero, para mi nuevo destierro de Manila, desempeño con estas líneas la palabra que le di en esa ciudad, cuando tuve el gusto de conocer á V., de oír sus sentidos versos, y de informarme del noble proyecto por usted generosamente iniciado y con inquebrantable constancia perseguido, de glorificar la memoria de Bécquer erigiéndole sencillo y elegante monumento proyectado por el inspiradísimo Susillo, y recordando á la dormida Sevilla, de ese modo, cómo debe honrar el nombre de su gran prosador, y genial poeta, una de sus más legítimas glorias.

Pero, ¿cómo decir algo bueno y, sobre todo, algo nuevo, acerca de escritor tan célebre? Ocioso sería; y en mí, taréa imposible. Toda España, toda Europa conocen íntimamente el carácter, las tendencias literarias, y hasta los más insignificantes detalles biográficos del constante amador de las *campanillas azules*: todo el mundo sabe de memoria las brillantes descripciones del poeta, especialmente en leyendas y asuntos de la Edad media, y con él hemos aprendido á decir *medito* ante las ruinas venerables del armónico estilo greco-romano: *amo*, ante los monumentos arquitectónicos del mauritano sensual y gracioso; *creo*, bajo las bóvedas augustas del templo gótico, de que tantas muestras ofrece la insigne Sevilla, patria de eximios poetas, de grandes pintores, de brillantes artistas; cielo de hermosos y deslumbradores sueños, y tierra fecunda en caracteres indiferentes y en perezosos olvidos.

Entrar por otra parte, en la debatida materia del género é importancia de las rimas de Bécquer, mal llama-

das *suspirillos germánicos*, que algo más son y mucho más representan, no sería del momento, ni menos discurrir acerca de la gran poesía clásica y de la falta de la epopeya en nuestras letras. Y no escasean elementos á esta última: desde la Reconquista, comenzada en los agrios montes de Asturias, proseguida tenazmente en el riñón de Castilla, por Toledo, Avila, Segovia, aquellas viejas ciudades...

“vetustas madres
cuyo fecundo visigodo vientre,
cuyos robustos visigodos pechos
te concibieron con su ardiente savia,
te amamantaron con su hidalga leche,
¡oh noble España!...”

como exclama el insigne Tassara (también sevillano), concluyendo con nacional orgullo

“Ya soy más español, soy castellano”;
y terminada ante los árabes muros de Granada, hasta la gloriosa guerra de la Independencia, no faltan los más grandes asuntos históricos: aún reclaman su poema la increíble epopeya de Oriente, en que temblaron ante la espada española de Roger de Flor y de un puñado de almogávares el Imperio de Bizancio, Grecia y los confines del Asia, y las epopeyas del Mediterráneo, sojuzgado por otra espada española, la de Roger de Lauria, y libertado de los árabes por la de Juan de Austria: aún lo reclaman el descubrimiento y conquista de América y Filipinas, Colón y Magallanes, Hernán-Cortés y Legazpi. Y, sin embargo, no carece el genio nacional del necesario empuje, ni hay solución de continuidad en nuestra historia; y ante nuestras catedrales góticas y nuestros alcázares moros, cuantos sentimos en la frente reminiscencias de aquellas glorias, y bullir en el corazón y en las venas partículas de aquella sangre heroica, no tenemos más que cerrar los ojos para que surjan los engañadores espejismos del pasado, y cruce ante nosotros aquella gran nación castellana con sus victoriosos pendones morados, sus héroes invencibles, sus damas her-

mosas y discretas, sus reyes batalladores, su morisma humillada, sus sabios, sus navegantes, sus descubridores; aquella nación magnánima, que, al ofrecérsele una empresa, jamás preguntó si era costosa y sangrienta, bastándole con que fuera gloriosa y arriesgada; basta cerrar los ojos para que renazca el pasado con singular apariencia de presente, en el florecimiento vigoroso de la corte de Castilla, cuando no se ponía el sol en nuestros dominios, y marchaba Europa tan sujeta al carro de nuestra fortuna, que en todas partes tenía a honor pensar, amar y reñir á la española.

Nada de esto sería oportuno, aunque se relaciona con el carácter personalísimo de nuestros poetas, y de aquí el predominio de la poesía lírica, y de los sentimientos individuales, como acontece á nuestro Bécquer, de quien soy, como usted, amante y devotísimo. Y allá vá una noticia que tendrá gran interés para los hombres de letras, y que justifica el título de este trabajo.

El autógrafo, el original de la famosa poesía *¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*, vino á mis manos desde las del egregio poeta Campillo, albacéa literario del infortunado Gustavo, y lo conservo como reliquia preciosa, á través de mis largos viajes y no escasas vicisitudes. En la obscura hoja de este papel valiosísimo, aparecen, á la izquierda, en sentido perpendicular, los asonantes que se proponía emplear el escritor; después, como el balbucir de un niño, las primeras aún incorrectas estrofas, en que ya se dibujan, sin embargo, vigorosamente el sombrío y abierto nicho que espera á su huésped eterno; el sepulturero, impasible, apoyando la tosca mano en la siniestra piqueta; el lecho desde el que se proyecta la sombra del inmóvil cadáver, y el ¡ay! desgarrador del vate, que vé en un principio desordenadas y confusas las tristes escenas y así las describe. A intervalos, trazados por mano febril é inquieta, pero hábil, un friso, un capitel con elegantes hojas corintias, un busto de guerrero, revestida la finísima cota milanese y la espesa celada descansando sobre el robusto pecho; y

más allá, juguetona escena de dos damas sorprendidas por paje travieso en las escalinatas del jardín, presa una de ellas en los brazos amorosos del doncel, mientras huye precipitadamente la compañera. ¡Cuántas veces, en mis desalientos de poeta, me abismo en la muda contemplación del precioso autógrafo, me parece sentir el hábito abrasado del autor ilustre, y siento renacer nuevas fuerzas y divinas esperanzas, confortado con la sola vista del manuscrito, y pensando que sus amarillos bordes han sentido el roce de unas alas, de las alas gloriosas de la inmortalidad!

He cumplido mi oferta: pequeño es el don, pero no tengo otra cosa que dar; en cambio es grande mi admiración por el sevillano ilustre, y grande también mi gratitud hacia usted, que se enaltece honrando la memoria del infortunado poeta.

Se despide de usted, y se reitera su amigo y admirador q. l. b. l. m.



VIAJES POR ITALIA, DE D. JOSÉ M. MONGE.

“Recorrer unos cuantos centenares de kilómetros encerrado en el wagón de un ferro-carril; ver pasar por delante de las vidrieras, con pasmosa rapidez, ora vastas llanuras convertidas por la mano del agricultor en matizadas alfombras, ora gigantescas montañas, caudalosos ríos, ó pueblos que surgen y desaparecen como exhalaciones; penetrar en las ciudades: formar parte de la inquieta muchedumbre que se agita en las aceras, en las plazas y en los edificios públicos: atravesar una calle confundido con las patas de los caballos y las ruedas de los coches; oír desde la cómoda butaca de un teatro los ruisseños que pueblan las gargantas de la Patti ó de la Nilson; echar de menos el relój ó el portamonedas; detenerse extasiado delante de una Venus de Praxiteles ó de una Madona de Rafael; tocar con veneración ó con escrúpulo, un dedo de San Juan Bautista ó los cabellos de Lucrecia Borgia: leer un manuscrito de San Agustín y otro de Lutero; salir de la régia morada de los príncipes para visitar infectos y oscuros calabozos; asomarse al cráter de un volcán; bajar á las entrañas de la tierra; mecerse sobre las dormidas aguas de un lago; oír hablar á los que pasan, sin comprender una palabra; renunciar á sus costumbres y adoptar las de cada país que se visita; sofocarse de calor y tiritar de frío; tener la bolsa constantemente abierta; dejarse explotar de todo el mundo sin proferir una queja; ser presentado á miles de personas y no conocer á nadie; considerarse extranjero en todas partes; hacer y deshacer las maletas á cada momento, y, por último, pensar que si llega la muerte, tal vez no haya una mano amiga que cierre sus ojos ni un corazón amante que recoja sus suspiros, he ahí las ventajas y los inconvenientes, los goces y las mortificaciones que esperan al que, como yo,

abandona pátria, familia y comodidades, para buscar, al través de los revueltos mares, apartadas y desconocidas comarcas, guiado, no por el amor á los placeres, sino por el noble deseo de admirar las grandes producciones del ingenio, los sitios inmortalizados por las acciones humanas, ó aquellos embellecidos por la rica y caprichosa Naturaleza."

Con descripción tan pintoresca y animada, el escritor puertorriqueño D. José M. Monge comienza el prólogo—que ya es en sí obra maestra,—del por más de un concepto notable libro titulado VIAJES POR ITALIA, que acaba de publicar, y del cual se hace el mejor elogio diciendo que en nada desmerece de los modernos sobre el mismo asunto, de autores tan ilustres—por citar sólo á los españoles,—como D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Emilio Castelar y D. Pedro Antonio de Alarcón.

Leyendo tan hermosa obra, que consultarán con frecuencia más de un literato y más de un artista, se robustece el convencimiento de que hay libros, por desgracia en corto número, que proscriben toda censura, y atraen con irresistible fuerza el aplauso: VIAJES POR ITALIA es uno de ellos: y si la honra de contarse en el número de los amigos fraternales del autor pudiera ser por algo superada, lo sería en nosotros, en estos momentos, por el transitorio deseo de no haberlo conocido, para que nunca pudiera el elegante escritor atribuir al ajeno cariño, tributo que es debido al propio merecimiento.

Empieza el Sr. Monge sus viajes por el Lago Mayor, y pasando y deteniéndose más ó menos en ellas, según la importancia de las ciudades visitadas, por Turín, Milán, Venecia, Pádua, Ferrara, Bolonia, Florencia, y Roma, los termina en la antigua capital de ambas Sicilias, cuya gozosa frente hiere el Vesubio con resplandores siniestros, y cuyos piés besan amorosas las azules ondas del mar tirreno. Prosador correctísimo y propio el Sr. Monge; de estilo nervioso y sóbrio; de exquisita escrupulosidad crítica; de conciencia honrada y recta; de varia y bien empleada imaginación, como poeta que es de altas idéas

y de percepción fina y delicada, á la vez que examina y describe, con pinceladas hábiles, los monumentos históricos y las maravillas del arte en Italia, nos traza los prodigios de aquella naturaleza: á la vez que admira las obras maestras de los más afamados artistas, nos revela los nombres de pintores, arquitectos y escultores que un injusto exclusivismo ha relegado á segundo término, nombres gloriosos á los cuales la fatalidad no ha querido ponerles alas. Sus descripciones adquieren valor de realidad ante nuestros sentidos, y así sucede con la admirable de *Isola Bella*, edén dormido sobre la tersa superficie del Lago Mayor; con la del Lido,—en que reaparece la imágen del infortunado autor de *Parisina*,—la del tradicional Puente de los Suspiros, el de Rialto, el Palacio Ducál y el Canal Grande: sucede así con la sentida y notable descripción de la antigua *Ciudad nueva*,—*Neápolis*,—joya de la Campania, con ser la Campania *Italia de la Italia*; con la animada de los *Campos Phlegreos*, allá donde fueron *Bayas* y *Misena* en las cercanías volcánicas de *Cumas* y *Puzzoles*: cautiva nuestra mente la narración de los aterradores relámpagos del Vesubio, cuyas cenizas se cernieron un día sobre la Syria y el Egipto; y asimismo la de la *Gruta azul*, y la *Gruta del perro*, de aliento carbónico y mortífero, heraldo de rápida asfixia, que neutralizan sólo las cercanas aguas del Agnano, en cuyas olas se sumergen las víctimas; lagos, volcanes y fenómenos que hicieron al mundo antiguo colocar allí el infierno pagano. Visita el Sr. Monge el cementerio de Milán, que guarda el tesoro de las cenizas de Alejandro Manzoni, y hace un idilio con la bellísima estatua de *Ada Cotta*, sentada al borde de una fuente ofreciendo, con dulce sonrisa, una flor al melancólico viajero: y dentro de un *Columbario*, en la *Via Apia* de Roma, hace un poema, más bien adivinando que oyendo una plegaria en los lábios de gallarda enlutada: imágen admirable de la unión piadosa de lo que fué y lo que es, del mundo pagano y el mundo cristiano, de los verdugos y los mártires, de los vencidos y los ven-

cedores, enlazados por el poder, de una oración en los labios de una hermosa! Y cuando el autor compara, al pisar la arena del derruido Circo, las bárbaras costumbres del pueblo romano, con las profundas agitaciones modernas, en un párrafo elocuentísimo reconoce la *barbarie moral* de nuestras sociedades, de que habla una ilustre escritora, y después de hacer justicia al pasado, estampa las valientes frases que siguen: "No, no pueden llamar bárbaros á los romanos, los que se apedrean y se matan hoy en las calles de Belfast y de Cork por cuestiones religiosas; los que hacen saltar con dinamita, Palacios, Estaciones de ferro-carriles y vapores, para satisfacer sus pasiones políticas; los que cifran su superioridad y su grandeza en la potencia de sus buques de guerra, en el número de sus soldados, ó en el alcance de sus cañones." Así describe, siente y piensa este escritor excelente. Italia antigua resucita en su pluma, y en cada página de su libro pueden contarse las palpitaciones de la Italia moderna.

¡Italia! ¡El venerable museo de Europa, el noble cementerio del mundo antiguo! Sobre su sagrado suelo, en el que perpétuamente *la rosa sucede á las violetas*; sobre ese hermoso suelo, jardín del orbe conocido por nuestros antecesores, hoy compuesto de polvo de Césares y cenizas de mártires, han pasado, en esta inacabable peregrinación del hombre por el planeta, tal vez errantes pelasgos oriundos de la antigua Grecia y descendientes de los habitantes de las mesetas del Asia, tal vez los legendarios héroes de la epopeya troyana; después, al aparecer constituido el robusto pueblo romano, de altos destinos históricos, el galo feroz, con la ley del vencido escrita en la espada de Brenno, como ola humana que providencialmente se adelanta á recibir la primera caricia de luz de las civilizaciones orientales; más tarde, las hambrientas hordas de Alarico, despertadas por misteriosos designios históricos, en las orillas del Azof y del Vístula y en los brumosos bosques teutónicos, para la transformación del Occidente; y breve tiempo después,



las huestes de Atila, detenidas á las puertas de Roma por la palabra de un santo: sobre ese suelo bendito de Italia se han desarrollado los más grandes sucesos de la Edad media, y en él alentaron y en él reposan, unos al lado de otros, igualados por la muerte, los héroes de la fé, y los héroes de las artes, y los héroes de la guerra: su sol hermoso derramó por toda la Península los reflejos del férreo casco del fundador terrible de la casa de Suabia, é hizo germinar en el cerebro de los elegidos la idéa reveladora de su predestinación, y á la sublime voz interna de *scio me magnum principem futurum*, más gloriosa que el soberbio *civis romanus*, surgieron con la ley de amor en los lábios Francisco de Asis y Rosa Viterbo, con el divino cincel y los inspirados pinceles en las manos inmortales, Rafael y Miguel Angel, Nicolo de Puglia, Properzia Rossi y Canova; y Pisano y Ghiberti, é Isabella Sirami; Bonifazio, el Tiziano, Andrea del Sarto y Leonardo de Vinci; Fra Filippo Lippi y el Bronzino—autor del famoso retrato de Blanca Capello,—y otros cien, gloria de Italia y honor del génio latino.

¡Italia, templo del arte, teatro de la Historia, pátria de la Poesía! En Roma, porque Roma es la Italia del mundo pagano, como Atenas fué Grecia, halló su más perfecta fórmula el derecho común base de nuestras leyes: allí creció, regado con sangre generosa, el árbol frondoso del Cristianismo, bajo cuya copa secular hallan todavía benéfica sombra las civilizaciones modernas: ella ha dispuesto, como soberana, de los destinos de Europa, llenando con su nombre, con sus tradiciones y con su grandeza el sagrado Mediterráneo, desde el tracio Bósforo hasta las columnas de Hércules; y en las luchas gigantescas de Oriente y Occidente, libertó á la Europa de aciagas horas en Actium, y, aunque débil yá y desmembrada, cooperó en Lepanto á la derrota del invasor Islamismo con las naves de Génova y Venecia: en el fecundo siglo XVI, cuando el Renacimiento llamó á las puertas del ascetismo imperante desde el décimo tercero, para despertar el dormido espíritu humano á los tumul-

tos de la vida, un singular heredero de los Médicis, León X, abre con llave de oro el período más brillante del génio italiano; así, al lado de las obras maestras, legadas á la Italia por el arte heleno, se ostentan nuevas obras, también maestras, del arte cristiano; así en séries sucesivas de renacimiento, si es que en Italia alguna vez ha tenido que renacer el arte, se ha poblado, palmo á palmo, de maravillas su suelo: en Milán se eleva catedral riquísima: roba espacio á las alturas, en la ciudad de los Médicis, la atrevida cúpula de Brunelleschi en *Santa María del Fiori*, y en la metrópoli del Imperio pagano, álzase augusto templo sobre los *Baños de Diocleciano*, y portentosa basílica sobre el antiguo *Circo de Nerón*: á las fiestas lupercales, en el sagrado monte Palatino, consagrado al dios Pan, ahuyentador de los hambrientos lobos, sucede el culto espiritual del Nazareno: á la coronación de los emperadores y á los soberbios honores triunfales concedidos á los guerreros, suceden las elecciones papeles y la ceremonia humilde de la *sedes stercoraria*; del mundo pagano sólo triunfa el amor á la belleza; sólo no muere el arte; á la Venus de Praxiteles, á la Venus de Médicis y á la sensual Capitolina, se oponen la Venus de Gnido y la famosa Venus Itálica, de Canova, dignas hijas también del mar de Chipre, y de que en su honor resuenen los múrices de los tritones y se escancie el opalino Falerno en vasos de murrhée: en palacios y templos, en galerías y muséos, compiten con los antiguos y con sus propios contemporáneos, pintores y escultores, y al *Apolo de Belvedere* responde el *Moisés*, de Miguel Angel; al *Galo moribundo*, la estatua de *Perseo*, de Benvenuto Cellini; al *Hércules*, de Clycon, existente en Nápoles, *El rapto de la Sabina*, de Juan de Bolonia, que se custodia en Florencia, y al *Grupo de Lacoonte*, desgarrador como la venganza de los dioses paganos, la imagen dulcísima de *La Pietá*, de Beruino, símbolo de una religión de perdón y de paz. A los frescos rescatados de Pompeya, á la celebrada separación de Aquiles y Briseida, responde el génio italiano con los

frescos de la Capilla Sixtina y de las Cámaras de Rafael: brilla el Dominiquino al lado del de Sanzio, sin que amengüe el mérito de su *Ultima comunión de San Gerónimo*, el de la famosa *Transfiguración*; á la *Asunta* de Tiziano no cede *El descendimiento*, de nuestro Ribera; y en la explosión de misticismo causado por la poética y venerada María, disputánse la palma, en hermosos lienzos é inmortales *Madonas*, Andrea del Sarto y el griego Cimabue, y Rafael y Murillo; que también ciñe el laurel triunfador concedido al génio latino, la escuela española representada por el insigne sevillano, en quien se reunieron las tendencias de Macip y Ribalta, y de Juan de las Roelas y Herrera el Viejo, así como el ardor místico de Morales y la paleta del sublime pintor á quien llamó Felipe II el *Tiziano portugués*.

Y esta Italia es la que pasa como celestial visión ante nuestros ojos, á la lectura del notabilísimo libro del señor Monge; parécenos que vemos cuanto describe su correcta pluma, y que lo acompañamos en su viaje por aquella tierra sagrada, que, valiéndonos de una hermosa frase del autor, "se ama sin conocerla, y se conoce sin haberla visto"; nuestra ilusión nos finge que visitamos la tumba del poeta cuyos primeros días corrieron á orillas del Mincio: que nos detenemos pensativos ante el sepulcro de los Scipiones en *Altichiero*; que en Roma nos descubrimos respetuosamente ante las cenizas del Tasso ó creemos vislumbrar, durante la noche, la inquieta sombra de Nerón, en los alrededores del Monte Pincio, y que contemplamos sobrecogidos de pena y religioso entusiasmo los monumentos que guardan en Florencia los restos de Miguel Angel y Galiléo. ¡Italia, tierra bendita que ilustraron tantos mártires, guerreros, artistas y sábios! ¡Pátria de Dante, de Tasso y de Ariosto, á quienes encendiste en sagrada inspiración mostrándoles aquella trinidad de belleza que formaron Beatriz, Laura y Eleonora, espirituales Antígonas, hijas del deséo inmaterial del poeta y de sus esponsales con la glorial; ¡Italia!.. ¡El artista que no te ha visto sólo es comparable al hijo que tiene

la desgracia de no conocer á la que le dió el sér; es como el hijo que no ha recibido los besos de su madre!

Los que han tenido la fortuna de oír de lábios del señor Monge la descripción de sus viajes,—escritos yá con tanta profundidad como gallardía,—en las inolvidables *noches áticas* de casa de la excelsa poetisa Lola Rodríguez de Tió, honra también de Puerto-Rico: los que hoy ven pasar con indiferencia los eternos *días egipcios* de estas regiones, calificadas de impuras por el gran épico portugués, sin esperanzas siquiera de visitar la Italia, ésos únicamente medirán la trascendencia de esta frase del eminente autor cuando llega á la reina del Adriático: “¡La poesía de Venecia se vá! ¡Acaso yo he venido demasiado tarde!” ¡Dichoso el artista para quien Italia ha sido “una estrella que brillaba en el cielo del deséo, y hoy es surco luminoso que aparece en el horizonte del pasado!” Y más dichoso aún si halla en sus manos pluma tan elegante como la del Sr. Monge, á cuyo nombre nada falta, aunque si á las letras españolas sus proyectados libros sobre Grecia y Turquía.

Manila. 1887.



COLOMBIA.

“Tus lenguas mil, por el honor malditas,
mueve también, envidia infamatoria,
que el brusco sol de la verdad evitas
tras la sombra del árbol de la gloria.
Si en sorda guerra lenguaraz te agitas,
no hay sábio en la opinión, ni héroe en la historia
que á tus dardos, ni oídos, ni sentidos,
muertos no caigan por la espalda heridos.”

Campoamor.--COLÓN, poema.

Asistimos, sin duda, á la reivindicación universal de un nombre, yá reintegrado, aunque lenta y penosamente, en la plenitud de su gloria, por la conciencia de los pueblos: de este modo salda la Historia las deudas largas de gratitud siempre contraídas por los contemporáneos, y borra, en el caso presente, las torpes imposturas transmitidas de generación á generación, las artificiosas invenciones urdidas en suelo extraño y en el propio, por la envidia monstruosa, esa excrecencia moral de la naturaleza humana, ese engendro de las deformidades del espíritu, que nunca se sacia de víctimas; enemigo temible por las armas alevosas y envenenadas que emplea, y tanto más poderoso cuanto que se alía con la ignorancia, que tiene numerosos ejércitos á sus órdenes: la envidia, infierno del mérito al cual persigue hasta ver caer, al que lo posee, desplomado en la tumba, y aún entonces, ciega de ira, lánzase en desatada y furiosa persecución de su nombre; la envidia rebelde y contumaz, sombra eterna del bien, noche negra del alma; que no satisfecha de sus triunfos innobles en la tierra, atrévese al cielo y se alza hasta Dios en forma de negación y de duda.

El nombre de Colón es, en la Historia, sinónimo de infortunio, según los que lo acosaron en vida, y los que siguieron á su fama después de muerto: marcada su frente con la sagrada aureola de los profetas y de los mártires; sellado su corazón con el sello de todas las nostal-

gias y amarguras del géio: errante y sin pátria, pues si la tuvo, como hombre, al nacer, no tenían pátria conocida su alma superior ni su inteligencia extraordinaria; sintiendo, hora tras hora, en sus sienes febriles, las palpitaciones reveladoras de un mundo, en aquellas sienes festoneadas yá de cabellos blancos, ultrajadas por el frío soplo de la ajena incredulidad y destinadas á recibir tantos laureles y tantas coronas, huye, burlado, de Portugal, en cuya tierra inhospitalaria deja sepultada á su leal compañera Felipa Moñiz de Perestrello; aléjase, desoido, de Venecia y Génova, y vaga en España, desatendido primeramente por la Côte de Castilla, notado de impostor por los sábios, de loco por el vulgo, de visionario por los más compasivos: noble y hermosa dama cordobesa, llamada doña Beatriz Enriquez, endulza con pródigo amor sus sufrimientos; aliéntanlo, repetidas veces, Marchena y Garci Hernandez; secundan al navegante insigne y á sus amparadores, Quintanilla, Santánjel, doña Beatriz de Bobadilla y el Cardenal Mendoza; y, en Granada, tras de indecisiones tardas y capitulaciones premiosas, resuélvense, en venturoso día, por un arranque genial de la gran Reina Isabel I, los futuros destinos de todos los pueblos habitantes del planeta. El 3 de Agosto de 1492, sale al fin Colón del puerto de Palos, con tres leños frágiles y un puñado de valientes, subyugados por su audacia y su fé, entre los que cuentan los Pinzones, Juan de la Cosa y el famoso Rodrigo de Triana; pero aún le esperan, antes de pisar tierra en las Lucayas el memorable 12 de Octubre, las borrascas del mar pérfido y mudable, que parece defender su largo secreto, y las rebeldías del miedo, nunca sentido por su corazón magnánimo, y las sordas voces de la sedición cobarde, que intentan levantar en su camino infranqueable barrera, cerrándole el paso. Después... después el glorioso navegante volverá un día á España cargado de hierros por el inicuo Bobadilla; más tarde un hábil impostor intentará usurparle el honor del descubrimiento de aquel mundo desconocido, y dará su obscuro nombre al conti-

nente; el 20 de Mayo de 1506, espirará olvidado en Valladolid, hospedado en la humilde casa del marinero Gil García; y, aún después de muerto, sus huesos no hallarán la quietud del sepulcro á ningún sér negada, y se removerán tres veces sus restos venerables, á extremo tal, que sea en nuestros tiempos la autenticidad de tan santos despojos, si con ardor disputada, injustamente controvertida.

Bástenos saber que sus restos descansan hoy en generosa tierra española, tibios por el mismo sol tropical que iluminó atónito sus descubrimientos, y cerca del teatro supremo de su gloria: no lejos de allí arribó hace cuatro siglos el audaz navegante, con escasa gente, bien ajeno de que pisaba las avanzadas de territorio extensísimo y de que, al hollarlo con su planta, cambiaba la faz del mundo, abriendo ancho campo á las actividades y á la sed de conquista, mal contenidas en la conturbada Europa, y amenaza y peligro constantes para su paz y para el equilibrio de su azarosa existencia: acaso no pudo conocer entonces la importancia, á nada comparable en lo humano, de su porfiada empresa, inmensa, innarrable, si por el éxito se aquilata, pero no más grande que su tenaz firmeza, si se mide por lo atrevido y excepcional del intento: en las cruces de los estandartes que tremola, en las doctrinas de que son aquellos hombres providenciales mensajeros, en las puntas de aquella veintena de heróicas espadas españolas que le seguirán, lleva Colón las energías más poderosas, la religión más sublime, la lengua más sonora, las glorias más altas y la civilización más floreciente del mundo antiguo; por eso los contemplarán con muda sorpresa, como á dioses ó seres inmortales, aquellos pueblos sumidos en las tinieblas del espíritu, aquellas razas indolentes de triste faz y mirada melancólica y apagada, aquellos imperios primitivos, aquellas olvidadas y dispersas multitudes humanas, aquellas embrionarias nacionalidades que sólo poseen, como reminiscencia de su divino origen, inteligencia sin cultura, alma sin resplandor, conciencia sin mo-

ral y vida sin realidad histórica. Desde entonces queda consumada, por los siglos de los siglos, la redención de un mundo en el planeta, y devuelta aquella gran porción del linaje humano á la antes rota unidad de la especie y á la sagrada comunión de las ideas universales: desde entonces el alma de Europa flota sobre el nuevo continente, que la rejuvenece y vivifica, enviándole, como incienso de gratitud, los cálidos efluvios de sus vírgenes bosques seculares: desde entonces, en fin, el nauta, girando en toda la redondez de nuestro globo, deletréa íntegras las misteriosas y místicas leyendas que forman los astros en el espacio infinito; nada empecen á la espléndida realización de ese gran sueño, las perturbaciones y los sucesos de que más tarde hubo de ser teatro el Nuevo Mundo, hoy constituido en pueblos cultos é industriosos, en que se perpetúan los gérmenes de heroísmo, la noble elevación y el espíritu caballeresco de España; nada importa, por último, que allí no ondée como dominadora la sacrosanta enseña gualda y roja, si el generoso americano la iza yá al mismo tiempo que sus insignias nacionales, y la saluda con renovado amor, filial respeto y admiración hidalga; que el oró de esa bandera simboliza el brillo de nuestras glorias inmortales, y las dos rojas franjas, los torrentes de sangre que costaron.

Alma y centro de esa gran epopeya universal Cristóval Colón, aún hoy la posteridad y el continente mismo arrancado á la barbarie, le infieren el último agravio. Partió el ilustre genovés de Sanlúcar, en su tercer viaje, el 30 de Mayo de 1498, y descubrió la Tierra Firme, aseverándolo, en su relación, de esta explícita manera: "Torno á mi propósito de la tierra de Gracia, y río y lago que allí fallé, es tan grande, que más se le puede llamar mar que lago, porque *lago* es lugar de agua, y en seyendo grande, se dice *mar*, como se dijo á la mar de Galicia y al mar Muerto, y digo que, si no procede este río del Paraíso terrenal, que viene este río y procede *de tierra infinita*, pues al Austro, de la cual fasta agora no se ha habido noticia"... Pues bien; á pesar de

esta fehaciente prueba; á pesar de hallarse demostrado, por la fecha del viaje de Alonso de Hojeda, por el libro de las *Cuatro navegaciones* del propio Américo Vesputio, y por otros documentos incontestables, que este mercader y cosmógrafo partió de Cádiz, con aquel esforzado capitán, en 20 de Mayo de 1499, es decir, un año más tarde que el gran navegante genovés; á pesar de hallarse confirmado que Colón descubrió entonces la *isla de la Trinidad, la Tierra Firme, la tierra de Parí, la Boca del Dragón, el golfo de las Perlas, la isla Margarita, y las perlas de Cubagua*, el famoso impostor florentino halló medio para hacer triunfar su infame engaño y su torpe mentira, "porque la verdad tuvo siempre muchos contrarios y la mentira muchas ayudas", y el falso nombre de América usurpa al de Colombia su puesto y su gloria en el maravilloso continente.

Asistimos, sin duda, á la reivindicación universal del nombre de Colón; todas las naciones civilizadas se asocian á este gran día de gloria esencialmente española, aunque sobre toda la humanidad se refleja; tres airoas carabelas, en que el entusiasmo resucita á la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*, desfilan entre numerosísimos y formidables acorazados de todas las potencias del mundo, formados ante las frágiles embarcaciones alegóricas en columna de honor; después, los tres barcos históricos surcarán el Océano y surgirán como en el año 1492, en las floridas playas americanas, que, si tuvieran el don de la memoria, se estremecerían más que al estampido de los cañones que han de saludarlas, á la vista de las antiguas y gloriosas naves españolas. Pero, como antes se ha dicho, aún la posteridad infiere á Colón el último agravio y América sigue ostentando el nombre del impostor, execrable para la Historia.

Sostenedores de la completa reparación al navegante cien veces ilustre y de que reciba aquel mundo el nombre de Colombia, son dos sevillanos insignes: D. Antonio María Fabié y D. José María Asensio; y ningún medio mejor para la realización de tan legítimo fin histó-

rico, que el entusiasmo universal de este cuarto centenario por tantas naciones y con tan inusitada pompa celebrado, y ningún camino tan fácil como la adopción de un acuerdo internacional, provocado por España, y apoyado—¡ni una sola faltaría!—por todas las corporaciones científicas y literarias del orbe civilizado. Desde muy lejos, desde este apartado rincón de Oriente, parte esta indicación; obscuro es el nombre que la ampara, humilde la voz que la pregona, y carece de autoridad la pluma que la estampa. No importa, sin embargo, para que sea, aquí ó allá, atendida y escuchada: de la obscuridad de una nube brota la electricidad, del cerebro de un desconocido el pensamiento aprovechable, las dos más irresistibles fuerzas del mundo físico y del mundo moral. Nadie pregunta de dónde vienen al rayo ni á la idea.

Ningún honor que á Colón se tribute estará por encima de su gloria. Y América espera el sagrado bautismo de su nombre, como el arte español aguarda su poema.

Manila, 11 de octubre de 1892.

(Véanse las notas.)



DONDE NO HAY HARINA,

TODO ES MOHINA.

(Carta de un tío solteron á un su sobrino tocado de la manía de casarse.)

Paracuellos de Giloca 20 agosto de 1889.

Querido sobrino de mis pecados:

Esperé con ansiedad y he leído con pena tu carta última, en que me anuncias tu resolución de casarte y me pides consejo, sin duda para proporcionarte el placer de no seguirlo, como sucede en este y en otros muchos casos.

¿Qué consejos quieres que yo te dé, metido como estoy hace años en este villorrio, ejerciendo á satisfacción y á conciencia el honroso cargo de lugareño, sin más autoridad que la de concejal de perro chico, ni más libro que el campo, ni otra pluma que el arado, ni más trato y sociedad que el boticario (¡excelente burgués!), el médico (veterinario de origen y de afición), el secretario de este municipio rural (puedes invertir los términos), y—yá esto es algo,—la condesa de Agriomonte (¡si vieras qué guapa es!), cuando, una vez al año, viene á ver el mosto abundante y obscuro que se exprime en sus lagares?

¡Consejos! ¡Y á un hombre como tú, que frisas yá en los treinta, y has corrido tanto mundo, y te has criado en Madrid, y has estado en América y ahora resides nada menos que en Filipinas, la página mejor, según me dices, del libro de tu experiencia! Yo no puedo ni debo aconsejarte, por éste... y por otros motivos.

Además, no conozco el corazón humano: todo lo que dijeron los periódicos de Madrid cuando, en mis tiempos de estudiante, estrené aquellas zarzuelas que tú conoces (recuerda que todas acababan en casamiento), no era verdad. Y observa una cosa rara: casé tanto á mis personajes, que no quise casarme yo, y éste es el único rasgo original que conozco de mi ingenio. ¡Yo era un mentecato que halló algunos tontos que lo aplaudieran!

Considera, por otra parte, sobrino mío, que es probable que mis consejos lleguen á Manila debilitados por la distancia, y *pasados* del agua del mar. El consejo sólo es eficaz de cerca, y nunca tanto como el ejemplo.

Más te valdría pedir consejo á tu bolsillo, y recordar algunas máximas y refranes.

Muere joven el predilecto de los dioses, reza una muy antigua leyenda, y aunque nada agrega sobre lo que sucede á los no predilectos, es de suponer que estos desgraciados se casen. Donde no hay harina, todo es mohina; este refrán es de más miga, y en su sabia advertencia ván á inspirarse mis palabras.

Tú eres, sobrino—sin adulación alguna—lo que se llama un mozo de provecho: tienes talento, sobre todo, de poeta; eres ingénuo, de recta intención, honrado y sencillo; no posees otro capital que esas excelentes cualidades y un modesto destino del gobierno... circunstancias todas que te aseguran una plaza de pobreza vitalicia.

No confíes al casarte—y te lo digo con pena—en tu porvenir literario, aunque hayas empezado esa... ¿carrera? tan brillantemente. Te repito lo que acerca de esto me dijo á mí otro tío... “¡Si supiéramos que habías de llegar á ser un Zorrilla!” Contestarás que esto nunca se sabe cuando se empieza; pero, hijo mío, no me vengas con ésas: yo te encajo en redondo la sentencia tal como me la encajaron á mí, sin distingos ni apelaciones. Los demócratas somos así, especialmente los demócratas de la familia, que es la peor de las democracias. Sin esto, acariciar esperanzas literarias, es declararse candidato del doctor Ezquerdo.

He calificado tus cualidades de excelentes: pues bien, excelentes para todo el mundo, excepto para tí mismo, á quien perjudicarán continuamente. En esta sociedad serás considerado según el daño que puedas causar á los demás, y tú eres incapaz de hacer daño á nadie.

Este carácter tuyo afable y por lo tanto inofensivo, y tus sentimientos de equidad, te impulsarán á establecer en tu casa el régimen parlamentario y representativo...

y esto es lo peor que puedes hacer. Una casa bien gobernada requiere el régimen absoluto: el marido debe mandar, aunque no sepa lo que manda; esto, una buena voz de bajo profundo, alta estatura, grave corpulencia, en suma, una regular estampa... (no la tienes, chico, no quiero adularte), son las mayores garantías del jefe de familia y hombre importante, por todos considerado y respetado.

Cosa es muy esencial esto de la estampa. ¡Qué quieres! ¿Quién sabe si es que se cumple la ley de las grandes masas? La exterioridad es casi todo, y no es posible exigir del vulgo de los mortales (invierte los términos también, si te parece), otro culto que el de los tamaños, porque se aprecian á primera vista.

Y entramos en lo más árduo y espinoso.

Me dices que tu novia es bonita: lo celebro; un hombre de gusto no debe casarse con una mujer fea... á no ser que tenga dinero, circunstancia que no reúne tu prometida: la pintura que me haces de tu futuro suegro, íntegro y entendido magistrado, y de tus lindas y próximas cuñadas, no puede ser más lisonjera: me dices que con tu sueldo puedes sostener á tu mujer decorosamente, y proporcionarle la comodidad de un coche y cuatro ó cinco criados...

Una pregunta: cuando regreses á España, ¿piensas traer el carruaje y seguir con el mismo número de servidores?

¡Ah, sobrino, sobrino! Yá te he dicho que te auguro un porvenir de pobreza, que no es pobreza sólo la absoluta escasez, sino las privaciones relativas. El no haber la harina necesaria, trae la mohina de que habla el adagio. Y ahora, óyeme y estremécete.

Pese á mis pujos idealistas y mi prevención contra Zola, te confieso (¡en reserva!) que voy creyendo en la existencia de la *bestia humana*; lo que es más, de la *fiera*: ésta aparece en cuanto se rasca un poco en la corteza del hombre civilizado. Y sobre todo, creo, á piés juntillas, en la *fiera femenina*, fiera adorable, inverosí-

mil, bellísima, con instintos de tigre carnicero y arañazos de gata doméstica.

Pues bien, la fiera asomará, contenida, terrible, á cada momento: á medida que aumente el número de tus hijos—que, como pobre, tendrás muchos,—se doblarán tus cuidados, tus sacrificios, tu abnegación de padre; necesitarás un sueldo para colegios, otro para zapatos... ¡qué sé yo! Las necesidades irán más de prisa que tus adelantamientos, y esto impondrá nuevas privaciones y sacrificios crecientes: adios teatros, adios distracciones, adios... (esto vá con tu mujer)... adios modista; adios cintas, sombreros y flores.

Y como de tí se esperaba más, caerá derribado el ídolo: la falta de éxito jamás se perdona á los hombres de talento; y tu mujer (á quien supongo virtuosísima, buena y educada) y hasta su familia, así te lo harán comprender. Tú, que antes tenías casi siempre la razón, la tendrás ahora muy pocas veces: la contradicción será la ley constante de las conversaciones íntimas, y discutirán tus opiniones aquéllos que carecen de nociones para formar la suya: se te discutirá á tí mismo y se censurarán tus actos todos como otras tantas torpezas cometidas: como prueba de tu nulidad, te citarán el ejemplo de Matías Vazquez, el comerciante de la esquina, que ha sabido improvisar una fortuna con una fábrica de rosquillas. En esta situación, estallan los escándalos entre los esposos mal educados, y se notan los malos humores, los histerismos sofocados, los largos silencios, más elocuentes que durísimos reproches, entre los sosegados y prudentes. ¡Siempre los inconscientes instintos revelando á la fiera!

Esta es la superficie: el fondo... el fondo, es la ausencia del éxito y la fortuna. ¡El egoísmo es la ley de la vida!

Y si por tu desgracia, llegas á contar en el número de los vencidos: si suena para tí la hora tristísima de las decepciones, esa hora, casi siempre definitiva, en que las esperanzas mueren, los afectos se entibian y las amistades se alejan: cuando sientas asco de las injusticias

sociales, disgusto de los hombres y cansancio de la vida, y busques el puerto de refugio, el hogar, y en él halles mudas reconvenciones, indiferencia y frío... entonces... ¡Vale más no pensarlo! ¡Fuera, la tempestad, y cerrado el puerto!...

Has consultado á mi conciencia, y ella te responde: ahora, sólo me resta añadirte: ¡Cásate... si te atreves!

Tu tío que siempre te quiere

Anselmo.

Postdata.—Se me olvidaba decirte que... me caso, con tu prima y mi sobrina Rosario. No dejes de darme tu opinión sobre mi proyecto.—Vale.



VIEJO ES YÁ PEDRO...

(Carta de un sobrino que se casa á un tío... que se casa también.)

Manila 12 de enero de 1890.

Querido tío Anselmo: Como ves, he dejado transcurrir algún tiempo antes de contestar á tu carta, grata por ser tuya, pero muy poco agradable para mí, de 20 de agosto; así he procurado que se enfríe la justa y santa indignación que me causó tu epístola de viejo marrullero y de... diablo predicador.

Lo que más gracia me ha hecho, ha sido la postdata: mucho sermonear contra el casamiento en general, y contra el mío en particular: mucha pintura y muchas sombras á manera de oscuras manchas sobre ese lienzo inmortal que contiene á toda la humanidad, y ahora un rinconcito donde pienso que mi felicidad se esconde; mucho pesimismo, negras profecías acerca de mi suerte de marido futuro... y todo para salir con que te casas... contra la infeliz de mi prima Rosario: ¡pobre Rosarito!

Desde luego te diré que olvidas algunos refranes y sentencias, muchos de gran oportunidad y de gran aplicación para tí. *Antes que te cases mira lo que haces: para mal casar más vale nunca maridar* (éste se lo regalo á mi prima como presente de boda); *quien viejo vá á casar, ó vá engañado ó vá á engañar* (la palabra sustituida vale un mundo); y *no está bién con su pellejo quien casa viejo*, sentencia de un cura que hubo aquí en Binondo.

Yá ves que si tú me citas dos malos refranes ó sentencias, yo te saco un puñadó de ellos, sin repetir como tú—achaque sin duda de tus años,—el que vá al frente de la carta.

¡Válgate Dios, y qué misiva! No llegó, no, debilitada aquí, sino que desembarcó fresquita y coleando. ¡Un Hartmann nada menos en Paracuellos de Giloca! ¡Un

astrólogo de la Edad Media metido en un poblacho! Con menos, se hizo célebre el Zaragozano... ¿Por qué no te dedicas á hacer almanaques?

Que seré pobre, está bien; que no tendré lo suficiente para sacar adelante á mi familia, bueno; que esperaban algo más de mí... ¡mejor!; que á consecuencia de esto, empezará la mohina; ¡alto ahí, mi querido tío!

Puede que la *mohina* sobrevenga; pero te pregunto yo: ¿la tristeza de mi mujer, en ese caso, será por ella, por mí ó por nuestros hijos? Si ante los golpes de la adversidad soy yo el primero que se abate, ¿puedo exigir de ella indiferencia, confianza ó alegría? ¿No será que protesta en silencio de las injusticias de la sociedad ó de la suerte, de que me crea víctima? ¿No será que discuta las contrariedades que me rodeen y no mis actos?

Para convencerte de esta verdad, admite una hipótesis: supón un momento que mi posición, mi felicidad, mi riqueza (puesto que es un elemento esencial de felicidad) mi gloria, en fin, de escritor, están en manos de mi mujer: ¿me escatimará alguno de esos dones?—Claro está que no.

De todos modos, yo habré dejado satisfecha mi voluntad autónoma, y cumplido mi deber. Joven aún, habré formado una familia honrada con la que viviré la vida del hogar, hogar que yo mismo formaré y alzaré piedra sobre piedra, hogar que se edifica con los brazos vigorosos de la juventud, no con las manos temblorosas y débiles del anciano: aunque sueño un trono para la que será mi compañera, si no puedo ofrecérselo, le brindaré el de mi amor, en el que reinará perpétuamente, y al que ascenderá sirviéndole mi corazón de peldaño: veré crecer á mis hijos (tanto mejor si son muchos como supones), y si consigo llegar á la ancianidad, ellos rodearán mi lecho y recogerán mis últimos consejos humedecidos con mis lágrimas y tibios con el calor de mis últimos suspiros. Y trabajaré y lucharé como bueno; y si es posible que no recoja el que siembra; si muero pobre y olvidado, sobre el hielo de la indiferencia ajena, sobre las

nubes de ese olvido injusto, amontonadas encima de mi losa, mi santa mujer, si me sobrevive por suerte, y mis hijos, elevarán á Dios esa plegaria pura, espontánea, sin fórmula conocida, y entre suspiros murmurarán estas palabras... "¡Cumplió con su deber: fué digno de mayor fortuna!" Y, créelo, querido Anselmo, ¡dichoso el hombre sobre cuya losa sepulcral se desliza una bendición, y vibra un suspiro de amor, y flota una oración, indecisa entre su tumba y el cielo!

Yá te oigo decir que esto es poesía pura y romanticismo trasnochado... ¡Eterno romanticismo del corazón! ¡Poesía perpétuamente humana, y, sobre todo, la única de la vida!

Igual poesía é igual romanticismo te deséo. Los egoísmos de la juventud se enmiendan tardíamente en la edad madura y se pagan caros en la vejez. Pues bien, que en tí no se cumpla esta ley... aunque no mereces tan buenos deséos.

Tienes cincuenta y seis años: Rosario, veinticuatro: á esas edades y con tal desigualdad, el corazón está frío, y el hogar se enfría también, casi siempre vacío de esos hijos concedidos con mano pródiga á la igualdad de la juventud, del amor, del desinterés y del sacrificio. Además, en tí mueren las pasiones, que ahora empezarán á germinar en Rosario... Pero, en fin, ella, si pobre, te lleva una no desmentida ejecutoria de honradez; tú aún eres lo que se llama un hombre bien conservado... ¡Qué Dios os dé la bendición de los hijos, que es su bendición más suprema, y os haga felices!

Tú sobrino que te quiere.

Enrique.

Post-scriptum.—No se te ocurra venir por estas tierras, porque Rosarito podría acostumbrarse al coche y echarlo de ménos en Paracuellos de Giloca. Vale.



CARRERAS.

Medrado está quien, por afición ó por rectitud de conciencia, se consagre á combatir esos fantasmas sociales, esas verdades convenidas, aceptadas y corrientes, en cuya realidad cree la humanidad porque sí, porque lo oyó y se lo dijeron y ha venido trasmitiéndose, como provechosa herencia, de padres á hijos, y por otras razones de tanto peso y de análoga evidencia á las expresadas. Quien tal haga, nuevo don Quijote de la Mancha, acometerá, es cierto, á miserables molinos de viento, pero las aspas de alguno de éstos, movidas, con incontrastable fuerza, por ráfagas de preocupación y de errores seculares, le harán morder el polvo con peligrosa caída y solemne batacazo.

El que nada contra la corriente de agua, puede perecer ahogándose: el que vá contra la corriente social, se anula sin género de duda, y por esto nuestros padres inventaron dos refranes muy gráficos y de perpétua aplicación en la vida; como éste: "¿A dónde vá Vicente?—A donde vá la gente"; y como este otro: "Donde quiera que fueres, haz lo que vieres."

Nada tiene tanta fuerza como el error transmitido de generación á generación: para desprenderse de él, para desarraigarlo del alma, es necesaria la titánica labor de un Descartes. Para algunas inteligencias claras, el error es evidente, pero entonces la hipocresía suple la falta de fé y el arma se esgrime, con gran satisfacción de la sociedad y secreto é íntimo regocijo por parte del hipócrita.

¿Qué importa la verdad en sí? ¿qué importa la realidad? ¿qué significa el abismo abierto ante nuestros piés? Se tapa con yerbas y jaramago: el error sigue su carrera triunfal coronado con flores de muerto. No es preciso que las cosas sean verdad, sino que lo parezcan; recordando

este sofisma otro, dicho en versos inmortales por escritor insigne, cuando afirma que

..... "el honor
es un fantasma aparente,
que no está en que yo lo diga
sino en que el mundo lo piense."

Por lo escrito se comprenderá que no nos referimos á esos pueblos desdichados que sólo creen en las cosas evidentes, sino á estos otros, comunmente los de origen neolatino, que expiden certificados á la ciencia y pasaportes á las letras, y sólo admiten las aptitudes que pregonan un papel lleno de palabras hueras, redactadas con la sintaxis bárbara de una Cancillería.

¡La carrera! ¡Un hombre de carrera! Palabras son éstas que suenan á algo sobrenatural en los oídos de las señoras tontas, sobre todo si son madres de familia, de los padres adocenados, y de los tímidos que siguen la corriente.

Es verdad que algunos extravagantes dieron la voz de alarma en la prensa, refiriéndose especialmente á nuestro país, cuyo suelo pide brazos, cuya industria pide inteligencias, cuyo comercio pide iniciativas y actividades, mientras las universidades se ocupan con la mayor seriedad en formar abogados y médicos. Algunos de aquéllos hasta osaron decir: "¡Señores, menos abogados y más labradores! ¡Menos doctores y más zapateros!" Pero esos tales debían ser escritores, esto es, hombres de talento; mas no sabemos que tuviesen carrera, y puede que gritasen por despecho.

Además, ser labrador es cosa sin importancia: cultivar la tierra, acumular riqueza reproductiva, regar el suelo con el sudor de la frente, y ofrecer á nuestros conciudadanos el pan de la vida... eso es una ocupación baja y miserable: transformar los productos de la Naturaleza y acomodarlos á los usos y necesidades del hombre civilizado; esparcirlos por toda la superficie del globo, cambiar esos productos, y presentarlos y ofrecerlos allí donde se demandan, eso es cosa baladí; hasta el talento del pintor, del

escritor, del compositor de música; la inteligencia sirviendo de heraldo á la humanidad, ya alentando sus virtudes, ya censurando sus vicios, ya presentando á sus ojos heroicas escenas digna de imitación, ó dulcificando las costumbres por medio de la pluma, del pincel, del cincel ó de la nota... todo esto es taréa sin importancia.

El caso es tener una carrera... Franklin, Goëthe, Byron, Papin, Leopardi y Quintana, fueron unos zascandiles, unos pelagatos, aún cuando unos fueron sábios, otros poetas y otros inventores.

El caso es tener una carrera: que el niño, enteco de cuerpo, y tal vez más ruin de inteligencia, *vaya ganando los años*, y le den un papel en que se certifica de su paciencia y la constancia de su familia, dignas de mejor causa: después... yá está el infeliz en aptitud de... morir de hambre: ó bien le queda el recurso de ser empleado del gobierno, como los demás, ó también puede ingresar en el ejército ó en la marina, de médico militar, auditor, etc., con el empleo de teniente... como los demás mortales... que no se hacen médicos ni abogados.

Pero, acatemos el omnímodo poder de la rutina: confesemos que el sábio, el poeta, el escritor, el filósofo, el industrial, el labrador, el comerciante, son gentecilla al por menor ó párias, si no tienen un título que los acredite: convengamos en que las actividades humanas, las grandes actividades humanas son infructuosas si no pasan por el tamiz de una universidad: decláremos que el talento no es un don de Dios, sino una dádiva de los profesores: que el estudio no es nada en sí, ni vale para nada si no hay quien certifique que se ha estudiado y que se sirve para algo: borremos con un estropajo de bronces y mármoles los nombres de los grandes génios que no han tenido título ni seguido carrera, y escribamos en su lugar los nombres de los abogados y médicos recién salidos de la hornada, pidiendo para ello las listas á las universidades: derribemos de su pedestal la estatua de Cervantes y pongamos en su lugar la del asesino Morillo, que era casi licenciado en Medicina; quitemos del

suyo á Calderon y pongamos la efigie de cierto famoso juez de esta córte...

Y aún haciendo todo esto, como la realidad es más elocuente que todas las teorías, resultará que está la Península inundada de falanjes espesísimas de obscuras y adocenadas medianías, cuando no nulidades, de abogados sin pleitos, de ingenieros sin obras, de médicos sin clientela, de doctores en Filosofía y Letras sin letras y sin filosofía; de hombres, en fin, *de carrera*, que años después de acabarlas no han sabido ganar una peseta; y, en suma, que en esto de carreras sólo hay unas que sean productivas.

¡Las carreras de caballos!

Madrid, 1889.



RAFAEL DE NIEVA.

Victrix causa diis placuit, sed victa
Catoni.

Luc.

En un número de *La Voz de Galicia*, periódico digno de Madrid que se publica en la Coruña, he leído con pena el siguiente sentido suelto:

“Vencidos algunos inconvenientes que impidieron estos días la realización de su viaje, ha salido ayer tarde para Madrid nuestro querido amigo y compañero en la prensa, el distinguido escritor don Rafael de Nieva.

¡Qué amargas reflexiones nos asaltaron al verle partir con el llanto en los ojos y la muerte en el alma!

¡Pobre Nieva!

¡Después de seis años de noble lucha en la prensa local, donde siempre se ha sostenido en la serena región de las ideas, evitando ofensas personales; después de ocho años de honrados servicios en las oficinas de Hacienda de esta provincia; cesante, enfermo, sin otros recursos que su fé inquebrantable y dejando á su desconsolada familia á las puertas de la miseria, va á emprender, intentando salvarla, una aventura para la que tal vez le falten ya fuerzas!

¡Quiera Dios que triunfe, por él y por sus hijos!“

Acabada de leer esta noticia desconsoladora, busqué entre mis papeles predilectos otro periódico; el *Diario de Avisos*, de la misma población, número del 21 de Marzo de 1886; al frente de su *hoja literaria* aparecen unos breves apuntes biográficos del notabilísimo escritor, y estas líneas trazadas de su puño y letra: “A mi querido amigo Carlos Peñaranda, para que, después de leer *Los Proletarios*, escriba mi estudio necrológico y reivindique mi memoria.—R. de Nieva.—Abril 25, 1886.”

La deuda está en pié; deuda contraída con el talento, afianzada por la gratitud y cuyo vencimiento apresura la desgracia. ¿Por qué ha de ser la hora de la muerte la

hora única de la justicia? Por mi parte, rompo tan absurda traba, porque no quiero abrumar mi conciencia literaria con los remordimientos ineficaces de la justicia tardía; y porque suene en los oídos del escritor infortunado un grito de protesta del que es más que su compañero, su amigo, su hermano del alma. Reivindicar, no la memoria de Nieva, que vive por suerte de las letras, sino su nombre olvidado, es un deber; pero, ¿cómo podrá reivindicar el nombre ajeno quien no ha sabido alzar el propio sobre los de tantas doradas medianías acaparadoras de gloria y dispensadoras de celebridad? "Voz que clama en el desierto," será la voz de este desterrado forzoso, que lo parece voluntario, alejado hace años de su patria, á quien un periódico como *La Epoca* llamó *poeta cubano*, á propósito de una velada en el Ateneo de Madrid, y á quien una insigne escritora, honra de Galicia y de España, preguntaba más tarde *si era español ó americano*: y aunque esa voz sea la de la verdad y la justicia, la misma verdad y la justicia misma necesitan la autoridad de un nombre que las redima y salve de esa devoradora corriente humana, en que sobrenadan y flotan las reputaciones del ruido, las fortunas del acaso y los oropeles de la mentira. Este humilde trabajo ha de seguir, pues, las vicisitudes de mi nombre, y subir con él á donde lo conduzcan los azares del porvenir y los caprichos de la suerte, ó caer con él en el olvido.

Rafael de Nieva es un convidado que llegó tarde al banquete del romanticismo; tal vez éste sea el motivo de que no haya triunfado, lo que no le impide ser una gran figura literaria; en todo caso la vergüenza no es suya, sino de los que no le han conocido; y lo injusto, que él sólo sufra las consecuencias: joven aún—nació en Bilbao en Julio de 1842—heredero de noble sangre andaluza; educado en aquel suelo bendito que riegan el Genil y el Darro, y que embellece la Alhambra; caldeada su frente por los rayos de aquel sol, por la espléndidez de aquel cielo limpio y azul, en los que flotan caricias de amor, eflúvios de arte, ardores de génio y promesas

de inmortalidad, Nieva entró adolescente en la vida de las letras, derrochando en ella riquezas de entusiasmo y tesoros de fé, y agotando sus fuerzas de atleta en larga lucha, tan estéril como generosa. Semejante á esas casas solariegas de extinguidos hidalgos, en que hoy moran familias de la clase media, puede decirse que su cerebro es un palacio antiguo habitado por idéas modernas: su busto es comparable al busto correctísimo de Daudet, pero con más espiritualidad y atrevimiento en sus ojos árabes profundos: nótase, al verlo, que aquel organismo de artista y de apóstol, ha sufrido algo así como las hondas sacudidas de un terremoto; obsérvase en él mucho del *bohémio literario rezagado*; oyéndolo recitar, con su voz trémula, conmovida y sonora, se comprende que sus pasiones han sido un desbordamiento en su corazón, y sus idéas un incendio voraz en su cerebro... Y aún las llamas de ese incendio intelectual poderoso, iluminan, no camino de gloria, en cuyos extremos se agiten dulcemente recuerdos poéticos del pasado y esperanzas del porvenir con alas inmortales extendidas, sino ágría senda de obstáculos que enlaza la agonía de memorias crueles, el dolor de injusticias sociales, y el espanto de lo incierto desconocido y fatal; y así marcha Nieva á merced del destino, encorvado bajo el peso de su desgracia, cansado antes de tiempo, lloroso, enfermo, dejando pedazos de sus carnes desgarradas en una y otra zarza del camino, con la fiebre de la grandeza en el alma, la fiebre de la creación artística en las golpeadas sienes, y la fiebre de la miseria en el corazón. ¡Su suerte es el vacío de una suerte; su vida es el desierto de una vida!

Sus triunfos—porque los ha tenido—han sido efímeros y sin fruto: el escritor, hoy olvidado en un rincón de la hermosa y hospitalaria Galicia, á la vez periodista de talla, novelador insigne y gran poeta, ha sentido más de una vez acariciada su frente por las auras de la celebridad, y halagado su oído por los murmullos del aplauso entusiasta: su imaginación calenturienta y rica, su ex-

quisita sensibilidad, su estilo enérgico y nervioso, han marcado huella luminosa en los principales periódicos de España, y dado vida á los más importantes de Sevilla, Barcelona y Madrid: dos magníficos trabajos suyos serán la mejor corona literaria de Julián Roméa y Zorrilla, con ser tantos los consagrados en nuestro país y fuera del él á la gloria de ambos nombres: una oda suya, varonil y majestuosa, llamó poderosamente la atención del mundo literario, hácia 1872, excitando el deseo de saber quién era aquel jóven que en medio de las imposiciones de la libertad y de las terribles embriagueces de los triunfos populares, predecía con tan nuevos acentos y nobles bríos las catástrofes del desórden, los miedos de la decadencia y la cercana transformación social: dos novelas suyas serían suficientes para su nombre; *Herencia de lágrimas*, que ha leído toda una generación literaria, y *Los Proletarios*, su obra magna, *sansimoniana*, inspirada en un amargo fatalismo social, y que hubiera dado á su autor la popularidad usurpada por aquel vulgar imitador de Victor Hugo que escribió *La hija de un jornalero*, si la quiebra de la casa editorial de Astort no hubiese estorbado la completa publicidad de aquel libro, tal vez falto de plan preciso, pero rico de colorido y verdad, de observación é idéas, sello de un superior talento: otras dos novelas excelentes, aún inéditas, consolidarían su fama; *Juan Rodríguez del Padrón* y *María Josefa*: con los brillantes artículos literarios y críticos de Nieva, no coleccionados, podrían enriquecerse muchos ingénios contemporáneos: sus numerosas poesías darían vergüenza á tantos libros de composiciones anodinas como hoy fatigan las prensas y atestan las librerías; y además de esta fecunda labor intelectual, tiene Nieva otro aspecto artístico; es actor y actor de la raza de Valero y de Calvo... ¿Cómo con estos elementos no ha triunfado?... Es lo inexplicable. Al fundarse, hace años, la famosa *Ilustración Universal*, se agruparon las mejores plumas españolas; Alcalá Galiano, Ruiz Aguilera, Campoamor, Valera, Hurtado, Pirala, Cánovas, Fernandez y Gonzalez...: Nieva

figuraba entre esos nombres: de allí salieron todos para la celebridad y el poder; Rafael de Nieva, para la ruína y el olvido.

Después... ha agonizado ocho años, no vividos, en un modesto empleo en la Coruña, absorto ante esta inaudita postración de un nombre; amó, y ha comprado la felicidad de la familia al precio de la miseria del hogar: una neurosis, en otras circunstancias pasajera, y engendrada tal vez por la pobreza y el abandono ajeno, al par que ha duplicado sus yá brillantes facultades intelectuales, ha debilitado su oído, como complaciéndose en que no le distraigan las voces exteriores, y en que oiga más íntimamente los imperiosos llamamientos de su infortunio: como la muchedumbre no tiene más opinión que el éxito, ni otros ídolos que los forjados por el *dios acaso* y *por la diosa casualidad*, ha sufrido más de una vez las invectivas del desprecio y las persecuciones de la calumnia, de aquéllos que, si hubiese desaparecido para siempre, le hubieran tributado *el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele, para oprobio suyo, desconocer*. ¿Quién, en estos tiempos, sirve la causa del vencido? ¿quién, sin beneficio inmediato, ni utilidad positiva, tiende al caído una mano generosa? Es más cómodo no hacerlo, y disculpar cobardemente el egoismo propio con los supuestos errores ajenos.

Aún así Nieva, con la calma del espíritu honrado, con la abnegación y la fé del mártir, ha defendido generoso la causa de los hombres que lo abandonan; aún deben resonar en Madrid los aplausos arrancados con su valiente pluma desde una lejana provincia, cuando ante esas cuarteladas que ponen en tela de juicio la cordura y el honor de un pueblo, tronaba contra los *rufianes de la política* y los *traidores de la pátria*; aún debían resonar esos aplausos debidos á la primacía de su talento y á la energía y rectitud de su alma, cuando un nuevo desengaño se preparaba á herirle de modo tan inícuo.

Al salir para Madrid, atormentado por la tracción

acompasada de la locomotora, símbolo del materialismo automático del siglo, y del vértigo, de la marcha implacable de esta edad egoísta; al pensar en sus hijos y esposa, prendas del corazón encomendadas á la piedad no desmentida ni agotada del pueblo coruñés; al verse á solas consigo mismo, y pensar en las decepciones que le aguardan, habrá formulado uno de esos monólogos sombríos, en que la conciencia siente á la vez luz y cansancio, tranquilidad y desesperación, pena y desprecio.

“Sí;—se habrá dicho—cumpló un deber, pero ¿á dónde, á qué voy? Allí seré una ola confundida con las demás olas que forman ese mar humano, aún más amargo que las aguas del Océano; allí me mirarán con aire de superioridad compasiva, pero inútil, esas *medianías aduladas, que, merced á la facilidad del trato social, piensan que por codearse en todas partes con el talento y hasta discutir con él, pueden atreverse á las mismas empresas*; diré mi nombre, que la nueva generación no conoce; me preguntarán en virtud de qué posición hecha, de qué fortuna política ó social, reclamo ser atendido, ó si voy á adular su vanidad y á celebrar sus vicios... y esa generación, amamantada en la incredulidad y el egoísmo, corrompida por la comedia política, extraviada por la farsa literaria; que no tiene más Dios que sus placeres; que sólo incensa al poderoso, sólo recompensa al adulator, y sólo respeta y abre paso al fuerte que le devuelve golpe por golpe, me contemplará con desdén y seguirá su camino de goces por mí un momento interrumpidos.”

Esto pensará el escritor insigne y desgraciado, á quien, si por suerte lo lee, sorprenderá este modesto escrito, que, por sentido, por esmerado que fuese siempre valdría menos, mucho menos que una desaliñada carta de recomendación de cualquier diputado influente.

Y cuenta que su nombre acaso ni se recuerde cuando aún se repita el nombre de *Rafael de Nieva*.

Manila, 1887.





POR TASSARA.

Sr. D. Román García Pereira.

Manila 19 de julio de 1887.

Mi querido amigo y compañero: Un año ha transcurrido, insensiblemente, desde que, en buena hora, puesto que me proporcionó la honra de conocerle, contraí con Vd. el compromiso de hacer, desde aquí, una campaña literaria en pró de la idea, que Vd. acogió con su generosidad probadísima, de erigir una estatua en Sevilla al esclarecido poeta D. Gabriel García Tassara; y ya ve Vd. que, aunque tarde, desempeño mi palabra y pago mi deuda, hoy que no es costumbre muy extendida pagarlas.

Sentiría que, con lo último, se diese Vd. por aludido; nada de eso: es verdad que me comprometí asimismo con Vd. y con nuestro común amigo D. Gonzalo Segovia, á enviarles un trabajo en elogio de Bécquer, para cierto impreso extraordinario que había de coincidir con la inauguración del monumento al malogrado Gustavo, por Vd. pensado y gallardamente dibujado por Susillo: cierto que Vd. quedó en remitirme ejemplares y darme noticia de la fiesta, y que yo le mandé un modesto artículo desde Barcelona, y que la tal inauguración se ha efectuado, al decir de los periódicos, y que nada he recibido... pero, si le recuerdo estas cosas, es en descargo de mi tardanza de un año: cargue Vd., pues, con seis meses, yo cargaré con otros seis, y ambos nos aligeraremos de culpa.

Y volvamos á Tassara, y haga el cielo que la idea del monumento á su memoria logre mejor fortuna que la de su corona literaria, que tuve también la honra de iniciar, y que salió á luz mal y tarde: lo más adecuado me parece elevar instancia al Ayuntamiento sevillano, que Vd. puede presentar en mi nombre, favorecida con

las firmas de los que gusten adherirse al pensamiento; el borrador puede decir, poco más ó menos, lo siguiente: "Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Sevilla.

Cárlos Peñaranda, natural de esa población, ciudadano del mundo, sin domicilio ni pan fijo como buen empleado español, poeta á ratos, prosador otras veces, crítico por contagio, y amante siempre de nuestras legítimas glorias, ha concebido la idéa,—que de ser ajena llamaría felicísima,—de que bien podría Sevilla honrarse con un acto de justicia, honrando con una estatua la memoria del ilustre poeta y diplomático insigne D. Gabriel García Tassara. Las razones en que se funda son las siguientes:

La primera es—no sé si habrá ocurrido ya á esa Corporación Excelentísima,—que, con ser tantos los sevillanos ilustres, no hay en esa ciudad más que una estatua,—por señas muy buena—al divino Murillo. (No cuento la de Fernando VII, que está situada en propiedad particular y parece un venerable recuerdo de familia). Esto,—sea dicho sin ánimo de ofender,—dá á Sevilla cierto aspecto de población iconoclasta, en el sentido humano, y aún ciertos visos de ingratitude, sobre todo cuando en Madrid tiene monumento, muy discutible, Mendizabal. La segunda razón... pero son tantas que vale más no enumerarlas.

Esa Excelentísima Municipalidad no debe perder de vista que necesita uno de esos golpes de rumbo para recuperar su popularidad, perdida en Sevilla por aquel feísimo sombrero que ha dejado poner en la Giralda, convirtiéndola en percha, y por tener en general la población peor que estaba en tiempo del inolvidable Vinuesa... (¡Perdón, señores Concejales: es el contagio de la crítica al uso, que me alcanza!)

La Municipalidad hispalense debe estar sobrado versada en historia contemporánea, para que yo me extienda á recordarle los servicios eminentes prestados por Tassara en el más grande de los pueblos americanos, y en ocasión solemne para España, servicios en que compitieron generosamente la inteligencia más clara, el más acendrado patriotismo y la habilidad más perfecta, y que le

granjearon el cariño receloso y la difícil admiración de toda América: y esa Excelentísima Corporación debe conocer, por mucho que absorva sus tareas la administración municipal, y por tocada que esté de la política, la importancia intelectual y literaria de ese hijo preclaro de Sevilla, uno de los más egregios poetas españoles del siglo que agoniza.

La objeción, que álguien pudiera hacer, de que no tienen estatua en Sevilla, aunque bien la merecieron, Herrera, Caro, Rioja, Reinoso, Lista y tantos otros escritores y artistas esclarecidos, carece de fuerza desde el momento en que se le erige á Bécquer... Mas no quiero entrar en comparaciones, entre muertos: además eso será cuenta de las generaciones que pasaron. Yo hoy me limito á poner sobre mi cabeza las obras inmortales de Tassara, y vencido con tan glorioso peso, vocear cuanto puedo, bien que de lejos y olvidado, hasta despertar la dormida atención de los sevillanos hácia su imponderable poeta, honra de ese suelo, tan fecundo en géneos como desperdiciador de sus glorias.

¡Tassara! ¡Cuánta grandeza desconocida, cuánta gloria no bien apreciada revela este nombre! El génio divino de la Poesía formó con deleite su alma de artista, le comunicó la noble fiebre creadora, puso en sus labios la grandilocuencia de Quintana, en su cerebro el profundo pensamiento de Reinoso, y en su corazón las amargas de Rioja: sevillano de buena raza, sus versos corren serenos y armoniosos, como el ancho y cristalino Guadalquivir, y, para más semejanza, así como el sagrado Betis va á confundirse con la inmensidad del Océano, sus poesías van á confundirse con las inmensidades del pensamiento humano; su imaginación portentosa tiene algo de los caprichos orientales del Alcázar; sus idéas altísimas muestran el grave aspecto de las elegantes bóvedas y los seculares machones de piedra de la basilica sevillana, y así el espíritu, absorto, penetra en sus obras con el religioso recogimiento que sorprende al artista y al creyente al entrar en las inmensas catedrales góticas: enriquecidas y

avidadas sus facultades poéticas por el derroche de colores y la increíble variedad de aquella naturaleza privilegiada, de aquel cielo y aquel suelo maravillosos de Andalucía, que son el reinado absoluto de la luz y de las flores, sus versos resplandecen como el oro, deslumbran como el sol, y ostentan las eternas proporciones de la belleza. Su gran espíritu se cierne, águila de la inteligencia, en las altas regiones de la síntesis...

“Si se reunieran

todas las catedrales españolas,

¡qué selva, Bugallal, de catedrales!,”

dice admirando los monumentos arquitectónicos de Avila: canta la noche, y exclama con acentos dignos del libro de los libros:

“Es la noche; ¡mortales, prosternaos!...

¡Dios en la inmensidad llenando el caos!”

Y cuando las luchas de la vida y las catástrofes silenciosas del alma, lo arrojan como náufrago á las costas inhospitales de la pátria; cuando, enfermo y rendido, huyendo de *si mismo* y de la muerte, recuerda su dorada mocedad, y á Laura, su pasión primera, quizás única, fénix que renace de sus propias cenizas, prorrumpe en estos versos inmortales. adios amargo á la juventud, despedida eterna del amor y la gloria, y síntesis de los dolores humanos:

“¿Por qué al primer amor sobrevivimos,

al primer Dios, á la primer creencia,

y altares á otros dioses erigimos

ó sólo queda un Dios, la indiferencia!”

En este estado de espíritu; indiferente y silencioso; ocultando en el aislamiento y la soledad su olímpico desdén por la vida, por la gloria y por la nueva generación, si es que podía estar sola un alma tan inmensa, sucumbió, aún jóven, en Madrid, una triste mañana de febrero del año de 1875.

El mismo, dudando amargamente de su génio y de su inmortalidad, buscaba allá en el fondo de su conciencia de gran poeta el magno asunto no escrito, la obra defini-

tiva no creada, y olvidando las realizadas felizmente, recri-minábase y decía.

“Lo pudiste escribir... ¡Dí que pudiste!”

Así pensaba de sí mismo el sublime cantor del Dante, desconociendo, en sus desencantos y sinsabores, que no en vano pasa un sol por las esferas del pensamiento humano, y que su nombre ilustre será perdurable excepción en este siglo de famas caedizas y fáciles victorias.

Para tal poeta, para tal hombre es para quien reclamo una estatua. No crea ese Excmo. Ayuntamiento á aquéllos que aseguran que levantar monumentos á los grandes hombres es signo de pueblos decadentes: aunque así fuera, eso sería lo mejor en que pudieran emplearse; pero otros opinan que los pueblos decadentes son aquéllos que sólo se ocupan en fiestas, en placeres y en toros. Además yo no pido á esa Corporación que costee el monumento, sino que patrocine la idéa. El pueblo sevillano responderá, supongo yo, con entusiasmo igual al que observo en la colonia hispalense que reside en este Archipiélago... aunque desde aquí pensamos en la olvidadiza reina del Guadalquivir con esa veneración mezclada de pena, que sienten los sevillanos que salen de Sevilla.

Así lo suplica á esa Excelentísima Corporación el firmante, quien deséa, como lo mejor, á su ciudad natal, prosperidades sin término, algún renuevo poético de raza Tassariana,—se dan de tarde en tarde!—; y un poco de aquel entusiasmo que un filósofo español pondera embebecido, cuando afirma que el necio lo aplaude todo, pero que nunca aplaude el imbecil.

Manila 19 de Julio de 1887.

CARLOS PEÑARANDA.

Si el borrador le agrada, amigo mío, manos á la obra, que será un hecho, si Vd. pone al servicio de esta idéa su talento clarísimo, sus simpatías personales, y su probada perseverancia. Si no le complace, en el alma lo sentirá su afectísimo compañero.

q. l. b. l. m.



LAS SEÑORITAS DE LA VIÑA.

(IMPRESIONES DE VIAJE).

El vapor *Ciudad de Santander*, uno de los más poderosos buques de la Compañía Trasatlántica, dibujaba á lo lejos, en la extensa bahía de Cádiz, su enorme masa negra, rodeada de otros barcos de vapor y de vela, que, á su lado, parecían pequeñas lanchas rindiendo con el cabecéo de sus proas pleito homenaje á aquel monarca del Océano. El mar, agitado por fuertísimo levante, se alzaba y deprimía á la manera de músculos en ejercicio de las recias espaldas de un titán, y ya, como por alarde de fuerza, mecía lenta, pero vigorosamente aquel coloso de hierro, ya empujaba sus olas contra las murallas lejanas, elevando á sus piés pérdidas sonrisas de espuma.

A lo lejos Cádiz, con sus blancas azotéas, su antigua torre de Tavira, las elegantes cúpulas de su catedral nueva, orgullosa de guardar en su seno la inmortal joya de don Clemente Torres, rival dignísimo de Murillo; con su apretado ceñidor de piedra, y su aspecto bullicioso y risueño, parecía enviar cariñosa despedida al viajero. En la herradura que forma la tierra limitando la bahía, primero, San Fernando, grupo de nidos de aves marinas; más allá el Puerto de Santa María y el histórico Trocadero, y en la punta, Rota, acariciada por un furtivo rayo de sol, que logró un momento abrirse paso entre las nubes.

A bordo del *Ciudad de Santander*, todo era movimiento y anuncio de marcha inmediata: llegada de pasajeros, entrega y registro de billetes, colocación de equipages, ruido de cadenas y cables, acompañado del triste y monótono ¡ohé! de los marineros: la ancha y negra chimenea lanzaba al aire espesas espirales de humo, arrebatadas y deshechas al salir de su boca, y todo el buque

trepidaba, sordamente, estremecido por la respiración contenida del gigante.

Algunos botes, conduciendo á esos viajeros que llegan siempre á última hora, se dirigían á bordo hinchada la puntiaguda vela latina, casi reclinada y rasante con las olas, como ala de aves arrojadas sobre el mar por la impetuosidad del viento. Uno de esos botes, conducía á una familia, probablemente matrimonio con dos hijas casaderas, cuya subida á bordo, dificultada por el grueso oleaje, pudo efectuarse merced á los esfuerzos de algunos oficiales del barco.

Una vez arriba, causaba pena ver á aquella gente emperejilada como para una fiesta, con los presuntuosos trajes ajados y desgarrados por más de un sitio, los guantes perdidos, y los abultados é incómodos sombreros chorreando agua de mar de los inevitables salpicones recibidos al cruzar la bahía. Detrás de ellos subieron, en série interminable, maletas y sacos de viaje, sillones, cajas y sombrereras flamantes, denunciando á una familia principal, de ésas que van por recreo á nuestras colonias ultramarinas.

Al fin subió también el patrón del bote, de curtido rostro, ojos pequeños y vivos, y escaso pelo pegado en punta sobre las sienes en forma de navaja; quien, extendida la callosa mano, se dirigió á la señora que parecía la mamá, diciendo.

—¡Señora, pá un vaso de vino!

¡Vaya usted enhoramala!.. ¿Qué le he dar á usted, tunante, bribón?... clamó sofocada la matrona.

Con un "¡Cudiao, señora con eso: yo soy un hombre de bién!.. ¿qué curpa tengo yo del levante?", el bueno del patrón se escurrió hácia su bote, que desatraco del buque en un santiamén, alejándose con lucido derroche de maldiciones y desvergüenzas, mientras la airada matrona, dirigiéndose á un grupo de viajeros que, echados en sus sillones, pálidos como muertos por el maréo que los invadía y á todo indiferentes, ni atención podían prestarle, les hacía este discurso preliminar.

—¿Han visto ustedes cosa parecida? Figúrense ustedes, señores, que envió á uno de mis criados á buscar un bote decente, y ese pillo de patrón se apodera del equipage, lo mete en el suyo, sucio, incómodo y pequeño, y cuando al llegar nosotros me he negado á embarcarme en él, nos ha hecho la forzosa, separándose del muelle y gritando que ó veníamos en su bote ó no devolvía el equipage. ¡Vean ustedes qué conflicto!... ¡A última hora!... Pues no es eso lo peor, sino que hemos transigido, y en medio de la bahía se ha parado ese bribón, pidiendo, para continuar, ocho duros sobre lo ajustado. ¡Les digo á ustedes que si llego á ser hombre!... No por la media onza, que, después de todo, es una cantidad insignificante dada la posición de mi marido... Nosotros, á Dios gracias, no somos de los que van á Cuba por necesidad...

—Por necesidad, no; por dinero irán ustedes: las necesidades las dejarán á la espalda—gruñó, casi para su capote, un chusco de la rueda.

—¿Eh?—interrogó alarmada la señora.

—Decía, señora, que tiene Vd. mucha razón.

—¡Yá lo creo!—replicó ella: ¡reniego de Andalucía y de los andaluces!

—¡Muchas gracias!—murmuró apenas otro viajero, con los ojos cerrados y próximo á ponerse en comunicación directa con el mar.

—Lo que más siento,—prosiguió la oradora sin oírlo,—es cómo se han puesto los vestidos de las niñas y el mío, y los sombreros, recién traídos de París,—porque nosotras encargamos á París todas nuestras cosas...

—Pero, mujer,—le interrumpió el marido,—¡si yá eso no tiene remedio!

—¡Juan, no me pongas en ridículo!.. ¡Si tuvieras tú energía!.. ¡Niñas—agregó—vamos á ver el camarote que nos han dado!...

Tras esto se puso el vapor en marcha; pasáronse tres días de maréo general, y amaneció el cuarto, con poco oleaje y espléndido cielo. Se conocía que el buque navegaba, por el acompasado movimiento de la hélice y la

ancha y espumosa estela que dejaba dibujada en el mar. Poco á poco fueron apareciendo sobre cubierta los viajeros todos, aquel inmenso hormiguero humano que llenaba el enorme vientre del mónstruo de hierro: unos se situaron en la popa, viendo huir el pasado, mientras furtiva lágrima denunciaba el recuerdo de un hogar y de seres queridos: otros, apoyados en la borda, miraban ansiosamente hácia proa, como si quisieran penetrar en el porvenir dudoso; los más, sentados y en grupos, pertenecían al número de esas personas felices que sólo se preocupan del presente, y que no tienen porvenir ni pasado. ¡Cuántas historias que aprender, cuántas intimidades que estudiar en esas poblaciones flotantes, en que se juntan, se confunden y se chocan, algunos días, seres que pronto se dispersan y acaso no se vuelven á encontrar en la vida! ¡Qué tristes regresos! ¡qué alegres esperanzas! ¡Cuánta miseria dorada! ¡Cuántos infelices que no regresarán! ¡Cuántos que á su vuelta hallarán, como las aves emigradoras, frío y solo el nido que abandonaron!

En un grupo, D. Juan,—puesto que yá sabemos su nombre,—sostenía una acalorada discusión sobre la conveniencia de que Mazzantini fuese elegido diputado á Cortes.

—¡Es una celebridad!—decía, y luego, contestando á algunas observaciones, agregaba:—¿No será conocedor profundo de las mejores ganaderías de toros? Y esas ganaderías ¿no forman parte de la riqueza nacional?

En otro grupo, la mamá y las niñas, feísimas criaturas del orden incasable, que buscaban imposible compensación presentándose siempre como en visita y estrenando á bordo cuantos trajes tenían, dábanse de ojo, sin duda seña convenida de antemano para romper el fuego.

—¿Y usted es de Jerez?—preguntaba la mamá á un pollo cercano.

—Sí, señora: ¿conoce usted mi tierra?

—Papá tiene allí una viña que vale mucho dinero—se apresuró á decir la mayor de las señoritas, llamada Fernanda.

—Viñas, hija mía, porque son varias en una—rectificó la mamá con arrogancia.

—¿Y de qué va su papá á Cuba?—preguntó atrevidamente á la menor de las muchachas un magistrado que iba á bordo, y que no lo parecía por lo jóven y lo llano.

Va de autoridad administrativa—dijo con afectación la interpelada, Eugenia de nombre; y á una seña de su mamá, añadió con rapidez: papá necesitaba, según los médicos, cambiar de clima, porque siempre estaba malo en Jerez, en donde poseemos una viña...

Desde aquel día, las pobres chicas tuvieron, sin saberlo, un nuevo apellido, y nadie las conocía á bordo sino por *las señoritas de la Viña*.

Una noche hermosa de luna, la señorita menor de la Viña, conversaba de asuntos y decepciones amorosas con una rubia arrogante y romántica.

—Yo—decía ésta—sé que no he de casarme: ¡soy, Eugenia, tan desgraciada!

—Pues yo—contestaba su interlocutora—estoy cierta de que me casaré en Cuba, porque, hija mía, como papá es autoridad y además propietario, la posición de papá...

Aburrido de estas cosas, determiné recogerme, y al pasar junto á otro grupo, oí que un empleado de correos que esperaba un ascenso á su llegada por ser—decía—amigo del ministro, preguntaba si había ferrocarril de Puerto Rico á la Habana, y escuché la siguiente síntesis que hacía á cierto neófito un conocedor de la Isla de Cuba.

—¡Hombre, allí no hay más que mucho vómito, mucho papel, y pocas onzas!

No sin disgustos, intimidades, amoríos, frialdades y desafíos á plazo, terminó el viaje; y no bien se vió el Morro, cada viajero se dispuso á desembarcar: después, sin despedirse casi unos de otros, todos se dispersaron por la Habana.

Pocos días más tarde, hallé en una oficina, al magistrado de á bordo, y le pedí, con sorna, noticias de las señoritas de la Viña.

—¡Calle usted, hombre!... las he visto ayer—me con-

testó. El padre viene con el agua al cuello... Figúrese usted; una retención por una deuda de dos mil duros, que no sé cómo podrá saldar, con tal familia y tan corto sueldo: además, anda buscando cien duros para poder continuar su viaje...

—Pues ¿qué destino trae ese hombre?

—Oficial 3.º Administrador de no sé qué rincón del interior.

¡Pobres gentes! ¡Green engañar á los demás y sólo se engañan á sí mismos.



GARCÍA DEL ESPINAR

(ANA GARCÍA DE LA TORRE).

No hay duda en que las idéas vulgares se abren camino fácilmente; como que están al alcance de todo el mundo, y esto es, á un tiempo, su ventaja y su contra, porque llegan y pasan con la misma facilidad: sólo las idéas altas, ésas que el vulgo niega ó discute con ardor, porque no las entiende, tienen carácter de permanencia.

Lo peor es que esa masa general, ni siquiera puede lisonjearse de que aquellas idéas, con ser vulgares siempre y casi siempre falsas, le pertenezcan: se las dan hechas; y se las dan hechas las ilustraciones á medias que han invadido hoy la tribuna, la cátedra y el periódico; que extravían, porque no dirigen, la opinión, y que en el fondo, sólo constituyen la clase media del talento y la demagogia de las letras.

A esta falange, cada vez más numerosa, pertenece la pseudo-crítica moderna, esa crítica de perpétuo carnaval, pues que le gusta usar careta, que mide las esferas del arte por el patrón de la gacetilla, que es su casa, y que se alimenta con las sobras de las reputaciones ajenas. Los cultivadores de esta fácil literatura, constituidos en autoridad por votación del amor de sí mismos y mayoría de la vanidad propia, creyeron del caso, en un principio, darse tono de revolucionarios, atacando cuanto existía, y se convirtieron en nihilistas; viéronse más tarde arrollados por el triunfo ajeno, y se han hecho beocios.

Suyas fueron aquellas famosas campañas contra la forma, que dieron por resultado el hacer bárbaro el idioma; suya fué—en vano intentan hoy obscurecerlo—aquella guerra sin cuartel á nuestros más ilustres escritores: suya la estupenda invención de que había muerto la poesía. Después de grandes escándalos literarios, de que sa-

caron una celebridad, no muy limpia,—como amasada con lodo por las flacas manos del miedo,—pero celebridad al fin, transigieron con el éxito reconocido, pero jamás con el mérito por reconocer: no pudieron sufrir en calma la aparición de cualquier nuevo poeta, porque acaso intentaron serlo inútil y desesperadamente... y hoy, vencidos también por la innegable pujanza de varios poetas jóvenes, honra y esperanza única del porvenir, sostienen que la novela es la sola fórmula literaria del arte moderno.....

Pero no eran bastantes tales aberraciones, y como si aún escribiesen para aquel mísero país de las Batuecas, cuyos habitantes no sabían hablar, según donosamente los describe y censura Figaro, todavía encajan una patria grotesca y artificial dentro de la augusta patria verdadera, y han dado ahora—¡ellos que jamás lograron escribir dos líneas seguidas en regular castellano!—en la manía de maldecir de las literatas y ridiculizarlas, siendo lo más peregrino que tan sosas extravagancias hallen lectores que las toleren en la tierra que ha producido á Teresa de Jesús, sor Juana Inés y Luisa Sigéa, á Gertrudis Avellaneda, Lola Rodríguez de Tió y Carolina Coronado, á Emilia Pardo Bazán y Rosalía Castro, y á Concepción Arenal y á Fernan-Caballero.

Nosotros—hablo por mí y por cuantos piensan de igual manera,—concedemos menos á la moda; creemos y proclamamos que la novela es la forma más vulgar de la narración literaria, y vemos en la mujer la ayer esclava, hoy compañera, y mañana, igual del hombre: entendemos, en fin, que el talento no tiene sexo.

Precisaban estas explicaciones al tratar de una dama ilustre, cultivadora entusiasta de la novela contemporánea, que escribe con el pseudónimo de García del Espinar, y sigue las huellas gloriosas de Fernan-Caballero; de una dama que sostiene hoy con su pluma en Manila, entre la anarquía de la verdad y del gusto, el buen nombre de nuestras letras, y la honrosa tradición española de su sexo; taréa importantísima y noble en un país

que nace á la vida de la cultura moderna, y donde, en el transcurso de tres centurias, no ha logrado todavía el patrio idioma abrirse paso entre las masas del pueblo.

García del Espinar, autora de bellas novelas, entre las que se cuenta una de las primeras escritas y de las últimas publicadas, *Amor y vanidad*, es también periodista notable; pero el carácter especial de su talento la inclina al difícil género de la novela de costumbres; así, cuando describe copia, y cuando pudiera narrar, dialoga: la fuerza de la acción y la vivacidad y energía de su imaginación rica y fecunda, la impelen al rápido desenlace de los asuntos, prefiriendo el interés á la forma, el fin al medio, la idéa al esmero prolijo de la ejecución; la espontaneidad y la sencillez son los caracteres distintivos de su estilo, lleno, por otra parte, de animación y de frescura, estilo en el que caen la máxima profunda y el pensamiento original y noble, como hojas desprendidas de los árboles sobre la tersa superficie de un lago: sus cuadros tienen relieve y colorido; sus libros de estudio son la Naturaleza y la sociedad, pero separa, elige y agrupa, acciones todas tres fundamentales en el arte: por esto y por la delicadeza de su temperamento artístico, es idealista, pero con ese idealismo que pinta á la humanidad como debe ser, y como es muchas veces; y por esa misma causa son sus obras, novelas ó artículos, idilios de bondad y poemas del bien, en los que á veces entra el mal como elemento de contraste, pero un mal, que es solamente la ausencia del bien ó pasiones, nobles en su origen, que se extravían y se pierden, como río que cambia de cauce y se desborda sin llegar al mar. Reuniendo, por privilegio raro y en grado sumo, á la belleza del alma, la belleza del rostro y la belleza de la idéa, que reside como soberana en su mente y relampaguéa en su mirada perspicaz y profunda, resulta del conjunto esa suma de bondad artística, que tiene por norma el espíritu religioso y por finalidad la moral, elementos constantes de sus obras literarias; y así de ella puede, más que de autor alguno, afirmarse, que piensa

en voz alta, habla como piensa, escribe como habla—y cuantos tienen la honra de tratarla saben que habla con inimitable gracia y gallardía—y, por último, que escribe, á un tiempo, con el ejemplo y con la pluma.

Al revés de lo que sucede, casi siempre, en el mundo literario, García del Espinar vale más que sus obras: un libro representa comunmente un esfuerzo supremo; las obras de esta autora, por el contrario, son reflejo más que débil de su talento, sólo igualado por su modestia, porque García del Espinar carece de vanidad y de ambición: escribe porque cree ser útil á la sociedad, y de aquí su tendencia á corregir la educación y á mejorar las costumbres; y cuando escribe, sólo da momentánea libertad á su imaginación inagotable, prisionera voluntaria de otros deberes de su sexo, que son para la insigne dama una religión y un culto.

Tal es la personalidad literaria de García del Espinar, distinguida autora de *Cosas del mundo*, *La asociación del trabajo*, *Por una lágrima* y otras muchas novelas y notables escritos de costumbres, que han hecho ver en ella á la sucesora de Fernán-Caballero: y aunque nada vale el aplauso del escritor humilde y desconocido, siempre es oportuno este tributo al talento, y sobre todo, al talento en la mujer, que tanta perseverancia necesita para formarse y manifestarse, más aún que para vencer las indiferencias y preocupaciones del vulgo. Igual derecho reconocemos en ella que en el hombre al patrimonio universal del espíritu humano; y es hora ya, puesto que le pertenece, de que la mujer recoja la mitad de la herencia.

Entretanto, honor y estímulo á las precursoras.

Manila, 1887.



LA INGRATITUD. X

Desde que Jesús dijo en cierto día al pueblo hebreo, que lo ultrajaba, "Muchas buenas obras he hecho; ¿por cuál de ellas me apedreais?", poco nuevo puede añadirse á propósito de la ingratitud, por escritor alguno.

En esa frase sublime está retratada la ingratitud, de mano maestra: no es un vicio, es una pasión infame: hay pasiones que honran, como la pasión de la gloria; que se explican, como la pasión del amor; que se comprenden por su gran fondo humano, como la pasión por los goces materiales de la vida, y por el juego, como medio para llegar á ese fin... pero la ingratitud no tiene explicación alguna, ni un motivo humano que la atenúe, ni un fin de utilidad, que la justifique siquiera á los ojos del moderno positivismo.

Las pasiones nobles engrandecen el espíritu y convierten al hombre en un sér superior: el juego, la sensualidad, la embriaguez, los placeres groseros de la materia, extravián al hombre y lo rebajan al nivel del bruto: la ingratitud es la degradación última, la más vergonzosa para el sér humano; es la prostitución de la conciencia, la infamia del alma, muerta para el bien y envilecida; la criminalidad inactiva y cobarde, porque es delito moral sin cárceles, sin jueces materiales y sin consecuencias: la ingratitud no es un medio, no es un fin, es simplemente una condición de los malvados, hipócritas sin corazón, sin valor y sin talento: la ingratitud es el placer de los ingratos.

La ingratitud es tan antigua como la humanidad: en algunos pueblos remotos se consideró como un delito civil, y se castigó, según Xenofonte, con penas severas; después su nombre odioso se borró de los códigos y dejó de castigarse.

Y se comprende bien: á semejanza del personaje de una

célebre comedia, que necesitaba una espada tan larga como Madrid para escarmentar deslenguados, hubiera necesitado la ley, para seguir castigando la ingratitud, una imposible universalidad de pena, interminable y eterna, desde la ingratitud individual, hasta la ingratitud colectiva; desde la ingratitud de los hijos, hasta la ingratitud de los pueblos.

La ingratitud es vicio inherente á la naturaleza humana: de ser deformidad visible, de ella apartaríamos *los ojos con horror y el estómago con asco*; como las enfermedades del cuerpo, esa dolencia moral mata el alma, porque el alma muere cuando no vive para el bien: como hay muchos ingratos, hay, pues, muchas almas muertas, almas que están de cuerpo presente, ó sepultadas, como apestosos cadáveres, allá en el fondo insondable de la conciencia, que es, á un tiempo, su juez y su verdugo.

La ingratitud llena las páginas de la Historia: no hay inventor, no hay sábio, no hay legislador, no hay guerrero que no haya sucumbido al peso de la ingratitud de sus contemporáneos: Jesús, redentor de los hombres, á pesar de sus divinas doctrinas: César, génio guerrero, á pesar de sus triunfos ó á causa de ellos mismos: Colón y Hernán-Cortés, á pesar de sus descubrimientos y conquistas: Gonzalo de Córdoba, á pesar de los reinos regalados á Castilla:

La ingratitud tira la primera piedra y forja siempre el primer eslabon de esa cadena que ata al hombre á la esclavitud del mal y al mal de la esclavitud: no hay tirano que no funde su trono sobre esa piedra angular; no hay infame que no empiece por ser ingrato.

¿Cuál es el origen de la ingratitud? Difícil es decirlo: hay el génesis de todo lo creado; pero no existe el génesis del mal: todo se relaciona con el hombre, todo emana de Dios, pero el mal se engendra á sí mismo.

En las creaciones tenebrosas del mal, casi puede decirse que no hay antes ni después; pero relataremos un cuento, oído en la niñez de labios de un anciano.

Los génios del mal yá se habían esparcido por la tierra:

existía yá el crimen, de angosta frente, cara repugnante y mirada torva: la avaricia, de rostro anguloso, salientes pómulos y manos enjutas y febriles: el ódio, de sangrienta pupila, boca irascible y crispados cabellos; el egoísmo, de aspecto desdeñoso y taciturno, mirada esquiva, y reposada satisfacción de sí mismo; la lujuria, de formas blandas, incitante boca y naturaleza insaciable; y la envidia, de cuerpo escuálido y rostro amarillento, labios blasfemos y repugnantes y ojos rencorosos.

La envidia se moría de despecho: considerábase el sér más inundo y feo; y miraba con rencor á la avaricia y á la lujuria que le parecían hermosas, y odiaba á la última, porque la amaba el egoísmo.

Sus quejas llegaron á los senos más hondos de los poderes infernales, y éstos sugirieron á la envidia un proyecto diabólico que ejecutó al instante: por un engaño artificiosamente preparado, la envidia suplantó una noche á la lujuria y perteneció al egoísmo.

Sólo de este modo la envidia pudo ser madre: llegado el momento, se retiró á un lugar abrupto, y allí dió á luz un sér tan inundo y deforme, de tal modo repugnante y horroroso que, asustada, huyó, abandonándolo á su suerte.

Yá existía un sér aún más vil que la envidia: la ingratitude; pero la miserable madre no fué por eso más feliz que cuando ocupaba el último lugar entre sus degradados compañeros.

¡La desgraciada sintió celos de su propia hija, porque en lo inunda y vil la superaba!

Madrid.



EL PINAR DE LAS DE GOMEZ.

No se trata de ninguna finca de la propiedad de familia que lleve el apellido con que encabezamos estos renglones.

El pinar de las de Gomez, á pesar de lo pomposo de la frase, no es un pinar, á no ser que pueda llevar este nombre una acera de una concurridísima calle de esta corte de las Españas, en donde el ilustre y paternal Municipio de la Villa, sin duda atento á los sábios consejos de la higiene de primeras letras, ha plantado larga fila de pinos, arrancados á las cumbres del Fuenfría, tan aburridos y escuetos, tan desnudos de hojas y polvorientos, que ni prestan sombra ni purifican el aire, aunque, en cambio y como justa compensación, tampoco sirven para recreo de la vista y ornato de la más ancha arteria de Madrid.

En vez de modificar buenamente la atmósfera respirable, los infelices pinos se dejaron modificar por este aire sutil del Guadarrama, que así limpia y purifica las revueltas encruejadas, aún supervivientes, del antiguo Madrid, como reparte pulmonías entre sus bienaventurados moradores.

El pinar de las de Gomez es, pues, una acera de la calle Alcalá; la que corre desde la Puerta del Sol hasta la misma Cibeles, en donde acaba. Yá, en anterior escrito, hemos tratado de esta famosa acera, á diario llena de bote en bote, de mamás indispensables y heroicas, niñas en estado de merecer, galanes trasnochados é irresistibles, hembras arrogantes y pedigüeñas, y empaquetados personajes de la interminable clase de ex-ministros malogrados, generales prematuros, banqueros sin crédito todavía, y oradores de café, todos ellos *génios desconocidos*, por Bécquer ensalzados en fantasía lindísima; gente respetable que tuvo su poeta, como la mismísima Grecia su Homero.

Los que tienen la desgracia de no vivir en Madrid, desconocen esta felicidad inefable y suprema. Ahora, por ejemplo, con la deliciosa y fresca temperatura de Julio, es envidiable lanzarse á las calles, agradablemente caldeadas por un sol de justicia, que cae á plomo sobre ellas durante un día larguísimo. Las mangas de riego se encargan de añadir un encanto más, encharcando las calles, formando un barro resbaladizo y pegajoso, y levantando vapores cálidos y mal olientes, ricos en miasmas morbosos y en tristes dolencias para el sexo bello.

Es verdad que estos males tienen sus compensaciones: á pesar del riego bienhechor, espesa nube de polvo, menudo y asfixiante, penetra por nariz y boca de los paseantes, irrita su garganta y ensucia sus ropas: como la acera, aunque ancha, resulta estrecha para el inmenso gentío que la invade por las tardes, no puede avanzarse un paso sin recibir un codazo ó un pisotón, ni puede nadie detenerse sin que le piquen la retaguardia, cosa hoy facilísima con la ridícula moda del calzado inglés, que iguala al sietemesino con el robusto aguador de más anchos cimientos. Y todo esto se ameniza con los silbidos estridentes de los conductores de los tranvías, el murmullo confuso de la gente, y el ruido ensordecedor de los carruajes, que ruedan como alma que lleva el diablo, ó como máquinas infernales, sobre los duros adoquines.

¡Discretísimo y blando yugo de la moda! No hay seguramente monarca de más absoluto poder, y hasta el dinero le rinde vasallaje, y se pone humildemente á su servicio. El obeso D. Matías, que, por segunda mano, anuncia en hojas impresas, á la salida de los empleados de las oficinas públicas, *dinero directo sin comisión ni socaliñas*, al módico interés de 70 por 100 anual, no creáis, no, que guarda su plata bajo siete llaves, como los antiguos y tradicionales avaros: ese dinero *se paséa* todas las tardes por el *píñar*, transformado en elegantes trajes femeniles, enormes abanicos, *antucás* lujosos y descomunales sombreros, que se confunden con la *media teja* eclesiástica; ó se metamorfoséa en tronco soberbio de caba-

llos y costosa carretela, en que hermosa *movilizada* se ocupa en poner también en movimiento el oro á tan vil precio adquirido, ó en disiparlo más tarde con incógnito amante, que se encarga de vengar á la sociedad de las infamias del miserable viejo: por allí se paséan en igual forma esas infelices familias de empleados modestos, con retenciones de varios Matatías, mujeres de éstas que quieren engañar á los demás, y sólo se engañan á sí mismas.

Y á esta clase pertenecen, sin duda, las de Gomez, las que dan nombre al famoso *píñar*, compuesto social de fea mamá impaciente é imprevisora, y de cuatro ó cinco niñas más ó menos casaderas, á las que no tengo el honor de conocer.

Pero sin duda es una de esas familias que, á fuerza de trampas que arruinan al infeliz padre y esposo, y con un don que se parece algo al de la ubicuidad, se hallan en todas partes. Son las primeras en el paséo, las de las funciones por hora, las de las recepciones académicas, las de las reuniones de medio pelo, las heroínas de los juegos de prendas; la eterna mamá de piés incansables y semblante melífluo, las cursis y presuntuosas señoritas de hinchado porte y miradas románticas y fogosas á todos los jóvenes disponibles.

Tal vez á estas horas el infortunado esposo y padre piensa pedir un distino para Ultramar; y si por acaso fuesen á esa perla de Oriente, allá vá un medio infalible de conocerlas.

Cuando veais un *vis-á-vis* de vejez disimulada, con disfrazados trótones de alquiler y cochero de improvisada libréa, que oye indiferente, desde el pescante, voces afectadas de *de mano*, *de silla*... bien podeis exclamar:

¡Esas son las de Gomez!

Madrid, 1889.



LARGAR EL MOCHUELO. X

I

Hemos emprendido la taréa, en cierto modo curiosa y útil, de explicar el origen de algunas frases populares; y aunque, con el presente artículo, la terminaremos, será sólo por ahora y sin perjuicio de volver á ella de vez en cuando, consiguiendo, de esta manera, dar la posible amenidad y variedad á estos modestos trabajos.

Hoy toca el turno á una frase vulgarísima y de uso tan corriente, que todos la empleamos con frecuencia, sin parar mientes en su propio y curioso significado: nos referimos al popular dicho de *largar el mochuelo*. Vamos á ver su origen.

II

Residían en dos pueblecillos del lado de allá y acá de la raya de Portugal, entre Alcañices y Braganza, dos *hijosdalgo*; portugués el uno, castellano el otro, ambos con regular hacienda y muy amigos.

El español procedía de las filas de los memorables tercios de Flandes, en los que había combatido á las órdenes del famoso Antonio de Leiva: cargado de años, de reveses y de heridas, si bién con algunos ducados en la bolsa, habíase retirado á la aldehuela natal, cerca de Alcañices, siendo en ella objeto de las murmuraciones de las viejas, y de curiosidad y respeto por parte de los pilluelos del reducido pueblo, los cuales, desde la llegada del veterano y las abultadas narraciones de sus hazañas, no dejaban en calma á los pacíficos vecinos, simulando, á diario, armados de sendos palitroques y hondas retorcidas, espantables batallas entre españoles y luteranos.

El honrado portugués había nacido, crecido y envejecido en humilde casa de labranza, al pié del pardo cam-

panario de su pueblo, felicidad obscura y positiva, concedida á escaso número de mortales, y no bien conocida ni apreciada de los demás.

Llamábase el soldado español, Bartolomé Zamora: el labrador lusitano, Ambrosio de Souza y Silva de Vasconcellos, muy más rico de apellidos que de hacienda, res-tándonos solamente decir que su amistad, firme y duradera, no tuvo la menor alteración hasta poco más tarde y por graves motivos de patriotismo, en aquella ocasión famosa en que *faltó cuerda* al buen duque de Alba, y en que Sancho de Avila se propuso hacer singular penitencia:

III

Dicho se está que era el español pájaro de cuenta, en esto de encontrar ardidés y recursos para todo; hombre experimentado en todas las vicisitudes de la vida, y hábil narrador de sucesos y aventuras difíciles y maravillosos: poseía, además, agudo ingénio, tan sutil y rápido, como perezoso y tardo era el del hidalgo portugués, cándido por naturaleza, y finchado por nacionalidad y por su ilustre prosapia.

En los mútuos y aparatosos convites con que uno y otro se agasajaban, el bueno del portugués ejercía de oyente, y dejaba al heróico veterano despacharse á su antojo: nadie como Bartolomé Zamora para narrar, al amor de la lumbre y entre sorbo y sorbo de tinto Rioja ó pastoso Oporto, aventuras de mar y tierra: él había ingresado en los tercios por el descubierto rapto de una monja hermosísima en tierra de Salamanca: cuerpo á cuerpo había muerto al hermano y al novio de noble doncella seducida: había disipado en Italia pingüe herencia paterna; en una batalla había salvado la vida al mismísimo maestre de campo Antônio de Leiva, matando á dos caballeros flamencos, y poniendo en huida á una veintena de soldados alemanes, y había ejecutado, en fin, otras cosas igualmente asombrosas y difíciles. Nadie como él para comprender la maniobra decisiva de una batalla

en el momento supremo, ó preparar una emboscada: nadie como él para manejar la espada española y tirar infalible estocada, quedando simultáneamente cubierto; nadie como él para gobernar indómito caballo, etc., etc.

Oíale el honrado portugués con religioso silencio y obli-gadas alabanzas, que recibía el viejo soldado con exterior indiferente y regocijo interno; y acaso nunca se hubieran alterado estas sabrosas pláticas, á no habérsele ocurrido un día al veterano hablar de sus hazañas cinegéticas. ¿Cómo iba á consentir un Souza y Silva de Vasconcellos que nadie le pusiera el pié delante en materia de caza? Cazador fué su padre, cazador famosísimo su abuelo, y él mismo había llegado á ser el terror de los bosques y la admiración de los contornos.

Hasta llegaron á agriarse los dos amigos, y después de un largo pugilato de bravatas y de cuentos y embustes—muy propios de los cazadores de todos los tiempos — quedaron desafiados para una partida de caza, dentro de tercero día, con promesas formales y mútua apuesta.

Ambos hidalgos se levantaron con el alba, se unieron, y, armados de pesados arcabuces y vestidos de viejos jubones de cuero, calzados con altas botas de campana y cubiertos con chambergos de alas enormes, pusieron mano á su empresa, entrando por diferente lado del monte, en terreno de España por condición expresa del Zamora, al tanto siempre de preeminencias y fueros en cuestiones internacionales.

Todo el día aturdieron el bosque con sus gritos y sus disparos, y, al caer la tarde, reuniéronse para contar las piezas rendidas, y distribuir las equitativamente, según mútuo convenio.

Corrido iba el español, que sólo había podido dar muerte á un mochuelo, y orgulloso el cazador portugués con un lácio conejo pendiente del cinturón de cuero.

—Confieso—dijole Zamora—que has estado más afortunado que yo, pero no más hábil, é iguales quedan España y Portugal en la ocasión presente. Resta hacer la distribución de lo cazado, y, aunque esto no se ha pre-

visto, claro es que tal prerogativa no puede cederla un vasallo de mi señor rey don Felipe II.

Conformóse el portugués á regañadientes, y continuó así su interrumpido discurso el veterano:

—Exige la cortesía que se empiece por el extranjero, y así comienzo por tí y me coloco á la zaga. Digo, pues, que te corresponde el mochuelo, y á mí el conejo.

—No me parece justo,—exclamó el portugués,—y más siendo yo quien ha muerto la mejor pieza.

—Haré la distribución al contrario,—añadió el español,—prescindiendo de toda cortesía: quiere decir que á mí me toca el conejo, y el mochuelo á ti.

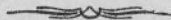
—Confieso,—dijo el portugués—que has procedido á la inversa, y me conformo. Pero, dime; ¿en qué consiste que siempre me largas el mochuelo?

Y hé aquí el fidedigno origen de la frase. Parece indicar la moral del cuento que el más listo *larga el mochuelo* al menos avisado.

Pero la verdad es que los que cargan con el mochuelo, por costumbre, pueden consolarse.

Eso pasaba en el siglo XVI: ahora suelen estar los términos invertidos.

Madrid, 1889.



LOS MODESTOS.

Desde que se ha dicho que la modestia es una virtud, estamos perdidos. Si se hubiese ocurrido á los filósofos ó á los moralistas calificarla de vicio, otra cosa sucedería.

Porque las virtudes se pregonan y se practican muy poco: lo contrario de lo que acontece con los vicios, que no se pregonan y se practican bastante.

Preferible es la franqueza de un escritor amigo nuestro, y, por lo tanto, excelente escritor; la modestia, dice, es una falsa virtud, ó una virtud falsa, que es lo mismo.—¿Quién no tiene conciencia del propio valer?

Y consecuente con este principio, le oímos en una noche célebre, la del estreno de su zarzuelón *La burra de Trebujena*: “La verdad es que estaba seguro de este triunfo: ¿qué autor dramático puede competir conmigo, exceptuando á Echegaray? Los demás, cuando pasan á mi lado, me parecen hormigas.”

En el acto tercero la ovación llegó al colmo: aquello era una silba estrepitosa.

Así que, al publicar la obra, el autor hizo constar que se había estrenado con éxito *ruidosísimo*... y era verdad.

Otros autores dramáticos, más modestos, se limitan á poner al frente de sus obras esta humilde advertencia: “estrenada con extraordinario éxito;” y yá sabe el lector á qué atenerse.

Desengañese V., nos decía hace poco un pintor inédito, esto es, poco conocido, la modestia es la virtud de los tontos.

Y á poco rato nos confesó, en un rapto de noble sinceridad, que él es modestísimo.

Como prueba de su aserto, nos habló con desdén olímpico de las medallas de las Exposiciones, añadiendo que él las había obtenido en todas las á que había concurrido con sus cuadros.

Y la verdad es que no falta razón á éstos que truenan contra la modestia y la califican de absurdo *convencionalismo social*. ¿Por qué razón los zapateros, los sastres, etc., pueden decir, sin pecar de inmodestos, que sus zapatos, sus prendas de vestir, no tienen rival, y los poetas, los pintores y los músicos pasan por vanidosos si aseguran que sus versos, sus cuadros y sus cantatas son los mejores del mundo?

La verdad es que los artesanos lo hacen tan sólo por lucrarse más en sus profesiones. Además, son modestísimos: se limitan á llamarse á sí mismos artistas, que es como si dieran en llamarse pobres de solemnidad.

Los artistas, más modestos aún que los artesanos, han dado ahora en llamarse génios, esto es, según ciertos filósofos, casi locos.

Por tales los tenía doña Gertrudis, señora viuda de cierta edad, con dos niñas en estado de provisión, á las que habían dado en visitar un poeta y un músico.

En cuanto los olfateaba la buena señora, solía exclamar: ¡“Niñas, cerrad la puerta, que vienen los génios!”

La gente modesta abunda más de lo que uno podría imaginarse.

Las oficinas del Estado están atestadas de hombres que no sirven para maldita la cosa, y que por la misma razón podían aspirar á ser ministros... del Tribunal de Cuentas, y sin embargo, se conforman con destinos subalternos.

Y todo es por pura modestia. Un amo cualquiera los abrumaría con sus elogios, y prefieren servir al Estado, que á todo se calla como un muerto.

Hay otros que, pudiendo estar en sus respectivos pueblos agradablemente entretenidos en las taréas de arar y sembrar, se resignan á ser diputados.

La modestia reviste muchas formas.

Esas gentes que pasan la vida paseando en coche, ostentando lacayos vestidos de filósofos arlequines, comiendo de una manera opípara, y luciendo trajes sobre trajes y joyas sobre joyas, lo hacen todo por pura modestia.

No saben cómo manifestarse modestos, y apelan á esos medios, en los que, á lo sumo, sólo hay un error de forma.

Por *colmos* de modestia, citaremos algunos casos muy curiosos.

Nuestro amigo Juan José es un excelente tocador de guitarra, *por lo flamenco*. No contento con ser uno de los primeros, que es cuanto el hombre puede ambicionar, quiere ser el único. El siguiente discurso dirigíalo á algunos de sus admiradores hace muy pocos días.

“Paco el de Lucena—decía,—es el mejor tocador de España: á lo menos pasa por tal, y en realidad, yo que lo he oído, puedo asegurar que tiene unas manos maravillosas. Yo, señores, no toco nada, sino lo que la bondad de Vds. quiere suponer. Lo que sí digo es que Paco sólo trina con dos dedos, y yo lo hago con tres.”

Y el auditorio se quedó trinando.

Un cierto diputado escribió no hace mucho tiempo á un ministro la carta siguiente:

“Mi querido amigo: Con gran interés y extraordinario encarecimiento le recomiendo á mi amigo D. Perpetuo Holganza, funcionario modestísimo que se contentaría con el destino de Director Civil ó Intendente de Filipinas... etc.”

No se sabe qué haría el ministro con la carta del modesto diputado rural.

Probablemente... la echaría al cesto.

D. Pancracio es un empleado moderno, de cerrado testuz, incapaz de dirigir á nadie... una carta, precisamente porque no sabe escribir ni firmar apenas. Cuando la de septiembre, lo hicieron, por méritos de barricada, Jefe superior de Administración, y así decía en su despacho á sus asombrados subalternos.

—Yo he hecho mi carrera paso á paso, y sólo la envidia puede desconocerlo.”

Y un viejo covachuelista con cinco mil reales, treinta años de servicios, y algo en la frente, le replicó:

“Pues yo, señor D. Pancracio, soy un hombre que ha venido á menos: usted es más afortunado.”

—“¿Por qué?” interrogó escamado el Jefe.

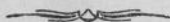
“¡Porque usted es un hombre que ha venido á más!”

Al terminar este trabajo, nos daremos también por mentalmente aludidos, y nos prevendremos de la alusión repitiendo la frase mal atribuida al Dante.

—“Ariosto é il secondo.”

Jamás nos perdonaríamos el pecar de inmodestos.

Madrid, 1889.



LISTAS Y TARJETAS.

¡Pues, aunque sea usted D. Lino ó D. Cáñamo, le digo á usted que no puede pasar!

¡Pero, hombre de Dios, no sea usted bruto! ¿No le digo á usted que soy tío de Pepito, y casi, casi su padre!

¡Aprieta! ¿A que va á resultar el hombre padre con mutativo de D. Pepe?

¡Qué conmutativo, ni qué canastos! ¡A mí no me venga usted con palabras de doble sentido, que soy de Colmenar Viejo y no las aguanto! ¡Ea, á quitarse de en medio!

Y dicho y hecho: D. Lino Morquecho separó con puños irresistibles al obstinado sirviente, y empujó con ímpetu la puerta de un gabinete, que aquél defendía. Una vez dentro, y á la dudosa luz de un balcón entornado, vió una mesa con libros y papeles en singular desorden; dos sillones y dos sillas, y, sobre ellos, gabanes, capa, levitas y pantalones amontonados de cualquier manera; y á la izquierda, una puerta de cristales con espesos visillos.

D. Lino, como quien está seguro de ser bien recibido, empujó esta puerta y entró... Al mismo tiempo que él entraba, oíase en el dormitorio murmullo de palabras dichas en voz baja, y se cerró con estrépido una puertecilla de escape.

¡Pero, hombre! ¿qué hora es ésta de estar en la ca...?

D. Lino, que entró gritando de esta manera, se quedó sin acabar la frase y con un palmo de boca abierta, al ver una horquilla sobre el embozo de la cama.

¡Tranquilícese usted, tío! No es nada.

D. Lino contempló á su sobrino con infinita ternura, y cambiando de tono y con voz completamente tranquila, añadió: “¡No hablemos más del asunto!”

—Te advierto—agregó—que vengo á Madrid por segunda vez en mi vida, á pasar el día contigo, ver esas calles

de Dios, que no visito hace treinta años, y volverme á Colmenar. Con que, levántate y dame de almorzar.

—Viene usted en muy buen día—dijo Pepito, arrojándose de la cama y empezando á vestirse:—Precisamente, hoy destinaba la tarde á hacer quince ó veinte visitas de sanos y enfermos: me acompañará usted y pasaremos largamente.

—¿Estás loco, sobrino?, ¡Quince ó veinte visitas! ¡Pues ni en una semana!

—Yá verá usted, querido tío: son progresos que no se conocen en Colmenar Viejo.

A poco, tío y sobrino almorzaban en el reducido comedor de la casa, servidos por el criado y por la misma patrona, rozagante y fresca mujer como de treinta años, de airoso cuerpo y hermoso cabello rubio, á quien observó D. Lino durante todo el almuerzo, sin que notara en ella ni un gesto ni una mirada á su sobrino.

Yá en la calle, tío y sobrino tomaron un *simón*, y empezaron á recorrer estaciones: D. Lino no volvía de su asombro: en una casa, en otra y en otra, bajaba su sobrino, hablaba dos palabras á los porteros, y entregaba doblada una tarjeta.

Habíase yá repetido ocho ó diez veces esta faena, cuando D. Lino extrañó que ninguna de las familias visitadas se encontrase en su casa, y así lo observó á su sobrino, pero éste le sacó del error, manifestándole que todas aquellas familias se encontraban en sus casas precisamente; mas que no era de buen tono entrar á hacer la visita: “Los personajes importantes—añadió Pepito—lo hacen así; es preciso que los imitemos los que somos aspirantes á personajes.”

—Pero, ¿á qué viene eso?—repetía el bueno de D. Lino; —¿no es mejor tener pocos, pero buenos amigos, y visitarlos y verlos, y hablar con ellos, y servirlos si nos han menester, y ocuparlos, si tenemos necesidad de sus servicios?

—Eso—añadió Pepito—era antiguamente: hoy es necesario ensanchar más los horizontes, tener cúmulo de relaciones, hablar con todo el mundo y no intimar con na-

die: conocer á mucha gente y no apreciar á ninguno y estar siempre al quite, si alguien nos amenaza con el sable.

El asombro de D. Lino subió de punto, cuando, entrados en un portal, vió en el fondo una mesita con recado de escribir: su sobrino cogió un papel grande que sobre ella había, y estampó su firma detrás de otras, luego que leyó estas palabras: "El enfermo sigue lo mismo, y ha pasado la noche como la anterior."—"Doctor Mastuerzo."

—Y dime, sobrino: ¿quién es ese enfermo y como pasó la noche de ayer?

—El enfermo, querido tío, es un famoso tenor de zarzuela: como ayer no vine, no sé, por lo que dice el parte facultativo, si es que está mejor ó peor; pero no es eso lo esencial, lo importante es dejar ahí la firma...

Y así siguieron, en peregrinación inacabable, hasta cerca del obscurecer, en que llegaron á un portal, de aspecto no muy rico, en el barrio de Salamanca: en un rincón, bastante lóbrego, se adivinaba, más que se veía, un velador, cubierto con un hule de color dudoso: sobre este tapete, había un misero tintero y una pluma: delante de estos avíos de escribir, un pliego de papel, y en él, entre admiraciones, estas palabras:

"¡La infeliz Mariquita ha subido al cielo! ¡Pobre hija mía! ¡Su desconsolada madre avisa á sus numerosos amigos, que hoy no recibe porque está entregada á su dolor!"

Debajo de estas líneas no había ni una firma: Pepito estampó su nombre, y... el de su tío, hecho lo cual, el portero cogió el papel, miró á Pepito con agradecimiento, y empezó á subir las escaleras diciendo:

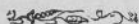
—¡Gracias á Dios! Desde la mañana está puestu el papel y nadie lo ha firmado... Lueju si lo vé sin firmas la del terceru, refunfuña y dice que yo tenju la culpa.

Esta señora de la lista, dijo Pepito á su tío, es una profesora de piano, á quien le ha dado por la aristocracia.

¡Sobrino!—exclamó don Lino.—Adios, que me vuelvo

á Colmenar... ¡Yá veo que estudias más en las calles que en los libros, y haces bién: ¡el porvenir es tuyo, sobrino mío...! Te dejo echando firmas para los enfermos, y me voy á criticarte esta noche en mi tertulia de la botica: allí explicaré estos progresos, en aquel pueblo infeliz en que los amigos tienen gusto en verse y hablarse y en estrechar la mano del amigo moribundo, en tanto que en la córte, se cumple con una firma, y os entreteneis en visitar y hablar á los porteros de las casas, mientras os comunicais con vuestros amigos por medio de tarjetas... ¡Adios, y.... cuidado con las horquillas, que pueden clavarte!"

Madrid.



LOCOS SUELTOS

Para nadie es un misterio que, en cuestión de locos, según reza un manicomio,

“No son todos los que están
ni están todos los que son.”

Se encierra en los lugares que albergan á esos desgraciados, á aquellos locos que por uno ú otro concepto son un peligro ó una amenaza para la sociedad; los inofensivos vagan por esas calles, pueblan las oficinas, forman hogar y familia, é infestan, sobre todo, las sociedades científicas y literarias, teatro de sus lecturas extravagantes y de sus deshilachados discursos, asombro de los chiflados y admiración de los nécios.

Sabido es que, entre los artistas, los literatos especialmente rinden el contingente más numeroso á esas falanges espesísimas de lunáticos y caprichosos, cuyo supremo ideal estriba en pasar por seres extraordinarios y raros, y en que las gentes digan, al verlos ó al hablar de ellos, cosas de Fulano.

Esto, sin duda, ha dado origen á esas idéas erróneas que tiene formadas la generalidad acerca de los hombres de letras y, sobre todo, de los poetas. La mayoría no concibe que un poeta sea un hombre como los demás: para ser poeta es necesario ser loco, ó, á lo menos, extravagante: es indispensable carecer de sentido moral, usar melena, y beber el agua ó el vino en una calavera.

Aun las personas ilustradas participan de esta preocupación: el poeta no sirve para nada que no sea hacer versos; piensa con la imaginación y siente con la médula; no debe conocer el valor del dinero, ni los afectos de la familia; y, en suma, debe ser persona informal y poco seria.

¡Si se pudieran formar listas de los hombres que, sin ser poetas, no sirven para nada! Porque, yá lo hemos

dicho antes de ahora; el hombre que camina por la llanura pasa comunmente inadvertido: no así el que marcha por lo más alto de la montaña.

Pero, volviendo á nuestro tema; ¿quién traza fronteras entre la razón y la locura? ¿dónde acaba la una y empieza la otra? De aquí una confusión lamentable, y la común creencia de que hay muchos locos en la calle y muchos cuerdos en el manicomio.

Aunque esto es verdad, no conviene exagerar los principios, como lo demuestra lo sucedido recientemente á Mr. Matelas, inspector de Beneficencia de Francia. Este sujeto, girando una visita á algunos manicomios, llegó á uno famosísimo de Orleans, á tiempo que el director y los principales empleados del establecimiento se hallaban ausentes: el encargado de la botica le hizo los honores de la casa con exquisita distinción y cortesía: suscitaronse varias conversaciones, y el inspector oía asombrado al boticario, que en elocuentes frases le habló de los adelantos científicos más recientes, y de literatura, formando exactos y desapasionados juicios sobre Zola y Daudet, Lecomte y Copée, Dumas y Sardou: quiso Mr. Matelas saber quién era tan erudito personaje, y éste le manifestó, sonriendo, que era uno de los locos de la casa.

—“¡Como!—exclamó el inspector—usted está más cuerdo que yo, y no debe continuar aquí. Yo haré que lo dejen libre inmediatamente“.

—“Doy á usted las gracias, señor inspector, pero le ruego que no lo haga: tengo cincuenta años y llevo aquí treinta: no sé qué se ha hecho de mis bienes; mi familia ha desaparecido, y tengo miedo al mundo y á la sociedad, y, sobre todo, á la lucha por la existencia, que no conozco, pero que presiento: mi única aspiración es acabar mis días tranquilamente en este retiro.“

Encantado de su loco-cuerdo, despidiose de él el inspector á las puertas del establecimiento, y se dispuso á subir en su carruaje; y,... ¡oh decepción y sorpresa inesperada! Al subir al coche el inspector, sus gruesas redon-

deces posteriores sugirieron al boticario un pensamiento diabólico, que realizó, aplicando al cándido funcionario un puntapié soberano, y refugiándose á todo correr en la portería.

Es necesario no fiarse de las apariencias; en sociedad sucede lo propio con los cuerdos-locos; sólo que éstos suelen ser más inofensivos. Los hay que sufren los primeros síntomas del delirio de las grandezas, y se creen personajes importantes; éstos van por las calles tarareando y mirando á los demás con aire de protección; otros, atacados sin saberlo del delirio de las persecuciones, marchan como asustados por la vía pública, dirigiendo á los transeuntes miradas de soslayo, pensando que todo el mundo se preocupa de ellos, y viendo un enemigo en cada semejante.

Entre los hombres de letras, se empieza por sentar plaza de genio: hay genios desconocidos que desprecian á los demás, porque no han llegado á comprenderlos; hay también genios reconocidos, y en este caso es de buen tono despreciar la gloria; de todos modos se debe despreciar algo.

Ser empleado es cosa denigrante: mejor dicho, es denigrante trabajar: ser empleado para no asistir á la oficina y cobrar á fin de mes, ya es otra cosa; vivir es pasear las calles y frecuentar los cafés; vivir es recitar versos en la calle, en el café, en las tertulias, ejerciendo de juglar permanente, y cosechando aplausos de las éursis sensibles.

Otros sufren de una especie de manía erótica: se consideran hermosos, y se juzgan objeto de la admiración de los demás hombres, y de las miradas y los suspiros del bello sexo. En esta clase de seres, la mujer es el tipo más notable: una conocemos fea y solterona, no por su culpa ni por su deséo, cuya preocupación constante son los novios; que la mira un hombre en la calle; pues toma nota y lo incluye en el número de sus adoradores.

Esta jóven pretérita, tenía hace poco, según confesión propia, diez y ocho pretendientes, todos millonarios, entre ellos un magistrado, dos coroneles, tres jueces de

primera instancia, y cinco diputados funcionistas (sic), que son, como si dijéramos, los de moda.

Algunas veces las manías de estos cuerdos dudosos, son inaguantables, especialmente las de esos infelices que se creen en estado de enfermedad permanente: éstos leen á diario los telegramas de los periódicos, para averiguar si ha aparecido en alguna parte cualquiera epidemia, y declararse en precipitada fuga: si hay algún enfermo en la vecindad, se mundan de casa, y en cuanto saben que un amigo está en cama, le retiran su confianza.

Uno conocimos, sanísimo, colorado, grueso, y en toda la fuerza de la juventud, el cual se pasaba la vida tomando purgantes y enseñando la lengua.

Cierto día, lo presentaron en un Atenéo á un señor de mucha edad y de mayor ciencia: después de los cumplidos de ordenanza, el aprensivo quedóse mirando de hito en hito al personaje en cuestión, á quien dijo después de una pausa.

—“¡Hombre! Puesto que es usted persona de tanta ilustración y ciencia, ¿me hace usted el favor de decirme qué le parece mi lengua?”

—“Pues, sí, señor—contestó con aplomo el interpelado, haciéndose cargo de la monomanía del demandante.—¡De las mayores en su clase!”

—Le diré á usted—repuso el aprensivo algo turbado—no es esa mi pregunta, sino que en realidad no me siento bueno: ¿qué me aconseja usted que haga?

El preguntado miró de nuevo á nuestro amigo, sonrió picarescamente y dijo:

—“¡Que vaya usted á que lo cure el doctor Ezquerdo!”

Madrid.



DEMOCRACIA AÑEJA. X

(NARRACIÓN MILITAR.)

Aunque los acontecimientos que vamos á referir no son muy recientes, tampoco son tan lejanos que podamos recordar nombres propios: por esta razón usaremos sólo de una inicial al citar al protagonista de esta verídica narración, trás de cuya inicial muchos verán todavía una importante figura española, que ocupará lugar brillante en la Historia.

El veterano general M.* era catalán de origen y de humildísima cuna: era muy jóven cuando los ejércitos del primer Napoleón atravesaron los Pirineos, y estamparon sus plantas invasoras en el suelo pátrio; deslizábase tranquila su ignorada existencia en un rincón abrupto de Cataluña, y su aspiración, única tal vez, era llegar á ser dueño del molino harinero, en que servía, en clase de mozo, y compartir ese suspirado bienestar con una garrida y honrada muchacha, hija precisamente del molinero, la cual no era, ni mucho menos, insensible á su ardorosa llama.

La suerte, siempre caprichosa, árbitro de los destinos humanos, había dispuesto las cosas de diferente manera, preparando al modesto mozo de molino terrible participación en trágicos sucesos, y principal papel en la epopeya de la independencia española: las guerras son el yunque en que se forjan los héroes; y ciertos caracteres sólo se desarrollan—triste es reconocerlo,—en circunstancias extraordinarias: lo homogéneo engendra lo homogéneo; los grandes hombres se levantan, como las olas, cuando el huracán ruge sobre los mares.

Un suceso terrible dió al traste con los proyectos de matrimonio y las esperanzas de modesta y tranquila felicidad de nuestro héroe. Las tropas francesas ocupaban

una parte del Principado: ébrias con sus fáciles triunfos, hacían sentir el peso odioso de su dominación á aquellos pacíficos habitantes, que sufrían, mal resignados, los atropellos y los abusos propios de toda guerra de invasión; por donde pasaba una columna de aquellos soldados, quedaba un rastro de lágrimas y de sangre.

Un día, al regresar al molino nuestro protagonista, después de brevísima ausencia, se ofreció á sus ojos una escena desgarradora, de ésas que delataban el paso devastador de una columna enemiga: por todas partes las señales del saquéo y las denuncias del bárbaro pillaje: en el suelo, manando aún caliente sangre, el cadáver del infeliz molinero, horrorosamente desfigurado de heridas y golpes: poco más allá, el cuerpo de su amada, con una ancha herida en el pecho, retorciéndose con las convulsiones de la agonía: el infeliz mancebo corrió hácia ella, la levantó en sus brazos y la llamó con voz desesperada, recogiendo de sus ojos moribundos la última mirada, y de sus labios marchitos y sin color, estas lúgubres palabras: "¡Me han quitado la honra, y yo me quito la vida!"

Mudo, sombrío, el mozo de molino vió espirar á su hermosa prometida: ni un beso sobre aquella frente, ni sobre aquella boca graciosa y adorada, que tal vez acababan de profanar unos labios impuros: con el dorso de la mano se enjugó el sudor frío, que, en gruesas gotas, inundaba su frente; paseó en torno una mirada que parecía á la vez una caricia y una maldición, y se lanzó fuera del molino.

Toda la noche erró por los campos como una fiera, y al siguiente día, unido á otros mozos de la comarca, pocos en número y muchos por el indomable valor, refugiábase en los terrenos más frágiles, armados todos para el combate y apercebidos á la muerte.

Las gargantas del Bruch fueron el teatro de su primera hazaña: desde aquellas alturas formidables é inaccesibles, detúvose días y días el paso de un cuerpo de ejército francés compuesto de tres mil hombres: metidos

estos soldados en angosto y largo desfiladero, fueron diezmados por un fuego certero y continuo que parecía vomitado por las piedras; enormes peñascos, desgajados de los picos de la cordillera como por manos de un gigante, caían sobre los espantados batallones, sembrando en las filas la muerte, el desorden y el pánico más terrible: los que intentaron cobrar las alturas, cayeron despeñados al abismo, y la columna retrocedió vencida, deshecha y humillada.

Un puñado de hombres, cuyo jefe era el humilde mozo de molino, había realizado la titánica empresa: á ésta siguieron otras; por donde quiera la audaz emboscada, la sorda hostilidad de la guerrilla, la rápida marcha, el golpe inesperado, la desolación, el exterminio, la muerte para el enemigo.

Llegó á ser el nombre de nuestro héroe el terror de las tropas francesas, la esperanza de los oprimidos españoles, y el ejemplo de los buenos patriotas: de simple mozo de molino, nuestro hombre llegó á general de los ejércitos nacionales, á la confianza del rey y á los más altos puestos, como había llegado antes al amor del pueblo, á la satisfacción de su agravio, y á la justa realización de su venganza.

Pasada la guerra, quedó al veterano general el descanso, como la mejor recompensa; no era, ni con mucho, feliz: su carácter, alegre y decididor en sus mocedades, habíase vuelto áspero y taciturno: era duro y riguroso en los asuntos de la milicia, en la que todos le temían y muchos le temblaban.

El año 182... fué nombrado capitán general de Valencia, en donde continuó su sistema de vida retraída y solitaria, que aumentaba más el respeto hácia su persona: despachados los asuntos á su cargo, todas las tardes salía al campo, vestido de paisano, y acompañado por un ayudante.

Cierto día hubo de dirigirse á Ruzafa: era una calurosa tarde de verano: el sol caía entre uno de esos celajes de oro y púrpura que semejan el manto de un so-

berano, y que, por más hermosos, y espléndidos, no aumentan en nada la belleza del fértil y rico suelo valenciano. El general, serio y grave, marchaba en silencio, como indiferente á aquel grandioso espectáculo, y contraído el ceño, tal vez abismado en recuerdos imborrables y melancólicos.

En la puerta de un molino próximo, tres ó cuatro mozos, que se hallaban sentados, pusiéronse de pié, por un movimiento de respeto, al pasar el general; uno de los mozos, creyendo no ser entendido, dijo á sus compañeros en dialecto valenciano:

“¡Ahí donde lo veis, el general ha sido molinero!”

Detúvose el general, volviéndose hácia los mozos y dijo en su áspera voz habitual.

—“¿Quién de vosotros ha dicho que yo he sido molinero?”

Siguió un silencio profundo á esta pregunta; los pobres mozos del molino, creyendo que habían enojado á tan temida autoridad, temblaban y callaban sin saber qué hacer; pero repetida la pregunta, aún en tono más imperioso, uno de ellos se adelantó, y contestó de esta suerte:

—Señor; he sido yo, pero no he querido con ello ofender á vucencia.

El general lo contempló atentamente, dulcificó su semblante y su voz cuanto pudo, y añadió lo que sigue.

—“Pues no vuelvas á decir eso, porque no es verdad. Yo no he sido molinero: he sido... ¡mozo de molino! lo cual es menos todavía.”

Madrid.



FIGURAS DE CERA.

Hace yá algún tiempo, cuando estaba aún abierta la Exposición Universal de Barcelona, llenábanse los periódicos, á diario, con las noticias, casi siempre telegráficas, de los preparativos, de las solemnidades ó los sucesos de aquel notabilísimo certámen de las artes, la industria y el comercio de España.

Con razón sobrada se enorgullecía Barcelona de su triunfo, primero de ese orden en tierra española, y legítima consecuencia de la constancia y la fecunda laboriosidad del industrioso y honrado pueblo catalán.

Pero es necesario confesar que el inmoderado afán del noticierismo periódico, más de una vez empujó la entonces naciente Exposición barcelonesa á los límites del ridículo.

Las idas y venidas del alcalde: los *timos* y audacias de la gente maleante: las ascensiones en el globo cautivo: los brindis insignificantes y numerosísimos de infinitos banquetes: el número de barcos y botes que inundaban la estrecha bahía; las ocurrencias de los guardias municipales en la Exposición; el asombro de los pasmados extranjeros; los percances de los carruajes... todo era constante labor de los corresponsales, y continuo trabajo y fatiga de la línea telegráfica. Las palpitaciones febriles de la hermosa ciudad condal, segundo por segundo, repercutian en Madrid, que se encargaba de trasmitirlas á toda España.

Un día, entre aquellas noticias, comunicóse una, digna de fijar la atención pública, y no menos importante que las otras; una explosión de gas—se recordará que hubo varias,—había destrozado una *galería de figuras de cera*, derritiendo, sin piedad, una porción de respetables personajes históricos.

Decididamente el gas barcelonés tiene corrientes demagógicas.

Es de suponerse la aflicción de la grave francesa, señora de edad incierta, de tez roja como riojano pimiento, vivos ojillos azules y escaso cabello rubio, propietaria de la derretida colección, y encargada de difundir por las ciudades y aldeas de Europa, mediante una ínfima retribución, los conocimientos histórico-plásticos de importantes personajes antiguos y modernos.

¡Espantosa catástrofe! como dicen los telegramas de China y de los Estados Unidos.

La hermosa Friné, delectación y disculpable extravío de la antigua magistratura griega, quedó totalmente desconocida y mutilada: Napoleón III, perdida su nariz de loro, estaba como abrazado á su antiguo enemigo el general Prim, que no conservaba ni vestigios de su poblada barba negra: Catalina de Rusia, desfigurada y maltrecha, hallábase caída de bruces sobre las piernas de Garibaldi: en un ángulo formaban montón informe, restos de los que fueron Cleopatra, madama Sevigné y un Adán colosal; Moltke yacía á los piés de Napoleón I, con la vulgar cara cubierta por el inmenso tricornio del célebre conquistador francés; Mac-Mahon, derribado en tierra, parecía demandar perdón de sus culpas militares á Julio César, y una blanca y hermosa Venus de Milo, habíase refugiado en los brazos de un tostado guardia de infantería egipcia.

Otros personajes, más ó menos históricos y célebres, se habían derretido por completo, sin dejar, de sí el menor vestigio. ¡Inconsistencia de las cosas humanas! ¡Cuánto fausto desvanecido, cuánta grandeza disipada, cuánto esplendor destruido! ¡Y todo por una explosión de gas!

Pero, como sucede siempre en las grandes catástrofes, ésta envuelve provechosa enseñanza para la humanidad.

¿Quién metió á la cera á remedar figuras de héroes, santos, reyes y cortesanas? ¿Y no suceden cosas análogas en esta interminable comedia de la vida?

El general sin batallas que pasa por héroe; el hipócrita que sienta plaza de hombre de bien; la cortesana que usurpa el nombre de mujer honrada; el estafador ó

el agiotista, vestido de industrial afortunado ó de hábil banquero; el coplero con nombre de poeta; el académico indigesto y falsificado; el improvisado personaje político, con su séquito de electores sin premio, de apóstatas recompensados y de caciques engreídos; la vieja con moños y afeites, que se quita veinte años de edad y tiene pretensiones de jóven casadera; la doncella hermosa y solicitada, que se une á viejo rico y decrepito: el buen mozo que se cotiza y vende á mujer adinerada; el periodista inepto que cobra inmerecida fama de escritor, y asalta difíciles puestos administrativos; los mercaderes de las letras, los sacamuelas de la política, los charlatanes en perpétua exhibición en tantas y tan múltiples sociedades y centros, ¿qué son, sino inconsistentes y blandas figuras de cera?

El periódico, la tribuna, la academia, las esferas oficiales son su escenario: rodeánse de estirado prestigio, de fausto, de esplendor, de riqueza á veces, y así se exhiben, en exposición permanente, ante los ojos de las asombradas y crédulas muchedumbres, como similor que brilla y deslumbra al lado del oro de ley, en esta inmensa galería de figuras humanas.

Y semejantes á las derretidas figuras de cera de Barcelona, fundidas por una ligera explosión de gas, fácilmente perderían su prestado brillo, su inmerecido fausto y su esplendor usurpado.

Una explosión de luz, de esa luz, cada vez más brillante, de civilización y de cultura, bastaría á arrancarles sus falsos atavíos y oropeles, y á fundirlas.

Madrid.



LOS DESPILFARRADOS.

No vamos á retratar á ningún moralista de *panza llena* por el estilo del célebre D. Ermeguncio, inmortalizado en hermosos versos por Moratin: y eso que el tipo abunda en nuestra sociedad que es una bendición de Dios. Hay otra clase de moralistas, cuya virtud consiste en censurar á los demás, haciendo con mucha donosura y de un modo indirecto el elogio de cualidades propias, que ó son indiferentes, ó fáciles, ó no existen.

Y esto precisamente sucede á la familia de Corbeleta, compuesta del respetable matrimonio y dos niñas solteras, aunque viripotentes, tan féas que, con absoluta certeza hubiesen ingresado en la clase numerosa y benemérita de las incasables, si la fortuna del autor de sus días, muy considerable al decir de las gentes, no alimentase en ellas secretas esperanzas y *doradas* ilusiones de probable himenéo.

Es el Sr. Corbeleta hombre de obscuro origen, y, según malas lenguas, su fortuna habíase formado, peseta sobre peseta, detrás del sùcio mostrador de una tienda de ultramarinos, de la que fué, primero dependiente y después dueño su buen padre, rollizo asturiano de cuadradas espaldas, manos toscas y ordinaria fisonomía.

A esta circunstancia, sin duda, obedecía el que las amistades y relaciones todas de la apreciable familia Corbeleta, fuesen de gente modesta ó de posición mediana, inferior en medios á los descendientes del aprovechado astur, que ejercían la autoridad de señores feudales, en la forma en que ejerce el poder el feudalismo moderno, esto es, con el derecho de censura y la facultad de expedir patentes de honradez y buena fama, privilegios y preeminencias de que goza siempre el dinero, sea la que fuere su procedencia.

Como las señoritas *de* Corbeleta no tenían otra cosa que hacer, ocupábanse sólo en esas frivolidades, siendo

el flaco de ambas jóvenes y de su rechoncha mamá, dos puntos sobre todo; la religiosidad y la economía.

Ambos extremos constituían los ideales de su vida: es verdad que en vano la caridad llamaba á las puertas de los señores de Corbeleta, cerrada á piedra y lodo en cuanto se tratase de dar á un pobre una miserable pieza de cinco céntimos; allí sólo habitaba el egoísmo, ese egoísmo que no dá calor ni al propio hogar, ni acceso á la familia: su religiosidad se reducía á la práctica de todo los actos exteriores del culto: era preciso poder hablar del último sermón del predicador á la moda, y hacer la lista de las personas distinguidas que concurrían á misa en el templo más frecuentado por la aristocracia, y poder enumerar, sobre todo, con lujo de detalles, los trajes de peor ó mejor gusto que ostentaban: en suma, era la consigna de la señora y señoritas Corbeleta, tener á Dios en los labios, aunque no en el corazón, seco y cerrado á toda expansión y á todo sentimiento.

La cuestión de economía no es menos importante, y de ella se ha formado la familia Corbeleta un segundo culto, por supuesto, de no menos sinceridad que el primero; ni la augusta mamá, ni los dos tiernos, aunque feos, pimpollos, saben palabra de costura ni han dado una puntada en su vida, lo que no es obstáculo para que, cuando les celebran algún vestido costoso, las dos exclamen á dúo: "Lo hemos hecho en casa". Y en casa se hacen los sombreros, y los abrigos... y tal vez por no descender, ó por no estar de moda, no se hacen también los zapatos.

Obedeciendo á esta monomanía, la casa presenta, á un tiempo, singular aspecto de holgura y de pobreza: ¿se posee algún objeto de fantasía, de lujo ó de arte? pues es preciso guardarlo y sustraerlo á las miradas indiscretas; *la fama ante todo*. Esto, aparte de que los escasos muebles, que á la vista aparecen, acusan una ausencia de gusto y una vulgaridad incontestables.

Este sistema permite á las de Corbeleta criticar á todo el mundo, y ahuyentar las murmuraciones de sus amigos. Que las de Angulo, con un sueldo mediano, prefieren

comer bien, aunque vivan en una pocilga; pues al momento se las oye exclamar: "¡Qué atrocidad! ¡qué modo de comer!, ¡qué despilfarro!" Que las de Soria prefieren comer con alguna estrechez, y alhajar su casa de modo que recree la vista y el espíritu; "¡Qué desórden! ¡Habrás visto! ¡Esa gente no piensa en el mañana! ¡Lo primero es comer, y no poner la casa con tal despilfarro!" Que las de Perno, comen muy mal y tienen su casa peor, y se gastan su modesto haber en vestir con relativa elegancia y pasarse la vida en la calle: "¡Qué tontas! ¡Qué despilfarradas! ¡Lo primero es comer bien y tener la casa decente!"

De este modo vegetan las de Corbeleta, que ahora tienen *plato del día*, y ancho campo para sus aficiones catonianas; un pariente de su mamá, hombre de cuarenta años, casado, con ocho hijos, y escribiente con cinco mil reales anuales en el Ministerio de Hacienda, ha ido á vivir á un piso cuarto interior de su misma casa, y las señoritas Corbeleta lo han puesto bajo su protección, ayudándole con... censuras, advertencias y consejos inútiles.

Figúrense nuestros lectores la explosión de charla y de críticas de las Corbeleta: la casa de su pariente no es casa, ni allí hay orden, ni economía, sino un despilfarro espantoso: en vez de pagar cinco duros mensuales de habitación, debían haberse ido á un barrio extremo, pagando sólo cincuenta reales, y, con la diferencia, tomar una criada para los chicos; y, en esta situación, *ella* se había comprado un abrigo de invierno de cuatro duros... Luego, habían averiguado que su pariente tenía una *retención judicial*; pero, señor, ¿qué hacía aquella gente con el dinero?

Las de Corbeleta habían concluido por sentir la vecindad de su pariente; pero, al fin y al cabo, esto les ofrecía, por de pronto, la comidilla, y por un gustazo un trancazo.

El día en que presentamos á nuestros lectores á las de Corbeleta, éstas regresan á su domicilio, después de corta excursión á casa de la modista y la sombrerera,

á donde han ido á pagar cuentas de entrada de invierno. La mamá vá entre las dos niñas, hablando con algún calor. Acerquémonos, y oiremos lo siguiente:

—“¡Hijas, esto es cosa de asustarse! ¡tres mil seiscientas veintidos pesetas los tres abrigos de vestir y los dos de diario! ¡Dos mil trescientas pesetas los trajes, y mil ciento veinte pesetas cinco sombreros! ¡Es un dineral;—Pero, en fin, no hay más remedio que gastarlo, y, después de todo, me queda el consuelo de que hemos andado con mucha economía... Sin embargo, ya saben ustedes que no conviene hablar de estas cosas.”

Llegadas á su casa, doña Sabina,—que este era el nombre de la mamá,—halló una carta, sobre su *bureau*: rasgó el sobre, la leyó y arrojó con un gesto de desagrado.

—“¿Qué es, mamá?” le preguntó una de las niñas.

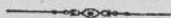
—“¡Qué ha de ser!—contestó doña Sabina montando en cólera—¡Ese estúpido pariente de arriba, que me pide cinco duros prestados con el pretexto de acabar el mes!”

—“¡Es decir—exclamó una de las niñas—que estamos á veinticuatro y ya no tiene dinero!”

—“¡Cómo que nos estamos nosotras privando de mil cosas, para darle á él cinco duros!”—dijo la otra niña.

“¡Qué le he de dar!—gruñó doña Sabina—¡Vaya unos despilfarrados! ¡Qué se arreglen con lo que tienen!”

Madrid.



MONTAÑA RUSA.

I

Ibamos en la plataforma del tranvía que vá en dirección del populoso y aristocrático barrio de Salamanca, cuando, á pesar de la gran velocidad del coche, subió por uno de los estribos un viajero: nuestro amigo Rafael Ureña.

Es Rafael Ureña uno de tantos tipos extravagantes, no ciertamente en el vestir, en lo que es correctísimo y elegante, circunstancia que indicaría que su indiferencia habitual no se extiende al bello sexo, si no supiéramos sus amigos que tal corrección y semejante elegancia son más bien hijas de su educación esmerada, y de su temperamento de artista.

Pero ha conseguido nuestro amigo que la atención pública se fije en sus extravagancias, y que se diga, hablando de él, esta frase sacramental que ha consagrado tantas celebridades: *cosas de Ureña*.

Ureña presume de filósofo excéptico, y lo es en realidad: no tiene amor á la vida, que se ha jugado con pasmosa serenidad en varios lances, de esos llamados de honor: tiene agudo ingenio, ocurrencias felices, y frases de ésas que luego se repiten de boca en boca: en ciertos momentos revolucionarios, hallábase aburrido, y creyó que una bala podría curarlo radicalmente: con este objeto, se dirigió á una barricada, en medio de una lucha feroz, y pidió un fusil para batirse.

“¡Aquí no se dán fusiles!—le contestó el jefe de la barricada.—Esos se cogen al enemigo.”

Y Ureña saltó de la barricada, en medio de un diluvio de balas, tarareando tranquilamente, se dirigió á donde yacía un soldado moribundo, le arrebató el fusil, y volvióse paso á paso á la barricada, en donde fué saludado con voces y vivas de entusiasmo.

Su familia concertó la boda de nuestro amigo con una

rica heredera, y Ureña llegó á interesarse por su hermosa prometida, si bien solamente hasta el punto de considerarla como un lindo juguete ó un bello accesorio de la vida; pero un día su novia dejó ver las uñas, y Ureña rompió el compromiso, alegando buenamente su escasa afición á la raza felina.

Tuvo una fortuna, y se vió pobre: la sociedad le señaló como réprobo; sus parientes lo negaron como Pedro á Jesús, y sus amigos íntimos le volvieron las espaldas; aquéllos que antes celebraban su talento, cayeron en la cuenta de que era tonto... y todo, según dice el mismo Ureña, porque no supieron adivinar que á nuestro amigo le esperaba otra herencia considerable.

Heredó Ureña, y con su dinero adquirió el derecho de ser misántropo, y el de despreciar á la sociedad corrompida, hipócrita y egoísta, que antes le había adulado, que después lo negó, y que más tarde, como interesada meretriz, le dirigió sonrisas, y solicitó de nuevo sus favores.

II

Al llegar cerca de la Cibeles, ambos de pié en la plataforma del tranvía, nuestro amigo nos señaló un tarjetón colocado sobre la verja de los jardines del Retiro, diciéndonos:

—“¿Has leído aquello?”

—“Sí—le contestamos:—allí dice *Montaña Rusa*.

—“Eso es lo que todos ven,—añadió:—un juego arriesgado; una emoción rapidísima, experimentada en una *vagoneta* que baja y sube: pues bien, óyeme. Merecen conocerse las afinidades y las relaciones que existen entre las cosas.

La *montaña rusa* es una perfecta alegoría de la vida. No te extrañe esta afirmación: tiene, como la existencia humana, un punto común de partida, y un punto definitivo de llegada: es un viaje brevísimo, casi estéril para el bien, y fecundo en accidentes peligrosos: es, para juego

y diversión, demasiado largo, y muy corto para viaje; participa, por su rapidez, del vértigo de la vida, y como en ella, el accidente futuro sucede al instante que pasa, y el suceso del momento se convierte de pronto en recuerdo del pasado. Y aún tiene otros aspectos de semejanza mayor.

Con igual rapidez se sube á la altura y se baja al abismo, y no se escogen los compañeros de viaje: los que se ven de pronto en lo alto, miran con instantánea superioridad á los que pasan por el lado, precipitándose en la curva inferior: éstos gritan con espanto, creyendo que los que pasan por lo alto, van á caer sobre sus aturtidas cabezas, y sienten sobre sí como el peso de un mundo, y, como la escena cambia rápidamente, á poco se oyen los gritos de triunfo de los segundos, y las voces de espanto de los primeros.

Como acontece en la vida, de vez en cuando, hay una mutilación, una caída, una víctima: muchos dejan girones de sus ropas en el camino, y muchos se desvanecen, con vértigo insoportable, al contemplarse en la altura: como sucede en la vida, no suben todos los que deben, sino los que pueden subir, puesto que, á semejanza de lo que ocurre en el mundo, es necesario reunir previamente para pagar el billete de entrada: además, se sube y se baja alternativamente sin que en ello pueda tomar parte la voluntad, y por impulso ajeno. Y cuando ha terminado la breve excursión, y el vértigo concluye, y la cabeza recobra su perdida serenidad, se pregunta uno: ¿para qué he perdido el tiempo subiendo y bajando en la *montaña rusa*? La misma pregunta que debe hacerse todo hombre al llegar el término de la vida: ¿para qué vine yo al mundo?

No me negarás—agregó—que lo mismo, poco más ó menos, pasa en nuestra vida y en nuestro siglo. También la gente se desvanece al llegar á la altura, y, por un momento, creen que nunca descenderán de allí: también miran con desdén al que pasa hundido en las sombras de las curvas inferiores... sin percatarse de que éste, á veces,

volverá á la altura, porque trae, para lograrlo, suficiente impulso anterior."

III

En esto, llegamos al término de nuestro viaje, y Ureña, sin despedirse, según su costumbre, desapareció de nuestro lado.

Extravagancias ó verdades, hábiles paradojas ó sutilezas de un espíritu observador, nos ha parecido curioso consignarlas.

En el segundo caso, reclamamos el honor de haberlas escrito en forma literaria: en el primero... no olviden nuestros lectores que todo lo dicho son *cosas de Ureña*.

Madrid.



DE VIAJE.

Julio Campuzano era un honrado vecino de Getafe: hijo de padres humildes, no pudo seguir carrera alguna, pero mostró, desde niño, decidida afición á la lectura, y adquirió ese barniz exterior que revela cierta instrucción, aún cuando no se tenga; y como era decididor y un tanto audaz, pronto se granjeó el dictado de listo, calificativo muy en uso en las localidades pequeñas, y aún en centros de mayor cultura, y que suelen emplear los tontos para no llamar por su verdadero nombre á los hombres de talento. Compuso nuestro héroe algunos versos, que dedicó al cacique y diputado de la localidad D. Antonio del Vulgo y del Montón, y como un tío de nuestro Campuzano era alcalde del pueblo y adicto á D. Antonio, el bueno del poeta logró una credencial de seis mil reales para Vitoria, primer vuelo del futuro jefe de Administración, desde su humilde destinejo de dos mil reales anuales en el importante municipio de Getafe.

Elevado yá á funcionario público nuestro hombre, avergonzose de su modesto nacimiento y de su procedencia de un pueblo que no figura en el mapa: y después de larga deliberación consigo mismo acordó renegar paladinamente de su origen, y cuando le preguntasen de dónde era, contestar con esta fórmula ingeniosa y profunda: "Casi, casi de Madrid."

Con esto, y con hablar de unos cuantos millones de reales, perdidos por sus difuntos padres en las faenas agrícolas, creyó Campuzano que respondería dignamente á las exigencias de su nuevo cargo. Como se vé, nuestro héroe no inventaba cosas muy originales, y apelaba al recurso de esos infelices que pretenden tapar las miserias presentes con imaginarias grandezas pasadas, se ponen en ridículo con exageradas y burdas fábulas, y pre-

tendiendo engañar á los demás, ni siquiera logran engañarse á sí mismos.

Es muy frecuente que á quien sólo necesita dinero, se le den consejos, falso capital de la experiencia individual, que nadie prodiga tanto como los imbéciles; y así ocurrió á nuestro Campuzano con su flamante tío el alcalde. Porque es de advertir que nuestro protagonista se había casado con una doncella ideal de su mismo pueblo, la cual le había hecho papá de tres hermosísimos retoños, de la manera más ideal posible.

Queremos decir, en lenguaje usual y corriente, que nuestro Campuzano no tenía un céntimo para emprender el viaje con su familia á la ofrecida tierra de promisión, esto es, á Vitoria. Arregló al fin su viaje á Madrid, á donde llegó muy escaso de plata, pero con una carta de recomendación para el diputado del pueblo, de su tío nada menos, con un membrete que decía así: "El Alcalde de Getafe.—Particular."

A pesar de esta misiva de personaje tan importante, por más idas y venidas, y por más esfuerzos que hizo, no pudo ver al diputado en cuestión... ¡el ingrato D. Antonio, á quien Campuzano había ofrecido la inmortalidad dedicándole un tomo de poesías!

Es verdad que la agitación de la vida política y las *taréas parlamentarias* excusaban algún tanto la conducta de Sr. del Vulgo, á quien Campuzano, escribió una extensa carta, después de hacer tres larguísimos y estudiados borradores.

¿Quién explicará la emoción de nuestro poeta rural cuando, á los dos días, recibió contestación atentísima, en que el Sr. del Vulgo le manifestaba nada menos que *tomaba nota preferente*, de su deséo, y en un papel con hermoso membrete azul que decía: "El diputado por Getafe?"

Campuzano enseñó la carta en el café, en las casas que, por recomendación de su tío, frecuentaba en Madrid, y en la de huéspedes, en que se alojaba con su mujer y sus hijos.

Pero pasaban los días y el señor del Vulgo no daba señales de vida, á pesar de la consabida *nota preferente*, y lo peor del caso era que á Campuzano se le terminaba el plazo posesorio... siendo su petición precisamente que le facilitaran billetes gratuitos para ir á Vitoria con su familia.

Otro huesped de la misma casa, escribiente en Fomento, compadecido de Campuzano, lo sacó del apuro, y le facilitó los billetes deseados. Campuzano no volvía de su asombro... ¡Un escribiente con más influencia que el diputado por Getafe!

Hiciéronse los preparativos del viaje: su mujer, agotando las escasas pesetas del infeliz marido, se compró sombrero y guantes para el tren: ¡no era cosa de presentarse de otro modo en Vitoria la esposa de un oficial quinto de la Delegación de Hacienda!

Y dicho y hecho, se pusieron en camino.

Yá en la estación del Norte, enojóse Campuzano de las molestias, de espera y de firma, cuando llevaba billetes que indicaban su influencia con la Compañía. Luego, los empleados tuvieron la osadía de cobrarle un diez por ciento del importe de los mencionados billetes.

Por añadidura, el tren estaba atestado de viajeros, y en ningún compartimiento de primera pudo colocarse sólo con su familia, como él, con perfecto derecho, reclamaba... ¡Hasta hubo un empleadillo del ferro-carril que se rió en sus barbas, cuando Campuzano le tuvo que advertir que hablaba con un oficial de Hacienda pública!

Púsose el tren en movimiento: la luz del coche se apagó al pasar un túnel: los caloríferos no se renovaban con frecuencia... Campuzano hizo el trayecto de varias estaciones, gritando inútilmente, al llegar á cada una de ellas: "¡Luz! ¡Aquí no hay luz! ¿Y esos caloríferos? ¡Que nos morimos de frío!"

¡Qué compañías de ferro-carriles! ¡Qué servicio! ¡Qué abandono! ¡Qué manera de abusar del público á ciencia y paciencia del gobierno!

Filosofando sobre estas cosas, y haciendo propósito de

emprender, al llegar á Vitoria, una campaña periodística contra la compañía del Norte, denunciando tamaños abusos, quedóse dormido Campuzano. Su jóven esposa, robusta y agraciada lugareña, roncaba en el rincón de enfrente, y los tres infantes dormitaban también, molestando uno con sus inquietos piés á un caballero anciano, que viajaba en el mismo coche, y reclinando otro la cabeza sobre otro viajero inglés, que, de vez en cuando, abría los ojos y miraba con cierto espanto al matrimonio y á los niños.

Cuando el tren caminaba con mayor velocidad, abrióse de pronto la portezuela y se presentó el revisor de billetes: despertóse el inglés, y presentóle el suyo, y lo mismo hizo, á su vez, el caballero anciano. Picó el revisor la estrecha cartulina, y se dirigió hácia Campuzano, que roncaba de una manera formidable.

El empleado, hombre tosco, de ancha espalda y barba negra, récia, y descuidada, tocó en el hombro á Campuzano para despertarlo, á la vez que decía con voz bronca y descompasada: “¡Eh, el billete!”

Abrió Campuzano los ojos, miró de arriba abajo al revisor, y entregando los billetes y un papel, le replicó en tono despreciativo: “¡Otra vez use usted mejores formas para el viajero!”

“¡Yo uso las que me da la gana!”—replicó el empleado.

“¡Eso es una insolencia, y en llegando á la estación inmediata, daré parte de usted!”—gritó descompuesto Campuzano.

“De usted parte ó todo,—dijo el empleado con calma, y mirando á Campuzano con sorna.—¡Pues no grita poco el hombre, con billetes de pobre!”

“¡Eso es lo que á usted no importa!—vociferó Campuzano en el paroxismo de la cólera:—¡El país paga para que le sirvan bien! ¡Estos no son empleados, sino cafres!”

“¡Eso es verdad,—dijo el empleado,—pero, hijo mío, cada país tiene los ferrocarriles que merece!”

“¡Qué grosero!—exclamó la esposa de Campuzano, aún más ofendida que despierta;—¡Mi esposo hará que le quiten á usted eldes itno!”

El revisor salió del coche, pero asomando la cara por la ventanilla, se permitió esta última broma:

“¡Señores, por piedad no me quiten el destino!... ¡Ahora comprendo que son ustedes príncipes que viajan de incógnito!”

Madrid.



EN EL TRANVÍA.

Aunque pese á los enemigos de la democracia, todos los inventos modernos ván llevándonos hácia ella, y por el peor y más absurdo de los caminos; el de la igualdad.

Ejemplo, lo que sucede en las grandes ciudades: anti-guamente,—como dicen las personas maduras,—era preciso tener buen sueldo ó renta holgada, para darse el gusto de recorrer largas distancias con piés ajenos: gente de regular posición había que incluía anualmente, en su presupuesto de gastos, una partida de treinta pesetas (entonces se decía ciento veinte reales) para uso de coche: veinte carreras para los días más lluviosos ó nevosos del invierno, y el resto para pasear por la Castellana durante el Carnaval.

El común de los mortales ni esa comodidad tenía: chorreando sudor en verano y agua en invierno, ó soplándose los dedos de frío, se recorría Madrid de extremo á extremo, dirigíanse los empleados á las oficinas, é iban de compras las damas de la clase media.

Hoy la transformación es completa, y, como dice un retrógrado amigo mío, *la culpa de todo lo que pasa la tienen los Estados Unidos*: tal vez llegue día en que cada cual vaya en su velocípedo á sus asuntos, ó se adelante más todavía, y apenas haya persona que no tenga vehículo económico movido por la electricidad: ese día, todo el mundo se comunicará por teléfono, se designarán hombres y mujeres por numeración (los hombres serán los números primos), se harán las visitas por medio de fonógrafo, nadie se conocerá, y se irá con tal velocidad por las calles, que será imposible cambiar un saludo.

Y se oirán despachos telefónicos como los siguientes: "Central.—Comunique distritos que avenida X, número 10.003, letra L, hay un jóven numerado 3.000 doscientos

quince, que deséa contraer matrimonio.“—(Este despacho pondrá en conmoción á toda la ciudad... femenina).

“Central.—Comunicación del número 21.700 con 9.818.—Cólico cerrado.—¿Qué hago?“—O este otro: “Número 8.888.—Llegó número 3.000: no vengas esta noche.—4200.“

No hemos llegado, por desgracia ó por fortuna, á este límite de perfectibilidad, como creo que se dice tratándose de estas cosas; pero se está en el camino; y no puede negarse que el sistema de locomoción conocido con el nombre de tranvía, es uno de los progresos modernos más útiles.

Como todo lo nuevo,—relativamente,—es digno de observación y de estudio, sobre todo por su esencia democrática y su tendencia á la igualdad.

La primera que establece es la igualdad de los sexos. En los puntos de partida, cuando la hora es de bullicio y se aglomera número grande de viajeros, hay que tomar los coches por asalto, y los asientos á fuerza de puños y enviones... ¡Pobres mujeres! Ellas se lanzan intrépidas al ataque con valor digno de más noble causa, y, perdida yá en el sexo fuerte toda noción de hidalga galantería, por lo general sacan del combate ajado el gracioso sombrero, descompuesto el cuidadoso peinado, deshecho el pliegue coquetón de la falda, poco antes consultado minuciosamente con el espejo, y, por último, pisado de un modo brutal el pié menudo y tentador, sostén inverosímil de cuerpos gallardos y de bellezas soberanas.

Entra después en observación la igualdad de clases que el tranvía establece, además de la igualdad de sexos; igualdad que no tolera ni la cesión del asiento ocupado por súcio ganapán á la más delicada señora, ni la menor consideración al anciano, ni la más mínima delicadeza con el niño. La igualdad de los sexos: la igualdad de clases: en suma, *la igualdad del perro grande*.

Y estas *igualdades* molestas, acompañadas de atroces desigualdades: al lado de acicalada señorita, el tosco y súcio hortera, que vá á servir un pedido hecho á su

tienda de ultramarinos: la chula desenvuelta, al lado de la beata humilde y escuálida, á la que prensa con las redondeces exuberantes de sus caderas: el timador astuto rozándose con el sietemesino elegante, que lleva casi á la vista el codiciado reloj y el repleto portamonedas: la acechadora de ocasiones, cerca del Tenorio callejero de deidades fáciles, que pierde tiempo, salud y dinero por la pueril vanidad de referir conquistas extraordinarias; y, en fin, la gente obesa estrujando sin compasión á los infelices que no han sabido ó podido engordar, contemplándolos, además, con cierto aire entre bur-lón, protector y triunfante.

Todo esto forma un conjunto chillón, abigarrado y desagradable, y aturden el oído y maréan la vista el ir y venir del cobrador, según bajan y suben viajeros, las interjecciones, no siempre muy correctas, de los conductores, el choque violento de rodillas con el mozalbete que se apéa velozmente, como haciendo alarde de agilidad y fuerza; la vibración del timbre por los abonados á toda comodidad ó por los tímidos en descender durante la marcha, y el pito estridente de los mayores.

Aumentan esta confusión los diálogos de los viajeros: algunos, belicosos, otros de color subido, y en ciertos casos, llenos de chispeante gracia.

—“¿Tanto le asustan á usted los hombres, niña?” pregunta un mozalbete á una muchacha de servicio, ordinaria, pero vistosa y frescáchona.

—“¡Los hombres!—replica la interpelada tapándose graciosamente la cara.—¡Ay, qué miedo! ¡Tan gordos y tan brutos!”

—“¡Gracias, hija! le añade el que pregunta; y hubiera dicho más, si al bajarse la buena moza la hubiese oído decir á un camarero de café de ojos pillos y picaresco semblante:

—¿Me convidas á café y media tostada?

Pero ha llegado á su término el tranvía, y, al descender, óyese á una dama bastante guapa, que dice así:

—¡“Caballero, que soy una señora!”

Y contestar el interpelado:

—“Esa es mi disculpa, señora, y el ser usted extremadamente hermosa.”

La aludida se aleja en silencio, no sin mostrar en su boca una graciosa sonrisa, y dirigiendo á su ofensor una mirada de agradecimiento involuntario.

Madrid.



À ZARAGOZA Ó À LA CHARCA.

CUENTO ARAGONÉS.

Conocido es de todo el mundo, como saliente y único, el carácter famoso de los aragoneses; nadie se puede jactar de aventajarles en nobleza; la franqueza ruda, la sencillez de costumbres, el valor probado, son las notas distintivas y los rasgos de familia, por decirlo así, de tan bizarra gente. Estas cualidades se determinan con frecuencia en los actos más inverosímiles de abnegación y de heroísmo. Como condición á ellas inherente, sobresa la tenacidad, madre de la constancia, sin la cual, la posesión de toda virtud es imposible.

Lejos, pues, de motejar esa tenacidad, que se parece á la del hierro, que ni siquiera se dobla como el acero, nosotros la ensalzamos, aunque haya dado origen al cuento que vamos á narrar, en forma literaria, á nuestros lectores.

Sin que sea conocido el fundamento de la tradición, pasa como cosa probada que el apóstol San Pedro, allá en tiempos muy remotos, hizo largos viajes por España, y aún recordamos,—no quisiéramos equivocarnos,—que de ello certifica, en uno de sus más celebrados cuentos, el insigne escritor vascongado Trueba, arrebatado hace poco á las letras pátrias, y muy versado en esos asuntos legendarios y tradicionales.

Era, pues, en los tiempos en que el bueno de San Pedro hacía sus viajes por la antigua Península, propagando la fé de Cristo, y maravillado de la feracidad del suelo, las costumbres pintorescas, las amenas llanuras y las ágrías montañas de este entonces afortunado país.

Caminaba el apóstol, no muy lejos de Belchite, á orillas del sesgo Huerva, con dirección á Zaragoza. Era una tarde de las más calurosas del estío: apenas alentaban los pájaros, sacudiendo torpemente las alas, pesadas

y lentas, en las copas de los robles añosos; ni un soplo de brisa rozaba las mieses pajizas y altas, y millares de chicharras ventrudas y amarillas, saltaban asustadas, ante los pasos de San Pedro, á ambos lados del camino, sin interrumpir su canto agudo, continuo y penetrante.

Con el respeto debido á varón tan insigne, columna firmísima de la Iglesia, diremos que San Pedro sudaba á mares, y sentía una sed devoradora: cerca corría el Huerva, pero de aguas turbias y escasas.

En un recodo del camino, hallóse el santo varón, de manos á boca, con un arriero aragonés, que, asimismo, se dirigía á Zaragoza; y trabada conversación con el buen hombre, llaneza muy usada en aquellos tiempos, y después de calmar la sed, á falta de agua, con obscuro tinto capaz de resucitar á un muerto, hubo de preguntarle á dónde iba.

—¡Otra!, exclamó el rudo aragonés; pues á Zaragoza.

Quedó el santo algo pensativo, y como conocía de cerca el valor de la Providencia y el poder de su divino Maestro, tanto como desconocía el carácter de los aragoneses, hubo de añadirle suavemente:

—Creo, hijo mío, que has debido añadir *si Dios quiere*.

Quedósele el arriero mirando frente á frente, como asombrado de que hubiese quien dudase de su firme resolución de ir á Zaragoza, ó quien creyese que él necesitaba de la cooperación de nadie para llegar al término de su viaje, ó que existiese alguien que pudiera estorbárselo; poco faltó para que soltase en las mismas narices del santo estruendosa y burlona carcajada, después de cuya tentación, repuso con tono convencido:

—¡Otra y qué cosa! Pues que quiera ó no quiera, á Zaragoza voy.

Pasmado quedó el santo de tamaña blasfemia, y como, según el poeta,

“el rio, cuanto más lleno,
oculta mejor su fondo,
y á medida que es más hondo
aparece más sereno,”

y aunque era de suma bondad y paciencia el bueno del apóstol, y de exterior reposado, no por eso dejaba de tener su alma en su cuerpo, sintióse poseído de tanta indignación, que mirando al cielo y operando uno de esos actos milagrosos reservados á los elegidos, á los hombres de singular pureza, dejó instantáneamente convertido al arriero aragonés en rana inmunda, y la arrojó á una charca cercana.

*
**

Dicen que el aragonés estuvo metido en el agua y alborotando como las demás ranas, en aquella charca, por espacio de cien años, lo que no es extraño si se tiene en cuenta que el tal animalejo es de vida muy resistente.

Pasado ese tiempo, ocurrióle á San Pedro hacer viaje análogo al anterior, no se sabe si por exigencias de su propaganda religiosa, ó porque se acordase del mísero aragonés á quien ya suponía arrepentido de su bravata, y al que, en su bondad de apóstol, compadecía profundamente.

Llegado á la charca, reconoció al punto al aragonés en una rana enorme, que con tenacidad desusada, intentaba, repetidas veces, encaramarse por un madero liso y reluciente, clavado, como estaca, en la orilla.

Volvió al arriero á su primitiva forma humana, y, después de darse á conocer, le dijo:

—Ahí tienes tus caballerías en el mismo estado que hace un siglo: puedes ponerte en marcha, pero antes me dirás á dónde vas ahora.

—¡Toma—replicó el arriero—pues á Zaragoza!

—¡Si Dios quiere!, le añadió el santo.

—¡Otra! hubo de añadir el terco aragonés. Pues quiera ó no quiera.

*
**

Cuentan que de nuevo el santo volvió al arriero á la situación poco invidiable de rana, y que esta vez lo tuvo en tal estado cincuenta años, pasados los cuales le movió la curiosidad á volver á la charca y convertirlo

en hombre y en el antiguo arriero nuevamente: hecha la metamórfosis, le dijo.

—¿Y ahora, hombre, dónde vas? Ahí tienes tus caballerías, y puedes emprender la marcha.

Lo miró el aragonés sin intimidarse, arreó con un soberbio palo al primero de sus machos, y contestó sin vacilar.

¡Otra, qué redios! ¡A Zaragoza ó á la charca!

Madrid, 1889.



EN EL PARAISO.

No vamos á tratar de la mansión de los bienaventurados, en donde éstos obtienen la recompensa eterna de sus virtudes; sino de aquel lugar altísimo de los teatros, que, ó por su vecindad con el cielo, ó por graciosa ironía, háse dado en llamar paraíso.

Todo el mundo se pregunta, y muchos escritores también, el por qué de la corrupción del gusto y del extravío del público en materia dramática: ¿á qué causas obedece el predominio de esas zarzuelas y juguetes grotescos y disparatados que se propinan al pueblo español en los teatros de último orden, por compañías *del kilómetro*, y en funciones por entregas?

Pues el presente artículo vá á darnos la explicación, á lo menos en parte, y sólo con el relato de las aventuras ocurridas á nuestro amigo D. Perpétuo Mártir, y á su apreciable familia, en un célebre coliseo y hace muy pocas noches.

Representábase en el teatro Real la ópera *Mefistófeles* por segunda ó tercera vez: los periódicos se deshacían en elogios de la obra y de los cantantes; nuestro famoso compatriota Gayarre *hacía furor* en ella, no menos que la Kuppfer: el anuncio abundaba, el reclamo estimulaba, el bombo ensordecía.

¿Qué habían de hacer las señora y señoritas mártires, digo de Mártir, asíduas lectoras de *La Correspondencia*, sino comprometer al marido y papá respectivamente, para que las llevase al Real aquella noche?

A las once de la mañana, don Perpétuo se dirigía, á trote largo, hacia el despacho de billetes del teatro Real, convenientemente aleccionado por la mamá y las niñas: "Yá sabes, Pití—hábiale dicho la primera, usando un diminutivo familiar y cariñoso:—tomas cuatro entradas de *paraíso pleno*, que cuestan á razón de seis reales cada una. Luego, con ir hora y media antes de empezar la

función, se coge buen sitio. Yá veras: allí van todos los inteligentes, *porque se oye mejor*: á los demás sitios del teatro va el vulgo... que tiene dinero."

Por el camino asediaron á D. Perpétuo bandadas de revendedores, ofreciéndole localidades á *precios módicos*: D. Perpétuo se resistió heroicamente, pero se quedó helado de espanto cuando, llegado al despacho del teatro, leyó este anuncio terrible: *No hay billetes*.

Don Perpétuo se informó con extrañeza de que, habiendo acudido la víspera á la *Contaduría*, habría obtenido las localidades deseadas con un veinticinco por ciento de aumento... como *intereses de demora*. Ahora no las había á ningún precio. ¿Qué hacer?... ¿Volverse sin ellas? ¿Qué dirían las señora y señoritas de Mártir, que quedaban yá en casa haciendo preparativos, discutiendo trajes y disponiendo lazos y moños? Por otra parte, aquel extraordinario del año había que hacerlo con la economía inherente á un sueldo de doce mil reales, con hijas casaderas y descuento del diez por ciento. ¡Qué conflicto!

Don Perpétuo se resolvió á capitular con los revendedores, y adquirió al fin las cuatro entradas... por cuatro duros, proponiéndose ocultar la catástrofe á la familia, por no aguarles la fiesta.

Llegó, por fin, la hora deseada, en que D. Perpétuo y compañeras mártires se lanzaron á escape hácia la plaza de Oriente: yá D. Perpétuo había tenido que hacer otro sacrificio; vestirse de levita y llevar *bombo*, por exigencia de su familia: "Perpétuo, no seas ridículo: ¿á quién se le ocurre ir al Real de capa y hongo?"

La función empezaba á las nueve, y yá á las seis, D. Perpétuo y su familia hallábanse al pié del paraíso, esperando á que abriesen las puertas. Abriéronse éstas, y subieron corriendo... ¡cuál no sería su asombro al encontrar llenos de gente los mejores sitios!

Sentáronse, por último, en los angostos asientos, que más parecen suplicio inventado por la abolida Inquisición, qué sitios de descanso, *para horas*, en un lugar de recreo y esparcimiento. Ni anchura suficiente para sentarse, ni

espacio para colocar los piés; cada espectador siente en sus espaldas las rodillas del que está en la grada superior, y mortifica con sus piés al que se halla en la más baja: los brazos están condenados á inmovilidad absoluta... ¿Cómo extrañar que el público renuncie á estas intolerables molestias, y prefiera ocupar—por tres reales—cómoda butaca, en esa especie de *carrillos* por hora?

Las señoritas de Mártir sufrieron un vértigo al verse en aquellas alturas: el palco escénico, contemplado desde allí, parecía la boca de una caverna iluminada por luz eléctrica: las gentes presentaban el tamaño de hormigas: los cantantes parecían muñecos de movimiento de teatro infantil. Un chusco decía al lado de nuestras heroínas: “¡Qué bueno es ver las cosas desde cierta altura! ¡Desde aquí se advierte la pequeñez del hombre, y la bajeza de las pasiones humanas!”

Doña Sofronia—la esposa de D. Perpétuo,—y sus encantadoras hijas parecían medio asombradas, medio asustadas. A cada aplauso del público parecían que se hundía el teatro: en cada murmullo creían percibir la voz fatídica de *¡fuego!* y en vano pretendían disimular el sobresalto.

Para colmo de angustias, entre aquella gente que á doña Sofronia le parecía tan distinguida, estalló un escándalo mayúsculo, casi al lado de las niñas. Cierta sujeto se volvió de pronto, muy irritado, diciendo á una mujer que tenía detrás:

—“¡Hágame usted el favor de no molestarme, que hace dos horas me está usted clavando en las espaldas esos pinchos que tiene usted por rodillas!”

—¡Pues vaya con el hombre!—repuso la interpelada, especie de chula distinguida ó carnicera acomodada con sendos brillantes en las orejas.—¡So indecente! ¡aquí no se viene á buscar *convenencias!* ¡Váyase usted á butaca!

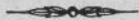
—“¡So grosera!—contestó el galante espectador.—¡Y usted váyase al número...!” (y aquí largó la unidad seguida de dos ceros.)

Los siséos de los demás acabaron con el tumulto, y con el susto de las de Mártir, que aún era mayor.

En tanto, el infeliz D. Perpétuo pasaba una noche de perros; la suerte, que hasta en esto se mete, le deparó detrás una imprudente vieja, inconsiderada y curiosa, que yá adelantábase para ver, yá se revolvía á uno y otro lado, propinándole frecuentes rodillazos y pisándole de un modo brutal los faldones de la levita: á la derecha, un niño mal educado, yá moviendo los piés, yá agitando los brazos para mirar con los gemelos, lo molió literalmente á coces y á codazos.

Al salir del Real, D. Perpétuo notó, con silenciosa pena, que le habían destrozado los faldones de su mejor levita, haciendo en ellos un enorme desgarrón con los clavos de... (íbamos á decir herraduras) de las botinas de la vieja; y que otro pisotón le había hecho una tortilla su hermosa petaca de piel de Rusia con iniciales de plata, que allá, en tiempos de mayor opulencia, le había costado media onza.

Y, como consuelo, su costilla, que en este momento se cogía de su brazo, decíale con voz aún conmovida: "¡Qué sublime ha estado Gayarre! ¡Es esta noche de las inolvidables! ¡Cuánto hemos gozado tus hijas y yo!... y luego... *¿cabe mayor economía?*"



LEALTAD ARAGONESA.

(ANÉCDOTA)

Hace muchos años, próximamente hacia la mitad de este siglo, llegó á Zaragoza, sombrero jefe del distrito militar de Aragón, el general C***.

Era el cargo que se le confería, peligroso y difícil en aquellos momentos. Acreditados generales habíanlo rehusado, temerosos de arriesgar, en un día, una larga y costosa reputación militar.

La transformación de la antigua sociedad española se realizaba á saltos, por medio de tristes pronunciamientos militares: la rebelión era ley; la conspiración, costumbre; la fuerza, medio; el poder, la codiciada meta; y agentes de la enconada lucha, las idéas transfiguradas en pasiones, los ódios implacables, y las represalias más sangrientas.

Los intereses creados se batían en retirada desesperadamente, invocando los principios más sagrados para aquella generación inquieta; y las idéas nuevas, á veces perseguidas, á veces triunfantes, ya se desbordaban arrasándolo todo, como torrentes impetuosos y contenidos, ya se ocultaban en las sombras, en las que, confundiéndose con el crimen, preparaban sus armas y se apercibían para el combate.

Sólo el veterano general C***. hubiese aceptado en tales circunstancias el mando militar de Aragón. Ajeno á las contiendas políticas, el valiente y pundonoroso anciano había hecho de la milicia una religión, sin preocuparse poco ni mucho de los sucesos que á su alrededor se desarrollaban. Si el nacimiento, los lazos de tradición ó de familia lo hubiesen lanzado al campo carlista, hubiera sido, tal vez, el oficial más brillante de Zumalacárregui ó Cabrera; de otro modo lo dispuso la suerte,

y habíase batido, como un león, á las órdenes de Fernández de Córdoba y Espartero.

Referíanse, de su valor, asombrosos hechos: había recobrado una bandera perdida, metiéndose, como loco, entre los batallones enemigos: cierta vez luchó cuerpo á cuerpo con el famoso Elío, á quien venció, dejándolo al punto en libertad; y en una de las batallas más importantes, fijó el dudoso éxito arrollando fuerzas numerosas con una brillante carga de sus lanceros. Sus cruces eran tantas como sus heridas.

Tal era el hombre elegido por el gobierno para reprimir cualquiera intentona en la heroica ciudad aragonesa, en la que parecía percibirse ese rumor sordo del volcán próximo á estallar en humo, lava y fuego.

Cierto día, hallábase el anciano general en su despacho, absorto en la lectura de papeles importantes, cuando entró uno de sus ayudantes diciéndole:

—Hay un hombre que deséa ver á V. E.

—¿Quién es?—preguntó de mal humor el general.

—Dice—replicó el ayudante,—que es el barbero.

—Pues dígale usted,—añadió el veterano militar,—que no necesito sus servicios, porque me afeito solo.

A poco el ayudante volvió diciendo:

—Ese hombre insiste en que no se quiere ir sin afeitarse á V. E., ó al menos saludarle.

—¡Debe ser un loco!—exclamó el general frunciendo las cejas; pero al instante, como quién recuerda algo, añadió: Que pase.

Y presentóse el maestro: era éste bajo de estatura, ancho de espaldas, moreno, de ojos vivos y de expresión enérgica y resuelta.

En cuanto lo vió el general, cambió de semblante, diciéndole afablemente:

—¡Hola! ¿Es usted, maestro Pérez?

—Sí, señor, mi general,—repuso el barbero,—he sabido la llegada de V. E., y he venido el momento á saludarle y á afeitarse.

—¡Hombre!—exclamó el general.—He contraído el há-

bito de afeitarme solo. Por lo demás, mucho le agradezco su recuerdo.

—¡Mi general—añadió el barbero,—no es posible! Mientras yo esté en Zaragoza, V. E. no puede afeitarse solo. Además, quien tuvo el gusto de afeitarse de teniente y capitán, quiere tener la honra de afeitarse de general.

Hizo gracia al general esta cariñosa observación, y se resignó á tener nuevamente barbero, y á utilizar los servicios del honrado maestro Pérez, que empezó á ejercer su cargo en aquel mismo día.

Tres veces por semana afeitaba al general, y siempre el veterano complaciase en sostener con el maestro Pérez afectuosos diálogos, que le recordaban sus buenos tiempos de oficial de caballería.

Un día, como el general preguntase jovialmente al barbero qué novedades había, éste le contestó:

—Pues casi nada, mi general: que dentro de dos ó tres días nos echamos á la calle.

—¿Y usted también, maestro?—preguntó el general con aplomo.

—Sí, señor, mi general,—repuso con gran serenidad el barbero. Soy exaltado, y me han hecho jefe de una barricada.

—¡Cuidado, maestro!—exclamó el general entre severo y cariñoso.—¿Y si se me ocurriese, por esa confesión, prenderlo á usted y fusilarlo?

—¡Quiá, mi general! Lo conozco á V. E.: me fusilará, si me hace prisionero en las calles. Y añadió, trás una pausa: Y á fé que si no lo hiciera, no cumpliría con su deber.

—Ciertas son ambas cosas, maestro; dijo el general, mientras el barbero doblaba los paños acabada la rasura. Y le añadió, cuando aquél se marchaba, en tono de verdadero aprecio:

—¡Pérez, tenga usted juicio!

No habían transcurrido dos días, cuando se presentó en casa del general el barbero. El general estaba ocupadísimo y le envió razón de que volviese otro día.



El maestro Pérez insistió con el ayudante, á quien dijo: Hágame el obsequio de manifestar á S. E. que yá sé que hoy no le toca afeitarse; pero que es necesario ser precavidos. Añádale usted, señor ayudante, que insisto, porque mañana nos echamos á la calle; sé que el valor de S. E. lo llevará á una muerte segura, y á mí no me gusta afeitar difuntos.

Una vez más el general lo hizo entrar, y el barbero ejerció su oficio: y efectivamente, al siguiente día, el general perdió el caballo, muerto de un balazo en las calles de Zaragoza, y el maestro Pérez sucumbió en una barricada, peleando como un valiente.

Madrid.



EN LAS CALLES.

Uno de los fenómenos más curiosos que pueden observarse en esta muy heroica y singular Villa del Oso, es el febril movimiento de gente por las angostas aceras, y el ir, venir y cruzar de coches y tranvías por las calles, en general insuficientes y estrechas, circunstancia que acusa la patriarcal imprevisión de nuestros felices abuelos.

Esto de trazar las calles de una población calculando sólo el presente, esto es, sin tener en cuenta el aumento progresivo del número de los habitantes, no deja de ser una originalidad, no exenta de gracia, y esencialmente española.

Decimos esto, no porque no haya sucedido lo propio en otras ciudades de otros países de Europa, sino porque en éstas el hábito de las empresas y el espíritu de transformación, hacían toda previsión innecesaria, mientras que en España se rechazan, por instinto y por rutina, las más útiles innovaciones; lo hecho, hecho queda por siglos y siglos, y lo provisional suele convertirse en definitivo.

Madrid es hoy una ciudad de quinientos mil habitantes, y continúa siendo una ciudad construida ó trazada, á lo sumo, para cien mil. Semejante á un sér orgánico, á quien se le desarrollasen de un modo exagerado las extremidades, persistiendo la misma angosta cavidad del pecho y el corazón pequeño, tiene insuficiencia valvular: su sangre, nueva, centuplicada y vigorosa, se extiende por los populosos ensanches, y cuando afluye al centro, atraída por las diarias funciones de la vida social, circula con dificultad y se detiene entorpecida en las más anchas arterias, encontrando angosta y mezquina la cavidad del corazón, lento, caduco é insuficiente.

Esto da un carácter especial al movimiento de Madrid, siendo la única población de Europa en que la gente no sabe andar por las calles: circulan torpemente los tran-

vías, que, por la angostura de ellas, no ruedan por vía doble sino en cortos trayectos, á excepción del que pone en comunicación con el centro de la ciudad el famoso barrio de Salamanca: cualquier accidente interrumpe el pésimo servicio de este moderno medio de locomoción, altera el orden del día, amontona carruajes y carruajes en un sitio de los más céntricos, y congrega, en espectáculo pintoresco y gratuito, rico de riñas, interjecciones y voces, á los muchos y bienaventurados y ociosos habitantes de esta humana colmena, que, por las trazas, sólo se lanzan á las calles en busca de emociones.

Yá, sin esto, el grueso cordón de gente, que se apiña en apretado círculo en torno del ciego que rasca una guitarra y canturréa, con voz soñolienta y aguardentosa, coplas patibularias sobre *la Higinia* y *la Lola*; las personas y, á veces, familias enteras que hallan conocidos en la calle, y en plena acera establecen cómoda reunión, y, con larga plática, se hacen mútua visita: la asombrada muchedumbre que se estaciona frente á un escaparate, para ver cómo levantan sus martillos los muñecos de un reloj; la clase de beneméritos porteros que, en las noches de verano, sacan sus sillas á las aceras, obligando al transeunte á irse por la mitad del arroyo: los numerosos industriales que salen al paso con magníficos relojes de oro á tres pesetas, y sortijas con *brillantes* á cinco, ó lapiceros, almanaques, periódicos, rompecabezas cromos, boquillas y abanicos; los políticos insignes que tienen á diario gabinete de lectura, casino y Congreso en la célebre Puerta del Sol, hacen el tránsito imposible.

Piernas de hierro y codos de bronce se necesitan para lanzarse á este Océano humano; y menos mal para el que va despacio; el que va de prisa, el infeliz que sale á ocupaciones urgentes, yá tiene lo que necesita: lo primero, es objeto de la extrañeza general. ¡Tener qué hacer, en Madrid, parece cosa incomprensible!... Después, todo se convierte en obstáculo: que hay mucha gente *parada* en la acera y se echa al arroyo; pues otro sujeto que va muy despacio, aparécesele enfrente y le cierra el paso:

acullá un coche lo pone en grave aprieto metiendo en la acera el pesado cubo de sus ruedas: aquí tropieza con chula espantadiza y desvergonzada, de remangadísimo peinado y alborotados cabellos sobre la frente, ceñido mantón de espuma, suelto andar, y lengua aún más suelta y expedita: allí siente rudo golpe de enorme cesta que Maritornes rezagada lleva del toco brazo, apoyado en la robusta cadera, ó imprevisto apabullo en el sombrero, de mozo de cuerda que conduce anchísimo colchón ó primitiva cuba de agua: aquí lo mira, con aire entre amenazador y protector, matón anónimo de nombre inédito, afeitado rostro, pelo á la sevillana, sombrero de á la cordobesa, ceñido pantalón y chaqueta corta, con olor de vino peleón y tono de peteneras mal cantadas; y en los codazos que recibe, y en los rostros que se vuelven á mirarle, bien puede descifrar estas idéas, y entender parecidas palabras: "¡Qué bruto! ¡Pues no va de prisa!", ó estas otras: "¡Ese debe ser algún tonto que trabaja!"

Y que esto es así, todas las tardes se confirma en la calle de Alcalá: hay una acera, la del lado del Ministerio de Hacienda,—sin duda la más ancha de Madrid,—paséo obligado y de moda de la gente de medio tono, (la de tono entero va en coche), y á ciertas horas es de ver cómo se llena de multitud apiñadísima, que, en lento y majestuoso paso, se dirige á Recoletos ó desde allí regresa: bosques de enormes sombreros de señora, que parecen huertas y jardines, caras bonitas... y feas, elegantes trajes, rostros alegres y sonreídos, todo esto se vé en aquella larga fila de miles y miles de personas, que no tienen nada que hacer, y que paséan felices, ricas y aburridas la venturosa ociosidad de su abundancia, de su tranquilidad y de sus rentas.

Alguna vez se rompe la elegante fila, y uno de esos felices concibe la rara maña de medir, con su cuerpo, la altura del viaducto de la calle de Segovia, ó experimentar el placer de sentir en las sienes el frío cañón de un revólver, en las deliciosas soledades del Retiro: ó una de esas damas, al parecer tan afortunadas, se propina

una disolución de fósforos... pero, al día siguiente, la elegante fila reaparece majestuosa y compacta, con sus felices rostros, perpétuamente alegres y sonreídos.

Esa misma calle Alcalá ofrece, otros días, un espectáculo digno de observarse. La gente se aglomera, corren los coches, gritan los muchachos, pasan atestados los tranvías, los ómnibus no pueden contener más personas; aturden los silbidos, maréan las voces, pregónanse programas, la calle toda parece un inmenso hormiguero humano, en dirección á las afueras. Diríase que hay una gran fiesta cívica; que vá á entrar un héroe; que se celebra un triunfo nacional; que el entusiasmo se desborda. ¡Ay, pero no es nada de esto!

Es el pueblo de Madrid, que va á los toros.

Madrid, 1889.



SEGUIR LA CORRIENTE.

No se ha hecho en castellano frase más cómoda, y, al mismo tiempo, más funesta que la que ponemos hoy por epígrafe de este artículo. Cómoda y productiva para los que hacen de ella la máxima constante y suprema y la norma de conducta de su vida: funesta para los que militan en la que podemos llamar legión de la protesta permanente, soldados heroicos de la verdad, heraldos del progreso, conciencias inquebrantables, voluntades de hierro que, como echan sobre sus hombros la pesada carga de redentores, resultan, á la postre, crucificados.

Seguir la corriente es un dicho vulgar tan extendido y de significación tan transparente, que no requiere que lo expliquemos: ni siquiera tiene origen conocido; este se pierde en la noche de los tiempos, como dicen los novelistas cursis y los candidatos á personas de ciencia; ó, para expresarlo más claro, su origen corre parejas con la constitución de las primeras sociedades humanas: tal vez nació en esas universidades cosmopolitas de que han salido, en todos los tiempos, tantos doctores en aprovechamiento personal, y tantos licenciados en gramática parda.

Lo peor es que estos señores no se limitan á reservarse, por derecho de su ciencia, la mejor parte en el botín de la vida: llevando al último extremo su generosidad, calumnian á sus adversarios, los infelices que no siguieron la carrera: todo el que no sigue la corriente, es, por lo menos, un vanidoso que quiere distinguirse; si escribe ó tiene, por cualquiera otra causa, probado algún talento, es un extravagante; si es sólo una persona común, se la declara *chiflado* inofensivo; si es hombre de intención, se le declara loco peligroso y se esquivo su contacto.

Las reglas de esos profesores de mercantilismo social son muy sencillas, y casi podrían sintetizarse en la co-

nocida frase de un famoso político español: *ver venir: estarse quieto, y dejarse ir*: se reducen á lo siguiente: todo lo que existe, debe existir: la costumbre es ley: la mayoría es depositaria de la razón; todo va bien, muy bien; el que se queja, es de vicio; y el que la armó, que la desarme.

Estos optimistas son un órgano importante de la vida universal; el vientre humano, resorte único de ese eterno Rocambole, que digiere y gruñe, hoza en los placeres brutales, y ronca después, adormecido con la pesadéz de las viandas y los vapores del vino, entre hacinados hormigueros que recuerdan las manadas de Epicuro.

Si alguna vez discuten, es para defenderse de los innovadores: su metafísica no va más allá de Lagartijo y Frascuelo: ellos son los que aclaman á un torero ni más ni menos que como aclamaba el pueblo romano á sus héroes vencedores: ellos son los que celebran los discursos políticos hueros, las hazañas de los generales medianos, y los versos de los malos poetas; ellos los que forman todas las reputaciones falsas, las posiciones efímeras, los errores de la opinión pública, los prejuicios de las masas ignorantes, y esa muralla de la China contra toda verdad que les molesta, toda innovación que los trastorna, todo progreso que les perjudica. De su seno salieron y salen los que en la antigüedad crucificaron al Redentor, en la Edad media quemaron á sus semejantes, y en nuestros tiempos apedreán los trenes en los caminos de hierro.

Desde la blusa hasta el frac, ese ejército comprende á individuos de todas las clases sociales: ellos, siguiendo la rutina, cuando ocurre una vacante en cualquiera academia y quieren ocuparla—porque esto viste, como ahora se dice,—no tienen inconveniente en redactar memorial pomposo, enumerando los que juzgan sus merecimientos, ni en recorrer las casas de los mienbros de la corporación, solicitando sus votos; y por tan racional y modesto procedimiento se hacen académicos: cuando quieren ser diputados, hacen lo que todo el mundo: moverse, bullir,

pedir apoyo al gobierno, ofrecer el oro y el moro, y después... no contestar siquiera las cartas de sus electores. Si llegan á ministros, firman como los demás, comparten el coche con su familia, echan á la calle á empleados útiles para colocar á los amigos, y así salvan el país sin más esfuerzos.

Siguiendo la corriente, siguen una carrera; siguiendo la corriente, se casan, y como, no la corriente, sino las corrientes, son en este siglo positivistas, suelen hacer buenos casamientos, que mejor debieran llamar negocios: ellos encontraron así las cosas, y así las dejan.

Estos mortales felicísimos suelen ir á los toros, al paséo, al teatro, porque va la gente; en los toros gritan y arrojan al redondel la petaca, porque lo hacen los demás: en el teatro hablan, sin hacer caso de la función, porque ésta es la costumbre de todos, y aplauden cuando oyen aplaudir, y se enteran de que la función ha terminado, cuando observan que la gente se pone de pié para marcharse.

Su principal talento es la imitación: su carácter, la flexibilidad; su crítica, la adulación; su oratoria, los lugares comunes y las frases hechas, que oyen y recogen acá y allá; su opinión, la última que oyen, ó la de la persona que, por su posición, les parece autoridad competente; y su mérito especial consiste en su falta de mérito, en ser hombres sin línea más ni línea menos de la estatura moral y de la talla intelectual corrientes: son hombres que no pasan de la marca establecida en la quinta universal en que se reclutan los ejércitos sociales: como en las obras de solería, en la inmensa superficie del planeta, es necesario que los ladrillos, para que ajusten unos con otros, afecten todos la misma forma y sean de tamaño igual: el ladrillo de diferente hechura ó de tamaño mayor, no entra en la combinación, no encaja con los demás, y se le deja fuera.

En esto de seguir la corriente hay tipos realmente exagerados, y ninguno como D. Lino Bonaplata, contertulio de la mesa de uno de los más concurridos cafés

de Madrid. Este sujeto visitó hace unos días la Exposición de Bellas Artes; allí oyó elogiar mucho un cuadro, y en la susodicha tertulia, aquella noche, empezó á repetir calurosamente, y como cosa propia, el juicio ajeno: un pintor hubo de interrumpirle precisamente cuando don Lino celebraba las figuras del cuadro: "¡Pero hombre!—exclamó el pintor.—¡Si aquellas son figuras de proa!"

"¡Justo, justo; tiene usted razón!—contestó D. Lino cambiando de tono y con la mayor naturalidad del mundo.—¡Figurones, figurones!"

Madrid.



LOS VALENTONES.

Se ha escrito mucho sobre este tema, y, entre otras cosas, dos sainetes graciosísimos, uno antiguo titulado *A un valiente otro mayor*, y otro moderno. *Los valientes*: recordamos también un artículo muy ingenioso, en que el protagonista, militar retirado, al referir entre un corro de amigos sus estupendas hazañas, oye un tiro en la calle, y huye despavorido, con tal presteza que nadie advierte su fuga.

El asunto no es, por lo tanto, nuevo, pero tiene tantos aspectos, que siempre lo parece: además, se hace interesante toda narración que atañe á esa... íbamos á decir cualidad del espíritu, pero no nos atrevemos. ¿Es el valor una cualidad del ánimo? ¿Es una propiedad fisiológica, como pretenden algunos, tocados de la manía del materialismo? ¿es una costumbre? ¿es una resultante del pundo-nor? ¿es una grosera manifestación de la ignorancia, en los organismos toscos y las inteligencias poco cultivadas?

Puede que haya un poco de todo esto, y positivamente su influencia mayor es la costumbre, cómo acontece en los demás cosas de la vida. ¿Quién no ha sentido las incertidumbres del miedo y el temor de lo desconocido al emprender el primer viaje? ¿quién no ha asistido trémulo y febril á la primera cita amorosa? Después se viaja con indiferencia, y se hace el amor para pasar el rato.

Ni hay materia alguna en que se cuenten tantos errores como en ésta: quién confunde el valor con la audacia: quién con el temperamento: quién con la perversidad: para muchos, la serenidad es el valor, para otros los gritos, los ademanes y las bravatas.

Hay, sin embargo, muchos nerviosos con valor y muchos linfáticos con miedo: hay valientes que tiemblan,

y cobardes impasibles y serenos; aunque el miedo sea más general de lo que se supone, pues, como dijo Ercilla:

“El miedo es natural en el prudente
y el saberlo vencer, es ser valiente.”

“Es hombre que nunca ha tenido miedo,” decían á Carlos I en elogio de cierto personaje.

“Nunca habrá apagado una vela con los dedos,” dicen que contestó el gran emperador.

El miedo es, pues, una manifestación más ó menos franca del instinto de la propia conservación: no vencerlo es ser cobarde: dominarlo es ser valiente: llegar, en su dominio, hasta el desprecio de la propia vida, es ser héroe. Sólo así se explica cómo el Cid, *convulso y pálido como un muerto*, arremetía vigoroso contra la morisma, y cómo el gran Condé se increpaba con furor por entrar siempre temblando en las batallas.

Con lo dicho se echa por tierra el oficio de valiente, que oficio ha sido, y muy lucrativo, en la antigüedad, cuando se ejercía en grande escala, y oficio es, mal que nos pese, en nuestros tiempos, si bien muy vecino de la audacia y del descaro, inseparables compañeros de la impunidad, perfectamente avenidos con el sistema del valor á plazos, ó por entregas ilustradas con tarjetas, padrinos y almuerzos finales.

El ridículo y las leyes acabaron con los valentones de la antigüedad, y acabarán con las matones y espada-chines modernos. Desde el valiente asalariado, que, á una orden del marqués de Cadiz, cortó á un alférez las orejas en las calles de Sevilla, por el delito de no haber saludado al magnate, hasta el bocón *mozo de barrio*, media un abismo, no más hondo que el que hay desde éste hasta el baratero político, último y flamante patrón de la moda.

Y aquéllos y éstos tienen mucha semejanza con el famoso Manolillo el carpintero, dechado de héroes callejeros en la fecunda y célebre tierra andaluza. Cobraba éste el barato en un pueblo cercano de Sevilla, y su principal deleite consistía en aguar bodas y desbaratar

bailes, hasta que, en cierta ocasión, dió con un forastero, que le tomó el molde de la cara en forma muy poco suave: ¿qué creéis que hizo el valentón?—“¡Choque usted esos cinco, compare; que le ha pegado usted á Manolillo el carpintero!”

Siempre un valiente da con otro valiente mayor: así lo ha comprendido el arte, reflejo de la vida: el capitán Centellas mata al famoso D. Juan Tenorio: el vengador hermano de doña Elvira, da muerte á D. Félix de Montemar, en *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda, cuyo asunto parece ser el mismo de la tradición de Mañara. Fausto mata al hermano de Margarita, aunque éste yá con la ayuda invisible del diablo.

Siempre un valiente para otro valiente, hasta que el ridículo los mate á todos, y, como el tipo principal del gremio, al duelista, político ó no político, que, más que en ninguna otra nación, abunda en Francia, desde Boulanger y Floquet hasta el último gacetillero.

Y en Francia ha ocurrido la escena que vamos á relatar, como fin de este escrito... En un lujoso café de un céntrico *boulevard de París*, entró cierta noche uno de esos duelistas, con el clásico levitón largo abrochado hasta el cuello, el bigote de luengas guías, el sombrero inclinado hácia la izquierda, y el grueso y tradicional bastón en la diestra mano.

Unos cuantos individuos, sentados al rededor de una mesa, lo contemplaron con respetuosa curiosidad, en tanto que uno de ellos contaba lo siguiente:

—“Ese que véis es un hombre terrible, que tiene sobre su conciencia de duelista, tres muertos y siete heridos.”

Escuchaba este panegírico un sujeto de los demás del corro, completamente desconocido, hombre muy flaco, de aire pacífico y semblante bonachón, de esos seres que hasta en el mirar son inofensivos.

—“Caballero,—exclamó de pronto dirigiéndose al panegirista—ruego á V. que me dispense: esas muertes y esas heridas, ¿las hizo de una vez?”

—No, señor;—replicó el interpelado con extrañeza—cada muerte ó herida ha sido en un desafío.

—“Entonces, yo he hecho más,—añadió el hombrecillo de aspecto tímido, entre la estupefacción de los circunstantes, que empezaron á mirarle con asombro mezclado de respeto; —yo he hecho de una vez diez y siete muertes, sin contar el número de heridos, que fué considerable.

—“¿Cómo fué?”—“¿Cuándo?”—“¿De qué manera?”—preguntaron todos sin poder contenerse.

—Pues muy sencillo: figúrense ustedes que yo era guarda-aguja de la línea férrea de Orleans; sufrí una equivocación...”

—“¡Ah, vamos!”—exclamaron los demás, defraudados en la narración que esperaban.

—“Y lancé—continuó el guarda-aguja,—un expreso de viajeros contra un tren de mercancías.”

—“¡Qué atrocidad!” dijeron los oyentes en coro.

—“Pero confiesen ustedes que ningún valiente antiguo ni moderno puede decir otro tanto.”

Madrid, 1889.



SIN PRETENSIONES.

Alguien ha dicho que la llamada clase media desaparece, á lo menos en España, y es una observación tan profunda y verdadera, que sólo los miopes no la han visto.

Es verdad que un hombre eminente es quien la ha formulado, y hasta entonces nadie lo dijo, sin duda por modestia. O lo dijeron y nadie lo oyó, que en esto de hablar y de hacerse oír, entra por mucho el sitio en que se habla, y la posición que ocupa el que quiere que le oigan.

De todas suertes, la observación es un hecho: la clase media desaparece: una parte de ella va á sumarse con los elementos aristocráticos del país; éstos son los que hacen dinero, es decir, contadas individualidades; el grueso de ese infeliz ejército, compuesto en su mayor parte de menesterosos disfrazados, vá á ensanchar las filas espesísimas del proletariado.

El agente que los empuja es la civilización: esta gran civilización moderna, á cuya sombra prosperan todos los adelantos materiales, impulsados por la inteligencia, y á cuyos piés desfallecen hoy las conquistas más peregrinas del mundo moral, siempre que tengan, como propulsores únicos, las especulaciones puras del espíritu humano.

Es decir, que en este flujo y reflujo de la vida universal, avanza ruidosamente la ola del progreso, en su aspecto más utilitario, y se apaga y se aleja silenciosamente la ola fosforescente, cuyo seno nutren el arte y la sensibilidad. Así son todos las grandes bienes, y así sólo se explica que la civilización moderna traiga también su cupo de males; que el bien puro no pertenece á nuestro mísero planeta.

Pero dejando estas filosofías, propias de mayor entendimiento y mejor pluma, vamos á concretarnos á misión más modesta; á la visible desaparición de la clase media, que tiene una fácil explicación.

Por la anterior generación eran perseguidos, como sagrados ideales, la libertad, la fraternidad humana, el progreso, y como medios altísimos se consideraban el libro, el periódico, la tribuna y el teatro: para la presente,—¿lo diré sin incurrir en la ira de los susceptibles?—los ideales únicos, los goces materiales, el dinero; y á este fin se justifican todos los medios, y estos medios son también el periódico y la tribuna... no el libro ni el teatro, porque han muerto... y los auxiliares secretos, esas mil cosas, más ó menos lícitas, que corren por esos mundos con el nombre de negocios.

Solamente por intuición profética pudo escribir el duque de Rivas, hace más de diez lustros, su comedia *Tanto vales cuanto tienes*. Entónces se cotizaba el talento, corrían, de copia en copia y de mano en mano, las poesías de Espronceda, y la lectura de una mediana composición daba á Zorrilla universal renombre. Hoy... se hace necesaria una importante variación en el Diccionario, que todo el mundo aceptaría sin escandalizarse, y que atañe, no más á dos palabras: "*pobre*"; llámase así comunmente á los perdidos y á los pillos: "*rico*"; se necesitan varias cosas para aplicar propiamente esta palabra; comunmente se llama así al que tiene ó puede aparentar riqueza; todo rico es, sin falta alguna, persona decente."

Y he aquí uno de los aspectos brutales de la moderna civilización, y la causa de la desaparición de la clase media; todo ello reúne un aspecto peor y más repugnante; el de la hipocresía.

Es verdad que la clase media quiere pasar por rica y acomodada, pero según la frase corriente, lo hace *sin pretensiones*: las industrias modernas compiten en poner á su alcance todas las comodidades inventadas por la molicie, y todo el lujo inventado por la vanidad; pero esto se halla al alcance de la clase media en detalle, no en conjunto, y de aquí la deshonor á veces, y siempre la bancarrota y la ruina.

Y en parte alguna se observa este fenómeno como en las grandes capitales: yá ha desaparecido la mantilla

española, y el abrigado pero modesto traje de invierno: toda señora, para parecerlo, necesita llevar el costoso sombrero francés, que es tan caprichoso y vário, por no decir que muchas veces feo y ridículo, y que impone rápidas reformas, transformaciones y cambios: es indispensable el amplio abrigo, sea ó no de terciopelo, pero siempre de pieles; y más abajo de esta clase social uniformada, yá no queda más que la chula, de mantón gracioso y esmeradísimo peinado.

Si penetrárais sigilosamente en los hogares de esa clase, que tiene todas las necesidades y aspiraciones de los ricos, sin medios para satisfacerlas, veríais cuántos sacrificios, cuántos empeños, cuántas privaciones para conservar ciertas apariencias de exterioridades: en ellos, los hijos de la generación que llega, escrufulosos ó raquítricos, á beneficio de una alimentación malsana ó escasa: en ellos, el frío en las noches ateridas del invierno, la estrechez y la falta de higiene, porque las más precisas comodidades se han sacrificado al sostenimiento de una falsa posición externa.

Y no es culpa de la clase media ese estado de cosas, que responde á positivas exigencias sociales, á la necesidad de no arrostrar el desprecio de los próximos y la indiferencia de los lejanos, que acaban siempre en el alejamiento y el abandono. La clase media no lo ignora, y se sacrifica y muere.

¿Habría, por esto, quien nos tache de enemigos de la civilización moderna? No lo somos: al contrario, nos declaramos de sus más amantes hijos. Pero señalamos los aspectos brutales y egoístas de esa misma civilización, y los combatiremos mientras nos queden conciencia y energía.

No deben, nó, aclamarse como único Dios el placer, y como medio único y sola aspiración el dinero: es brutal ese aspecto de la civilización, que intenta matar el espíritu y encallecer la sensibilidad; lo son esta febril marcha, este movimiento atropellado y vertiginoso: esta lucha despiadada en que sucumbe, no el más débil, sino el más

noble y confiado, y triunfa, no el más fuerte, sino el más pérfido y el más astuto.

A la sagrada sombra de la civilización, no hay ágio que no usurpe su nombre al comercio; no hay usura que no se llame negocio, y negociantes y agentes se denominan esos infelices sin corazón, que investigan dónde agoniza un sér humano, y turban sus últimos momentos é insultan el dolor de las familias con repugnantes anuncios y reclamos de empresas más repugnantes todavía.

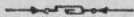
No puede ser, no es obra digna de la civilización apagar la antorcha del arte, para que el género humano se convierta en miserables manadas eaemigas: no puede ser obra suya la de deprimir al hombre que no tiene la dicha de heredar, ó la elasticidad necesaria para improvisar una fortuna; no puede ser labor suya esa constante propaganda, en que, so color de emancipar á la mujer, se tiende á degradarla, transformándola de esposa en concubina.

Grande es la moderna civilización, pero sin tamaños errores. Los que la suponen así, la calumnian.

Grande es esa civilización, pero ha caído en el extremo de no tener corazón, y es necesario que lo tenga.

No es posible que el egoismo sea el porvenir de la humanidad.

Madrid.



EL SÍNDICO PERPÉTUO.

(CUENTO INMORAL).

No siempre los cuentos han de ser morales, y menos en tiempo en que la moral no está de moda: además, de vez en cuando, conviene echar una cana al aire... pero, no se alarmen con este preámbulo nuestros lectores; resultarán inmorales el protagonista y su cuento, y á mayor abundamiento, repetiremos nosotros las oportunas frases de un predicador ante su afligido auditorio: lo que vamos á relatar hace mucho que sucedió... y puede que no sea cierto.

Es muy curiosa la organización de los antiguos Ayuntamientos ó cabildos españoles: el de Málaga, como el de las demás ciudades, se componía de veinticuatro concejales permanentes, de la más linajuda nobleza, de donde se les designaba con el nombre de *caballeros veinticuatro*.

Eran los tales cargos vitalicios, como el de los llamados regidores perpétuos, denominación en verdad pomposa y vacía, puesto que semejante perpetuidad no iba, naturalmente, más allá de los cortísimos límites de la existencia de un hombre; pero así eran las costumbres de la época: el quietismo es el carácter distintivo de los tiempos pasados, como la agitación es el sello de los tiempos modernos.

La vida del Cabildo municipal de Málaga se deslizaba tranquila y patriarcal entre sus veinticuatro caballeros concejales, sin un disentiimiento ni un escándalo por parte de sus miembros; es verdad que de éstos, dos terceras partes no asistían á las deliberaciones, ó por su edad avanzada, ó por imposibilidad física, bien algunos por indiferencia, yá también por otras causas de enumeración prolija.

Gobernaban, pues, la ciudad los siete ú ocho concurrentes asíduos, y en verdad lo hacían con tal maña,

que no era lícito á ningún vecino cuerdo aventurarse de noche por las tenebrosas calles, sin exponerse á recibir una estocada ó una puñalada al doblar una esquina; á volver á su casa medio desnudo, como Cristo de retablo, por obra y gracia de coimes, rufianes y pícaros, ó á dar de frente con la ronda y con el cuerpo en la cárcel, siendo persona honrada, en quien husmeasen algunos escudos que trasegar los alguaciles, corchetes y demás sabuesos de la justicia.

Referíanse, al oído, porción de cosas de los siete ú ocho caballeros veinticuatro, que así labraban la felicidad de sus convecinos, velando por sus vidas, honras y haciendas: la murmuración corría de calle en calle y de casa en casa, engrosando, á manera de bola de nieve, pero siempre en voz baja y en el misterio, como calumnia que se esconde y mentira que se recata, de donde debe deducirse que eran falsedades de á folio, según se comprobará en el transcurso de este artículo.

Esto, aparte de que los tiempos antiguos distaban mucho de ser tan malos como los actuales: no ciertamente por lo que dijo el poeta:

“Cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor“;

sino porque así lo demuestran á una las guerras feudales, los conflictos religiosos, las reales cédulas, las ordenanzas, y hasta la literatura, las historias, las crónicas y los documentos de aquellas épocas.

La fatalidad hizo que, con la circulación de libros y la generalización de los estudios, se propagase algún tanto la cultura; y las nuevas idéas, pasando del lado acá de los Pirineos, trajeron, entre otras innovaciones, una muy curiosa y trascendental en aquellos momentos: la creación de un *síndico perpétuo* en los municipios, nombrado por el poder real y elegido fuera de la nobleza.

El nombramiento de *síndico perpétuo*, cayó, como una bomba, en el seno del patriarcal municipio malagueño de fines del pasado siglo: decíase que el abogado que obtuvo

tal gracia, era mozo de gran travesura, mucha intención y largas trapisondas: los caballeros *veinticuatro* estaban aterrados.

Tomada posesión de su cargo por nuestro síndico, empezaron á celebrarse sesiones, y á proponerse resoluciones y acuerdos, sin que concejal alguno desplegase los lábios, quedando siempre los asuntos pendientes para la sesión inmediata.

Cansado de la detención de los asuntos y de semejante estado de cosas, motivado sin duda por su presencia, pidió nuestro abogado la palabra en una sesión, y habló de esta suerte:

—“Lo que pasa en este Cabildo desde mi nombramiento de síndico, trae á mi memoria un cuento: permitidme, señores, que os lo refiera.

Tenía una rica y anciana viuda, residente en un pueblecillo, un numeroso gallinero, su principal delicia; sucedíanse en él las generaciones de gallinas, en una paz deliciosa, y un gallo ejercía el poder real hereditario: las bulliciosas y alegres aves no tenían que buscar el sustento hozando basura, escarbando la tierra del espacioso corral, ni cazando bayas ni insectos: dos veces al día, una vieja maritornes les llevaba rebosante dornajo de apetitoso afrecho, y de molido centeno amasado con sabrosas ortigas. Ocurriósele, cierto día, á unos arrendatarios de la viuda, regalarle un pavo, que la anciana doméstica echó al corral, sin cuidarse de las presentaciones necesarias en estos casos.

El asombro del gallinero no tuvo límites, y el pánico de las miseras aves llegó á su colmo cuando el pavo, una vez dentro del corral, sacudió sus pesadas alas, estiró el largo y desairado pescuezo, y graznó del modo desaplicable que suele hacerlo.

Escondiéronse, temerosas, las gallinas, y no dejó de participar de este miedo el gallo, aunque estirando el cuello desde un rincón, no cesaba de echar bravatas por el pico: reunidas las aves en consejo, unas opinaron que aquél enorme pajarraco era una deidad exterminadora, que venía

á acabar con el gallinero: algunas gallinas, sueltas de lengua, entremetidas, y de ligera conducta, aseguraron que el pavo era un varón extranjero, no del todo desprovisto de belleza: y un pollo, quedándose sobre un pié y encogiéndose el otro desdeñosamente, dijo que el tal pavo era un ave muy féa; excusado es decir que este pollo ejercía de crítico en el gallinero.

Obscureció, y las gallinas se encaramaron, hambrientas, en los palos sobre los que, según costumbre, dormían, y allí estuvieron toda la noche en desvelo, observando los movimientos del ave intrusa, y dando la voz de alerta á sus demás compañeras, en cuanto al pavo se le ocurría desperezarse ó acercarse: la idéa de que el pavo era una divinidad exterminadora predominaba en todas.

Pero amaneció el siguiente día, y la criada vieja entró en el corral, á la hora acostumbrada, conduciendo la ancha artesa de salvado; apenas salió del corral, el pavo se aproximó al dornajo, y empezó á tragar con singular apetito.

Aquello fué una revelación para las gallinas, á quienes el hambre devoraba; miráronse unas á otras con asombro, y después miraron al gallo, que cantó majestuosamente, pero sin salir de su escondite: un pollo, audaz, gritó. “¡También come afrecho!”; y á estas palabras, lanzáronse las aves al dornajo, y desde aquel día compartieron su alimento con el pavo.”

Malas lenguas agregan que, desde este discurso, no se retrasaron más los asuntos del municipio.

Madrid.



VIVOS QUE MUEREN.

Todos hemos penetrado alguna vez, poseídos de profundo respeto, en la mansión de los que fueron. Aquellas silenciosas hileras de nichos y desiguales grupos de panteones; aquellas lápidas llenas de nombres y empapadas de lágrimas; aquel siniestro ruido del viento, prisionero en los desiertos ángulos y en las ramas de los sauces, centinelas de las tumbas, embargan nuestro espíritu de afanes temerosos, á la vez que lo elevan á idéas altas y nobles, de él ausentes entre el bullicio de la vida.

Detrás de cada lápida se adivina una historia: en las letras de cada nombre se descifra un amor, una lucha, un vencimiento, una agonía. Yace allí nuestro pasado; allí están, para siempre dormidos, nuestros antecesores, los seres que nos han precedido en la série interminable de los tiempos; los eslabones rotos de esta inmensa cadena humana, atada por vínculos de indestructible solidaridad en la vida, y aun más allá de la muerte.

Entre aquellas inertes cenizas, están las del guerrero insigne, que defendió ó reconquistó palmo á palmo la tierra que pisamos y que amamos como pátria: las del sábio ó el descubridor ó el inventor, á quienes debemos ciencia, cultura, civilización, islas y continentes desconocidos antes; objetos peregrinos; allí el poeta, que cantó las glorias nacionales, el pintor que las resucitó con inspirado pincel y derrochadora paleta; el músico, ave que pobló el espacio de notas, y el corazón de sentimientos nobles y dulcísimos: allí la infancia truncada en flor, el amor malogrado, la hermosura tronchada por muerte implacable; la madre indulgente y cariñosa, súbito herida por inesperada dolencia mortal, y aun llorada por débiles huérfanos; allí el dolor vencido, el sofocado deséo, la rota ambición, la pasión avasalladora: allí también el gastado vicio, la misteriosa falta, el delito impune, el crimen castigado, con negras alas extendidas sobre los míseros

que delinquieron, alas de olvido para las humanas debilidades, de perdón para los culpables, de triste compasión para sus nombres.

La vida misma es para la humana conciencia un triste cementerio, lleno de melancólicos sáuces y de solitarias tumbas: como seres queridos, que se agitaron, que amaron, que sintieron, que se alejaron más tarde y que desaparecieron después, yacen allá, en la penumbra de nuestro espíritu, los recuerdos, unos, los de la infancia, como sagradas cenizas, como reliquias santas conservadas en urna de oro: allí reposan, cual si vibrasen aún, los estallidos de los innumerables besos maternos: otros, los de la adolescencia, como malogrados seres, testimonio de apagadas energías, de tronchadas, juveniles esperanzas: allí duermen, la primera ilusión no realizada, la primera pasión no satisfecha, el amor primero no saciado, con su fresco aroma de juventud, sus tonos de idilio, sus colores de cielo, sus inconscientes zozobras y sus dramáticas amarguras; allí la ingratitud primera de la mujer amada; el primer desengaño del predilecto amigo; la infamia primera del malvado que nos hirió en la sombra; la sangrienta burla de la hembra traidora que despertó nuestros sentidos, nos abrió un mundo de fáciles placeres, y nos apartó después de sus brazos, como el niño arroja el inútil juguete, roto ya, que satisfizo un momento su curiosidad ó su capricho.

Placeres, dolores, ilusiones, desengaños, esperanzas, desalientos; todo tiene allí su sepulcro y su epitafio, en esa Vía Apia de nuestro espíritu, que, á veces, recorreremos con el tardo paso del cansancio, deteniéndonos un punto, aquí para llorar, allí para formular una amenaza, allá para elevar una plegaria fervorosa.

En este panteón de la memoria, duermen las sensaciones pasadas, las imágenes que nos conmovieron, los espejismos que nos engañaron, los estímulos que nos empujaron, y los inesperados dolores que nos detuvieron, como salteadores ocultos, en el camino de la vida. Estos muertos recuerdos reposan cuando no los llamamos, y cuando

los evocamos, parece que renacen para existir de nuevo por segunda vez. Estos recuerdos que así renacen, son como ausentes que regresan, de igual modo que las idéas son viajeros ó peregrinos, que se detienen un momento en nuestro espíritu y prosiguen después su camino.

Con frecuencia, esos seres que influyeron en bien ó en mal en nuestro destino, cruzan indiferentes por nuestro lado, y nosotros los contemplamos absortos, y nos parecen muertos que abandonaron sus tumbas, cadáveres ambulantes, que vienen y van y se agitan con todas las apariencias de la vida.

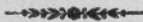
Van entre ellos, la mujer que nos vendió, el falso amigo que nos engañó en su provecho, el soberbio que nos despreció, el malvado que nos calumnió algún día, y el nécio que no supo conocernos: éstos no merecen el honor de un mausoléo en la conciencia del hombre honrado, y son sepultados en la fosa común de los recuerdos.

A veces, en aisladas sepulturas, yacen girones de nuestro propio sér, con dolor y lágrimas por nuestra voluntad enterrados: algo que formó parte de nosotros mismos, que nos tocó de cerca, que nos hirió alevosamente, y que para siempre olvidamos.

Así, nuestro espíritu, en la edad madura, lleva la pesada carga de sus muertos, unos con pena nunca extinguida, otros con indiferencia, con repugnancia los más. Y por desgracia nuestra, aunque deseáramos olvidarlos de una vez para siempre, sepultándolos en las sombras más densas de nuestra facultad aniquiladora, la memoria implacable, con su luz más ó menos débil ó intensa, según el tiempo transcurrido, los destaca del fondo de nuestro espíritu, y la experiencia, representada en imagen desnuda de galas, descarnada y fría, con firme mano nos señala sus nombres.

¡Felices los que no han sepultado aún, en las profundidades de su alma, el amor, la esperanza y la gloria!

Madrid.



EPIDEMIAS.

Las guerras, los fenómenos terribles de la Naturaleza y otras muchas cosas, engendran en las muchedumbres de todas clases un pánico fácilmente explicable, pero ninguno tan general como el que causan las epidemias, sólo comparable á los miedos del dinero, que es, sin disputa, lo más asustadizo que se conoce.

Como en todo lo humano suele haber compensaciones, resulta, en este miedo á que últimamente nos referimos, que hay mucha gente, la inmensa mayoría, que nunca ha sentido este pánico, sencillamente porque sin duda, para preocuparse de las fluctuaciones de los valores públicos, de la baja de los alquileres, de las quiebras y otras cosas por el estilo, es necesaria la pícara circunstancia, la no común condición, envidiada y envidiable, de tener dinero.

Después de este pánico de las gentes acomodadas, otro, el más general y rápido es el que producen las epidemias, señaladamente el cólera: más implacable que la quiebra, la baja de los valores y la ruína, su acción alcanza á todo el mundo, y como esta acción es alevosa, invisible y espantable, su sólo anuncio lleva el miedo al ánimo de los tímidos, que son la mayor parte, y ofrece un espectáculo impropio de la serenidad del sér y de la dignidad humana.

Así, en épocas menos civilizadas, acordonábanse los pueblos, rechazando de un modo brutal á todo fugitivo de punto infestado, ni más ni menos que si se tratara de un invasor extranjero: al decir, un *apestado*, se pronunciaba una de esas palabras terribles que ofenden el oído como estallido de trueno, y penetran frías en el corazón, como la hoja de un puñal.

La frecuencia de las comunicaciones, la facilidad para transportarse de uno á otro punto del planeta, y la higiene moderna, no tan adelantada como debiera, la instrucción popular más difundida, la civilización, en fin,

han dulcificado las costumbres, y hoy no se rechaza, pero se huye.

Mas, aun cuando lo parezca por esta yá larga introducción, no vamos á ocuparnos en los epidemias morbosas que afligen á la humanidad, sino en otras epidemias; en las epidemias morales.

De éstas nunca ha sabido huir ni precaverse la humanidad: al contrario, son epidemias que atraen, que fascinan con la atracción poderosa del vicio, con la fuerza incontrastable de la lujuria, con la finalidad insinuante de los placeres materiales. Como las víctimas de estas epidemias no figuran en ninguna estadística, como estos muertos quedan en pié con todas las apariencias de la vida, nadie se alarma, nadie evita el contacto de esos apestados, *sepulcros blanqueados*, cadáveres *insepultos* del mundo social, cuya podredumbre no se nota y enrarece la atmósfera, cuya influencia no se siente y mata á los pueblos.

Los vicios apuntados constituyen la orgía moral de las naciones: la orgía continuada y los placeres, enbrutece al hombre y lo encanallan: la orgía moral de los pueblos, los convierte en débiles y decadentes: así concluyeron los antiguos imperios, así caen, para no levantarse tal vez, las naciones modernas.

La forma que reviste esta profunda dolencia social es el éxito: sus principales aspectos son la improvisación y la fortuna; su séquito la adulación, el asombro de las masas, y la envidia y el aplauso; su término, la abyección del espíritu, la muerte moral, el absoluto envilecimiento del sér humano.

Y la propagación de estos males es tal, que hace temer por los destinos de la humanidad, y por el porvenir de los pueblos, yá corroidos hoy por esta gangrena senil, yá caducos y debilitados, recordándonos estos versos del maestro Lista:

“...¡Llorad, humano!

¡Todos en él pusisteis vuestras manos!

¿Quién no ha acatado alguna vez el éxito; por absurdo,

por ilegítimo que fuese?—¿Quién no se ha inclinado alguna vez ante la fortuna, por fácil envidiada, y por grande y rápida mal adquirida?

Tras el envilecimiento de los seres, viene el envilecimiento de las palabras, las nociones confusas de lo bueno y lo malo, de lo recto y de lo injusto, de lo inmoral y de lo honrado; viene la prostitución del idioma, que también se humilla y se infama.

Así el cínico agiotista será considerado como hombre de talento, el mercader de infamias como hábil negociante, el traficante en immoralidades, como persona sagaz, el apóstata político, como hombre de Estado, la miserable cortesana como mujer distinguida, el zurcidor de conciencias andrajosas, como individuo tolerante y hombre de mundo; y como amo y señor de la fortuna, el solapado criminal, miserable burlador de la justicia.

Por el contrario, denominase torpe al hombre honrado: inútil ideólogo al hombre de verdadero talento: *Quijote* al que es recto: insípida á la mujer virtuosa; hipocrita al bueno; porque todas las aberraciones que indicamos son despreciables formas de la moderna hipocresia.

Y á esos seres abyectos que retratamos se les abren las puertas de los hogares honrados, se les tributa respeto, se les adula, se les tiende la mano, sin temor, sin repugnancia y sin asco.

Pero ellos no están satisfechos: su sueño les presenta desnuda la verdad, se desprecian á sí mismos, se avergüenzan de sí propios, y seguramente, cuando los acosa tenaz pesadilla, esos hombres-epidemia, al verse rodeados por la multitud y notar que la lepra de su espíritu contagia á los demás, sentirán el impulso de apartar á los que se les acercan, y abrirse paso y huir de los otros seres, gritando espantados, con toda la fuerza de sus pulmones.

“¡Que mancho! ¡que mancho!”

Madrid.

EL DERECHO DE PROPIEDAD.

El invierno de 188... fué excesivamente frío, triste, interminable: una sequía pertinaz dió al traste con las esperanzas de los labradores, esterilizando los gérmenes todos, las pródidas semillas enterradas por la mano previsora del hombre en las fecundas entrañas de la tierra.

Como si esto fuese poco, una epidemia mortífera extendió sus alas negras, primero por Europa, después por América, sembrando por doquiera desolación y espanto. Causas, desconocidas por la ciencia, arrebataron á la atmósfera el ozono, esa forma molecular del oxígeno, tan necesaria á la vida, como el sol á la existencia y á la marcha regular de los planetas.

Sobre la alegre ciudad de Barcelona se extendía un velo sombrío; algo de siniestro se observaba en sus calles; algo de pesado y amenazador, como esas nubes tormentosas de verano, se cernía en los aires. La epidemia sembró el luto casa por casa, y al alejarse, cedió al hambre su puesto.

El descontento primero, un malestar creciente después, la desesperación por último, con su séquito de fiebre y de locura, se fueron apoderando de la clase obrera: sus gritos de angustia rebasaron los muros de sus hogares, y estallaron imponentes en las calles, por las que se derramó la muchedumbre, con ese movimiento de las olas sacudidas por los huracanes: como siempre acontece, algo tenebroso, oculto en las sombras, complacíase en aventar las pasiones populares; algo, principio absurdo ó tendencia exterminadora, locura ó sueño, que intenta herir á la sociedad á la que odia, y clava el puñal, á traición, en las desprevenidas y honradas espaldas del pueblo mismo, al que halaga.

Se trabó la lucha en las calles: las masas de obreros que alargaban las manos buscando el codiciado pan de

sus hijos, tropezaron con las agudas puntas de las bayonetas, y corrió la sangre, inútilmente generosa. La multitud acorralada, se refugió en los extremos de la población y en el Ensanche: un grupo numerosísimo arrancó piedras y alzó una barricada: salieron armas, no se sabe de dónde, y allí, á pié firme, se apercibieron al combate y esperaron la acometida de las tropas.

Un anciano, sucio y andrajoso, era el jefe de aquellos hombres: sus manos rugosas oprimían nerviosamente un fusil, sus ojos pequeños y grises, inyectados de sangre, relucían como áscuas de fuego; su barba blanca y muy larga, movíase á uno y otro lado á impulsos del viento.

Sonó una aguda corneta, y advirtiéndose cerca el ruido sordó y acompasado de tropa que se aproximaba. El viejo se encaramó en lo más alto de la barricada, y gritó así á su gente:

“¡No desmayéis, compañeros! ¡Los burgueses envían, para que nos maten, á nuestros hermanos y á nuestros hijos, y esos insensatos vienen á exterminarnos! ¡Fuego sobre ellos, y si hay que morir, se muere! ¿Qué nos importa la vida, si no podemos redimirnos del hambre? Veinte años hace que mendigo mi pan en el vestibulo de un casino de burgueses: veinte años soportando allí el frío, la humedad, las privaciones, y aguantando los insultos groseros de esos hombres, alargando las manos ateridas á la súa y miserable moneda de cobre... ¡Que mueran! Ellos iban envueltos en lujosos gabanes de pieles, mientras yo tiritaba de frío: ellos tal vez venían de opulentos banquetes, mientras yo devoraba pedazos de pan, yá ágrío y duro, resto de sus ricos manjares, y de sus comidas fastuosas... ¿Quién los hizo ricos y á nosotros pobres? ¿por qué? ¡La propiedad! ¡La propiedad!; sacramental palabra de esos viles bandidos que nos desprecian, nos explotan, seducen á nuestras hijas, nos echan á un hospital cuando nos inutilizamos, destrozan nuestros cuerpos cuando morimos, y nos arrojan luego á cualquier muladar! ¡Pero ahí están esos cobardes! ¡Animo, compañeros, fue...!”

Pero no pudo concluir la palabra; dió como una vuelta

involuntaria, agitó los brazos en el vacío, y rodó pesadamente sobre las piedras desiguales de la barricada.

Transcurrieron dos meses: Barcelona recobraba su animación habitual: el pueblo, vencido una vez más, se retiró á sus hogares: de ellos volvió á salir mustio, macilento, para el trabajo en mala hora abandonado.

En una calle céntrica, veíase un ancho vestíbulo, alumbrado por rica bomba de cristal cuajado, dentro de la cual oscilaban varias luces de gas: gente elegante entraba y salía, subiendo ó bajando por fastuosa escalera de mármol, alfombrada en el centro: tres mendigos, dos hombres y una mujer, hallábanse situados á uno y otro lado del zaguán, recogiendo las monedas puestas en sus manos. Era aquella la entrada de un casino.

De pronto apareció en la puerta un andrajoso anciano, apoyado en dos muletas; su mirada acusaba largos sufrimientos; tenía las cabellos en desórden, y la barba larga y descuidada: avanzaba penosamente.

Se dirigió á la derecha del vestíbulo, donde yacía sentado uno de los mendigos, jóven y con los ojos vacíos: "¡Déjame mi sitio!" gritó, y añadió el ciego: ¡Aquí nadie tiene sitio, á no ser el que ocupa viniendo temprano!"

"¡Este sitio me pertenece!—rugió con ira el anciano— ¡Es mío desde hace veinte años! ¡Quítate!"

"¡No me quito!"

Y siguió el altercado, degeneró en disputa y acabó en groseros insultos.

"¡Tiene razón el pobre viejo!—exclamó la mujer: hace veinte años que se pone en ese rincón, y el sitio es suyo. Pues qué, ¿lo ha de perder por haber estado dos meses herido en el hospital?"

Asintió el otro mendigo á estas razones, y el ciego, amenazado con que lo arrojarían del portal, cedió el sitio, refunfuñando ante aquella forma racional del derecho.

"Vamos, tío Morell,—dijo la vieja al reintegrado anciano,—que la broma ha sido pesada, y supongo que no se meterá usted en otra."

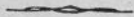
“¿Que no me meteré!—exclamó el anciano exaltándose.—
¡En cuanto la haya!...

¿Por qué ha de haber ricos y pobres? ¡Abajo la propiedad y mueran los burgueses!”

Y trocando su voz de airada en lastimera, dijo á un
jóven que entraba:

“¡Caballero, una limosna, y Dios se lo aumentará para
sus hijos!”

Madrid.



LOS DESMEMORIADOS.

Se equivocan los que suponen que el embustero lo es únicamente por el gusto de serlo, aunque el mentir es plato muy sabroso, y muy provechosa la mentira: eso de engañar á los demás, tiene sus encantos.

Pero el embustero,—no nos referimos aquí al trapacero, ni al embaucador miserable,—suele serlo por temperamento, por inclinación, por un fenómeno reflejo de la sensibilidad y sin fin ulterior, como que empieza por engañarse á sí mismo. Creen cuanto dicen, y, á fuerza de repetirlo, no se contradicen jamás estos mentirosos inofensivos, que viven en perpétua penumbra entre la ilusión y la realidad, confunden los sueños impalpables con los acontecimientos de la vida, traducen por triunfos las derrotas, por opulencia la miseria, y los desdenes de la fortuna por indiscutibles éxitos.

Pues bien, estos infelices no son más que unos desmemoriados: el recuerdo de su posición real lo borra con mano piadosa el instintivo deséo: la ilusión corre por sobre sus impresiones penosas, como el agua de limpio arroyuelo, que hace brotar flores en sus lindes, y viven satisfechos de todo y de sí mismos.

Estos desmemoriados no son culpables: los hay culpables verdaderamente, porque ciertos olvidos casi constituyen delito.

La mujer caída que, para redimirse, empieza por olvidar su falta, y se juzga digna depositaria de la honra de un hombre confiado: el rico improvisado y grosero, que estira el cuello y enarca el brazo, saludando con desdén á los menos afortunados compañeros de su antigua miseria: el que, como recompensa de un favor recibido, niega á su favorecedor la sonrisa del agrado y el saludo de la cortesía, cosas tan baratas que no cuestan dinero alguno: los fáciles amigos de la prosperidad, indiferentes de la víspera é ingratos del mañana, mez-

cla de orgullo vano, de bajera ruín, de adulación humilde y de tosca soberbia, no son más que torpes ó míseros desmemoriados.

Estos abundan en todos los órdenes sociales, en todas las esferas de la vida: preguntad al político encumbrado y poderoso, si recuerda los nombres de los que unieron sus fuerzas y lo alzaron sobre sus hombros, es decir, de los sólidos peldaños en que apoyó sus pies para elevarse: preguntad al opulento si recuerda las zarzas del camino recorrido para llegar á la riqueza, camino regado con la sangre de los humildes, estremecido con los ayes de los pisoteados, empapado con las lágrimas de los desprevenidos y los débiles: preguntad á la cortesana fastuosa, que subasta sus sonrisas y tarifa sus favores, si recuerda la obscura y vergonzosa primera caída, los primeros pudores, los goces atropellados de la primera juventud, las repugnancias vencidas después, las humillaciones soportadas. Nada recuerdan: son también desmemoriados: su alma reposa consolada por una aparente prosperidad; su conciencia duerme sobre un lecho de flores ajadas, místicas y sin perfume, amasadas con cieno.

¡Si la memoria tuviera vida propia y robusta, nunca debilitada, y voz acusadora, capaz de avisarnos y despertarnos! Es verdad que entónces sería imposible la vida: un remordimiento que nunca se amortiguase; un dolor que jamás se calmara; una aspiración viva siempre, siempre renovada, que nunca cediera, que jamás se extinguiese, son incompatibles con la humana existencia.

Los que, tras largas luchas, llegan á gozar, definitiva ó transitoriamente, los halagos de la fortuna; los que se ven rodeados de amigos que ayer lo abandonaron y que tal vez lo abandonarán nuevamente; los hombres de talento, ayer vencidos, hoy vencedores, faltos, hasta la víspera del triunfo, del aplauso, que ahora se convierte en adulación, para convertirse mañana en censura, nunca deben olvidar estas amargas lecciones de la experiencia, casi siempre infructuosa y tardía.

No siempre los desmemoriados se mueven en este negro círculo de amarguras: como es la vida mezcla de risas y lágrimas, estos dos aspectos tienen viva encarnación en los seres reales.

Es decir, que entre los desmemoriados, abundan los Sanchos, y el tipo cómico de la especie no es menos digno de observación: se dividen también en desmemoriados alevosos é inofensivos. Hay quien se olvida constantemente del tabaco, del dinero, de los fósforos: hay desmemoriado que llega siempre á casa de sus amigos á la hora de comer, y se olvida de la noción del tiempo, hasta que le obligan á que se siente á la mesa; la mayor parte se olvidan del dinero que deben, y por un fenómeno reflejo de compensación, no se olvidan nunca de sus deudores.

Los inofensivos son más cómicos, y parecen personajes de novela romántica, según traspasan los límites de la verosimilitud: alguno hay que lleva en la vuelta de la solapa de su levita, las señas de su casa: éste, cierta vez, como estrenase ropa nueva y se olvidase de tan extraño requisito, estuvo cinco días fuera de su casa, hasta que halló en la calle un amigo que lo condujera á su domicilio: otro tiene la costumbre de apuntar diariamente en su cartera lo que debe hacer cada día, mejor dicho, tiene el propósito de hacerlo, porque, la mayor parte de las veces, se olvida de preparar el apunte; cuando va á hacer el apunte, se olvida de alguna cosa; cuando va á sus negocios, se olvida de que los *tiene* anotados, y el día que se acuerda de esta circunstancia, ha dejado olvidada en su casa la cartera. Otros, si tienen muchos hijos, se olvidan del número de ellos y cuando se les pregunta, cuentan por los dedos, repiten el nombre de algunos, y olvidan el de dos ó tres.

Como caso rarísimo referiremos, para terminar, el del montaraz de Segovia: era el Sr. Atanasio hombre de sesenta y cinco años cuando se dió cuenta de que hacía veinte que se encontraba viudo y solo: visitó á un *rentero*, amigo suyo, y le pidió la mano de una hija.

“¿Cuál de las dos? preguntó el padre“

“La que usted quiera, contestó el tío Atanasio, puesto que yo no conozco á ninguna.“

Otorgada que le fué la mano de la mayor, garrida moza de diez y ocho abriles, se prepararon las cosas y empezaron á correrse las amonestaciones. Un día, un hermano de la prometida, yendo de viaje, entró en la iglesia de un pueblo inmediato con el objeto de oír misa. ¡Cuál no sería su sorpresa al oír una amonestación del tío Atanasio con otra muchacha que no era su hermanal! Volvió á su lugar, y avisó á su padre de lo que ocurría. Este se puso en movimiento, llegó al monte en que residía el Sr. Atanasio, y lo increpó duramente, afeando tal conducta en un hombre que pasaba por formal.

“¡Calle!—exclamó el Sr. Atanasio dándose una tremenda palmada en la frente.—¡Es verdad! ¡Pues lo había olvidado!“

Madrid.



LA REBAJA.X

CUENTO VULGAR.

—“Pues yo, señores,—decía un jovenzuelo imberbe con énfasis oratorio y acento convencido,—tengo la certeza absoluta de mi porvenir: me he propuesto ser rico, y lo seré: quiero ser el primer abogado de Madrid, y mi bufete será el primero, en cuanto acabe la carrera: deséo un asiento en el Congreso, y lo ocuparé: ambiciono ser ministro, y me ganaré una cartera; éstas son mis aspiraciones de hoy, positivas realidades del mañana.

—“Tenga usted cuidado, no sea que en vez de riquezas se vea usted lleno de trampas y bajo el poder de Poncio Pilatos, es decir de algún usurero;”—le replicó uno de los oyentes.

—“¡Jamás contraeré una deuda!”—afirmó el mozalbete con voz inspirada.

—“Tal vez—objetó un tercero,—si llega usted á ser abogado, se le pase la vida aguardando pleitos.”

—“Y en vez de un Ministerio, tendrá usted que apencar con una plaza de escribiente;”—añadió otro circunstante.

—“¡Quién sabe—agregó un sujeto de edad,—si por todo porvenir se verá usted—¡Dios no lo quiera!—casado, con un diluvio de muchachos, y sin una peseta!,”

“¡Se dan casos!”—gritó un chusco con voz chillona y destemplada.

El arrogante jovencito paseó en torno una mirada de superioridad despreciativa: plegó sus lábios con una sonrisa desdeñosa, y, después de toser y pasar la yema de sus dedos por el naciente bozo, habló de esta manera:

—“Vamos por partes, señores: en primer lugar los gritos y los pulmones no son argumentos; por otra parte, yo nunca cuento el número de mis contradictores. ¡Pues qué! ¿Se figuran ustedes que la fuerza de voluntad y el temple de alma no entran por nada en la consecución de los fines individuales? El hombre es lo que quiere

ser, recorre el camino que le place seguir, toca el límite á que se propone llegar, y si se le oponen obstáculos, con mano firme los separa: la fortuna no existe, es un espantajo de los tontos y una invención de los débiles: todo es cuestión de fé, perseverancia y valor. ¡Me gustan las razones de ustedes!.. Que seré un abogado sin pleitos... ¡Lo veremos! ¡sólo se pasan la vida sin pleitos las medianías! Que me veré con numerosa familia, y sin dinero... ¿y quién afirma que no me case con rica heredera?... ¡Las chicas pobres se quedan para los tontos... y los pillos!... ¡Vaya una ocurrencia! Yo me siento fuerte: si ustedes se sienten débiles, por ustedes lo siento, porque, como dice un gran poeta, "quien no espera vencer, ya está vencido."

En cuanto á mí, espero vencer y venceré: ¡yo soy de los que llegan!"

—“¡Pero, criatura!... y dispense usted á un anciano que le llame así,—dijo el mismo sujeto de alguna edad que antes había hablado.—Usted no cuenta con una porción de cosas, y crea usted que ya vendrá el tío Paco con la rebaja. Por lo demás, el infierno está empedrado de buenas intenciones... Usted, jóven, olvida que la colectividad absorbe al individuo, que el número embebe á la unidad, que la fuerza común aplasta la fuerza individual: engreído con su juventud, su ánimo y su energía, olvida usted factores más importantes... ¡También yo, cuando jóven, hablaba como usted!... Pero ¿y la debilitación ineludible de los años? ¿y el cansancio de la lucha, los sufrimientos morales, el desaliento mortal, las fuerzas agotadas, los errores mismos del humano entendimiento?”

—“Errores, agotamiento, cansancio!... Palabras, palabras y palabras, como dice Shakespeare: ¡no hay más que listos y torpes, fuertes y débiles! ¡contra el cansancio, cuerpo de acero, contra el error, vista clara, contra el desaliento, voluntad de bronce!”—añadió con entusiasmo el futuro ministro.

—“Y usted—ocurriósele á uno preguntar,—¿qué opina de estas cosas?”

El interpelado, ajeno á la discusión, leía un periódico al otro extremo de la mesa del café en que ocurría esta escena: era el tal, hombre como de sesenta años, cabello y bigote canos, rostro enérgico, distinguido porte y aspecto militar.

“¡Que hable el coronel!”—dijeron varios á un tiempo.

Dejó éste el periódico que hojeaba, se atusó el cuidado y largo bigote, sonrió bondadosamente y,

—“Se discute—dijo—y yo nunca discuto, porque considero inútiles las discusiones, cuando no ocasionadas á piques de la vanidad y mortificaciones del amor propio: cuando joven leí muchos libros; hoy sólo leo el de mi experiencia, cuyas hojas íntimas muestro á algún amigo si me pide consejo. Ahora se me pide opinión, y se me ocurre un cuento oído allá en mis nocedades y en un rincón de Andalucía donde, por suerte, nací: allá va, y el que haga aplicaciones...”

Había, hace muchos años, en mi pueblo un valentón, mocito del barrio en sus verdes años, baratero en su edad madura, todo con más ruido que hechos y más balumba que realidad: aficionado al mosto y al escándalo, traía siempre alborotado el lugar con sus trasnochadas, bravatas y pendencias: como es natural, todos lo temían, lo amaban muy pocos y nadie lo estimaba. Sucedió un año que eligieron para alcalde á un hombre recto y enérgico, que se propuso dar paz á los vecinos, y corregir abusos y aborotos, á cuyo fin organizó una ronda nocturna, compuesta de cuatro guardias con anchos calañeses y sendos sables de caballería, ronda á cuya cabeza iba siempre el alcalde mismo.

No faltó quien aconsejase á nuestro valiente que no se expusiera á un encuentro y se recogiese antes de la queda, hora en que empezaba la ronda.

“¡Que pidan á Dios que no me los encuentre!”—contestó el bravucón—¡Son pocos hombres pá mí, y ni pá empezar tengo!”

Cierta noche tropezó nuestro matón con la ronda, llevando bastante zumo en el cuerpo.

—“¿Quién va?” gritó el alcalde.

El baratero contestó con arrogante voz:

“¡Pepe, Pepiyo, Chele, José, Joseiyo, del zeñó San José, zeñó alcarde!”

—“A ver,—gritó éste á sus guardias,—que le den cinco palos por cada nombre que ha dicho!”

Y á pesar de la resistencia, voces y blasfemias de Joseiyo, como le llamaban en el pueblo, los guardias lo sujetaron, y de tal suerte lo apalearon con sus sables, que el matón se pasó un mes, molido y enfermo, en la cama.

No por eso curó de sus manías, especialmente de su debilidad por el peleón, por lo que, otra noche, al cabo de buen tiempo, se repitió el encuentro con la ronda.

—“¿Quién va?”—preguntó la enérgica autoridad municipal.

—“Soy soy—contestó con voz humilde el interpelado,—pero apenas, apeniyas me llamo José, zeñó alcarde!”

Madrid.



NOTAS.

(*)—El pensamiento de este artículo dió motivo á la publicación de dos trabajos notables, uno del director de *El Mercantil* D. Vicente Muñoz Barreda, y otro inserto, como artículo de fondo, en el *Diario de Manila* de 8 de Enero de 1893, con el título de *Un deber*.

Al primero de dichos trabajos, por serle dirigido en forma epistolar, contestó el autor de este libro de la manera siguiente:

UNA CARTA

Sr. D. Vicente Muñoz Barreda (Emebe).

Muy señor mío y distinguido compañero: La gratitud y la cortesía serían, en mí, estímulo suficiente para no dejar sin contestación la bien pensada carta que, con el título de *Colombia*, se ha servido usted dirigirme desde las columnas de *El Mercantil*, en fecha 20 del actual, si ya no me obligara á escribir estas líneas la indicación que formula usted al final de sus discretas observaciones.

“¿Cómo explicarse, pues,—exclama usted,—ese silencio con que ha respondido la opinión pública en Manila á la elevada aspiración manifestada por V. en el día solemne en que se conmemoraba el centenario?” Y, como si contestase á su pregunta, escribe usted más adelante: “Quizás sean necesarios otros cuatrocientos años para que nazcan hombres dignos de reconocer ese derecho: acaso debe la humanidad aguardar aún cuatro centurias para contar entre sus miembros el gran número de personas que son indispensables para promover un movimiento general en favor de ese gran acto de justicia”: (el cambio de nombre del continente americano).

No participo de esta opinión, aunque me explico su dejo pesimista. El silencio de la opinión pública en Manila (yo he sustituido la palabra opinión por las de prensa periódica, que es su verbo), tal silencio, repito, ante mi pensamiento de que se pidiera y obtuviera por vías diplomáticas y con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento, el cambio del nombre de *América* por el de *Colombia*, debe obedecer, sin duda, á otras causas: la modesta personalidad literaria del escritor que formulaba la proposición, y el tener los periódicos locales otros asuntos de que tratar, de más interés del momento, son del caso explicación satisfactoria.

Las que usted alega no me lo parecen tanto: época es ésta en que vivimos, de grandes reivindicaciones históricas, y ejemplos elocuentes de ello, la depuración concienzuda y

minuciosa de los hechos adulterados y las acusaciones injustas, amontonados por la leyenda, la poesía y la pasión política, en torno de la gran figura de Felipe II; la luz proyectada sobre el sombrío período histórico y la despiadada exclusión de la infeliz madre de Carlos V, por las estipulaciones y curiosos documentos de Villafáfila; la crítica severa con que se ha analizado en las conferencias del Ateneo de Madrid todo lo que se relaciona con el descubrimiento de América, señaladamente los tristes sucesos en que fueron principales actores el gran Almirante y Bobadilla; y, por último, la misma celebración universal y simultánea del cuarto centenario, hecho que, al proyectarse, se creyó imposible, y es, de seguro, más difícil que el cambio de nombre del continente.

Claro es que esas reivindicaciones históricas no las realizan las colectividades sociales, sino que las reciben hechas de los heraldos y representantes de la opinión ilustrada, como también es evidente que lo menor cabe en lo mayor, y en la glorificación universal del navegante insigne cabe holgadamente un acto más de justicia, por importante que sea. ¿Aún así se reputa como imposible el cambio de nombre? Pues, al menos, sería honroso el hecho de pedirlo; que, como dijo un gran poeta:

El intentarlo sólo es heroísmo.

El asunto puede dar larga materia de estudio y motivo de útil lucimiento á las buenas plumas de la ilustrada prensa de Manila: como muestra, voy á transcribir los siguientes párrafos de un escritor insigne, el cronista de *La Ilustración Española y Americana* D. José Fernandez Bremón; dice así en el número de 22 de Septiembre anterior: "Dos cuestiones muy distintas, pero ambas del momento, se tratan en dos folletos que tenemos á la vista. El primero que llega á nuestras manos, por conducto del Director general de lo Contencioso, nuestro ilustrado amigo el Sr. Hernandez Iglesias, está escrito por el periodista venezolano D. Julio Febres Cordero, y se titula *El Nombre de América*. Dedícale la Redacción de *El Lápiz* desde Mérida (Venezuela) á los Congresos Americanista y Geográfico, y tiene por objeto apoyar la idea del cambio de nombre del continente americano, por algún derivado del apellido Colón, ó este mismo, si se acepta. No haremos un extracto del folleto, que comprende diversas materias de erudición pertinentes al asunto: fijándonos en los derivados de Colón que se han propuesto, son, según el señor Febres, los siguientes: Columba, por Fr. Bartolomé de las Casas; Colonia ó Columbania, por Solórzano; Colonea, por Salazar de Mendoza; Colombia, que se propuso para toda la América por varios escritores; Colonasia, por el Sr. Baldasano y Topete; Colonaria, ideado en Nueva-York; Colónida, por *El Cruzado* periódico de Mérida, y Colonisabela que podía abreviarse en Colonisa. Creemos con el Sr. Febres que el nombre más simpático es Colombia; pero el uso le ha dado una significación concreta y tiene dueño. No es menos bello el de Colonia; pero también está aplicado á una clase

de territorios. Tienen casi todos esos nombres dificultad para la formación del adjetivo gentilicio, y entre todos nos parece preferible el de Fr. Bartolomé de las Casas, Columba. Sin embargo, cuando los nombres tienen la sanción de muchos siglos, y suenan en el oído dulcemente, es difícil desterrarlos; aun rectificando todos los mapas, quedarían todos los libros; aun corrigiendo estos, quedarán las voces América y americanos en innumerables documentos, en el lenguaje usual y en los recuerdos: podrá darse á América otro nombre oficial, pero aquel será el popular y el histórico. En resumen: fué una desgracia que las gentes diesen al Nuevo Mundo el nombre de Vespucio; pero ha resultado tan dulce, expresivo y cariñoso, que será difícil desterrarle: es un nombre injusto; pero el tiempo legítima muchas usurpaciones, porque no hay americano que no pronuncie ese adjetivo con placer; sin embargo, no disonaría á ninguno llamarse colombiano."

"La administración española rechazó el nombre de América, adoptando el de Indias Occidentales que había dado Colón á las tierras descubiertas del Poniente, pues murió creyendo que eran los límites occidentales del Asia. El señor Torres Mendoza, en su colección de *Documentos inéditos* del archivo de Indias, tomo VIII, inserta un MS. de la Biblioteca Nacional, que dice así en la página 12 del citado tomo:"

—"El rey detiene á Américo Vespucio en Sevilla para hacer las marcas y fué el primero á quien se dió el título de piloto mayor, 1507, 12 de Marzo, y de examinador de los pilotos, 6 de Agosto."

—"De aquí principalmente tomaron estas Indias el nombre de América, contra el cual hubo declaración en el Consejo Real; porque Américo Vespucio no fué su descubridor ni conquistador, ni aun de tierra firme, la cual fué la primera llamada América. Unos quieren que esta cuarta parte del orbe se llame Isabélica, otros Ferisabélica, otros Atlántica, otros Colonias, otros Columbina, otros Ibérica, otros Nuevo Mundo, otros Orbe Carolino ó de Carlos, por haberse la mayor parte descubierto y fundado con buenas leyes en el reinado de D. Carlos I Emperador V. D. Cristóbal Colón la llamó Indias para más encarecer su distancia, magnitud y riqueza."

"De todos los nombres citados, sólo hay dos derivados de Colón que sean aceptables: Columba y Columbina."

No pueden plantearse el pró y el contra del asunto con mayor precisión ni claridad.

De los eruditos párrafos del Sr. Fernandez Bremón, anteriormente copiados, se deducen, como esenciales, las conclusiones siguientes:

Que el mantenimiento del nombre de América constituye una ofensa á la verdad y una grave acusación á la conciencia universal, y perpetúa la más enorme usurpación histórica.

Que España, fiel á su tradición hidalga y nobilísima, ha rechazado siempre, oficialmente, el nombre de América.

Que desde principios del siglo XVI se trata por los hombres más eminentes del cambio de nombre del continente como de asunto de la mayor importancia histórica.

Que la prensa americana se pronuncia actualmente por el cambio de nombre.

Que sólo dificultarían este cambio la tradición y la costumbre.

Que, según el Sr. Fernandez Bremon, los nombres más aceptables serían Columba ó Columbina, aunque opina que es más simpático el de *Colombia*.

Doy á usted las gracias por su generosa iniciativa á propósito del modesto artículo que titulé con ese nombre simpático, especialmente á todo español, y agotado por mi parte el asunto, me reitero de V. amigo afectísimo y s. s. q. l. b. l. m.

CÁRLOS PEÑARANDA.

Manila, 28 de Noviembre de 1892.

(*El Comercio* Manila 2 Diciembre de 1892.)

(**)—El *Diario de Manila* de 2 de Junio de 1892, publicaba el suelto siguiente:

“COLON

A la pregunta que, á ruegos de un amigo nuestro que reside en la Península, hicimos días pasados en nuestras columnas, relativa á si existe algún epitafio en latín, dedicado al ilustre navegante, hemos recibido una contestación, trabajo erudito y curiosísimo, que verá mañana la luz en el *Diario*.

El trabajo á que se alude, remitido anónimo por el autor de este libro y publicado por dicho periódico al día siguiente, es éste:

“REMITIDO

Sr. Director del DIARIO DE MANILA.

En el número de ayer del ilustrado periódico de su digna dirección se inserta el suelto siguiente:

“COLON

“Una pregunta que se nos ruega hagamos pública:

“¿Existe algún epitafio escrito en verso latino en los siglos XVI ó XVII y dedicado á Cristóbal Colón?”

“Si existe, ¿de qué autor es?”

Por la curiosidad del asunto, aunque es de suponer que no

falten al *Diario* contestaciones autorizadas, me resuelvo á enviarle estos apuntes, empezando por asegurar que, á la pregunta contenida en el suelto, puede darse una contestación afirmativa.

Murió Cristóbal Colón en Valladolid el día 20 de Mayo de 1506; sus restos mortales fueron depositados en la iglesia conventual de los PP. Franciscanos de dicha ciudad, y se ignora si sus contemporáneos grabaron algún epitafio en su sepultura.

Según Irving, el rey D. Fernando el Católico mandó erigir un monumento en honor del gran descubridor, con la inscripción siguiente:

“Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón,”

lema muy conocido y que pasó á ser divisa de los Duques de Veragua.

Desde el convento de San Francisco, de Valladolid, fueron trasladados los restos del famoso navegante á la Cartuja de Santa María de las Cuevas, extramuros de Sevilla, depositándolos en la capilla que hizo labrar el prior D. Diego Luxan. Cumplióse con ello la voluntad del finado, como más tarde trasladando los restos á la capital de la antigua Isla Española, según cláusula testamentaria recordada en el testamento de su hijo D. Diego Colón, otorgado en Santo Domingo á 8 de Septiembre de 1523, y según se consigna, asimismo, en la Real cédula del Emperador Carlos V, de 2 de Junio de 1537. La traslación de los restos á Sevilla debió efectuarse entre los años 1506 y 1523.

En un manuscrito procedente del Monasterio citado, se dice que el mote *Por Castilla*, etc., estaba puesto en el sepulcro donde yacían los despojos mortales del célebre descubridor en la isla y ciudad de Santo Domingo. Es de advertir que la traslación de los restos á Santo Domingo debió efectuarse entre los años 1540 y 1559.

Alcedo y Coletti, y el Sr. López Prieto, han sostenido que en la Cartuja de las Cuevas, primero, y después en la Catedral de Santo Domingo, una inscripción latina señaló á la posteridad el sepulcro del primer Almirante de las Indias; pero se refieren á la elegía escrita en 1588 por Juan de Castellanos, en la que el autor, gloriándose de la existencia de un rumor vulgar, dice así:

“Y dentro de las Cuevas de Sevilla
Lo hacen sepultar sus herederos,
Y dicen que en la parte do yacía
Pusieron epigramma que decía:

*Hic locus abscondit præclari membra Coloni,
Cuius sacratum numen ad astra volat,
Non satis vnus erat sibi mundus notus & orbem
Ignotum priscis omnibus ipse dedit.
Diuitias summas terras dispersit in omnes
Atque animas cælo tradidit innumeras,
Inuenit campos diuinis legibus aptos,
Regibus & nostris prospera regna dedit.”*

Existe, pues, el epitafio latino de Juan de Castellanos, aunque probablemente nunca se grabó en ninguna de las sepulturas de Cristóbal Colón. Como se vé, la supuesta inscripción es del siglo XVI.

Los restos del descubridor, que fueron colocados en la Catedral de Santo Domingo, en la capilla mayor ó presbiterio, al lado de la peana del altar mayor junto á la tribuna donde se canta el Evangelio, fueron, por último, trasladados á la Habana por el general Aristizabal, en 1795; y á pesar de la fábula inventada ó seguida el año 1877 en Santo Domingo por el padre Cocchia, obispo de Orope, sabido es que los preciosos restos reposan en la Catedral de la grande Antilla, en el Presbiterio, al lado del Evangelio. El sepulcro ostenta una elegante inscripción latina que lleva la fecha de 1796."

Manila, 2 de Junio de 1892.

